

LISA DESROCHERS DEMONIOS PERSONALES



UNA NOVELA DE
DEMONIOS PERSONALES



Si tuvieras que escoger entre el Cielo y el Infierno,
¿Qué elegirías?... ¿Estás seguro?

Lectulandia

Frannie Cavanaugh es una alma solitaria. Se ha mantenido alejada de todos, incluso de sus mejores amigas... hasta que Luc Cain llega al instituto. Es guapo y peligroso, y Frannie no puede evitar sentirse atraída por él. Pero lo que no sabe es que Luc tiene la misión de atrapar su alma. Y es que Frannie posee una habilidad tan extraordinaria que hasta el rey del Infierno se ha dado cuenta. Por desgracia para Luc, el Cielo tiene otros planes... Justo cuando Luc comienza a hacer progresos, el ángel Gabriel aparece. Gabe hará cualquier cosa para impedir que Luc obtenga lo que busca, y si no lo obtiene, todos lo pagarán... en el Infierno.

Lectulandia

Lisa Desrochers

Demonios personales

Demonios personales - 1

ePub r1.0

Titivillus 27.08.18

Título original: *Personal Demons*

Lisa Desrochers, 2010

Traducción: María Vall Personat

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Michelle y Nicole, que me ayudan a ser una mejor persona.

¡Oh, raza humana, para volar nacida!,
¿por qué al menor soplo caes vencida?

—Dante Alighieri, *Purgatorio*

El pecado original

Luc

Si hay un infierno en la Tierra, es el instituto. Y si hay alguien lo bastante cualificado como para hacer esa afirmación, ese soy yo. Cojo aire profundamente —casi he perdido la costumbre ya que los demonios no tenemos que respirar—, miro hacia el cielo amenazador, esperando que aquello sea un buen augurio y abro con un fuerte empujón la pesada puerta de seguridad. Los lúgubres pasillos están desiertos, pues el primer timbre de la mañana sonó hace ya casi cinco minutos. Solo estoy yo, el detector de metales y un encorvado guarda de seguridad con un arrugado uniforme azul. Se revuelve sentado en una agrietada silla de plástico, me mira y frunce el ceño.

—Llegas tarde. El carné —dice en un tono áspero.

Lo observo durante unos segundos, seguro de que podría derribarlo con un suspiro, y no puedo evitar una sonrisa cuando las gotas de sudor empiezan a emanar de su grasienta frente. Me alegra descubrir que todavía tengo esa facultad, pese a estar más que harto de este trabajo. Cinco milenios haciendo el mismo papel pueden acabar con los ánimos de un demonio. Pero, este viaje, el hecho de que un fracaso pueda acabar en desmembramiento y en el pozo del Fuego Eterno, es toda la motivación que necesito.

—Soy nuevo —digo.

—Pon la mochila sobre la mesa.

Me encojo de hombros y le enseño las manos. No llevo ninguna mochila.

—Dame el cinturón. Las tachuelas harán sonar el detector.

Me quito el cinturón y se lo doy al viejo mientras paso por el detector de metales. Me vuelve a dar el cinturón y dice con tono seco:

—Ve directo a secretaría.

—Ningún problema —le digo, ya caminando.

Vuelvo a ponerme el cinturón y abro con fuerza la puerta de la secretaría, que golpea violentamente contra la agrietada pared, y la antigua secretaria levanta la vista, sobresaltada.

—¿Puedo ayudarte en algo?

La oficina está tan sosa y está tan poco iluminada como los pasillos, excepto por las notas de colores brillantes que cubren cada milímetro de yeso como si fueran un psicodélico papel de pared. Hay una placa que anuncia que la secretaria se llama Marian Seagrave y estoy seguro de poder oír el crujido de todas sus articulaciones

cuando se levanta de la silla. Tiene más arrugas que un perro Shar Pei y el obligatorio pelo corto, rizado y azulado de todas las mujeres de más de cien años. Su cuerpo redondo está embutido en el típico uniforme de los ancianos: pantalones de poliéster color turquesa y una blusa con estampado de flores a conjunto metida por dentro de los pantalones.

Me deslizo hasta el mostrador y me inclino hacia ella.

—Luc Caín. Primer día —le digo mostrando mi mejor sonrisa, la que siempre consigue hacer que los mortales se sientan un poco desconcertados.

Ella me mira durante unos segundos hasta encontrar la voz.

—¡Oh, bienvenido al instituto Haden, Luc! Deja que busque tu horario.

Golpea con fuerza el teclado de su ordenador y la impresora cobra vida. Escupe mi horario, el mismo horario que he tenido durante los últimos cientos de años, desde el advenimiento del sistema educativo moderno. Hago lo que puedo por mostrar interés cuando ella me lo da y me dice:

—Aquí lo tienes, y también el número de tu taquilla y la combinación de la cerradura. Tienes que pedir una hoja de admisión a cada profesor y traerla aquí al final del día. Ya te has perdido la tutoría de hoy, así que deberías ir directamente a la primera clase. Vamos a ver... sí, inglés avanzado con el señor Snyder. Aula 616. En el bloque 6. Al salir de aquí a la derecha.

—Gracias —digo con una sonrisa. No está de menos tener a favor a los de administración. Nunca se sabe cuándo puedes necesitarlos.

Suena el timbre mientras salgo por la puerta y me dirijo a los, ahora sí, abarrotados pasillos, y el olor a humanidad que emana del mar de adolescentes llega hasta mí a oleadas. Puedo oler el ácido y cítrico aroma del miedo, el amargo olor a ajo del odio, el anís de la envidia y el jengibre de la lujuria. Un gran potencial.

Yo trabajo en Adquisiciones, pero normalmente mi trabajo no es marcarlos, solo sembrar la semilla e introducirlos en el camino hacia el fuego eterno. Los introduzco en los pequeños pecados. Pecados de principiantes, si lo quieres llamar así. No lo bastante graves como para marcarlos para el Infierno, pero sí para encaminarlos en nuestra dirección. Ni siquiera necesito utilizar mi poder, no es que me sintiera culpable al hacerlo. La culpa no se encuentra entre el repertorio de emociones demoníacas. Simplemente, es más honesto que se acerquen al pecado por voluntad propia. Y otra vez, no es que me preocupe la honestidad, es que del otro modo resulta demasiado fácil.

En realidad, las reglas están claras. A no ser que sus almas ya estén marcadas, no podemos ni forzar a los mortales a hacer nada ni manipular sus acciones de ningún modo. Todo lo que puedo hacer con mi poder es nublarles los pensamientos, borrando ligeramente la línea que separa el bien del mal. Cualquiera que te diga que fue el Demonio el que le hizo hacer algo, está diciendo una vil mentira.

Me deslizo por el pasillo, absorbiendo el aroma de los pecados adolescentes, tan pesado en el aire que hasta se puede saborear. Mis seis sentidos zumban ante las

expectativas. Porque este viaje es diferente. Estoy aquí por un alma en particular y, mientras me dirijo al bloque 6, un restallido de roja y caliente energía me recorre el cuerpo, una buena señal. Me tomo mi tiempo, andando despacio por entre la multitud y analizando las posibilidades, y soy el último en llegar a clase, justo cuando suena el timbre.

El aula 616 no es más luminosa que el resto del instituto, pero por lo menos se ha hecho un intento por redecorarla. Fotografías de las obras de Shakespeare, aunque me fijo en que solo se trata de las tragedias, adornan las paredes. Las mesas están agrupadas de dos en dos y casi todas llenas. Me dirijo por la fila del medio hacia la mesa del señor Snyder con el horario en la mano. Él gira su delgada cara hacia mí, con las gafas apoyadas justo en la punta de su larga y recta nariz.

—Soy Luc Caín. Necesito una hoja de admisión o algo así —digo.

—Caín... Caín... —Se pasa la mano por el pelo grisáceo mientras examina la lista de nombres hasta que encuentra el mío—. Aquí estás.

Me da una hoja de admisión amarilla, una libreta y una copia de *Las uvas de la ira* y vuelve a mirar la lista.

—Muy bien, te sentarás entre el señor Butler y la señorita Cavanaugh.

Luego se pone en pie, colocándose las gafas en su sitio y estirando las arrugas imposibles de alisar de su camisa blanca y caqui.

—Escuchad todos —anuncia—. Vais a cambiar de sitio. Todos a partir de la señorita Cavanaugh tenéis que moveros un sitio a la derecha. Vais a tener un nuevo compañero en clase de redacción para el resto del semestre.

Muchos de los pequeños roedores refunfuñan, pero todos hacen lo que se les ha dicho. Me siento en el lugar que me indica el señor Snyder, entre el señor Butler, un chico alto, delgado y con gafas, una piel deteriorada y evidentes problemas de autoestima, y la señorita Cavanaugh, cuyos ojos azul zafiro miran directamente a los míos. Ningún problema de autoestima en ella. Siento que la electricidad recorre mi cuerpo bajo mi piel mientras la miro, tanteándola. Es una chica pequeña, con un pelo ondulado y rubio rojizo que lleva recogido en una coleta en la base del cuello, piel clara, y fuego. Una buena candidata. Nuestras mesas están juntas, así que parece que tendré infinitas oportunidades de tantearla.

Frannie

Bien, no soy del tipo de chicas que se derrite con cualquiera, pero ¡Santa Madre de Dios!, no puedo creer lo que acaba de entrar en la clase de inglés. Alto, moreno y peligroso. Mmm... nada como un caramelo para los ojos a primera hora de la mañana para hacer que el día empiece bien dulce y que incluso pudra mi cerebro. Y, ¡premio!, por lo que parece, vamos a ser compañeros de redacción, porque el obsesivo-

compulsivo del señor Snyder me va a hacer moverme un sitio para dejárselo a él. Dios debería prohibir que nos sentaran de otro modo que no fuera por orden alfabético.

Mis ojos se deslizan lentamente sobre su camiseta negra y sus vaqueros, sin mencionar el cuerpo que se esconde debajo, un cuerpazo, mientras él camina lentamente y se sienta a mi izquierda. Desliza su alto cuerpo entre la mesa y la silla con la gracia de un travieso gato negro, y juraría que la temperatura del aula acaba de subir diez grados. La tenue luz del aula ilumina las tres barras de acero que perforan la parte exterior de su ceja derecha mientras me mira con fijeza a través de su sedoso y negro flequillo, con los ojos más negros que he visto jamás.

El señor Snyder se pasea por el aula un momento y luego, haciendo callar a todos, dice:

—Sacad vuestras libretas y *Las uvas de la ira*. Como el señor Steinbeck fue incapaz de encontrar el momento adecuado para cortar entre las setenta y una páginas del capítulo 26, supongo que recordaréis que nosotros le impusimos un final arbitrario al final de la página 529. Hoy leeremos el resto del capítulo en clase y analizaremos los argumentos principales de Steinbeck.

El chico misterioso, por fin, aparta la mirada y yo me siento como si me hubieran registrado por dentro, pero no de una manera negativa, si es que eso tiene algún sentido. Me siento como si me hubiera hecho un análisis de dentro hacia fuera y que le hubiera gustado lo que ha visto.

—Señorita Cavanaugh, ¿le importaría unirse a nosotros?

La voz del señor Snyder es como un jarro de agua fría sobre la cara, cosa que probablemente necesitaba, porque todo está subiendo de temperatura en mi interior.

—Eh... ¿qué?

—Bonito artículo el del *Boston Globe* de ayer. Creo que han captado la esencia de su programa. Me gustó sobre todo la foto —dice con una sonrisa—. ¿Le importaría empezar la lectura, por favor? Página 530.

Miro a mi alrededor y todos tienen los libros abiertos, incluso el chico misterioso. El mío sigue en mi mochila. Tampoco soy del tipo de chicas que se ruborizan fácilmente, pero siento que me arden las mejillas mientras lo saco, lo abro y empiezo a leer. Mi boca articula la descripción que Steinbeck hace de la muerte del pastor Casy a manos de un extraño, blandiendo un asa con forma de púa, mientras su amigo Tom observa. Pero mi mente apenas registra nada de eso, porque soy consciente de la presencia del chico misterioso, sentado a unos centímetros de mí, mirándome sin pestañear. Me atranco con las palabras cuando se acerca todavía más y capto un ligero olor a canela. Mmm...

El señor Snyder viene a mi rescate.

—Gracias, señorita Cavanaugh. —Sus ojos escrutan la clase.

Elige al chico misterioso.

Me sonrío y luego su mirada se posa sobre el chico misterioso.

—Señor Caín, ¿podría continuar, por favor?

El chico misterioso todavía me está mirando, con una sonrisa irónica posada en la comisura de sus labios.

—Claro —dice, y su voz suena como la miel caliente, suave y pegajosa, mientras empieza a leer. Pero sus ojos no se apartan de los míos para posarse en el libro.

»Tom miró al pastor. La luz atravesaba las piernas del pesado hombre y el asa blanca con forma de púa. Tom dio un brinco en silencio. Cogió el garrote. La primera vez supo que había fallado y le dio en un hombro, pero la segunda vez el golpe acertó en la cabeza y mientras el hombre caía al suelo, tres golpes más encontraron su cabeza...

Parece que está disfrutando con el truculento pasaje. Que realmente lo está saboreando. El señor Snyder cierra los ojos como si estuviera meditando. Deja que el chico misterioso lea hasta el final del capítulo, que es mucho más de lo que nadie en clase ha leído en todo el año. Miro a mi alrededor en clase y todos, incluso el tipo duro y sabelotodo de Marshal Johnson, parecen hipnotizados.

—¿Quiere que siga leyendo el capítulo 27, señor Snyder? —pregunta el chico misterioso, y el señor Snyder despierta bruscamente de su trance.

—Oh... no. Gracias, señor Caín. Es suficiente. Muy bien leído. Muy bien, clase, el resumen de los temas principales que trata el señor Steinbeck en la segunda parte del capítulo 26 tiene que estar terminado antes de la clase de mañana por la mañana. Tenéis el resto de la hora para trabajar.

El chico misterioso se gira hacia mí cerrando el libro y me encuentro perdida en sus ojos por un momento.

—Bien, señorita Cavanaugh, ¿tienes un nombre de pila?

—Frannie, ¿y tú?

—Luc.

—Encantada de conocerte. Ha sido un buen truco.

—¿Qué? —Sus ojos brillan mientras una malvada sonrisa se esparce por su rostro.

—Lo de leer sin mirar el libro.

Se apoya contra la silla y la sonrisa parece que le tiembla ligeramente.

—Te equivocas.

—No, no me equivoco. Ni siquiera le echaste un vistazo al libro hasta que no ibas por la segunda frase, y pasabas las páginas más tarde. ¿Por qué has memorizado a Steinbeck?

—No lo he hecho.

Es un mentiroso, pero, antes de que pueda seguir, cambia de tema.

—¿Por qué un artículo en el *Globe*?

—Nada importante. Es solo un proyecto en el que enviamos cartas a niños de Pakistán. Una especie de amigos por carta, supongo. Es un modo de ayudarnos a entendernos unos a otros... ya sabes, las culturas y todo eso.

Hay una expresión cínica en su rostro.

—Ya.

—¿Quieres un nombre? —Busco en mi mochila y saco una carpeta—. Tengo unos pocos más.

—Deja que me lo piense. Supongo que somos compañeros de redacción, signifique lo que signifique eso.

—Eso parece. —A pesar de lo de leer sin mirar el libro, no me quejaré.

Definitivamente está un paso o veinte por delante de Aaron Daly, que se ha llevado sus mocos a la otra fila y ahora se sorbe la nariz sobre la libreta de Jenna Davis en lugar de sobre la mía.

—Se supone que tenemos que hablar sobre la lectura y hacer un resumen del capítulo con todos los puntos importantes. El señor Snyder es muy bueno debatiendo —le digo entornando los ojos. Toda una puesta en escena, en realidad, porque yo me muero por debatir cualquier cosa con el chico misterioso—. ¿Qué piensas sobre el dilema de Tom?

Escribo «Frannie y Luke – Capítulo 26-2. Resumen» en la parte superior de una hoja en blanco de mi libreta.

Él arquea una ceja, me coge el bolígrafo de entre los dedos, tacha «Luke» y escribe «Luc» encima.

Luc

La observo cómo escribe «Frannie y Luke – Capítulo 26-2. Resumen» en su libreta y, por alguna razón, me molesta que haya escrito mal mi nombre. Lo cambio antes de contestarle.

—Creo que ha tomado algunas decisiones y ahora tiene que pagar las consecuencias, una de ellas es arder eternamente en el Abismo.

Me mira llena de incredulidad.

—Así de simple, ¿eh? Sin circunstancias atenuantes. ¿Sin segundas oportunidades?

—No. No creo en las segundas oportunidades. —El Infierno no es muy dado a ese concepto.

Ella se reclina en su silla y cruza los brazos sobre el pecho, examinándose.

—¿Nunca has cometido un error? ¿Nunca has hecho nada de lo que después te arrepintieras?

—No.

—Todo el mundo tiene algo que le gustaría poder deshacer.

Me inclino hacia ella y miro esos ojos color zafiro.

—¿Qué te gustaría poder deshacer a ti, Frannie?

Ella se estremece cuando digo su nombre, y me doy cuenta de que estoy siendo injusto. He dejado caer un poco de mi poder sobre ella sin quererlo ni necesitarlo. Pero me gusta la reacción.

Cuando responde, hay algo más que un atisbo de dolor en su tono de voz, y un tenue olor a rosas, tristeza. Busco en lo más profundo de esos ojos para encontrar la raíz de ese sentimiento.

—Muchas cosas —dice sin apartar la mirada.

Por alguna razón, de pronto, no quiero que nada le haga daño. Estoy decidido a hacerla feliz. Solo hace falta un pequeño empujoncito...

Basta. ¿De dónde diablos ha salido eso? Ni siquiera reconozco la sensación que va unida a ese pensamiento. Los demonios no tienen sentimientos. No como esos. Esto no es una misión de caridad... estoy aquí con un propósito claro, y la señorita Frannie Cavanaugh promete. Promete mucho. De hecho, empiezo a desear que sea ella. Y cuando suena el timbre, me doy cuenta, para mi propio asombro, que es su mirada la que mantiene la mía y no al revés. Esto será interesante.

Ella parpadea como si se despertara de un sueño y baja la mirada a su libreta vacía.

—Bueno... supongo que no hemos avanzado mucho.

—Yo no diría tanto. —Y le paso mi libreta.

Ella lee los diez puntos escritos en mayúsculas bajo el encabezado: «Frannie Cavanaugh y Luc Caín, Temas Steinbeck – Capítulo 26-2» y frunce el ceño.

—Oh... bueno, supongo que está bien. —Incrédula otra vez. Es fogosa. Me gusta el fuego. Me hace sentir como en casa.

—¿Ya has encontrado tu taquilla en este laberinto? —pregunta, metiendo los libros en su mochila y levantándose.

—Aún no la he buscado. —Yo recojo mis pocas posesiones: mi libreta y *Las uvas de la ira*.

—Bueno, esto solo puede ir a peor, así que a no ser que quieras llevar todas tus cosas siempre encima, yo puedo ayudarte a encontrarla.

Mientras vamos hacia la puerta, saco del bolsillo trasero de mis pantalones el trozo de papel con el número de taquilla y la combinación.

—Número... vaya. —Sonrío. A veces el mundo mortal es curioso.

—¿Qué?

—666 —digo, y ella me mira divertida.

—Oh. Eso está aquí —dice señalando hacia el otro lado del pasillo—. Justo al lado de la mía.

Aunque sé que el destino es una estupidez, solo una excusa de los mortales para tomar decisiones que no tomarían, esto es una señal. La miro con más detenimiento. Si ella es «ella», cosa que cada vez me parece más probable, tengo que marcar su alma para el Infierno antes de que algún maldito ángel se me adelante. Lo que básicamente significa: ya. Porque el hecho de que haya sido tan difícil de localizar,

probablemente significa que ha estado protegida por ellos. Si la han protegido, la estarán vigilando. No tardarán mucho en saber que la he encontrado. Inspecciono el concurrido pasillo. Muchos candidatos, pero ningún ángel, por ahora.

Ella empieza a cruzar el pasillo hacia la taquilla y yo me quedo unos segundos atrás para admirar la vista antes de seguirla. Es pequeña, un metro sesenta aproximadamente. Casi treinta centímetros más baja que mi forma humana. Pero no es una niña. Tiene curvas en los sitios adecuados.

Me río de mí mismo. Aunque la lujuria es uno de los siete pecados capitales, no es la que me trajo aquí, y no la he experimentado con mucha frecuencia en los siete milenios que he existido, aunque la he utilizado para sacar provecho unas cuantas miles de veces. Esto será divertido.

Cruzo el pasillo a grandes zancadas y me uno a ella justo cuando llega a su taquilla. Giro la cerradura de mi taquilla unas cuantas veces y se abre.

—¿Cómo has hecho eso? —me pregunta, como si pudiera saber que he utilizado mi poder.

—¿El qué?

—A principio de curso yo tuve esa taquilla y la cambié porque la cerradura estaba rota.

—Hmm. La habrán arreglado. —Tengo que tener más cuidado. Esta mortal es extraordinariamente observadora. En clase metí la pata al no mantener los ojos en el libro, cosa que ella vio porque sus ojos tampoco estaban en el libro. Y ahora con la taquilla, porque cuando pruebo la combinación real descubro que tiene razón: está rota.

Ella parece escéptica.

—Supongo que sí, aunque aquí nunca arreglan nada. Bienvenido al instituto Hades.

¡No me jodas!

—¿Perdona? ¿Instituto Hades?

—Sí, ¿lo coges? Instituto Haden, instituto Hades. Solo es una letra, pero describe mucho mejor este agujero.

—Hmm.

—¿No estás de acuerdo? —Ella señala la escayola agrietada, la pintura pelada, las bombillas quemadas, el linóleo gris arrancado y las abolladas taquillas de metal grises que nos rodean.

—Pues entonces parece que he elegido el sitio adecuado. —Una sonrisa se extiende por mi cara. Es perfecto que mi objetivo vaya a un instituto apodado Hades. Esto es genial.

Ella aparta la mirada y mete las manos en la taquilla, pero no puede esconder la sonrisa que asoma en la comisura de sus labios.

—Si tu sitio adecuado es este pueblo pesquero de mierda, es que eres más patético de lo que creía.

Me río, no puedo evitarlo, y luego me estremezco cuando capto una fragancia a jengibre en Frannie. Mmm... deben de irle los patéticos.

—¿Cómo es que has cambiado de instituto un mes antes de la graduación?

Sonrío en mi interior.

—Negocios.

—¿De tu padre? —me pregunta.

—Se podría decir que sí.

Ella me mira y su frente se arruga mientras intenta entender qué significa eso. Luego cierra su taquilla de un portazo.

—Bueno, ¿qué tienes ahora?

Yo saco el horario del bolsillo trasero de mi pantalón y lo abro de una sacudida.

—Parece que matemáticas, aula 317.

—Oh, tienes a la señora Felch. Lo siento mucho.

—¿Por qué? ¿Qué pasa con la señora Felch?

Justo entonces suena el timbre. Ella se encoge de hombros.

—Primero, que te castiga si no estás en tu sitio cuando suena el timbre, así que lo siento, y segundo, que muerde.

—Mmm. Eso lo veremos. —Cierro mi taquilla de una patada y me doy la vuelta para dirigirme al edificio 3, y no intento esconder la sonrisa que se dibuja en mis labios cuando sus ojos me perforan la espalda mientras recorro el pasillo. Un buen comienzo.

Se desató el Infierno

Frannie

Resulta que en el laboratorio de física estoy un poco preocupada porque, para resumir, soy una negada. Por suerte, mi compañero, Carter, es un rarillo obsesionado por la ciencia que siempre quiere hacerlo todo solo. Así que hoy me he apartado y he dejado que se ocupe del tablero de circuitos. Carter se sube las gafas y se encorva sobre el tablero como una madre protectora, mientras yo pienso en cómo es posible que Luc haya aparecido de la nada y haya hecho que me derrita. Cosa que nunca me sucede. Con ningún chico.

Estudio lo que Carter está haciendo, porque en realidad no es tan listo como él se cree, y de vez en cuando me juego la vida, o algún miembro, metiendo la mano para arreglar sus meteduras de pata. Pero cuando acaba la clase miro mis notas y veo que he escrito «Luc» en lugar de «ohmio» por todas partes. A boli. Mal asunto.

A pesar de mis esfuerzos, descubro que estoy casi corriendo hacia mi taquilla después de la clase doble de laboratorio. Pero justo cuando giro la esquina, una mano se posa en mi hombro. Me doy la vuelta y encuentro a Ryan Keefer, o Reef, para sus amigos. Se acerca a mí, demasiado, y me mira fijamente. Entonces sus labios forman una sonrisa torcida y yo sé lo que se avecina.

—Eh, tú —me dice, apartándose de la cara las rastas, que le llegan hasta los hombros.

Yo me deslizo de dónde intenta acorralarme.

—Eh, Reef, ¿qué pasa?

Él apoya su bajo y fornido cuerpo contra la pared y mira hacia su pandilla, que está en el pasillo, cerca de la puerta de la cafetería.

—Queremos que vuelvas —dice levantando ligeramente la barbilla.

Yo me doy la vuelta y empiezo a andar, fingiendo que ya no hace que se me acelere el pulso.

—Eso no pasará.

Él me corta el paso poniendo un brazo contra la pared.

—Quiero que vuelvas —me dice, en voz baja.

Dudo lo suficiente como para coger aire antes de girarme hacia él. Cuando lo hago, intento mantener una expresión dura, pero siento que el corazón se me derrite cuando lo miro a sus grandes ojos color marrón barro.

—Escucha, Ryan, yo... no es por ti. —Me avergüenzo por cómo suena eso, pero

es la verdad.

Él se desploma contra la pared y parece mareado.

—Genial. La excusa de no eres tú, soy yo. Lo que todo tío quiere escuchar.

—Lo siento, pero soy yo. Yo, no tú.

Él no puede esconder su frustración.

—¿Por qué? ¿Por qué eres tú?

—No sé. Supongo que no busco una relación seria.

Su sonrisa es dudosa.

—Eso lo podré soportar. Sin ataduras —dice él, como si creyera que voy a olvidar que me dijo que me quería.

Yo sonrío y le doy un empujoncito, no tiene sentido recordárselo.

—Seguro que sí.

—En serio, Frannie, los chicos quieren que vuelvas. No encontramos a nadie tan bueno como tú.

—Ya sabéis cantar, no me necesitáis.

—Yo solo soy un apoyo. Necesitamos un cantante de verdad. Preferiblemente una mujer. Ya sabes, por la cuestión sensual.

Yo entorno los ojos.

—Lo siento. Deberíais hacer algo. Una prueba, por ejemplo. En este instituto debe de haber cientos de chicas que canten mejor que yo.

—Ya lo hemos hecho, y solo vino Jenna Davis, que canta como una cantante de ópera, y Cassidy O'Connor, que está buena, pero... —Se encoge de vergüenza.

—Conozco a una chica que es perfecta. Es amiga de mi hermana. Le daré tu número.

Empiezo a andar, pero su mano contra la pared me detiene. Yo me quejo interiormente y resisto la repentina necesidad de hacerle una llave y lanzarlo contra la pared.

Él se inclina, sus labios rozándome la oreja, y siento su fragancia a almizcle juvenil. Él baja sus callosos dedos de guitarrista por mi brazo, haciendo que me estremezca.

—Pero yo te quiero a ti. Te echo de menos, Frannie.

Mi corazón palpita con fuerza mientras recuerdo lo bien que me hacían sentir aquellos labios, pero consigo reaccionar. *Tú no me quieres.*

Me encojo de hombros, me escabullo por debajo de su brazo y me marcho corriendo por el pasillo, y descubro que mi taquilla está rodeada de chicas. Es el típico interrogatorio del instituto Haden, con Luc justo en el medio. Están Stacy Ravenshaw y sus animadoras guarras; Cassidy O'Connor, la casta belleza irlandesa; Valerie Blake, la alta, morena y espectacular capitana del equipo de voleibol; y en el medio, de frente, Angelique Preston, la diosa de último año: rubia, guapa y de enormes pechos, pero con la inteligencia de un charco de barro.

De repente, estoy furiosa. El pensamiento completamente ridículo y

absolutamente irracional de «yo lo vi primero» atraviesa mi cabeza. Me imagino a mí misma abriéndome paso a golpes y empujones entre la agitada y palpitante multitud para llegar hasta él, arrancando mechones de pelo y sacando ojos por el camino.

Tengo que recuperar la compostura. Recorro a mi entrenamiento de judo para centrarme. Tras diez segundos de meditación y respiración pausada, me abro paso a empujones entre la jauría de admiradoras hasta mi taquilla, donde cambio los libros y me doy la vuelta para escapar... justo cuando aparece una mano que arde sobre mi hombro.

—Hola. ¿Qué tienes ahora? —Esa voz pegajosa, dulce y cálida está detrás de mí, tan cerca que puedo sentir su calor.

Me doy la vuelta y sonrío a Luc mientras la afilada hoja de la mirada de Angelique casi me corta por la mitad.

Luc

Se da la vuelta y siento cómo el olor de su furia, a pimienta negra, supera el olor de jengibre de la lujuria de todas las demás. Mmm... Es un buen comienzo. El primer paso. Le sonrío a Angelique y dice:

—Historia, el señor...

—¿Sanghetti, aula 210? —la interrumpo.

—¿Tú también?

—Sí. —Empiezo a alargar la mano para agarrarle el brazo mientras ella se da la vuelta y empieza a andar, pero me contengo porque he visto la manera en que se ha estremecido por el calor de mi tacto cuando la he cogido por el hombro. Soy, literalmente, demasiado caliente.

Miro a Frannie de reojo y ella lanza su mirada hacia el suelo.

—¿Y... luego tienes libre para comer? —me pregunta.

—Creo que sí.

—¿Quieres sentarte con mis amigas? —Parece indecisa, no tiene esa confianza ardiente.

—Aunque suena tentador, tengo algunas cosas que hacer. Quizás otro día. —La verdad es que toda la comida humana es repugnante, pero la de las cafeterías de los institutos... no puedo con ella.

—Como quieras —me dice ella, sin darle más importancia.

Capto un ligero olor a jengibre y todo mi cuerpo vibra como una cuerda de guitarra punteada y me atraviesa una ráfaga de calor. Es ella. Estoy seguro. Su alma debe ser marcada, pero no captada; lo que es bueno, porque la captación no se encuentra en la descripción de mi trabajo. Sin embargo, ha sido difícil. Los dos demonios que enviamos anteriormente no pudieron encontrarla y ahora están

ardiendo en las profundidades del Infierno. Pero eran demonios menores, de tercer nivel. Así que ahora hemos enviado al mejor, que, por supuesto, soy yo. Mis instintos superagudos me han traído hasta donde estoy: el primer nivel, cerca del estatus de élite. Mis instintos nunca se han equivocado. Y adonde me han conducido ahora es al instituto Haden, justo en el camino de la señorita Frannie Cavanaugh.

Entramos en la clase de historia y Frannie se sienta cerca del centro del aula. Yo avanzo por el pasillo hacia el señor Sanghetti, recostado en su silla, sentado en la punta y con los pies encima de la mesa. Sonríe mientras imagino que tropiezo con la silla, sin querer, y cae al suelo.

—¿Señor Sanghetti?

Él levanta la mirada.

—Sí.

Le tiendo el horario y él entorna los ojos, suspira profundamente y con gran parsimonia y pesadez baja los pies de la mesa y levanta su fornido cuerpo de mediana edad.

—Supongo que necesitas una hoja de admisión.

—Eso es lo que me han dicho.

Revuelve en su mesa y, al final, saca un arrugado papel amarillo, luego se da la vuelta y coge un libro de texto del estante de detrás de su mesa.

Vuelve a mirar mi horario y escribe en su lista el número de mi libro, al lado de mi nombre.

—Siéntate donde quieras, Lucifer —me dice, tendiéndome el libro y haciéndome un gesto hacia el aula.

—Llámeme Luc.

—De acuerdo, Luc. Siéntate donde quieras —vuelve a decirme con otro gesto.

Yo me doy la vuelta y vuelvo hacia donde está Frannie, y ocupo la mesa a su derecha. Mientras me siento, el señor Sanghetti empieza a pasar lista.

—José Avilla. Jennifer Barton. —Las manos se van levantando—. Zackary Butler. Lucifer Caín.

Los ojos de ella se disparan hacia los míos y se abren de golpe. Yo le sonrío.

—Mary Francis Cavanaugh.

Siento que mi sonrisa se ensancha cuando Frannie levanta la mano. Mary Francis. Vaya, esto tiene gracia.

Cuando el señor Sanghetti acaba de pasar lista, nos hace abrir el libro por la página 380 y nos aburre hablando de la caída de la Jerusalén cristiana durante las Cruzadas.

Yo solo miro a Frannie, perdón, a Mary Francis, y me río en silencio.

Y a mitad de la clase, Mary Francis me está devolviendo la mirada.

Entonces las luces se apagan y una imagen de la antigua Jerusalén aparece en la pizarra interactiva.

—¿Cuál era el origen de la lucha por Jerusalén? —pregunta el señor Sanghetti.

Unas cuantas manos se levantan, y yo escucho las respuestas, recordando cómo sucedió en realidad. El haber estado allí hace que todas las clases de historia a las que he asistido, unas cien, sean muy entretenidas. Es como ese juego en el que uno le susurra algo a la oreja a otro, y va pasando de persona en persona hasta que la última lo dice en voz alta y no tiene nada que ver con lo que dijo la primera.

Frannie

Sigo observando a Luc, mierda, no lo puedo evitar, y durante toda la clase de historia ha tenido esa pequeña sonrisa de suficiencia en la cara. No sé de qué va, pero, ahora que lo pienso, quizás sea mejor que no venga a comer.

No sé si estoy preparada para compartirlo con Taylor. Ella y Riley siempre me pegan la paliza con que soy la chica de la caridad: creen que siempre elijo a los mediopardillos necesitados. Riley cree que es una cuestión de control, y puede que tenga razón. No hago nada que no quiera hacer, y no acabaré en una relación en la que me sienta presionada. Pero también está el factor Taylor. Desde que nos conocimos en cuarto curso, nuestra relación ha consistido en una rivalidad amistosa. Por desgracia para ella, yo siempre consigo las buenas notas. Por desgracia para mí, ella siempre consigue a los chicos. Bien mirado, los mediopardillos necesitados son una opción más segura, sobre todo porque no son el tipo de Taylor.

Pero viendo cómo Luc le ha sonreído al señor Sanghetti, de dos cosas estoy segura: Luc no es un mediopardillo necesitado y Taylor va a ir a por él. Así que, sea lo que sea esta locura que siento en mi interior, será mejor que la supere.

Todavía lo estoy observando. Y, por supuesto, él me pilla y clava su mirada en la mía. Cuando veo que no está respirando me doy cuenta de que yo tampoco. Cojo aire profundamente. Él parece darse cuenta y también lo hace. Y sonrío. Y se me hace un nudo en el estómago.

—Luc, ¿alguna idea? —El señor Sanghetti está de pie frente a nosotros. ¿Cómo diablos ha llegado hasta aquí?

Luc se recuesta en la silla, entrelazando los dedos detrás de su cabeza y estirando las piernas hacia delante por debajo de su mesa, cruzándolas por los tobillos. Levanta la mirada hacia el señor Sanghetti.

—Bueno, es imposible señalar una única cuestión. Supongo que todo se reduce a la teología, aunque la primera cruzada ni siquiera empezó como una guerra religiosa. Creo que el papa Urbano estaba muy estresado porque los de Constantinopla le habían echado un cable, así que intentaba sumar algunos puntos y devolverlos al redil.

El señor Sanghetti está allí mirándolo, con los ojos abiertos, durante un segundo, luego se da la vuelta y camina hacia la parte delantera del aula.

—Bueno, supongo que es una perspectiva. —Se da la vuelta hacia nosotros—. No necesariamente la perspectiva correcta, pero una perspectiva, sin embargo.

Luc se echa hacia delante y pone los codos sobre la mesa. Sus ojos están encendidos. Entonces una sonrisa tranquila se dibuja en su cara.

—Bueno, si no quiere creer que solo fue una gran maniobra de poder, también existe la opinión de que unos nobles franceses estaban muy aburridos y necesitaban hacer algo.

Y el viejo cliché de salvado por la campana se hace realidad, aunque no estoy segura de a quién ha salvado exactamente, si a Luc o al señor Sanghetti.

Me giro para mirar a Luc.

—¿Lucifer?

—Sí, Mary Francis.

Lo miro con el ceño fruncido.

—¿Te llamas Lucifer, como el Demonio?

Y vuelve a aparecer esa sonrisa perversa.

—En persona. De donde yo vengo es un nombre habitual.

Me levanto de la silla.

—¿Dónde es eso?

Sus ojos se encienden, hambrientos y ansiosos.

—Un lugar donde no has estado nunca.

Me estremezco y niego con la cabeza.

—Hay que ver lo que algunos padres les hacen a sus hijos.

Sus ojos obsidiana tienen un brillo divertido mientras anda conmigo hacia la puerta.

—Deja que adivine: Mary Francis... una buena familia católica con... espera, no me lo digas... ¿Ocho hijos?

—Cinco. —No me gusta su tono—. Hasta luego —le digo por encima del hombro mientras me doy la vuelta hacia la cafetería.

—Hasta luego —dice él, pero puedo sentir que sus ojos arden en mi espalda mientras me alejo por el pasillo.

Me veo arrastrada hacia la puerta de la cafetería por la ola humana y encuentro a Taylor y a Riley en nuestra mesa habitual, justo al lado de la puerta, para una fácil huida. Las paredes, el suelo y las mesas de la cafetería son de color verde vómito, para que el vómito de verdad no deje manchas. Solo con mirarlo ya me da sensación de malestar.

Riley está inclinada sobre un libro, pinchando su ensalada con un tenedor doblado. Taylor da saltitos en la silla. Su pelo con puntas amarillas y rosas vibra a lo loco. Entre los saltitos y la mirada lasciva de sus ojos sé que no podré quedarme con Luc. Se ha enterado.

A pesar de todo, Taylor siempre ha sido lo que he necesitado en una amiga. Porque, en realidad, somos parecidas en todas las cosas importantes. Ninguna de las

dos es cálida ni afable. Ambas tenemos nuestros límites para evitar que los demás se acerquen demasiado. Y ambas respetamos esos límites desde el principio. Yo no sé de qué van los suyos y ella nunca me ha preguntado por los míos. Nunca he temido que Taylor me presionara intentando atravesar mis defensas. Y ella tampoco.

Riley y todos sus sentimientos, en cambio, son peligrosos. La primera vez que la vi, Angelique Preston le estaba restregando un helado de menta y trocitos de chocolate por la cara. Era el verano de después de sexto, y Taylor y yo habíamos ido a la heladería, donde Angelique tenía a Riley acorralada contra la pared exterior del edificio. Por las palabras que salieron de la boca de Angelique, algo así como «culo de sebo», y la herida y humillada mirada en los ojos de Riley supe que aquello no era una broma inocente entre amigas. Sin ni siquiera pararme a pensar, aparté de Riley el brazo de Angelique y se lo retorcí con una llave. Y, en aquel instante, de un tirón, hice una amiga accidental y una enemiga mortal.

Ahora Riley no tiene nada que ver con lo que era. Todavía tiene muchas curvas, pero ahora hace que los chicos se giren a mirarla. Apostaría algo a que fue en aquel momento, acorralada contra la pared de la heladería, llena de helado de menta y chocolate, cuando se decidió a perder peso.

—¡Cuenta! —dicen las dos mientras dejo la mochila en el suelo.

—¿Qué?

Taylor me fulmina con la mirada, cosa que sabe hacer muy bien.

—¡No te hagas las loca, Fee! Sabemos lo del nuevo buenorro cachas, ¡así que cuenta! ¡Venga!

Genial. Las noticias vuelan. Me hago la inocente.

—¿Está bueno? ¿Quién ha dicho eso?

Taylor todavía me mira.

—Eres una guarra.

—Lo dices como si fuera malo.

—¡Escúpelolo! —grita Riley, estampando el libro contra la mesa. Y de repente, toda la gente en un radio de tres mesas nos está mirando.

—Está bien, calmaos. Dejad que vaya a por la comida —les digo mirando una pasta irreconocible en las bandejas de la gente que pasa por delante—. ¿Qué coño es eso?

La cara de Riley se contrae.

—Probablemente tofu o algo así. El distrito ha vuelto a quedarse sin dinero esta semana.

—Genial. Dejad que vaya antes de que se acabe la ensalada. —Miro hacia la puerta, esperando que Luc cambie de opinión y pueda escaparme mientras Taylor hierve a fuego lento. Me tomo mi tiempo en la cola, eligiendo los trozos de lechuga menos mustios. Me tiro por lo menos cinco minutos eligiendo la magdalena de chocolate más grande, y me bebo y vuelvo a llenar la Coca-Cola dos veces antes de volver lentamente a la mesa. Cuando llego, juraría que a Taylor le sale humo por las

orejas.

—¡Cuenta, joder! —me dice, y yo me siento en mi silla.

—Solo es un tío nuevo. Luc. —Mis ojos giran hacia la puerta, esperando que aparezca por allí.

—¿De dónde viene?

—Ni idea.

Los ojos de Taylor me presionan.

—¿Cómo lo has conocido?

—Compañeros de redacción, el señor Snyder.

—¿Ya te ha pedido salir? —pregunta Riley.

Yo vuelvo a mirar hacia la puerta y entorno los ojos.

—Ni siquiera he conseguido que venga a comer con nosotras.

—Mmm... —Veo a Taylor afilar sus armas.

—No parece que sea tu tipo.

Me encojo de hombros.

Sus ojos están ansiosos.

—Así que podrías hablarle de mí.

Y se me forma un nudo en el estómago.

—Como quieras.

—¿Qué me dices de la fiesta del viernes? La de Gallagher. ¿Crees que vendría si se lo pidiera?

—Pero si ni siquiera lo has visto aún. —La acidez de mi voz me asusta. Ya sabía que esto pasaría, ¿por qué me sorprende?

Su expresión pasa al modo planificación. Se golpea el mentón con un dedo.

—La fiesta es pasado mañana. Si tú no se lo pides, es mío. —Me sonrío.

Yo le devuelvo la sonrisa, más falsa y dulce que la sacarina.

—¿Sabes qué, Tay? Vete al infierno.

Luc

Durante la hora de la comida me ocupo de esas cosas que tenía que hacer, que implican, principalmente, merodear por el aparcamiento, los vestuarios y las zonas de carga al acecho de alguien útil. Pero tengo que admitir que me está costando centrarme más de lo que esperaba. Me imagino lo bien que encajaría contra mi cuerpo una rubia rojiza de metro sesenta mientras...

Vale, esto es ridículo. *Céntrate.*

Pero, por alguna razón, me descubro pasando por delante de la puerta de la cafetería, y no solo una vez, ni dos, sino cinco, hasta que al final me rindo y entro. Llego hasta donde está Frannie, sentada al lado de la puerta, y me coloco detrás de

ella, justo a tiempo para oírla decir:

—¿Sabes qué, Tay? Vete al infierno. —Sonrío, porque creo que es bonito que invite a sus amigas a ir con ella.

—Hola —digo—. ¿Está ocupada esta silla? —Mi sonrisa se ensancha cuando ella casi se sale de su piel. Mmm... ¿qué es eso? ¿Pomelo? ¿Preocupada? Chica lista. Pero entonces capto una fragancia a jengibre y mi sonrisa se ensancha. Ella me desea. Excelente.

Sus amigas, una rubia delgada de mechadas rosas, con unos ojos brillantes color negro carbón y un pendiente en el labio, y una guapa castaña de apariencia más tímida y de unos intensos ojos marrones, me están mirando. Me ocuparé de ellas luego.

—Supongo que no. —Frannie se gira y sus ojos se encuentran con los míos—. Creía que tenías cosas que hacer —me dice, la decepción de su voz se enfrenta al jengibre que despide.

La examino mientras contesto:

—Ya he acabado.

En un abrir y cerrar de ojos, la rubia se pone en pie y coloca las manos sobre la mesa, realzando su escote mientras se inclina hacia mí desde el otro lado de la mesa.

—Ejem... Fee, ¿no nos vas a presentar? —Una media sonrisa provocadora se dibuja en sus brillantes labios rosa, y sus ojos no se apartan de los míos.

Frannie se revuelve en la silla, apartándose de mí para que no pueda verle la cara. Pero estoy seguro de que capto una fragancia a anís, regaliz, en el aire.

—Como quieras. Luc, estas son Taylor y Riley.

Yo asiento hacia ellas.

—¿Por qué has mandado a tu amiga al infierno? No es que sea malo, pero...

—Porque allí es donde debe estar —dice Frannie, dirigiéndole una mirada fulminante a la rubia, Taylor.

—¿Tú crees? —dice Riley con una sonrisa.

—Bueno, supongo que tendremos que esperar a ver —digo yo, y le sonrío a Taylor de un modo esperanzador. Me podría ser útil.

Los ojos de Taylor echan chispas mientras dice:

—Oye, Luc, ¿has oído lo de la fiesta de Gallagher del viernes?

Y ahora entiendo la decepción de Frannie. Su anís casi me deja inconsciente. Envidia. Interesante. Eso lo podré usar a mi favor.

—Creo que he oído algo al respecto.

—¿Vas a ir? —pregunta Taylor.

Le dirijo a Frannie mi mejor mirada penetrante de chico sensible.

—Depende. ¿Tú vas?

Ella me mira durante un instante y luego me dice:

—Supongo.

Mi boca se ensancha en una sonrisa.

—Entonces no me la perderé.

Veo claramente la mirada de Taylor, o cómo Frannie se ruboriza mientras se gira hacia la mesa y se suelta el pelo de la coleta, dejando que le caiga hasta los hombros y que le esconda la cara. Me siento en la silla a su lado y la acerco hasta la mesa de manera que nuestros hombros casi se tocan. Estoy seguro de que puede sentir mi calor, pero no me importa hacer que Frannie se sulfure. Es lo habitual.

—¿Necesitaréis que alguien os lleve a la fiesta?

Frannie levanta la mirada, los ojos abiertos, y grita:

—¡No!

Riley y Taylor se ríen, y a continuación Riley me sonrío tímidamente.

—Lo que quiere decir es que siempre vamos a las fiestas juntas.

Los ojos de Taylor me están comiendo vivo.

—Pero no siempre nos marchamos juntas —dice, arqueándome una ceja y dándole un codazo a Riley, quien sonrío y le devuelve el codazo.

—Es bueno saberlo. —Intento encontrar la mirada de Frannie, pero está otra vez escondida detrás de su pelo.

Mirada de ángel

Frannie

Las bisagras chirrían cuando abro la puerta del viejo y oxidado Chevrolet Cutlass de Riley y me subo. Ella se queda mirándome.

—¿Quién eres, y qué le has hecho a Fee?

—¿Qué?

—Llevas maquillaje. ¿Qué te pasa?

Toco el relleno que sale de un roto del asiento color negro vinilo mientras ella arranca el coche.

—No sé. Supongo que me apetecía.

—¿Así que no tiene nada que ver con míster buenorro, misterioso y rebelde?

Ignoro el nudo de mi estómago y bajo la ventanilla.

—Ya has oído a Taylor, es suyo. Y además, probablemente no vendrá.

—¿Y desaprovechar todo este cuerpo? —me dice, tocándome el hombro con un dedo—. ¡Sí, claro! Vendrá. —Me vuelve a mirar fijamente, pero, de repente, su expresión es seria—. Deberías ir a por él, Fee. Se ve que te gusta. Podría ser tu alma gemela.

La ola de vergüenza me pilla por sorpresa, y las palabras empiezan a salir de mi boca en un contragolpe defensivo.

—Algún día dejarás de vivir en tu pequeño mundo de fantasía y entenderás que no existe eso de las almas gemelas.

Al instante, me arrepiento. Escondo mi culpa girándome para descansar el brazo en la ventanilla. Apoyo el mentón en el antebrazo y siento el viento en la cara. Ella conduce calle abajo, respetando el límite de velocidad y haciendo una parada antes de doblar la esquina hacia casa de Taylor.

—Lo siento, Ry. Que no te afecte mi mala leche. Es solo que no creo que yo esté hecha para esa mierda del amor verdadero... o sea... lo siento, yo... —Y me callo.

Ella parece que va a ponerse a llorar, así que no me giro para mirarla.

—Algún día te sorprenderás, Fee.

—Lo que tú digas —digo, mientras se detiene delante de casa de Taylor.

Taylor sale corriendo y se mete en el asiento de atrás justo al mismo tiempo que Jackson Burchell para detrás de nosotras. Ella me toca la parte de atrás de la cabeza.

—Mira, Fee, ¿no es tu admirador no secreto?

Yo me encojo de vergüenza y me deslizo en el asiento.

—Genial.

El tono de Taylor es condescendiente.

—Deberías quedarte con Jackson, es una elección mucho más segura.

El hermano de Taylor, Trevor, baja las escaleras y le sonríe a Riley mientras camina hacia el coche de Jackson. Le sonrío a Riley y le doy un golpe en el muslo mientras Taylor mira a su hermano por la ventana y masculla:

—¡Gilipollas!

Le dará algo cuando se entere de que Riley y Trevor están saliendo.

—¿Listas para la juerga? —grita Taylor mientras Riley arranca el coche y sigue a Jackson.

Me incorporo en el asiento y me vuelvo para ver cómo se desabrocha los dos botones de arriba de la blusa y se pellizca las mejillas.

—Supongo.

Al instante su entusiasmo se convierte en antipatía cuando me ve la cara.

—¡No puede ser!

—¿Qué?

—¡Quieres a Luc!

Intento parecer enfadada.

—Creo que tu última neurona acaba de explotar.

—¡Eres una mentirosa! ¿Maquillaje? —Lanza las manos hacia arriba.

Riley sonríe por el retrovisor.

—¿Es que temes a la competencia, Tay?

Taylor se deja caer contra el asiento, brazos cruzados sobre el pecho y labios fruncidos.

—Bueno, ¿qué vas a hacer, Fee? ¿Vas a ir a por él?

—Tienes que tranquilizarte, Tay —le digo, y me giro para mirar por el cristal.

Llegamos a la fiesta y, antes incluso de que paremos, busco entre el gris anochecer, analizando a la multitud que está congregada en el jardín de los Gallagher. Los Gallagher tienen diez hijos, uno de los cuales, Chase, es el novio de mi hermana Kate. Desde el principio de los tiempos, todas las fiestas del instituto han sido en el jardín de los Gallagher; seguramente porque el padre trabaja por las noches y la madre está demasiado cansada como para que le importe lo que hacemos.

Durante un momento me siento decepcionada, pero luego bastante aliviada, cuando me doy cuenta de que la cara que busco no está entre la multitud.

La verdad es que no pude responder a la pregunta de Taylor porque no tengo ni idea de qué diablos estoy haciendo. Me he pasado casi una hora arreglándome para esta fiesta. Hasta he dejado que Kate, la nueva gurú de la moda, me ayudara a elegir la ropa y me maquillara. Como si de verdad importara mi aspecto. Y estoy realmente nerviosa, cosa que no me pasa nunca. Tampoco es que sea superconfiada. Es que por lo general me importa una mierda lo que la gente piense de mí.

Taylor me coge la mano.

—Ven a coger una cerveza conmigo. —Me acerca a ella mientras andamos—. Aún no ha llegado —me susurra al oído.

—No me importa —le digo yo, aunque es mentira.

Sus ojos echan chispas.

—Bien, porque a mí sí.

Siento una punzada en la barriga, como si me hubiera tragado el anzuelo de alguien. *¿Por qué solo con pensar en él me pasa esto?* Seguro que es peligroso. La clase de tío que puede atravesar las defensas de una chica.

Llegamos hasta el barril de cerveza y el guapo jugador de fútbol sin cuello Marty Blackstone, a quien Taylor le había echado el ojo hasta que apareció Luc, hace una demostración de bíceps mientras echa cervezas.

—Eh, Tay —dice llenando un vaso—, parecéis muertas de sed. Necesitáis un poco de líquido refrescante. —Sonríe y le tiende una cerveza. También me da una a mí y otra a Riley.

Por encima del hombro de Riley veo a Trevor y a sus amigos saliendo del coche de Jackson, y de repente descubro qué ve Riley en él. También es como mi hermano, así que nunca lo había mirado bien, pero se ha vuelto guapo mientras no le he prestado atención. Tiene una sonrisa bonita y hoyuelos, como Taylor, pero aparte de eso, siempre me había parecido bajito y escuálido. Ahora se le ve cuadrado, así que debe de estar haciendo ejercicio, y tiene aspecto de estrella de *rock*, con ese pelo rubio largo.

Él y Riley no paran de mirarse, y Trevor empieza a andar, cruzando el césped. Jackson lo sigue, sus ojos gris pálido están fijos en mí. Se aparta su largo pelo castaño de la cara para tener una mejor visión, y yo aparto la mirada enseguida para que no crea que lo estoy observando. No lo hago.

En la fiesta del pasado fin de semana acabé enrollándome con él en el armario de los abrigos. En aquel momento parecía una buena idea, seguramente porque Reefer me estaba haciendo ojitos y yo tenía miedo de caer. Pero esta semana en el instituto he descubierto el problema que tienen los jugadores de *hockey*. Un magreo y ya creen que les perteneces. Todavía no he tenido oportunidad de sacudirlo.

—Hola, Trevor —dice Riley con naturalidad. Sus ojos miran a Taylor.

Trevor mira hacia el suelo con una sonrisa cohibida y, rascando el suelo con la punta de la zapatilla, dice:

—Hola.

—Piérdete, Trev —dice Taylor, y veo que a Riley le cambia la cara.

Pero Trevor reacciona con rapidez. Le pasa un brazo por encima de los hombros a Taylor.

—Sí, ya veo que estar conmigo puede ser embarazoso para ti, como soy más guapo y eso...

Me río en voz alta, porque tiene bastante razón, y luego paro de golpe cuando noto una mano en el culo. Me doy la vuelta y veo los ciento ochenta centímetros de

Jackson de pie detrás de mí, sonriendo.

—Hola, Frannie. ¿Qué te parece si seguimos donde lo dejamos? —me dice moviendo una ceja.

Lo más importante que he aprendido del judo es el control, tanto físico como emocional, pero todas las chicas tenemos un límite. Aprieto el culo contra su mano y le sonrío con dulzura antes de quitarle la mano, agacharme, y lanzarlo al suelo por encima del hombro. Él cae con fuerza y se queda tumbado sobre la espalda durante un minuto, cogiendo aire. Me mira con los ojos muy abiertos; su boca, silenciosa, forma un pequeño círculo. Yo me inclino y pongo la cara sobre la suya.

—Eh, Jackson. ¿Qué te parece si no?

Taylor me choca la mano.

—¡Uauu! La ninja en acción. Ha estado guay.

Jackson se levanta del suelo, todavía respirando con dificultad, y Trevor le da un empujón.

—Joder, tío... ha sido patético.

Jackson no contesta. Simplemente se queda allí mirándome. Yo me pongo en posición de lucha, pensando que aquello puede ponerse feo, pero entonces sonrío.

—Tía, cómo me pones.

Genial.

Jackson me está rondando. Por la manera en que me mira estoy segura de que en su patética imaginación ya me ha desnudado. Me he pasado la última media hora dando vueltas entre la gente y la hoguera que está empezando a arder, intentando mantenerme alejada de él. Me muevo hacia donde no hay gente y veo que Jackson está girando en dirección contraria para interceptarme.

¿Dónde está Reefer cuando lo necesito?

Me doy puñetazos a mí misma mentalmente, me apoyo contra la barandilla del porche con la cabeza agachada asumiendo la derrota y esperando la inevitable mano en mi culo.

De manera que la voz, suave como la música, me da un susto tremendo.

—Parece que necesitas que alguien te haga un bloqueo.

Yo levanto la mirada hacia esos increíbles ojos azul cielo y, si el Cielo tuviera un rostro, seguro que sería ese. Su ceñida camiseta blanca realza su bronceado y marca una musculatura considerable. Está apoyado contra la barandilla, a mi lado, como si llevara aquí desde siempre, como si fuera de este lugar de mala muerte en vez de una playa de San Diego, con una tabla de surf bajo el brazo.

—¿Qué? —Es lo único que logro decir.

Él sonrío y se pasa una mano entre sus largos rizos platino que parecen cambiar de dorado a rojo y otra vez al dorado con el parpadeo de las llamas.

—¿He malinterpretado la situación? —me dice apuntando con la cabeza hacia

Jackson.

Yo entorno los ojos.

—No, pero puedo ocuparme de él yo sola, gracias. —Me separo de la barandilla y vuelvo con la gente.

El chico angelical no me sigue. Se queda en la barandilla y observa a Jackson reanudar su ataque. Tras otra vuelta al círculo vuelvo a dirigirme hacia la barandilla y me vuelvo a apoyar al lado del chico angelical. Miro al suelo.

—No creas que esto significa que necesitaba que me rescatases.

Él se ríe y yo lo miro.

—¿Sabes qué? Olvídalo. —Me aparto de la barandilla del porche, pero algo intenso como miles de diminutos rayos recorre todo mi cuerpo cuando su mano toca mi espalda y me detiene de golpe.

—Perdona, no me estaba riendo de ti —me dice riéndose—. Me reía de él. —Me mira y un escalofrío me recorre toda la espina dorsal.

—No tiene ninguna posibilidad.

—Si tú lo dices... —le digo yo, apoyándome contra la barandilla. La verdad es que he vuelto tanto para comerme con los ojos al chico angelical como para huir de Jackson.

—Me llamo Gabe —me dice, girándose hacia mí.

Yo lo miro fijamente. Oh, Dios. ¡Basta! Bajo la mirada hacia su pecho, que también vale la pena mirar fijamente.

—Frannie.

Él observa el vaso de cerveza que tengo en la mano y se aparta de la barandilla.

Y entonces es cuando oigo el «¡madre mía!» de Taylor. Miro hacia ella y todo el grupo nos está observando. Marty ha conseguido moverse con sigilo y ponerle el brazo alrededor de la cintura de Taylor, pero ella se aparta.

Y nosotras no somos las únicas que hemos visto a Gabe, porque veo a Angelique y su pandilla abriéndose camino desde la hoguera. Se dirige derecha a Gabe mientras él abre la puerta de la nevera que hay al lado del barril. Angelique se asoma al interior de la nevera, como si inspeccionara lo que hay dentro. Lo que en realidad está haciendo es poner sus enormes tetas en la cara de Gabe. Busco a Adam Martin, estudiante de último año y novio de Angelique, pero no lo veo por ningún sitio.

—¿Quieres beber otra cosa? ¿Agua? ¿Un refresco? —dice Gabe, mirándome a mí.

Y, mmm... esos ojos. Siento que mi corazón palpita durante un instante, luchando por mantener su ritmo normal.

—Ya tengo una cerveza, gracias —le digo, pero mientras hablo, siento que me quitan el vaso de la mano.

—Me la terminaré por ti. —El cálido aliento de Luc en la nuca me envía un escalofrío por todo el cuerpo, y se me para el corazón. Me doy la vuelta y su cara está a centímetros de la mía. Los mechones sedosos de su pelo alborotado rozan mi frente

y aspiro su fragancia: canela... mmm.

Taylor no se ha perdido nada.

—¡Joder! ¿De dónde sales?

Luc se pone derecho y vuelve a llenar mi vaso.

—Estaba por aquí —dice, haciendo un gesto hacia la gente y la hoguera. Pero yo estaba allí y él no estaba.

—Vaya... vale. Esta fiesta acaba de mejorar una barbaridad. —Taylor mira a Luc, luego a Gabe y luego otra vez a Luc, a continuación se suelta del brazo de Marty y avanza para situarse al lado de Luc. Me mira con las cejas levantadas.

—Bueno, ¿nos quedamos?

—Eh... bueno... —Miro a Riley para que me apoye—. Creía que nos íbamos.

Riley todavía está mirando a Gabe.

—Aún no.

Luc me da la cerveza y fulmina con la mirada a Gabe, que se ha acercado más.

—Gabriel —dice, pero de repente su voz dulce y cálida se ha vuelto lo bastante fría como para congelar el Infierno.

—Hola, Lucifer. —Y, a pesar de que su sonrisa no decae, la voz musical de Gabe se ha vuelto plana.

—Esperad, ¿os conocéis? —digo yo. Me quedo de pie entre ellos, un poco temblorosa. El aire a nuestro alrededor parece cargado de energía estática y me hace sentir un hormigueo por todo el cuerpo.

Gabe muestra una sonrisa torcida y mira a Luc.

—Se podría decir que sí.

—Por desgracia —añade Luc. Está como sonriendo, pero bajo ese porte tranquilo se siente de todo menos tranquilo. Incluso a medio metro de distancia puedo sentir la tensión en su cuerpo, enroscada y preparada para saltar. Su mandíbula se aprieta y sus puños están cerrados, deseosos de pegarle a algo, o a alguien. Mientras lo miro, creo ver una pequeña llama roja sobre la superficie de su mano que luego desaparece entre sus nudillos.

Me quedo allí de pie, sin habla. Todo mi cuerpo zumba con la creciente carga eléctrica que hay en el aire, e intento averiguar cómo he llegado hasta la quinta dimensión, porque mientras mi mirada pasa de Luc a Gabe, estoy convencida de que esto no puede ser real. Y empiezo a preguntarme si Jackson me habrá echado algo en la cerveza.

Angelique, dándose cuenta de que la atención no está sobre ella, me lanza una mirada antes de quitarse la chaqueta vaquera para revelar una camiseta sin mangas muy escotada. Se coloca frente a mí, entre Luc y Gabe, y yo me siento aliviada por haberme liberado de lo que fuera aquella extraña fuerza eléctrica. Pero, inmediatamente, Taylor la aparta de en medio.

—¿Dónde está Adam? —le pregunta a Angelique con una voz muy dulce y una sonrisa falsa a juego.

Angelique le clava el tacón en el pie a Taylor.

—¿Qué Adam?

Yo empiezo a sentirme un poco mareada y me doy cuenta de que no estoy respirando. Me aparto del corrillo, cierro los ojos, y cojo aire profundamente, intentando recuperarme.

—Bueno... —La voz de Luc, suave y en mi oído, me hace dar un salto. Abro los ojos y noto que las piernas se me ablandan. Él me dedica una media sonrisa y coge un mechón de pelo de mi cara y me lo coloca detrás de la oreja—. Esperaba poder llevarte a casa.

Por mi corazón acelerado está claro que marcharme con Luc sería un error. Me vuelvo hacia Gabe, que aún me está mirando. Una ola de calor me sube por el cuello hasta la cara cuando me doy cuenta de que quedarme sería un error aún mayor.

Me coloco al lado de Riley y le digo:

—¿Estás lista? Vámonos. —Mi voz suena desesperada, y supongo que lo está.

Ella mira hacia Trevor y sonrío.

—Lo siento, Fee —dice, girándose hacia mí y encogiendo los hombros.

Yo siento el calor de Luc, demasiado cerca detrás de mí, pero no me giro a mirarlo.

—Yo estoy listo —me dice.

Oh, Dios. ¿Por qué no puedo respirar?

Mis ojos vuelven a deslizarse hasta Gabe, lo que resulta ser un error, porque él aún me está mirando, y esos ojos azules no me ayudan con lo de mi respiración.

Aparto la mirada y me doy la vuelta para darle la espalda tanto a él como a Luc, al tiempo de ver a Reefer y a sus amigos saliendo de su furgoneta negra.

Mierda.

De nuevo me vuelvo hacia Luc, con cuidado, para evitar sus ojos. La falta de oxígeno hace que pensar sea un reto, pero soy capaz de balbucear:

—Eh... vale. Supongo que podemos irnos... si quieres.

Riley está apartada de la riña de gatos. Levanto un poco la voz para hacerme oír por encima del tumulto:

—Riley. —Ella mira hacia mí—. Me marcho con Luc. ¿Vale?

La luz del fuego parpadea en sus ojos mientras sonrío con complicidad y asiente.

Vuelvo a mirar un momento a Gabe, quien me mantiene la mirada y me dirige una calurosa sonrisa, y entonces siento que las yemas de los dedos de Luc me queman la camiseta en la parte baja de la espalda. Siento su olor a canela cuando se acerca por detrás y me susurra:

—Vámonos.

Al tocarme, se me forma un cosquilleo en la barriga que empieza a atravesarme el cuerpo entero, cada vez con mayor intensidad, hasta que todo mi cuerpo está zumbando, algunas partes más que otras. Dejo que me guíe a mí y a mis piernas de gelatina hasta su coche.

Luc

Así que han enviado a Gabriel. No a un ángel, sino a un Dominación. Un protector de la segunda esfera. Y no a cualquier Dominación, sino a la mano izquierda del gran Gabriel. Eso solo puede significar una cosa: que el alma de Frannie es tan importante que vale la pena luchar por ella.

Mientras nos marchamos de la fiesta, Frannie analiza el coche.

—¡Mola! Un Shelby Cobra GT. Y en buenas condiciones. Es un clásico. ¿Del 67?

No puedo evitar sonreír.

—Del 68. Sabes de Mustangs.

Ella se vuelve hacia mí y sonrío, y de repente me llama la atención lo increíblemente viva que está. No es que los mortales no estén vivos por definición, pero hay diferentes grados de vivacidad. Algunas personas están casi muertas, incluso cuando creen que están vivas. Frannie no es una de ellas.

—Por cierto, eso ha sido impresionante.

Ella me lanza una mirada de reojo.

—¿El qué?

—Lo de lanzar a ese tío por encima de tu cabeza.

Sus ojos se abren.

—¿Lo has visto?

—Sí. Debía de pesar el doble que tú. Impresionante.

Se da la vuelta y mira por la ventana.

—Sí, puede. —Pero sé que está sonriendo.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Dónde aprendiste a hacer eso?

—Judo. Ocho años.

—Interesante. —Cada vez me gusta más esta chica.

—Bueno, ¿adónde vamos?

Ella se da la vuelta para mirarme con una leve sonrisa.

—Creía que habías dicho que me llevabas a casa. —Está empezando a relajarse, mueve los hombros al ritmo de la música del radiocasete.

—Eh... ¿he dicho eso? Bueno... si es lo que quieres...

Sus cejas se arquean y una pequeña sonrisa traviesa aparece en las comisuras de sus labios.

—¿Tenías alguna otra cosa en mente?

—Podríamos hacer el resumen de clase de inglés —digo, y apenas puedo contener la risa.

—¿En serio? ¿Esa es tu idea de una cita caliente?

—Perdona, no sabía que esto era una cita caliente. —Y esta vez no puedo

contener la risa cuando ella se encoge de vergüenza—. Y ¿cómo de caliente te gustaría que fuera? Tengo varios niveles de calor, desde el Luc cálido hasta, literalmente, el Luc más ardiente que el Infierno.

Veo cómo se le enrojecen las mejillas y el coche se llena de jengibre. Un progreso excelente.

—Eh... bueno... estaba pensando más en... bueno, podríamos hacer ese resumen.

—Su voz se va apagando y ella está más roja que las brasas del Infierno.

—El resumen. Una sugerencia excelente. ¿Por qué no se me había ocurrido? —Le dirijo mi sonrisa más encantadora—. ¿En tu casa o en la mía?

Su frente se arruga mientras piensa en las opciones.

—Quizás debería irme a casa y ya está —dice al final.

—Como quieras.

Vamos en silencio, pero cuando vuelvo la esquina que lleva a su calle suelta:

—¿Te gusta el café? Hay un Starbucks justo en la esquina.

Las ruedas chirrían porque cojo el giro a la derecha demasiado fuerte, y tengo que esconder la sonrisa cuando se agarra al asiento para no caer encima de mí.

—¿De qué conoces a ese tal Gabe? —me pregunta por encima de su humeante taza de café.

—Es una historia muy larga. —De siete mil años.

—¿Sois amigos o algo?

—No. Jugamos en equipos rivales.

—¿A fútbol? —Parece aturdida, supongo que no encajo como jugador de fútbol.

Me inclino hacia delante y la miro a los ojos, rozando mis dedos sobre la mano que tiene sobre la mesa. Contemplo cómo se estremece y un cosquilleo eléctrico recorre mi cuerpo (¿excitación?, ¿expectativa?) cuando su pulso se acelera bajo mis dedos. Con la mente, la presiono muy ligeramente.

—¿Sabes?, preferiría hablar sobre ti. Cuéntame algo que no sepa sobre Mary Francis Cavanaugh.

Ella aparta un momento la mirada y luego vuelve a posarla en mí durante un largo instante antes de decir, entre la niebla:

—Odio mi nombre.

—Y ¿por qué no dices que te llamen Mary?

—Porque es como se llama mi hermana. —La niebla empieza a levantarse y ella se inclina y pone los hombros sobre la mesa, acentuando ciertas curvas y distrayéndome seriamente.

Yo me obligo a respirar hondo y a volver a mirarla a los ojos.

—¿Tu hermana también se llama Mary?

—Todas se llaman Mary, pero solo llamamos así a la mayor.

—¿Cuántas hermanas tienes?

—Cuatro.

—¿Y las cinco os llamáis Mary? Eso puede ser un lío.

—Por eso no nos llaman así.

—¿Cómo se llaman tus hermanas?

—Bueno, está Mary Theresa, Mary. Y Mary Katherine, Kate. Luego yo, Mary Francis. Mary Grace, solo Grace. Y Mary Margaret, Maggie.

Contengo la risa. Esto es genial.

—Una buena familia católica —digo, intentando parecer sincero.

—Supongo que se puede decir que sí. —Mmm... vinagre. ¿Culpa? Eso lo tendré que investigar más adelante.

Cuando sorbe lo que le queda de café, echa la cabeza hacia atrás, arqueando su largo y blanco cuello y tensando la camiseta sobre su pecho. La ola de deseo que siento es casi paralizante. Cierro los ojos e intento aclararme la cabeza. *Céntrate*. Cuando los abro, ella me está mirando fijamente.

—Debería irme a casa ya —dice, con un poco de decepción en la voz.

—Como quieras —le digo, queriendo llevarla a cualquier sitio menos a su casa.

Frannie

Paramos en mi casa y Luc apaga el motor. La luz del salón dibuja una franja amarilla en el césped de delante. Papá me espera levantado, como siempre.

Addicted, de Saving Abel, suena a todo volumen en el radiocasete de Luc, y habla de ciertas cosas que pasan entre las sábanas, cosa que hace que el corazón se me salga del pecho y que mi imaginación se desboque. No soy ningún angelito; he estado con chicos antes. Bueno, no he estado del todo, pero casi. Tercera base y media, lo llamo yo. Pero siempre he sido yo la que ha anotado y ninguno de ellos ha creado nunca tal lío en mi imaginación como lo hace Luc. Es como si, sin ni siquiera tocarme, hubiera entrado en mi cabeza y estuviera allí dentro estudiando mis más sucios pensamientos y fantasías. Y cuando los encuentra, los hace aparecer. A todo color y en 3D. Pero lo que más odio es que me gusta. Ningún chico me había hecho sentir antes completamente fuera de control. Me da mucho miedo, de un modo salvaje y excitante, y no del todo malo.

Me giro y lo encuentro mirándome fijamente, y, de repente, en el coche no hay oxígeno. Suelto un suspiro entrecortado.

—Bueno, gracias por el café —le digo, queriendo salir disparada del coche, pero también queriendo quedarme toda la noche.

—¿Estaba lo bastante caliente para ti? Porque la próxima vez podemos probar algo un poco más caliente, si quieres. —Mmm... Esa sonrisa perversa... Pero se ve que intenta no reírse. ¿Se está riendo de mí?

—Ha sido... —No sé cómo acabar, porque lo que está sucediendo en mi interior está mucho más caliente que el café. Es todo lo que puedo decir para resistir las ganas que tengo de acercarme y tocarlo—. Bueno, te veo el lunes. —Alargo una mano temblorosa para abrir la puerta y de repente su mano está allí, sobre la mía.

Se inclina hacia mí y, con la otra mano, me coloca el pelo detrás de la oreja. Siento que sus labios rozan mi piel mientras me susurra:

—Estaré esperándolo.

Su cálido aliento en mi oreja hace que me atraviere un escalofrío, y me da mucha vergüenza cuando me doy cuenta de que el leve gemido que acabo de oír era mío. Avergonzada, tiro de la manilla de la puerta, pero su cálida mano todavía está allí, evitando que la abra.

—¿No me das un beso de buenas noches? —me dice, y cuando me giro para mirarlo, mi nariz roza la suya.

Yo me niego a ceder al pánico que me sube desde la barriga, o a la parte de mí que aún quiere besarlo. Lo miro a los ojos e intento mantener la voz uniforme mientras le pongo la mano en el pecho y lo empujo hacia atrás.

—En la primera cita, no.

Su expresión se vuelve momentáneamente extraña, pero luego se suaviza.

—Como quieras —dice. Su dedo dibuja un camino a lo largo de la línea de mi mandíbula, luego se echa hacia atrás en su asiento y sonrío—. Dulces sueños.

Lo miro durante un momento más y luego abro la puerta y salgo como puedo del coche. Él enciende el motor mientras yo cierro la puerta, pero no se marcha. Puedo sentir el peso de su mirada mientras me dirijo a trompicones hasta la puerta. Y, antes de cerrarla detrás de mí, miro hacia atrás y veo el brillo rojo de sus ojos entre las luces del salpicadero.

Subo las escaleras rápidamente y cuando llego a mi habitación, corro hasta la ventana y veo las luces traseras de Luc desaparecer calle abajo. Durante un rato me quedo mirando por la ventana el lugar donde me ha dejado, sintiendo el latido de mi corazón y ese hormigueo en la barriga, mientras imagino que dejo que me bese. Gimo levemente para mí y voy hasta la cómoda, de donde cojo la foto de mi hermano.

—Estoy perdiendo la razón, Matt —le susurro.

Me llevo la foto conmigo, cojo el diario de Matt de debajo de mi colchón y lo abro encima del escritorio. Me siento en la silla y leo las primeras líneas de mi última entrada, del miércoles, el día que conocí a Luc.

Matt, hoy te habrías reído mucho de mí, he babeado por un tío. Pero tiene algo. Lo sé. Soy estúpida. Y no es mi estilo. Por favor mándame un rayo si me convierto en una adolescente patética y blandengue. Yo tampoco creo en esa gilipollez del amor a primera vista. En realidad no creo en el amor. Pero el deseo... está muy vivo.

Inspiro profundamente, cojo mi boli y paso a la página siguiente. No sé qué más escribir porque mi maraña de emociones está un poco confusa y es casi imposible de

articular. Pero si hay alguien a quien puedo contarle cómo me siento, ese es Matt. Él era más que mi hermano, era mi mejor amigo, el único que me entendió realmente. Yo sé que Matt guardará mis secretos.

Así que se lo cuento todo, aunque sea muy vergonzoso. Se lo debo. Una pequeña parte de mí es lo más parecido a una vida que puedo darle. Vuelvo a empezar.

Matt, ¿recuerdas el tío del que te hablé, Luc? —Me detengo, todavía luchando por organizar mis pensamientos de una manera coherente que pueda poner en el papel—. No sé qué me pasa. Pero es él. No es bueno. Todo él es malo. Cuando está cerca no puedo pensar ni respirar bien. Pero quiero tenerlo cerca. Lo sé, estoy perdiendo la razón. Pero hay algo en él. Una energía extraña, oscura y magnética, y, aunque me asusta un poco, vale, un mucho, es como si no pudiera mantenerme alejada de ella.

Lo que dije antes sobre el amor lo decía de verdad. Cuando Reefer lo dijo, lo arruinó todo. Porque el amor no existe, no en la realidad. El abuelo y la abuela son las únicas personas que he visto que estuvieron cerca. Es peligroso creer en algo que solo puede hacerte daño. Así que yo no lo hago.

Pero Luc...

Me estremezco, mirando mi letra temblorosa. Escribo una línea más y cierro el diario.

Pégame un tiro.

Me levanto y me preparo para irme a dormir. Pero cuando me acuesto y cierro los ojos, veo rizos platino y unos brillantes ojos azules. De repente, deseo haber averiguado más cosas sobre Gabe. Quizás Riley y Taylor sepan algo. Cojo el móvil y le mando un mensaje a Riley: «¿Tay se enrolló con Gabe?».

La respuesta tarda menos de un minuto: «Gabe se fue cuando tú. ¿Qué pasó con Luc?».

«Nada. ¿Sabes a qué instigaba Gabe?».

«No. ¿Por qué? ¿También lo quieres?».

«¡No! Solo curiosidad».

Cierro el teléfono con fuerza, frustrada, y me acuesto en la cama, contenta de que sea fin de semana. Unos días apartada de los chicos me irán bien, porque me están haciendo un lío en la cabeza.

Pero cuando llega el domingo, siguen ahí dentro, a pesar del judo y de la meditación para aclararme la cabeza.

—Pásame la llave dinamométrica, Frannie.

Revuelvo en la caja de herramientas del abuelo y la encuentro. Luego me acuesto en el suelo de cemento de su garaje y me meto, a su lado, bajo su Mustang descapotable del 65 restaurado.

Para mí el olor a aceite y a tubo de escape significa domingo por la tarde. Desde que pude coger un destornillador sin sacarme un ojo, todos los domingos después de misa he estado con mi abuelo debajo de un coche. Mis hermanas creen que soy rara, pero no creo que haya nada mejor que esa sensación de éxito cuando desmontas algo

y luego lo vuelves a montar sin que sobre ninguna pieza, y que además funcione. Algunos de mis mejores recuerdos son de momentos que he pasado sobre el frío suelo de cemento de este garaje.

—Ya falta menos —digo, mirando donde él está apretando la última abrazadera del motor que hemos estado reacondicionando durante todo el invierno.

—No más de una semana o dos. ¿Puedes coger esa llave y aguantar este tornillo mientras yo aprieto la abrazadera? —me dice, y su voz profunda y ronca resuena en mis huesos.

—Claro. ¿Me dejarás conducirlo?

—Serás la primera. Después de mí, claro. Como recompensa por tu trabajo. —Se gira hacia mí y sonrío. Sus sonrientes ojos azules son cálidos y suaves incluso bajo la fuerte luz del tubo fluorescente que cuelga de la barriga del Mustang.

—¡Genial! —Me imagino a mí misma pasando por la calle, con la capota bajada y la música a toda leche.

Él se pasa la mano llena de grasa por la cabeza medio calva, dejando una gran mancha negra rodeada por unos cortos pelos grises.

—Ya casi podemos echarle el aceite. En el rincón hay una garrafa. ¿Puedes echar cuatro litros?

—Claro —digo, saliendo de debajo del coche.

—Allí también hay un embudo. Ya te diré cuándo estoy listo.

Cojo el aceite, lo llevo, y abro la tapa del aceite de la placa del motor.

—¿Abuelo?

—¿Sí?

—¿Cómo conociste a la abuela?

Él se ríe, un sonido agradable que inunda el garaje y mi corazón.

—En una carrera de coches, cuando íbamos al instituto. Era una chica buena. Casi no la habían besado. —Se ríe—. Pero llegué yo y lo arreglé.

—¿Cuándo supiste que la querías?

—En cuanto la vi.

—¿Y cómo sabías que ella te quería a ti?

Puedo oír la sonrisa en su voz.

—Me lo dijo, y luego me lo demostró, no sé si me entiendes.

Intento imaginármelos jóvenes, como en algunas de las fotos que he visto: el abuelo pavoneándose con sus vaqueros con un paquete de cigarrillos sujeto en la manga enrollada de la camiseta, y la abuela, una buena chica con un brillo pícaro en los ojos. Y luego pienso en la abuela, en cómo me gustaba acurrucarme con ella en el sofá mientras me leía los clásicos, y el corazón me duele.

—¿La echas de menos?

—Todos los días.

—¿Crees en el Cielo?

—Sí.

—¿Crees que la abuela está allí?

—Si hay alguien allí, será ella. No creo que Dios le tenga en cuenta que me quisiera.

—¿Crees que Matt también estará allí? —le pregunto, superando el nudo que tengo en la garganta.

—Claro que sí. Sentado en las rodillas de su abuela.

Aunque sé que todo es una mentira, igual me gusta oírle decirlo. Es como un bonito cuento de hadas.

—Gracias, abuelo.

—Ya puedes echar el aceite. Despacio y con cuidado.

—De acuerdo.

Sabe Dios

Luc

Es lunes por la mañana y el pasillo está abarrotado de cuerpos calientes y húmedos. Mmm... como en casa. Y entonces lo noto. Esa señal en mi sexto sentido. Gabriel.

Cierro la taquilla, me doy la vuelta, y allí está, apoyado contra la pared al lado del aula 616, hablando con Frannie. Y ella le sonrío, se ríe, flirtea y se ruboriza.

¡Ese cabrón está haciendo trampas!

De repente, me invade una emoción irreconocible mezclada con ira, y lo único que quiero es tener la cabeza sangrante de Gabriel entre mis manos. A pesar de que los ángeles no sangran, ni aunque les arranques la cabeza.

Con tres zancadas llego al otro lado del pasillo. Me doy cuenta de que tengo una expresión de rabia, y la rebajo con mi mejor sonrisa.

—Gabriel.

Frannie parece un poco aturdida cuando se gira hacia mí.

—Oh... hola, Luc.

Gabriel sonrío.

—Lucifer.

—Me alegro de verte. ¿Qué te trae a los modestos pasillos del instituto Hades?

—Lo mismo que a ti. Una educación de calidad —dice, y sonrío.

Los ojos de Frannie se aclaran un poco y se mueven de uno a otro con cautela.

—Pórtate bien. —Se gira hacia Gabriel y le toca el brazo—. Si necesitas ayuda con ese ejercicio de física...

Mi ira bulle peligrosamente cerca de la superficie. Siento que mi poder crece.

—¿Vais juntos a física? —digo, lanzándole una mirada asesina a Gabriel.

Frannie lo mira de una manera diferente.

—Gabe es mi nuevo compañero de laboratorio.

—¿De verdad? —gruño, apretando los dientes.

Él se aparta de la pared encogiéndose de hombros y se acerca a Frannie.

—Supongo que he tenido suerte.

La suerte no tiene nada que ver con esto. Es más la intervención divina.

Mis evaluadores ojos pasan a Frannie. No hay daños importantes. Nada que yo no pueda arreglar.

—Bueno, ¿historia? —le digo.

—Ah, sí. Deja que coja el libro. —Mientras cruza el pasillo, su frente se arruga.

Sacude la cabeza una vez, apartando la niebla. Yo me vuelvo hacia Gabriel mientras ella gira la cerradura.

—¿Por qué te han mandado a ti? Parece un poco exagerado. Cualquiera ángel de tres al cuarto podría fracasar igual de estrepitosamente que lo harás tú.

—Ya veremos —dice. No me gusta la sonrisa de confianza de su cara. Sabe algo que yo no sé.

Pongo mi cara de póquer, buscando información.

—Tú y yo sabemos que si hubieras podido, ya la habrías marcado. ¿A qué se debe la espera? ¿Tiene demasiado mal en su interior?

Él sigue petulante, pero la frustración en su voz lo delata. He puesto el dedo en la llaga.

—Eres el mismo capullo estúpido que has sido siempre. Con todo el orgullo y la arrogancia que te trajo hasta aquí. Creo que después de todos estos milenios aún no tienes ni idea de por qué estás aquí, ¿verdad? ¿Qué pasa con ella? —me pregunta.

Ahora ha sido él quien ha puesto el dedo en la llaga. Lucho por mantener la compostura. No tiene que saber que tiene razón.

—Lo único que importa es que el alma de Frannie será enviada al Infierno, y pronto.

—Sí, buena suerte —me dice. Y si pudiera matarlo, lo haría, pero ya lo he intentado antes y no salió demasiado bien. Resulta que el querubín es más duro de lo que parece.

Entonces vuelve Frannie. Me roza el codo y un hormiguelo atraviesa todo mi cuerpo.

—¿Listo? —me dice.

—Sí, vamos. —Coloco las yemas de los dedos en la parte baja de su espalda y la guío por el pasillo. Él necesita hacer trampas, yo no. No me hace falta el poder, solo el encanto.

Frannie

Respiro profundamente e intento aclarar mis ideas. Gabe es deslumbrante, supongo. Estiro el cuello y, a través de la nube de humanidad, lo veo apoyado contra las taquillas, observándome. *Joder, ¿cómo puede ser alguien tan guapo?* Respiro contra la palpitación de mi pecho y me giro hacia Luc, que también es realmente guapo.

—¿Qué tal la clase de matemáticas? —pregunto, ignorando las feromonas que inundan el ambiente, procedentes de todas las chicas que miran a Luc mientras avanzamos como podemos por los pasillos. Tengo que hacer un gran esfuerzo para no girarme y volver a mirar a Gabe. En lugar de eso, me concentro en los dedos de Luc, que me queman la espalda y me ponen caliente en lugares donde probablemente no

deberían.

Él levanta una ceja.

—Creo que soy la mascota de Felch. Le gusto.

—¿En serio? Ya sabía yo que había algo muy raro en ti. —Intento fruncir el ceño, pero la sonrisa que siento en mi cara arruina el efecto. Lo siguiente que siento es a Taylor casi tirándome al suelo cuando me embiste por detrás.

—¿Lo has visto? ¡Gabe está aquí! ¡Madre mía! —grita.

Miro a Luc a tiempo para ver que sus ojos se encienden junto con su genuino ceño fruncido.

—Sí, es mi compañero en el laboratorio de física. —Me sorprende el tono posesivo de mi voz. Por desgracia, no se le pasa a ninguno de los dos. La mandíbula de Luc se tensa mientras Taylor me mira fijamente.

—¿Es tu compañero de laboratorio? —Le lanza una mirada a Luc y su voz se agría—. El universo es muy injusto.

Yo, simplemente, me encojo de hombros.

—Hablaré contigo en la comida —me dice, dándose la vuelta y marchándose por el pasillo.

—Vale... eh... bien —digo.

Una sonrisa maliciosa se dibuja en la cara de Luc.

—Creo que deberías hacer que salieran juntos.

—Ya veremos. —Atravieso la puerta del aula de historia, donde el señor Sanghetti levanta la vista y le lanza a Luc su habitual mirada asesina.

Luc me mira a mí con una sonrisa irónica mientras nos sentamos. Se saca una bola de papel del bolsillo trasero y la tira sobre su mesa.

Yo lo miro con incredulidad.

—¿Eso es tu trabajo?

Él me dirige una sonrisa pícaro y se echa hacia atrás en su silla, entrelazando los dedos detrás de la cabeza.

—Sí.

Sintiéndome superior, meto la mano en mi mochila para sacar mi trabajo, con su aseada cubierta de plástico. Pero mi cara pierde todo su color cuando me doy cuenta de que no está allí. Esta mañana, mientras no hacía otra cosa que pensar en Luc y en Gabe, me lo dejé sobre la mesa de mi habitación. ¡Mierda! El señor Sanghetti no acepta excusas.

Por favor, denos otro día. Por favor, por favor, por favor...

—Sé que los trabajos eran para hoy —comienza a decir el señor Sanghetti, mirándome directamente a mí—, pero después de clase tengo una cita y no quiero tener que cargar con ellos. Entregádmelos mañana —dice, y por poco me caigo de la silla.

Me paso el resto de la clase de historia intentando no reírme mientras Luc y el señor Sanghetti siguen a lo suyo.

—Será mejor que estudiéis el capítulo 8 para el examen del miércoles —dice el señor Sanghetti mientras suena el timbre, a la vez que mira directamente a Luc con una sonrisita de satisfacción.

Me inclino hacia él.

—Creo que el señor Sanghetti busca la revancha. Que tengas suerte —le susurro.

—No me puede preguntar nada que no le pueda responder. ¿Vamos a comer? — Se levanta y lanza su bola de papel, como si estuviera jugando a baloncesto, sobre la mesa del señor Sanghetti.

—Te va a poner un cero, ¿sabes?

Luc levanta una ceja.

—¿Por entregarlo antes de tiempo? A ver si se atreve.

—Ya, bueno... Por cierto, ¿cómo es que sabes tanto de historia?

—El canal de historia —dice, quitándole importancia.

—Debes de verlo mucho, porque de la manera que hablas, es como si hubieras estado allí.

Vuelve a mostrar esa sonrisa.

—¿En serio? Quizás estuve en otra vida.

Y yo empiezo a hacerme preguntas. Porque hay algo en Luc...

Luc

Frannie y yo entramos en la cafetería y mi estómago empieza a revolverse como siempre, pero esta vez no tiene nada que ver con la comida. Gabriel está en mi sitio, delante de Taylor y de Riley. Cierro los ojos, esperando que cuando los abra se haya ido, que sea un producto de mi imaginación. Pero no, sigue ahí, resplandeciente y de carne y hueso. Pienso en utilizar mi poder contra él, quizás romper la silla en la que está sentado y hacerle caer de culo, pero un golpecito no le hará nada. Siento que la electricidad chisporrotea en mi puño apretado, que está empezando a ponerse rojo, y guardo mi magia antes de que alguien la vea.

Los ojos de Frannie se iluminan, luego me mira, se encoge de hombros y avanza hacia nuestra mesa; deja la mochila en el suelo y se sienta en la silla de al lado de Gabriel. Acerca la silla a la de él, demasiado cerca.

Él me dirige una mirada triunfal y le pone la mano en la espalda. En un instante estoy allí, apartándole la mano. Me siento en la silla que hay al otro lado de ella, más cerca de lo que lo haría normalmente. Tendré que arriesgarme a que mi calor sea demasiado para ella. Si no lo hago, el tramposo de Gabriel la tendrá marcada antes de que acabe de comer.

Taylor y Riley están sentadas juntas. Por lo menos son una cierta distracción. Eso me será útil.

—Voy a por la comida. ¿Alguien más tiene hambre? —dice Frannie, y veo que su pie sale disparado y golpea la rodilla de Taylor.

—¡Ah! Sí, voy —dice Taylor, y coge a Riley por el brazo. Las tres andan hacia la cola y, durante todo el camino, Taylor no para de mirar hacia atrás por encima del hombro.

Yo fulmino a Gabriel con la mirada.

—Tienes que acabar con esto. Causarás daños importantes.

—Es la guerra, Lucifer. Todo vale.

—Entonces, ¿tu equipo está dispuesto a saltarse las normas? Porque no es típico de vosotros.

—¿Me vas a dar lecciones de moralidad? —Se ríe, una carcajada fuerte y sarcástica—. Oh, esto es muy especial. Además, no me estoy saltando ninguna norma.

—Técnicamente quizás no, pero no quiero que le pase nada a Frannie. —Sí... ya. Por eso intento llevármela al Abismo, para que tenga una eternidad de dolor y tortura.

Obviamente, él también se da cuenta de lo absurdo que suena eso, porque se me queda mirando durante un minuto muy largo antes de contestar:

—¿Sabes? Te creo. Vaya. —Sigue mirándome y yo le devuelvo la mirada.

Frannie deja la bandeja encima de la mesa haciendo ruido con los cubiertos de metal y se sienta en su silla entre Gabriel y yo, rompiendo nuestro pulso de miradas.

—¿Qué, chicos, os estáis poniendo al día? —dice con simpatía, como si no fuera obvio que Gabriel y yo nos arrancaríamos la cabeza si se presentara la oportunidad—. ¿Cuánto tiempo decís que hacía que no os veíais?

Cuatro siglos.

—Un tiempo —digo yo, volviendo a mirar a Gabriel.

Riley y Taylor se unen a nosotros con un espectáculo de ruido de bandejas, pestañeos, relamidas de labios y sacudidas de pelo.

—Oye, Gabe —dice Riley, empujando a Taylor con el hombro para colocarse mejor delante de él—, ¿de dónde eres?

Gabriel la mira y sonrío.

—Del Cielo —contesta. Es obsceno cómo brilla cuando lo pone en marcha. Cualquiera que lo viera de cerca se daría cuenta de que ese resplandor es algo más que su brillante personalidad.

Taylor le da un codazo a Riley y masculla un «No me jodas» antes de sonreírle a Gabriel y preguntarle:

—¿El Cielo dónde? ¿En Montana o algo así?

Gabriel asiente, todavía sonriendo.

—Algo así.

Taylor y Riley parecen un poco aturdiditas, obviamente el plan es la distracción, ya que los ángeles no pueden mentir.

—Así que has venido del Cielo al Infierno —dice Taylor riéndose.

La mirada de Gabriel se dirige hacia mí.

—¿El Infierno? —pregunta, entrecerrando los ojos.

Taylor se inclina sobre la mesa.

—Sí, instituto Hades. ¿Lo pillas?

Él se mueve en la silla y coloca un brazo sobre el respaldo de la silla de Frannie, mirándome con una media sonrisa sarcástica y burlona en la cara.

—Eso es jugar en casa.

Frannie cambia de posición y se acerca más a él y yo siento que se altera mi poder. Respiro hondo y me inclino hacia ella.

—¿Quieres que quedemos el domingo? Podemos trabajar en ese resumen de inglés —le digo con dulzura y susurrando con mi voz más persuasiva en su oreja.

—Lo siento, pero el domingo voy a la iglesia y luego a casa de mi abuelo. ¿Qué tal el sábado?

Debí haberlo sabido, pero igual me duele. Gabriel está hablando con Riley y con Taylor, y veo que su sonrisa se ensancha, aumentando mi dolor. Chulo cabrón.

Saco mi encanto, el poder aún no.

—¿No puedes faltar un domingo?

Ella sonrío disculpándose.

—No conoces a mis padres, pero estoy segura de que los habrás visto en la tele: el papa y la madre superiora.

—Deben de ser lo peor, ¿no?

—No es para tanto. Son buenos padres.

La sonrisa de Gabriel se ensancha.

Frannie

¿Cómo explicar cómo es mi familia? No es que me avergüence de ellos ni nada. Conozco a muchas chicas de diecisiete años que no hacen más que quejarse de sus familias. En general la mía está bien. Lo único es que es muy religiosa. Pero yo soy como la oveja negra.

—Digamos que no siempre sigo sus nobles principios morales.

Una sonrisa se dibuja en la cara de Luc y le echa una mirada a Gabe por encima de mi hombro.

—Me gusta cómo suena eso.

Ahora mi cara está ardiendo.

—Tampoco es nada muy interesante. Solo que mis hermanas acatan la disciplina mejor que yo.

Su ceja se levanta de golpe.

—¿Mary, Mary, Mary y Mary?

Es un capullo.

—Sí.

—¿Son mayores que tú o más pequeñas?

—Dos mayores y dos más pequeñas.

—No he visto a nadie que se parezca a ti por los pasillos.

—Mis hermanas no vienen aquí.

—¿Ah no?

Bueno, aquí es cuando se pone un poco embarazoso. Taylor me está sonriendo desde el otro lado de la mesa, y noto que me da una patada por debajo. Zorra.

Pincho un tomate cherry con el tenedor, lanzando un chorro de jugo de tomate y semillas sobre la mesa de color vómito.

—Me echaron de un colegio católico.

Él se ríe a carcajadas.

—Oh, me encanta cómo suena eso. —Su sonrisa hace que mi corazón chisporrotee un poco, y sus ojos se dirigen hacia Gabe.

—En realidad no fue nada grave —digo defendiéndome—. Solo fueron unas cosillas, pero allí tienen tolerancia cero.

Taylor no puede reprimirse.

—Es objetora de conciencia.

Luc me mira.

—¿A la guerra?

—A la religión católica. Hacía demasiadas preguntas en la clase de religión —dice Taylor.

Él levanta una ceja.

—¿Cómo cuáles?

Yo fulmino a Taylor con la mirada.

—Cosas sin importancia.

—Me extraña mucho que echen a los estudiantes por hacer preguntas sin importancia.

—Tenía algunas preguntas sobre Dios.

Él se inclina hacia mí mirándome fijamente, con el codo apoyado en la rodilla y los ojos ardientes.

—¿Te lo crees? ¿Todo eso sobre Dios?

Veo a Matt en su ataúd. No como sería en realidad, seguro, porque no lo llegué a ver. Estaba demasiado mal para ir al velatorio o al funeral. La imagen que me persigue es la que vi en mi cabeza justo antes de que cayera. Intento apartar esa imagen, junto con la profunda pena que intenta salir del pozo en el que la tengo encerrada, e intento imaginarme esa cara de siete años ahora, con diecisiete.

—Aún estoy investigando algunas cosas. —Las palabras salen a duras penas por mi garganta cerrada, sonando un poco ahogadas. En realidad, lo único que estoy investigando es cómo decir la verdad en voz alta. No hay ningún Dios. No puede

haberlo. Porque si lo hubiera, tendría que odiarlo. Es más fácil no creer en él.

—¿Tú crees? —interviene Gabe, como si me leyera el pensamiento.

Lo fulmino con la mirada.

—Tú no tienes ni idea de lo que yo creo.

Él me coge la mano y pasa la yema de su dedo por mi línea de la vida, y un escalofrío me recorre la columna.

—Tengo un par de ideas —me dice, con sus ojos azules clavados en los míos. Y de repente, estoy segura de que puede ver en mi interior, y que lo ve todo. Suelto un suspiro entrecortado y aparto la mirada, hacia Luc.

La preocupación apaga su rostro brevemente, pero se ilumina igual de rápido. Entonces, con los ojos brillantes y su cara expectante, pregunta:

—¿Qué hay de la otra parte? ¿Crees en el mal? ¿En el Infierno?

Lo miro directamente a los ojos.

—Sí.

Gabe me suelta la mano.

—Pues eso no es muy justo. —Puedo oír la sonrisa en su voz, pero no me giro a mirarlo, no me arriesgaré a volver a caer en esos ojos.

Los ojos negros de Luc arden de calor y su sonrisa se ensancha mientras se echa hacia atrás en la silla, colocando el brazo sobre el respaldo de la mía.

—Excelente. Entonces, ¿quedamos el domingo? ¿En mi casa?

Mmm... esa sonrisa me está matando. Pero más vale prevenir que curar.

—¿Por qué no en la mía?

—¿Con el Papa, la madre superiora, Mary, Mary, Mary y Mary? Será divertido —dice.

Yo entorno los ojos.

—Sí, superdivertido.

Curva al Infierno

Luc

Estoy sentado en el suelo en mi oscuro piso, golpeándome la cabeza contra la pared y observando los murciélagos que pasan volando por mi ventana en el crepúsculo. La canción de Pink Floyd, *Wish You Were Here*, me sacude el cuerpo.

Nunca antes me había obsesionado por un objetivo, pero llevo toda la semana viéndola con Gabriel en el instituto y he sentido cosas para las cuales ni siquiera tengo un nombre. Todo lo que sé es que quiero ver muerto a Gabriel. Consigue ponerme nervioso, que dude de mí, y tengo que hacer acopio de todas mis fuerzas para no subirme al Mustang y pisar el acelerador a fondo hasta la casa de Frannie ahora mismo.

¿Qué haría cuando estuviera allí? Sé lo que me gustaría hacer, es en lo que he estado pensando sin parar desde el mismo instante en que nos conocimos.

¿Y si Gabriel está allí? Tengo una visión de él haciéndole a Frannie lo que yo quiero hacerle y siento un arranque de... ¿celos? ¿*De verdad?*

Pero sé que él nunca haría eso, ya que eso jugaría a mi favor. Él no ha venido a por el cuerpo de Frannie. Él está aquí por su alma, igual que yo. ¿Qué es lo que le impide marcar su alma de una vez por todas? Podría acercarme... solo para asegurarme de que no está allí...

Golpeo mi cabeza contra la pared.

Y si está allí, ¿qué?

Me imagino a mí mismo lanzándome en picado sobre ellos como Batman y arrancando el cuerpo medio desnudo de ella de las garras de Gabriel justo a tiempo.

Así que, ¿eso es lo que quiero hacer? ¿Salvarla de las garras de ese asqueroso ángel?

En el silencio entre canción y canción, me sobresalta el sonido de mi propia risa sardónica. ¿Qué es lo que sucede con esa chica? Es simplemente una chica. Nada especial. Un objetivo. *Y el objeto de mis fantasías.*

Golpeo la cabeza contra la pared con más fuerza.

Cierro los ojos y aparto su rostro de mis pensamientos. Lo sustituyo por mi jefe, Beherit, el gran duque de los infiernos y director de Adquisiciones. Me centro en la idea de lo que me haría si fracasara en esta misión, con la esperanza de que el miedo acabe de una vez por todas con mi obsesivo deseo.

Y casi funciona. Siento que el frío y oscuro terror serpentea por mi interior al

imaginarme a mí mismo arrodillado ante Beherit y el rey Lucifer, esperando su juicio. Pero mi temor se convierte en desesperación al pensar que, si mi existencia termina ahora, nunca sabré lo que se siente al tocar a Frannie, al besarla, al estar con ella.

Golpeo violentamente la cabeza contra la pared.

De pronto necesito saber por qué Frannie es tan importante, qué planes tienen para ella. Pero no lo sé, ni lo sabré. Beherit es un paranoico y nunca suelta prenda.

Vuelvo a golpear con fuerza la cabeza contra la pared para ver si así consigo aclararla. *Céntrate*. Todo irá bien. Los otros de Adquisiciones no pudieron encontrarla. Yo lo he conseguido. El resto del trabajo debería ser sencillo, con o sin Gabriel. Él es un pequeño inconveniente nada más. Parece que está llegando lejos con sus poderes, pero no va a poder marcarla sin jugar a mi favor.

Mañana. La tendré mañana.

Me deshago de mi autocompasión y me dirijo al baño, donde me quedo mirando fijamente la ducha. ¿Cómo coño funciona este trasto? Giro un grifo y, al principio, el agua que salpica las paredes está fría, pero luego sale más caliente. No es este. Vuelvo a girar el grifo para cortar el agua y le doy al otro al máximo. Me quito la ropa y me pongo bajo el agua fría como el hielo.

Céntrate, Luc.

Frannie

—¿Por qué nadie de tu familia habla nunca de tu hermano? —Taylor limpia el polvo del portafotos con la manga antes de volver a dejarlo sobre la cómoda. Es una foto mía en el garaje del abuelo, con la cara llena de grasa, sacando los dedos por encima de los dorados rizos de Matt. Él hace como que me golpea la cabeza con una llave inglesa. Teníamos siete años. Fue la semana antes de que muriera.

Me reclino con fuerza contra la silla de mi escritorio y me trago el nudo que se me ha hecho en la garganta y que intenta cortarme el flujo de aire.

—No hay mucho de lo que hablar. Sucedió hace mucho tiempo.

—Aun así —dice volviendo a mirar la fotografía—, tiene que ser duro.

—Es una mierda, ¿vale? ¿Podemos hablar de otra cosa?

Levanta las cejas y la mano.

—Lo siento.

Respiro profundamente y dejo caer la cabeza.

—Lo siento, Tay. Pero es una mierda y no hay mucho de lo que hablar. Fue un accidente... —Mientras pronuncio esas palabras mi garganta se cierra por completo. Lucho por conseguir un poco de aire, pero las estrellas que veo ante mis ojos son cada vez más brillantes, hasta que estoy segura de que voy a morir.

—¡Joder, Fee! —Taylor viene rápidamente junto a mí.

Me agarro a su hombro cuando se arrodilla a mi lado.

—Estoy bien... —susurro.

Ella da un salto.

—Voy a buscar a tu madre.

—¡No! —Me cojo las rodillas con los brazos intentando hacer que el aire entre en mis pulmones. Niego con la cabeza cuando ella empieza a salir—. Estoy bien, de verdad.

—¿Qué ha sido eso, un ataque de asma o algo así? ¿Por qué no sabía que tenías asma?

Hay muchas cosas que no sabes de mí.

Vuelvo a mirar la foto de Matt e intento hacer que el aire entre y salga con regularidad, luego miro a Taylor y me encojo de hombros.

—Lo siento. —Y vuelvo la mirada hacia mi libro de matemáticas, que está sobre el escritorio.

Taylor se queda observándome todavía un buen rato.

—¿Estás segura de que estás bien?

—Estoy bien.

Se tumba sobre el suelo de mi habitación, coge su libro de matemáticas y se pone a morder la goma de borrar en el extremo del lápiz.

—Bueno, ¿y cómo has conseguido tener a los dos tíos más buenos del universo como compañeros de clase de redacción y de laboratorio?

Yo no levanto la mirada.

—No lo sé, será cosa del karma, supongo.

—Y ahora se han colgado los dos por ti. No lo entiendo. Es como si de pronto te hubieras convertido en la maldita Paris Hilton.

—No se ha colgado nadie por mí —le respondo en tono de burla, pero lo cierto es que tiene razón. De algún modo parece que estén colgados por mí. Y también es verdad que a mí eso me gusta.

Pongo pegamento en la parte de atrás del recorte que acabo de sacar de la revista intentando no poner demasiado y lo cojo para pegarlo en un trozo de pared color naranja que hay justo encima de mi cómoda. Taylor se levanta y saca un puñado de rotuladores permanentes de su mochila. Se acerca para analizar la fotografía de la Mona Lisa que acabo de pegar en la pared. Me lanza un extraño gruñido por encima del hombro y escribe «Mona Lisa» con un rotulador azul oscuro, y luego garabatea debajo: «Necesita que le echen un polvo».

—Tu habitación ya casi necesita una nueva capa de pintura —dice, mientras observa mis últimos años de obras de arte colgadas de la pared y vuelve a tumbarse.

Casi cada centímetro de pared está cubierto con imágenes al azar, desde caras hasta flores y muebles, la mayoría con algún comentario, obra de Taylor o de Riley. Cada equis años, vamos a la tienda de pinturas del centro comercial y pedimos cualquier pintura que quieran quitarse de encima, luego volvemos a casa y nos

ponemos manos a la obra con los rodillos sobre las paredes de mi habitación. La última vez que pintamos fue con color naranja mandarina, burdeos, pétalo de rosa, marrón, verde guisante y azul celeste, que ya casi están cubiertos por diversas fotos. Tiene que haber ya al menos seis capas de papel y pintura.

Vuelvo a sentarme al escritorio bajo la ventana y me inclino hacia el libro de matemáticas.

—Creo que lo dejaré así. Me marcharé a Los Ángeles en otoño y no quiero volver de la universidad para encerrarme entre cuatro deprimentes paredes vacías.

—Supongo. Entonces, ¿vas a decidirte por alguno de esos dos tíos o no?

No levanto la mirada del libro mientras le respondo secamente.

—¿A cuál te gustaría quedarte, Tay?

—A Luc.

—¿Qué?

—Me has preguntado cuál quería. Luc.

Puedo sentir en el aire la sombra de los celos. Sabía que esto iba a pasar.

—¿Y qué pasa con Marty?

—Es muy mono y todo eso, pero si tengo que elegir entre él y Luc... no hay duda.

—¿De verdad? ¿Por qué?

—No lo sé. Supongo que es el misterio que desprende. Y los pendientes —dice haciendo girar el aro que lleva en la comisura de los labios—. Y parece peligroso. Y eso me gusta. Es como si pudiera suceder cualquier cosa estando con él.

—Supongo que será eso.

—Pero por alguna razón que desconozco, creo que está colado por ti hasta los huesos. —Sacude la cabeza con una sonrisa, y luego mete la mano en su mochila, que está sobre la mesa, y la saca con una funda cuadrada de pocos centímetros entre los dedos índice y pulgar—. ¿Sabrías siquiera qué hacer con él?

Con un movimiento de muñeca, el condón sale volando por la habitación, me golpea en el hombro y cae al suelo a mis pies.

Sé exactamente qué hacer con él. He estado practicando en mis sueños.

—Qué más da —digo entornando los ojos.

Taylor suspira.

—Creo que te sería más fácil si te centraras en Gabe.

La puerta se abre y mi madre aparece en el umbral con dos vasos de leche, como si todavía fuéramos dos crías de ocho años.

—¿Quién es Gabe?

Taylor suelta una risita tonta mientras yo cojo el condón del suelo y me lo meto en la mochila.

—Es solo un chico del instituto —digo mientras me pongo recta en la silla.

Mi madre sonrío.

—Deberías traerlo a casa. Me encantaría conocerlo.

Siento un enorme calor subiéndome por la cara y espero no haberme puesto tan roja como creo que me he puesto.

—De verdad que es solo un amigo, mamá.

—Me encanta conocer a tus amigos —dice mientras nos da la leche y se alisa la falda.

—Pues otro de mis amigos vendrá a estudiar a casa mañana.

—¡Oh! ¿Cómo se llama tu amiga?

—Amigo. Se llama Luc. —No hago caso de la risita de Taylor.

—Bueno, bien. Estoy deseando conocerlo. —Le sonrío a Taylor—. Tengo galletas de chocolate en el horno. No os terminéis la leche y os las subiré dentro de un ratito.

—Gracias —digo mientras se da la vuelta y se marcha cerrando la puerta tras ella y dejando un ligero aroma a jazmín.

Taylor sonrío.

—Tal vez deberías traer a casa también a Gabriel. Deja que tu madre te ayude a decidirte. Seguro que elegirá a Gabe. Parece mejor chico.

—Con lo que Luc se queda para ti. Qué casualidad.

La verdad es que Gabe parece mejor chico, pero eso no puede evitar que mis sueños con él acaben en el mismo punto en el que acaban mis sueños con Luc. Siento que mis mejillas se encienden solo de pensarlo.

El cosquilleo que me recorre el cuerpo va seguido de una vertiginosa sensación de *déjà vu*. Ya he tenido este tipo de conversaciones antes y siempre podía contar con que Taylor acabara llevándose al chico. Y siento como me golpea fuerte en el pecho la razón por la que siempre la he tenido a mi lado. Ella ha sido siempre mi red de salvación. Ella siempre se ha quedado con el chico porque yo le dejaba que lo hiciera, porque quería que lo hiciera. Solo un chico había conseguido traspasar esa red y acabó convirtiéndose en algo peligroso... para mi corazón: Ryan.

No sé qué es diferente ahora, pero esta vez no quiero que sea ella la que acabe con el chico. Con ninguno de los dos.

Ella se reclina sobre la cama y suspira.

—Así que te vas a quedar con los dos —dice, como si estuviera leyéndome la mente.

—Puede. —Otro escalofrío me atraviesa el cuerpo ante tal revelación. Los quiero a los dos y esta vez no voy a dejárselos a Taylor. Con un bostezo, disimulo la sonrisa que se me escapa.

Ella levanta la cabeza y me mira.

—Sí, ¿qué importa? Tú mantén ese condón a mano.

El olor que penetra por debajo de la puerta hace que se me haga la boca agua justo un segundo antes de que mi madre aparezca con un plato lleno de ricas galletas de chocolate todavía calientes. Taylor y yo nos abalanzamos sobre ellas y nos terminamos la leche. Al terminar con los ejercicios de matemáticas, bajamos las escaleras.

—¡Mamá, voy a acompañar a Taylor a casa! —grito mientras salimos por la puerta.

Ella asoma la cabeza por la puerta de la cocina.

—Muy bien. Vuelve enseguida.

Nos ponemos a caminar bajo la fresca noche y Taylor me pasa un brazo por el cuello.

—Según he oído, Reefer le ha dicho a Trevor que vas a volver a cantar en los Roadkill.

Entorno los ojos.

—No te creas todo lo que oyes.

Sus labios se juntan en una pícara sonrisa.

—Reefer es la mejor elección, ya sabes, un tipo de los del Guitar Hero. Quiere que vuelvas porque sabe que nunca podrá hacerlo mejor que tú.

—Gracias, Tay.

—Lo digo en el buen sentido —dice riendo—. Pero, hablando en serio, él nunca te dejaría tirada. Deberías pensar en ello.

Yo la miro atentamente.

—No sucederá. Sea como sea, me marcho a la universidad en septiembre, así que no tiene mucho sentido... volver al grupo, quiero decir.

—¿Así que estás convencida acerca de lo de UCLA? Porque podrías ir a la universidad del Estado con Riley y conmigo. Todavía no es demasiado tarde para cambiar de opinión, lo sabes, ¿verdad? —dice.

Observo la calle hasta casa de Taylor. No hay farolas en este tramo de la calle Amistad, así que solo está iluminada por las luces de la entrada de los jardines y la luz plateada de la media luna.

—UCLA tiene el mejor programa de Relaciones Internacionales del país. Tuve mucha suerte de que me admitieran. Además, la beca completa que me han dado hace muy difícil el que pueda negarme a ir.

—No entiendo por qué crees que es tu trabajo salvar el mundo.

—Si no nos salvamos a nosotros mismos, ¿quién lo hará? Además, sabes que no puedo quedarme aquí.

Parece herida.

—¿Por qué? ¿Qué hay aquí que sea tan malo?

La cojo por la cintura con mi brazo mientras cruzamos la calle y subimos a la otra acera. El barrio está tranquilo excepto por el cocker spaniel de los Cooper, Crash, que, al vernos pasar por delante de su casa, ladra como un loco, con la nariz metida en un agujero de la valla.

—Nada, solo que si voy a la universidad del Estado, mis padres querrán que viva en casa. Además, Mary y Kate van a esa universidad. Ya me conoces. Necesito hacer algo diferente. —Pasamos casa tras casa, todas iguales desde fuera, y todas muy tranquilas esta noche.

—No eres del tipo de las de Los Ángeles, Fee. Te comerán viva. De hecho, yo soy del tipo de las de Los Ángeles —dice mientras se pasa la mano por las puntas del pelo de color rosa.

—Deberías venir conmigo. ¿No sería genial? Tay y Fee, dispuestas a comerse Los Ángeles.

—Sí... —dice con desánimo, y entonces me siento mal, porque para Tay era o la universidad del Estado o nada. Su padre lleva sin trabajo más de un año—. Ni siquiera estoy segura de poder ir a la universidad del Estado. Si no consigo alguna beca más, no podré ir.

—Bueno, entonces podrás venir a visitarme, para... para las vacaciones de primavera.

—Sí, puede. —Suspira profundamente y se sube la mochila con un movimiento del hombro. Su cuerpo se tensa bajo mi brazo—. Nos han embargado la casa.

—¿Qué?

—Nos tenemos que marchar.

—¿De qué estás hablando?

—Estamos buscando un piso. —Rápidamente se limpia la lágrima que le resbalaba por la esquina del ojo cuando giramos hacia su calle.

—¡Joder! —Se me ha puesto el estómago en la garganta. La abrazo—. Tay, no sé qué decir.

—No hay nada que decir, aparte de con cuál de los dos chicos vas a quedarte — dice con una débil sonrisa.

—Joder, Tay. Hay cosas más importantes por las que preocuparse, ¿no crees?

—Puede, pero yo quiero preocuparme por esta. Así que, ¿a cuál eliges?

—¡Cierra el pico!

—Cuando me hayas dado un nombre. Luc o Gabe —dice dándose la vuelta y arrastrándome por la calle cogida del cuello.

—Eres gilipollas.

—Un nombre. —Me aprieta el cuello.

—¡Ya basta!

—Un nombre. —Ahora me zarandea.

—¡Está bien! Luc. —No estoy del todo segura de si lo he dicho porque es lo que quiero o porque Tay ha dicho que lo quería para ella.

—¡Mierda! ¡Eres muy mala! Ni siquiera me has dejado el premio de consolación —dice, pero me sorprende con un fuerte abrazo. Sus labios se extienden en una sonrisa cuando abre la puerta de entrada de su casa—. Escíbeme cuando se marche Luc mañana. —Levanta una ceja—. Quiero detalles —dice con su lasciva sonrisa. Entra en casa y puedo oír a su padre gritar antes de que cierre la puerta tras de sí.

Me quedo de pie frente a la entrada de la casa de Taylor bajo la luz de la luna durante un largo minuto, observando las constelaciones que brillan sobre mi cabeza. Algún perro que no es Crash está ladrando al otro lado de la calle, el vecindario se

encuentra inquietantemente tranquilo esta noche.

Tiene que haber algo que pueda hacer para ayudar a Taylor. Me pongo enferma solo de pensar que van a echar de una patada a toda la familia de casa. Ella ha vivido aquí toda la vida. Es posible que en la iglesia puedan ayudarla. Tienen que ser buenos para algo. Hablaré con papá.

Me doy la vuelta para bajar del porche justo en el momento en que la puerta se abre y Trevor sale como una flecha chocando contra mí y haciéndome caer por las escaleras del porche.

—¡Joder, Frannie! —dice sorprendido mientras me coge el brazo para sostenerme.

Yo hago como si no hubiera sucedido nada.

—¿Dónde está el fuego?

—Lo siento —dice y se dirige hacia la calle. Yo lo sigo.

—¿Estás bien?

Mira con preocupación hacia la casa y se da la vuelta caminando rápidamente hacia la calle.

—Sí, solo necesitaba salir de ahí. Estaba pensando en acercarme a ver a Riley —dice mientras una melancólica sonrisa apenas llega a curvar sus labios.

—¿Y cuándo pensáis decírselo a Tay?

Su melancólica expresión se transforma en ansiedad y sus ojos se clavan en los míos.

—Ni se te ocurra decir nada.

—No voy a abrir la boca. Pero deberíais decírselo. Y más te vale que no estés jugando con Riley.

Él se detiene y me mira directamente a los ojos.

—No estoy jugando —dice mientras se le enternecen los ojos. Luego sonrío y se vuelve a poner en marcha—. Y ya que hablamos de jugar con la gente, ¿qué hay entre Jackson y tú? No hace otra cosa que babear por ti todo el día, es penoso.

—Yo no estoy jugando con él. Le he dicho de mil maneras que me deje tranquila de una vez.

—Señales confusas —dice.

—¿Qué parte de «piérdete» es la que lo confunde?

—La parte de liarse en el armario. —Se ríe y me da un golpecito en el hombro.

Yo me encojo de hombros, avergonzada.

—Todos cometemos errores. ¿Vas a ayudarme con esto?

—Me lo pensaré. —Me echa una larga y atenta mirada—. ¿Tiene Reefer alguna posibilidad de poder volver contigo?

Sonrío sin ganas.

—Lo siento, pero no.

—Me lo imaginaba. Sigue locamente enamorado de ti, ya lo sabes.

Y ese es el problema. Él cree que me ama. Me encojo de hombros.

—Se levantará un día y se dará cuenta de que estaba en un estado de locura transitoria.

—Vas rompiendo corazones por donde pasas —dice con una sonrisa y un gesto de despedida mientras se gira y empieza a caminar en dirección a la casa de Riley.

Me meto las manos en los bolsillos para luchar contra el frío que se está apoderando de la brisa nocturna y observo cómo arrastro los pies por la acera hacia la esquina, sonriendo para mis adentros. Puede que finalmente Riley haya encontrado el amor. Una pena que no vaya a poder vivir lo suficiente para disfrutarlo, porque Taylor los va a matar a los dos.

Mientras deambulo por la calle escasamente iluminada, me pregunto por qué fue el nombre de Luc el que solté cuando estaba bajo presión. Gabe es muy guapo, sin ninguna duda, y solo el pensar en él me produce un cosquilleo en lugares que nunca estaría dispuesta a admitir. Él es todo lo que una chica puede soñar... Y Dios sabe que ha estado en mis sueños muchas veces. También es, sin lugar a dudas, la elección más segura, porque Luc parece más la clase de chico que llega a convertirse en la pesadilla de cualquier chica. Aparte de ese cuerpazo, los sueños que tengo con él hacen que hasta yo misma me avergüence, y esa cara... con esa oscura energía que desprende... A veces me da miedo, pero luego me habla como si se tratara de una misteriosa canción de sirena que me alcanza y no me deja marchar. Cualquier chica podría perder el control con él, cosa que yo no haré. Nunca.

Así que quizás es por eso por lo que doy un respingo cuando doblo la esquina y veo el Shelby Cobra negro aparcado al otro lado de la calle, justo a un par de puertas de la mía. Camino lentamente calle abajo y cruzo, con el deseo de acercarme al Mustang y asomarme a ver qué hay dentro.

No puede ser él, me digo a mí misma. ¿Qué iba a estar haciendo aquí? Estoy obsesionada. Esto no es bueno. Y esa es probablemente la razón por la que cuando me encuentro en mis cabales, salgo con tipos como Tony Riggins y su calculadora de gráficos. Es difícil obsesionarse por una calculadora de gráficos.

Pero es muy fácil obsesionarse por un chico increíblemente guapo y de ojos misteriosos, que es la razón por la que estoy plantada delante de mi jardín mirando ese coche. Sacudo la cabeza, respiro hondo y me abro camino entre la húmeda hierba hasta la puerta principal de mi casa. Pero al llegar, dudo.

Me obligo a abrir la puerta y meterme dentro antes de hacer algo estúpido.

Luc

Taylor. Taylor está aquí, no Gabriel. Que Satanás me perdone, pero me estoy volviendo paranoico.

Céntrate, Luc.

Sacudo la cabeza para aclararme las ideas y empiezo a moverme para coger la llave. De pronto, antes de poder poner el coche en marcha, algo tira de mí en el espacio con una fuerza vertiginosa. Me trago mi propia bilis, que sube con fuerza desde lo más profundo de mi estómago a causa del miedo y cierro los ojos por el vértigo. Solo hay dos seres en el reino de los infiernos que podrían convocarme de ese modo.

Que sea Beherit.

Pero cuando mis pies aterrizan con violencia sobre la suave roca y abro los ojos, el pánico se hace aún mayor. No es mi jefe, como yo había deseado. Estoy en el castillo Pandemónium. Delante de mí está el trono negro obsidiana con complicadas tallas del rey Lucifer, asentado allá, en lo alto en su estrado, en el centro de la tenebrosa habitación abovedada.

Está vacía.

Miro alrededor por si encuentro alguna señal suya, pero las incontables velas flotantes que se reflejan sobre las suaves paredes negras obsidiana no me revelan ninguna presencia. Estoy solo. Me quedo de pie, quieto, y dejo que el fuerte olor a azufre me calme. Pero cuando oigo su quedo siseo susurrado en mi oído no puedo evitar dar un salto.

—La has encontrado.

No es una pregunta.

Automáticamente, me giro para mirar detrás de mí. No está allí. Pero entonces lo siento. Su mirada. Me vuelvo para mirarlo cuando él se eleva en el aire hasta casi llegar al techo abovedado. Tengo cuidado de no mirarlo directamente, pero puedo ver sus inmensas alas negras de murciélago batiéndose a un ritmo pausado mientras él desciende al suelo. Me arrodillo ante él, con la cabeza inclinada en una reverencia.

El brillante suelo obsidiana me devuelve el reflejo de su imagen: enorme, con una piel negra, curtida y humeante que parece absorber toda la luz e irradiarla de nuevo a través de unos ojos brillantes de gato en su afilado rostro. Sus retorcidos cuernos de color rojo sangre están rodeados por una puntiaguda corona de oro. Cuando sus garras tocan el suelo, pliega sus alas y se acerca sigilosamente hacia mí, como una pantera acechando a su presa.

—Sí, mi Señor —respondo.

—¿Y estás seguro de que es la que buscamos?

Su siseo hace que se me hiele el cuerpo, a pesar de que el Infierno está a una temperatura de dos mil grados.

Es justo en ese momento, al enfrentarme a la pregunta, cuando me doy cuenta de que no tengo ninguna prueba para demostrar que Frannie es ella. Siempre he confiado ciegamente en mi instinto, y mi instinto nunca me ha fallado. Este no sería el momento más adecuado para cuestionarlo.

—Sí, mi Señor.

Reprimo la repentina necesidad de saber por qué la quiere con tanta ansia.

Cuando pasa a pocos centímetros de mí, siento el crujido de la electricidad, su poder, que circula entre nosotros como miles de diminutos relámpagos. Mi propia energía aumenta vertiginosamente.

Observo cómo asciende la escalinata hasta su trono en lo alto y se deja caer en él, metamorfoseándose de su forma natural a su forma humana, muy parecida a la de Zeus: pelo y barba blancos y largos, un rostro fuerte y anguloso y unas vestiduras largas y de color rojo que conforman un cuerpo poderoso. Pero esos brillantes ojos verdes felinos no cambian. Siento que me escrutan.

—¿Cuánto tiempo? —me interroga desde las alturas, su voz es cambiante como su aspecto.

—No mucho, mi Señor.

No es preciso comentarle que Gabriel se está interponiendo en mi camino y puede que haga que la misión se prolongue más de lo esperado.

—Perfecto.

Se queda en silencio durante un instante y yo deseo que eso signifique que puedo retirarme, pero tengo una creciente sensación de incomodidad mientras sus ojos aguantan la mirada firme sobre mi cabeza inclinada.

—Lucifer... —dice pensativamente—, creo que no te hemos apreciado como te mereces. Beherit detesta reconocer el mérito a quien se lo merece, pero creo que has sido una valiosa baza para Adquisiciones.

Cuando vuelve a callarse, siento que estoy cada vez más incómodo, sin saber muy bien adónde quiere ir a parar con todo esto. Por fin, se pone en pie de un modo muy teatral y empieza a descender la escalinata, con sus largas y rojas vestiduras siguiéndolo por detrás (todo un espectáculo, pues podría bajarlas en un abrir y cerrar de ojos si así lo quisiera) hasta quedarse justo delante de mí. Oleadas de maldad irradian de su cuerpo y saturan mi mente con oscuras ideas, ensombreciendo mi habilidad para pensar por mí mismo.

—Mírame, Lucifer.

Aun si lo quisiera, no podría desobedecerle. Levanto la cabeza y lo miro directamente a los profundos ojos verdes, sumiéndome en la súbita descarga de poder que siento mientras me examina. Una atroz sonrisa cruza su rostro mientras su energía me atraviesa el cuerpo.

—Sí, tal y como imaginaba. —Y me da la espalda.

Me tiemblan las piernas y siento que me balanceo hasta encontrarme a punto de caer, cuando su mirada me abandona.

—Necesito sangre nueva en el Consejo, Lucifer. ¿Te interesaría un puesto en mi Consejo? ¿Qué te parece jefe de Adquisiciones?

Me cuesta un gran trabajo mantener el rostro relajado, sin expresión alguna mientras intento procesar lo que me acaba de decir. El trabajo de mi jefe. Es lo que quería, lo que cualquier criatura de la soberbia quiere. Entonces, ¿por qué siento este miedo ante la posibilidad de estar en el Consejo bajo su continua mirada? ¡No!

—Sí, mi Señor.

—Entonces esa será tu recompensa cuando me la hayas traído.

Traza un gran círculo y se detiene detrás de mí. De pronto su voz suena extraña.

—¿Tienes la menor idea de lo que puede llegar a cansar ser siempre el segundo?

No hay respuesta para tal pregunta, ni él espera ninguna. Me mantengo en pie, quieto como una piedra, mientras espero que vaya al grano.

—Desde los principios, el creador ha tenido todo el poder.

Todo el vello de mi cuerpo se eriza cuando su poder me atraviesa y su voz va creciendo hasta alcanzar su estruendo habitual. Él sigue caminando en su círculo y se detiene frente a mí. La ira dibuja profundas arrugas entre sus pobladas y blancas cejas.

—Ahora me toca a mí. Es mi oportunidad. Por fin podré alzarme por encima de él. No tendremos que acatar sus reglas nunca más. ¡Por fin podré ocupar el lugar que me corresponde!

El suelo tiembla con el retumbar de su voz y una de las incontables gárgolas de mármol blanco que rodea el estrado, sucumbe.

Sería inútil, y peligroso, señalar que él estuvo de acuerdo con las normas del Todopoderoso en los Principios por una razón. Cuando ambos estaban todavía cuerdos, él y el Todopoderoso llegaron a la conclusión de que tenía que haber un equilibrio en el universo. Sin la promesa del Cielo y la amenaza del Infierno, la humanidad se hundiría en las profundidades de la depravación, donde se destruiría a sí misma, haciendo que tanto el Cielo como el Infierno resultaran un sinsentido. Por desgracia, la cordura del rey Lucifer es bastante cuestionable, al menos lo ha sido durante toda mi existencia.

Sus ojos verdes se convierten en negros y, en su ira, su verdadera forma se acerca peligrosamente a la superficie, brillando y vislumbrándose a través de su forma humana como un espejismo. Vuelve a trazar otro círculo.

—Márcala lo antes posible. Los otros —pronuncia la palabra como si gimoteara— vendrán también a por ella. La necesito, Lucifer. No me decepciones.

Los otros ya han venido, en la forma de Gabriel.

Se vuelve entre un remolino de ropajes rojos y el vértigo vuelve a apoderarse de mí cuando me deja salir.

De pronto estoy de vuelta en mi coche, esperando que el vértigo desaparezca. Cuando consigo recordar dónde estoy, me doy la vuelta y miro el haz de luz que hay a mi izquierda, la ventana del segundo piso de la casa de Frannie. Todavía estoy mirando cuando ella descorre la cortina a un lado y mira hacia la noche, hacia donde yo estoy. Vuelve a correr la cortina y se esconde en su habitación.

Cuando vuelvo a tener la cabeza en su sitio, le doy al contacto y me alejo del vecindario de Frannie, con la seguridad de saber que ella acabará perteneciendo al Infierno, y pronto. No fallaré. Me pregunto con impaciencia qué habrá podido hacer mi jefe para cabrear de tal manera al rey como para que quiera reemplazarlo; pero

sacudo la cabeza, en estos momentos, no es asunto mío. Una cosa detrás de otra. Y ahora mismo, Frannie es lo primero.

Mañana.

Como una bola de nieve en el Infierno

Luc

Después de... mi encuentro de anoche con mi rey, lo he pasado mal esperando hasta las dos para mi cita de estudio con Frannie. Estoy cargado de electricidad, todo mi cuerpo zumba ante las expectativas. Porque hoy será el día: la voy a marcar.

Cuando llego a su casa tengo las manos sudorosas. En mi forma natural echo vapor, pero no recuerdo haber sudado antes. No estoy seguro de a qué se debe. A pesar de eso, me las seco contra los vaqueros mientras me dirijo hacia el porche y llamo al timbre. Y me siento... ansioso, supongo, porque en mi zumbido hay algo más que la emoción de la caza. Es como si la hubiera echado de menos un poco y tuviera ganas de verla.

Finalmente, la puerta se abre y sonrío, esperando a Frannie, pero en lugar de ella hay un hombre. Es más bajo que yo, tiene el pelo castaño y lo lleva bien peinado hacia atrás, y lleva una camisa azul y una corbata verde. Cuando sonrío, veo a Frannie en su cara. Le tiendo la mano antes de darme cuenta de que lo he hecho. Él me la estrecha y me saluda, pero entonces se estremece ante mi tacto y el resto del saludo se pierde mientras sus ojos color avellana se entrecierran y su cara se aprieta.

—Eh... hola —digo finalmente, maldiciéndome a mí mismo por ser tan poco cuidadoso. Eso me lo provoca Frannie, me nubla la mente. Tengo que empezar a usar la cabeza.

—Debes de ser Luc —me dice con recelo.

—Sí, señor —digo. Uso un poco de poder con él, solo para suavizar las cosas, pero su cara permanece alerta. No hay ninguna reacción.

Uso un poco más.

Nada.

¿Un mortal inmune a mi magia? Eso no sucede con demasiada frecuencia. No es bueno. Saco a la luz mi esencia para intentar leerlo y obtengo... nada. Ni siquiera puedo saber si está marcado para el Cielo.

—Le diré a Frannie que estás aquí. —Se da la vuelta y me deja en el porche. Yo doy un paso atrás y pienso seriamente en meterme en el coche e irme, pero entonces Frannie aparece en la puerta.

—Hola —me dice con un leve levantamiento de cejas—. No me puedo creer que papá te haya dejado aquí fuera.

Yo sí. He caído como una bola de nieve en el Infierno. Bajo la voz.

—Sí, bueno. Creo que no he causado una buena primera impresión.

Ella me sorprende abriendo una sonrisa.

—¿De verdad? —Y luego me vuelve a sorprender cogiéndome la mano y haciéndome cruzar la puerta. Con un acto reflejo, intento soltarme la mano, pero ella no me deja. Me vuelvo a sorprender por mi reacción visceral con la sensación de su mano cogiendo la mía.

Ella me conduce a un pequeño salón donde una niña está repantigada en el sofá. Mientras nos acercamos, reacciona con rapidez y se sienta, y sus ojos avellana recorren mi camiseta y mis vaqueros. Otra chica, más joven y con el pelo largo y oscuro está sentada en la peluda alfombra beis, de espaldas a nosotros, toqueteando un tablero de Scrabble sobre la baja mesa de centro de madera.

Le echo un vistazo al acogedor pero soso salón. Hay tres enormes sillones marrones dispersos entre la chimenea y la televisión, todos vacíos. Una copia grande de *La última cena* de Da Vinci, enmarcada en oro, ocupa casi toda la pared de encima del sofá. El resto de paredes están cubiertas por docenas de fotos de colegio: niñas pequeñas sonrientes por todas partes. Las cortinas de color caramelo de la ventana delantera están abiertas, mostrando el enorme roble que hay al lado de la entrada y mi coche, delante y en el centro.

El canal de historia brama sobre César en una televisión que hay en el rincón y que no está mirando nadie. Frannie coge el mando, que está sobre el reposabrazos de uno de los sillones, y la apaga. La niña del sofá entorna los ojos y dice:

—Gracias a Dios.

—¿Sabes qué, Kate? Si cerraras el pico y escucharas, aprenderías algo —le dice Frannie. Sus ojos se dirigen hacia mí mientras se ruboriza—. Dile a mamá que estamos arriba estudiando, ¿vale?

La chica del suelo se gira y nos mira, sus ojos color zafiro echan chispas.

—¿No nos merecemos que nos lo presentes ni nada?

Frannie hace un gesto de resignación.

—Está bien. Luc, ella es Maggie, y ella es Kate —dice, haciendo un gesto hacia el suelo y el sofá.

—Hola —digo yo, accionando mi encanto. Me acerco a la mesa de centro y me inclino sobre el tablero de Scrabble—. No creo que eso sea una palabra —le digo a Maggie—. Pero si haces esto... —Cambio las letras que hay sobre el tablero y añado otras dos de las suyas—. Son veintiocho puntos.

Maggie me sonrío con esos ojos color zafiro y dice con la voz un poco entrecortada:

—Gracias.

Kate suspira y sonrío, echándose hacia atrás su largo pelo rubio y atándose en una coleta baja, igual que hace Frannie.

—Hola —dice Kate.

—Vale —dice Frannie—, estaremos arriba.

Hemos girado ya la esquina y subido la mitad de las escaleras cuando oigo un «¡Dios mío!», y una serie de risitas surgen del salón. Antes de llegar a la habitación de Frannie, una voz de mujer grita con urgencia desde abajo.

—¿Frannie?

—Sí, mamá —responde ella.

Miro hacia abajo y veo a una mujer pequeña, impecablemente vestida con una blusa blanca y una falda azul marino hasta las rodillas, un pelo rubio rojizo corto y arreglado y unos preocupados ojos color azul zafiro. Está estrujando su delantal blanco con nerviosismo. El padre de Frannie está a su lado, mirándome fijamente. Vuelvo a intentar captar alguna sensación de él, pero es casi como si estuviera protegido. *¿Por qué el Cielo protegería al padre de Frannie?*

La madre de Frannie da un paso adelante y coloca una mano sobre la barandilla.

—¿Por qué no estudiáis tu amigo y tú en la mesa de la cocina? Yo ya he acabado y tendréis más sitio.

Frannie me mira, sus ojos se entrecierran.

—Eh... claro. Está bien. —Se encoge de hombros y se da la vuelta para volver a bajar las escaleras.

Frannie

Imaginad esos viejos programas de televisión de los años cincuenta que siempre echan tarde por la noche. Ya sabéis, esos en los que las madres están en casa y la limpian con unos buenos tacones y maquillaje. Como en la serie *Leave it to Beaver*. Esa es mi vida. Los Cleaver no nos llegan ni a la suela de los zapatos.

En los diez años que hace que murió mi hermano, nunca he visto a mi madre triste, por nada. Es como si estuviera completamente atontada, tarareando por la vida mientras empuja una aspiradora. A veces me dan ganas de hacer algo escandaloso solo para ver si puedo hacer que se enfade. Que se despierte. Pero a lo mejor no quiere despertar. A lo mejor es demasiado duro.

Lo más cerca de estar enfadada que la he visto jamás fue hace dos años: el día que llamaron del colegio religioso Santa Agnes diciendo que me iban a echar por motivos disciplinarios. Creo que su mandíbula se tensó levemente, y hasta es posible que sus ojos azules se humedecieran un poco mientras escuchaba a la hermana María explicarle que era un trastorno en la clase de religión. Pero cuando colgó el teléfono se alisó el pelo, como si esa tensión de la mandíbula durante un minuto lo hubiera revuelto, luego la falda, sonrió y dijo:

—Esta semana tendremos que matricularte en el instituto Haden.

Así que eso de estudiar en la mesa de la cocina es un poco raro. Otras veces han subido chicos a mi habitación a estudiar y nunca ha habido ningún problema. Hasta

Reefer. Supongo que Luc no bromeaba cuando ha dicho que no había causado una buena primera impresión.

Nos instalamos en la mesa de la cocina y papá pasa por la puerta, observándonos. Es muy embarazoso. ¿Por qué han elegido el día de hoy para arruinarme la vida? *Fuera.*

Voy pasando las hojas de mi libreta de redacción y la abro por una hoja en blanco.

—¿En qué deberíamos centrarnos para este resumen? ¿Quizás en la relación entre Ma y Tom? —Miro a Luc mientras papá vuelve a pasar y siento vergüenza por el enfado que se dibuja en la cara de Luc.

Vete, papá.

Pero, cuando contemplo a Luc, las arrugas de sus ojos se suavizan y una sonrisa se dibuja en un lado de su boca.

—Me parece bien —dice, y luego levanta un poco la voz y dice:

—¿Alguna idea, señor Cavanaugh?

Papá se desliza por la esquina con las mejillas rosadas y los ojos suspicaces. Le aparta la mirada a Luc, algo que no le había visto hacer nunca, asiente hacia mí y se marcha.

—¿Qué ha pasado? —le susurro.

Él se encoge de hombros.

Yo sacudo la cabeza y empiezo a escribir.

Grace atraviesa la puerta arrastrando los pies de camino al frigorífico, de donde coge una Coca-Cola y nos observa desde debajo de su flequillo rubio. En realidad es un poco espeluznante cómo Grace consigue hacerte sentir como si estuviera viendo tu interior, con esos ojos azul pálido. Siempre ha sido así.

—¿Necesitas algo, Grace? —le pregunto cuando su mirada empieza a volverse rara.

—No. —Pero no se marcha. Se queda allí bebiéndose la Coca-Cola y mirando.

Intento ignorarla, pero es imposible.

—Mira, estamos intentando estudiar.

Ella se apoya contra el frigorífico, como si pensara quedarse un rato.

—Adelante.

La miro con el ceño fruncido.

—Sería más fácil si te marcharas.

—Como quieras. —Se aparta del frigorífico y, arrastrando los pies, vuelve al salón, sin dejar de mirar a Luc.

—Lo siento. Es un poco...

—¿Intensa? —Luc la observa con una ceja levantada.

Yo sonrío.

—No era la palabra que iba a utilizar, pero sí.

Cuando terminamos quiero preguntarle si quiere subir a mi habitación a escuchar mis últimas descargas de The Fray, pero imagino que eso sería tentar a la suerte.

Ahora bien, tentar a la suerte es lo que mejor sé hacer.

Nos dirigimos hacia la puerta, pero cuando llegamos a ella miro por encima del hombro y le cojo la mano a Luc.

—Vamos —le digo, y lo arrastro escaleras arriba.

Él parece un poco sorprendido cuando lo hago entrar en mi habitación y cierro la puerta.

—Entonces, ¿no tienes ni idea de qué ha pasado? —le pregunto, subiéndome a mi cama—. Porque yo nunca había visto a mis padres actuar así.

—Ni idea.

Me siento sobre mis piernas y me apoyo en mi brazo extendido.

—Pues ha sido muy raro. Se han convertido en extraterrestres.

Él inspecciona mi habitación y muestra una sonrisa divertida.

—Como en *La invasión de los ladrones de cuerpos*. —Su mirada se dirige hacia mí mientras su ceja se levanta.

—Podría pasar.

Se gira hacia las paredes y da una vuelta por mi habitación.

—Un papel interesante —dice, deteniéndose a leer algunas de las frases de Riley y Taylor. Se acerca a la Mona Lisa y suelta una risa amarga—. Ya te digo —murmura entre dientes.

—¿Qué? —pregunto.

Me mira durante un momento.

—Nada.

Y entonces recuerdo lo que Taylor escribió en aquel póster: «Mona Lisa necesita que le echen un polvo».

Sus ojos caen sobre mi cómoda y coge una foto. Mira la foto un buen rato. Y pasando un dedo por el cristal, dice:

—¿Quiénes son?

—Mi hermano y yo. —Miro por la ventana y veo que unas nubes de tormenta se acumulan en el horizonte.

Él parece sorprendido.

—¿Tu hermano?

—Murió —digo sin más.

—¿Cuándo?

Lo miro y en sus ojos hay una compasión que no merezco. Se me revuelven las tripas y mi cólera me abrasa la garganta. No quiero tener esta conversación.

—Hace diez años. —Saco el libro de políticas de la mochila.

—Lo siento mucho.

Ojeo el libro a ciegas, haciendo como que quiero encontrar una página, y me trago las lágrimas.

Él se sienta en la silla del escritorio.

—¿Quieres hablar de ello?

Dios, no.

—La verdad es que no. —Bajo de la cama de un salto—. He bajado canciones muy buenas —digo, deseando que no haya notado el sonido pastoso de mi voz. Cojo mi iPod de encima de la cómoda y lo conecto a los altavoces—. ¿Qué quieres escuchar?

—Depende de lo que tengas.

Respiro profundamente y noto que mi pecho se relaja.

—The Fray, por supuesto —digo y le sonrío—, pero también tengo algo de Saving Abel y de Three Days Grace.

—Ponlo en aleatorio. Me gustan las sorpresas. —Una sonrisa juguetona baila por toda su cara, haciendo que me dé un vuelco el corazón.

Pulso el *play*, pero no puedo prestar atención a la música, porque Luc se levanta de la silla y viene hacia mí. No estoy segura de lo que veo en sus ojos, algo seductor y muy peligroso. Cuando esa sonrisa perversa inunda sus labios, el hormigueo de mi estómago explota por todo mi cuerpo, haciéndome dar un grito ahogado. Pero justo cuando él llega hasta mí, se abre la puerta.

Y mamá está allí de pie lanzando fuego por los ojos.

Mierda. Dejo que el pelo me caiga por la cara, deseando esconder el color de mis mejillas, y me vuelvo hacia ella.

—Hola, mamá.

—Necesito hablar contigo, Frannie —me dice sin ni siquiera mover la mandíbula—. En el pasillo —añade al ver que no me muevo.

Yo me vuelvo hacia Luc y abro los ojos fingiendo terror.

Él contiene una carcajada, que disimula tosiendo.

Salgo al pasillo y cierro la puerta.

—¿Qué?

—Creía que teníamos un acuerdo.

—¿Qué acuerdo?

—No quiero que esté en tu habitación —dice entre dientes.

—¿Y si dejamos la puerta abierta? —*Por favor, deja que se quede*.

Ella me mira durante un minuto muy largo.

—Con la puerta abierta —me dice mirándola— y solo un rato.

Me esfuerzo por evitar que aparezca una sonrisa en mi cara. Ya he tentado bastante a la suerte por hoy.

—Gracias —le digo, abriendo la puerta.

Ella me mira durante un momento y luego mira dentro, a Luc, antes de darse la vuelta e ir hacia las escaleras.

Yo cruzo la puerta y Luc tiene mi iPod en la mano.

—Aquí tienes un poco de todo —me dice—. Jimi Hendrix, Mozart, Nickelback...

Yo me toqueteo una uña y gruño que sí, avergonzada.

Él lo vuelve a conectar a los altavoces.

—Bueno, como no me han sacado de aquí cogido por la oreja, supongo que has conseguido negociar una tregua.

Mi estómago se vuelve del revés mientras él avanza lentamente hacia mí.

—Supongo que sí. He aceptado tener la puerta abierta —digo con voz temblorosa, haciendo un gesto hacia el pasillo.

—Ajá... —Se para delante de mí, demasiado cerca, y mira hacia el pasillo mientras mis hermanas, riéndose, pasan por delante de la puerta—. Lo cual, según parece, tendrá el efecto deseado de limitar nuestro contacto físico. —Él levanta la mano y me pasa un dedo por la línea de mi mandíbula.

De repente, mi corazón funciona de manera irregular. Me siento como agobiada y aturdida.

—Sí... bueno... —Recojo el libro de la cama—. ¿Has acabado los deberes del entrenador Runyon?

Él sonrío.

—No.

Saco mi libreta de la mochila y la dejo sobre el suelo. Él se sienta a mi lado y se apoya contra la cama. Y yo intento ignorar a mis hermanas, que se turnan para espiarnos desde la puerta mientras hacemos los deberes.

Cuando acabamos, lo acompaño hasta su coche.

—Bueno, supongo que te veo el lunes.

—El lunes —dice, entrando en su coche y cerrando la puerta.

Yo me apoyo en la ventanilla abierta y la música me sorprende.

—¿Qué escuchas?

—Vivaldi.

—¿En serio?

Él sonrío y se acerca a mí.

—Estoy lleno de sorpresas.

Mi corazón retumba dentro de mi pecho y le devuelvo una sonrisa nerviosa.

—Seguro que sí.

Su ceja se arquea.

—Pásalo bien en misa mañana.

—Sí.

Él enciende el motor, pero yo aún estoy apoyada en la ventanilla. Y él me mira. Me inclino un poco más, lo bastante cerca como para sentir su calor. Él empieza a acercarse hacia mí y mi corazón parece un animal salvaje encerrado en mi pecho, luchando por salir.

Entonces la puerta de mi casa se abre y mis padres salen al porche. Yo respiro hondo, haciendo que mis señales vitales salgan de la zona crítica, y me incorporo, liberando un suspiro de frustración.

Los labios de Luc dibujan una sonrisa divertida, haciendo que mi corazón se vuelva a acelerar.

—Hasta luego —me dice, y saluda. Observo cómo sale del camino de entrada y conduce lentamente por la calle hasta que sus luces traseras desaparecen en la esquina. Cuando me giro hacia la casa, mis padres siguen allí.

—¡Joder! ¿Qué ha sido eso? —digo, exasperada, yendo hacia ellos.

—Esa lengua, Frannie —me regaña mamá.

Frunzo el ceño.

—¿Qué es lo que ocurre?

Papá me mira preocupado.

—No tienes... —empieza a decir, pero se sonroja y calla.

—¿Qué?

Mamá me coge la mano y me lleva al salón, que está vacío. Oigo a mis hermanas correr por el piso de arriba, intentando coger la mejor posición para escuchar.

—No tienes una relación romántica con ese chico, ¿verdad?

—¿Quieres decir que si estamos saliendo?

—Sí.

—No. Es mi compañero de redacción. —Y el objeto de mis fantasías.

—Creemos que no deberías pasar más tiempo con él del necesario.

—¿Por qué?

—Nos preocupa, Frannie. Hay algo malo en él.

—Vaya. Vale. ¿Es por los pendientes?

—No, es algo en su... vibración.

—¿No os gusta su vibración?

Oigo las risitas de Kate y de Maggie.

—Confía en nosotros, Frannie. Por favor. No creo que sea la clase de persona con la que deberías pasar el tiempo.

—¿Quiénes sois vosotros y qué habéis hecho con mis padres?

Ella sonrío y luego me da un abrazo.

—Es que nos preocupamos por nuestras chicas, nada más.

Bueno, supongo que así es como se saca de quicio a mamá. Pero la verdad es que no debería sorprenderme, porque Luc sí que tiene una vibración. Y digamos que seguro que no impresionará a muchos padres de chicas adolescentes.

Demonios personales

Frannie

No he sido capaz de pensar en otra cosa que no fuera Luc desde que se marchó ayer por la tarde. Aunque supongo que obsesionarme sería un término más exacto. La mirada de sus ojos... nadie me ha mirado nunca igual. Un doloroso hormigueo se me forma en la barriga solo con recordarla y miro a mamá, en el asiento de delante de la furgoneta familiar. Si no hubiera entrado cuando lo hizo, no sé qué habría pasado.

Me siento en la parte de atrás de la furgoneta y enciendo mi iPod, deseando ver un Shelby Cobra negro del 68. Sin embargo, lo primero que veo cuando llegamos al aparcamiento de la iglesia es el Mustang azul del abuelo, brillando al sol, sin la capota y listo para arrancar.

—¡No puede ser! —grito.

Mamá sonrío.

—Parece que hoy volverás a casa del abuelo con mucho estilo.

—No sé por qué os gusta tanto. Solo es un coche viejo y roñoso. ¿Quién puede querer eso cuando se puede tener uno completamente nuevo? —dice Grace con su pragmatismo habitual.

—El abuelo, y yo —le digo.

Ella frunce el ceño y se encoge de hombros.

Mi abuelo se pasa toda la misa prácticamente saltando en el banco. Para no saltar como él, observo a Grace arrodillada con su rosario. Cuando Matt murió, parecía que ella iba contracorriente, dirigiéndose a Dios, como si él fuera a arreglarlo todo... o a cambiar algo. Siempre ha sido muy confiada.

Crédula, en realidad.

El rezar no funciona. Yo lo he intentado.

Miro hacia atrás, a papá, recordando la última vez que me puse de rodillas y recé. Fue hace tres años, después de despertarme tarde un sábado con lo que parecían rayos que me atravesaban el cerebro. Y lo que vi detrás de los párpados, cuando los cerré bien fuerte a causa del dolor, fue a mi abuela tendida boca abajo en su jardín, en un charco de sangre. Cuando grité, nadie me respondió. Le dije a mamá que teníamos que ir a su casa, pero ella no quiso. No pude decirle por qué teníamos que ir, era una locura, así que volví a mi habitación y recé.

Cuando, aquel día, mi abuelo volvió a casa después de pescar, la encontró en el jardín; se había caído de la escalera y se había clavado las tijeras de podar en el estómago.

Entonces fue cuando me convencí de que no existía ningún Dios.

Al final de lo que parece una misa interminable, mi abuelo se levanta de un salto.

—¿Lista para dar una vuelta?

—¡Llevo lista todo el año!

—¡Vamos!

Él se va abriendo camino para salir de la iglesia, y yo lo sigo. Cuando llegamos al coche, abre la puerta del conductor y me tiende las llaves.

—¿Conduzco yo? ¡No puede ser!

Él sonrío.

—Te lo has ganado.

Salto al asiento del conductor, enciendo el motor y cobra vida. *Sympathy for the Devil*, de los Rolling Stones, suena con fuerza en la radio. Le subo aún más el volumen.

—Esto es increíble. —Sonrío con tanta fuerza que me duelen las mejillas y envuelvo el volante con las manos.

Sus ojos azules me miran.

—¡Vámonos!

Ajusto los espejos y el asiento, luego pongo primera y salgo lentamente del aparcamiento. Cuando ya no hay tanta gente alrededor, me dice:

—Písale un poco, a ver qué es lo que puede hacer.

Acelero y voy subiendo marchas, sintiendo el viento en la cara y el frío sol de la mañana en la piel.

—¡Va de maravilla! —grito por encima del ruido del motor, la radio y el viento.

Lo miro y veo orgullo en toda su cara.

—Has hecho un gran trabajo.

—¿Abuelo?

—Sí.

—Si el Demonio tuviera un coche, ¿cuál crees que sería?

La diversión de su voz es inconfundible.

—Un Shelby Cobra GT500 negro.

El corazón me da un brinco.

—¿De qué año?

—1967.

Casi.

Llegamos a la entrada de su casa.

—Déjalo fuera —me dice—. Luego daremos otra vuelta.

—Bueno, ¿cuál es el próximo proyecto? ¿Otro Mustang?

—Probablemente. Estaba pensando en un Shelby del 67. Ven aquí, quiero

enseñarte algo —dice, abriendo la puerta principal de casa. Saboreo el dulce olor a humo de pipa mientras nos abrimos camino entre el viejo sofá y la mesa de centro de nogal del pequeño salón hacia la habitación de la parte de atrás. Él coge un marco de fotos de madera del aparador y me lo da.

—¿Tu abuela te enseñó alguna vez esta foto?

—No —le digo, cogiéndosela de la mano. Miro la foto. Es una pareja joven; él tiene el pelo oscuro y los ojos azul cielo, lleva unos vaqueros oscuros y una camiseta negra. Está abrazado a una chica que lleva unos vaqueros muy cortos y una camiseta ajustada de color rojo, y su pelo rubio rojizo se mueve con la brisa. Y está sentada en el capó de un Shelby Cobra GT500 negro del 67.

—Eso fue el día que le pedí a tu abuela que se casara conmigo. Un verano, cuando íbamos al instituto.

—Vaya. Qué jóvenes erais.

—Sí, entonces las cosas eran distintas, pero yo creo que cuando es el momento, lo sabes.

Vuelvo a mirar la foto, los brazos de mi abuelo rodeando a mi abuela, agarrándola como si su vida dependiera de ello. En los ojos color zafiro de ella hay un resplandor, y una pequeña sonrisa traviesa se dibuja en los extremos de sus labios mientras está apoyada contra él.

—Parece feliz.

Una sonrisa pícara florece en su cara.

—Éramos felices. Entonces yo era un juerguista. Tu bisabuelo creía que era el Demonio. Intentó echarme con una escopeta. —Se ríe—. Como si eso hubiera funcionado si hubiera sido el Demonio.

—¿Cómo hiciste que cambiara de opinión?

—No sé si lo llegué a conseguir. Pero no tardó en comprender que la quería. Y siempre intenté ser bueno con ella, así que supongo que al cabo de un tiempo decidió que podía ser cosas peores que el Demonio.

Le echo un último vistazo a la foto y la vuelvo a dejar sobre el aparador, tocando el Shelby con el dedo índice.

—Tengo un... amigo que tiene uno del 68.

Su expresión se vuelve seria y su frente se arruga de preocupación.

—¿Qué clase de amigo es?

Aunque lo intento, no puedo detener la ridícula sonrisa que se dibuja en mi cara.

—Aún no lo sé.

Él debe de leer algo en mi cara.

—Frannie... tú sabes que los adolescentes solo buscan una cosa, ¿verdad?

—¡Abuelo!

—Es la verdad. No dejes que ningún chico te obligue a... ya sabes...

—Sé cuidar de mí misma.

Su cara permanece seria, pero sus ojos se suavizan y en ellos aparece una sonrisa.

—Estoy seguro de ello. ¿Tus padres ya lo conocen?

—Sí —digo, y luego dudo—. Han alucinado bastante.

Sus ojos resultan victoriosos y una sonrisa conquista toda su cara.

—Bueno, supongo que esa es la obligación de los padres. —Su frente se arruga—. Pero es imposible que alguien que conduzca un Shelby del 68 sea tan malo.

—Gracias abuelo —le digo, y le doy un abrazo—. Te quiero.

—Yo también te quiero, Frannie.

Cuando mi abuelo me lleva a casa, entro y cierro la puerta principal. Levanto la mirada y allí está Grace, con los brazos cruzados, los labios apretados formando una línea dura y mirándome fijamente con sus intensos ojos azules.

—Ven a hablar conmigo —me dice sin dejar de mirarme.

—¿Y ahora qué?

Me coge por el brazo y tira de mí.

—Ven arriba.

Dejo que me lleve arriba, a mi habitación y luego cierra la puerta.

—Sé que no lees la Biblia —dice, con su tono serio—, pero Pedro 5, 8 dice: «Estad alerta y velad. Vuestro enemigo, que es el diablo, como un león anda dando vueltas en busca de alguien a quien devorar». Satanás influye en los débiles, Frannie.

Yo corro la cortina y me giro hacia ella.

—¿De qué estás hablando?

Ella me clava una dura mirada.

—Sabes perfectamente de quién estoy hablando.

Yo me sobresalto y se me revuelve el estómago.

—Hay algo... oscuro en él —añade.

Yo la miro enfadada.

—Estás chiflada, Grace. Sal de mi habitación.

Ella avanza hacia la puerta y se gira para mirarme con expresión severa.

—Rezaré por ti —me dice.

—¡Vete! —le grito.

Ella cierra la puerta y, cuando vuelvo a echarme sobre la cama, me golpeo la cabeza con algo duro. Me siento y encuentro una Biblia abierta por la primera carta de Pedro. La lanzo con todas mis fuerzas contra la puerta y cae al suelo, luego me siento con la cara entre las manos.

Grace está loca. ¿Verdad? ¿O lo estoy yo? No estoy segura. Hacía mucho tiempo que no sentía unas emociones tan grandes y tan descontroladas, y no me gusta. No sé de dónde vienen todas estas emociones tan insensatas, pero tengo que encontrar la manera de detenerlas.

Me bajo de la cama y empiezo a realizar mi rutina de judo y a encontrar la paz. Hago judo desde que tenía nueve años. No sé por qué empecé a practicarlo, pero

sabía que era algo que necesitaba hacer. Lo que sé ahora, mirando hacia atrás, es que, tras la muerte de Matt lo necesitaba de verdad, porque me estaba autodestruyendo en silencio. El judo fue como un ejercicio de control de la ira, lo único que calmaba mi rabia. Es una curiosa combinación de soltarlo todo y no dejar que salga nada. El no va más en el control del cuerpo y la mente. Me enseñó a estar centrada en mí misma y a olvidarme de todo lo demás. Si no dejas que entre nada, nada puede hacerte daño. Nunca volveré a sufrir tanto como cuando Matt me dejó. No podía vivir.

Cuando acabo, me siento en la cama, saco el diario de Matt y empiezo a escribir. Le cuento todo lo que no me atrevo a admitirme a mí misma, empezando por el hecho de que Luc está consiguiendo traspasar mis defensas.

El Infierno en la Tierra

Luc

Camino por el pasillo hacia mi taquilla con las yemas de los dedos puestas en la parte baja de la espalda de Angelique. Ella cotorrea sin parar sobre lo que ha hecho durante el fin de semana, desafiando enormemente mi habilidad para fingir interés. Pero entonces levanto la mirada y veo a Frannie ante su taquilla, mirándonos fijamente, y dejo que una sonrisa se extienda por toda mi cara. Yo me vuelvo y miro a Angelique sin interés, asintiendo a sus estúpidas historias.

Cuando llegamos a mi taquilla, Frannie ya se ha ido, pero puedo sentirla tras la puerta del aula 616, observando. Y su fragancia a pimienta negra y a regaliz se mezcla con una buena dosis de ajo, más fuerte y amargo. Yo lo aspiro, supera el jengibre de Angelique, y saboreo el crepitar de la energía que recorre mi cuerpo.

—¿Qué has hecho el fin de semana? —me pregunta Angelique, sacándome de mi aturdimiento, pasándose un dedo por el cuello de su camiseta y bajando hacia su considerable escote.

Yo me apoyo contra mi taquilla.

—No mucho. ¿Y tú?

—Ya casi hace tiempo de playa, así que fuimos a abrir la casa de la costa. Deberías venir algún día.

—Suenan bien —susurro, con mi sonrisa más pícaro.

El repentino y abrumador estallido de envidia, furia y odio que proviene del aula 616 es tan denso que puedo saborearlo, despertando todos mis sentidos. Y despertándome a mí. Me deleito con él y me estremezco.

Angelique se acerca un poco más, saca sus labios rojos y baja sus dedos por mi brazo, dudando en la punta de la manga de mi camiseta, en la cola de la serpiente negra tatuada alrededor de la parte alta de mi brazo.

—No está lejos de aquí. Quizás podríamos ir en coche alguna noche. ¿El viernes, tal vez?

Yo sonrío, casi incapaz de contener la excitación que recorre mi cuerpo. Una excitación que no tiene nada que ver con Angelique. Esto es perfecto. Es justo lo que buscaba.

Sí, esta táctica es mucho mejor, el acercamiento indirecto. Porque cuando dejé a Frannie el sábado me di cuenta, sentado en la oscuridad, obsesionado y golpeándome la cabeza contra la pared toda la noche, de que el acercamiento directo no surtía

efecto.

La cuestión es que para poder marcar a Frannie, necesito obtener el derecho indiscutible sobre su alma. El derecho indiscutible significa más de un pecado, a no ser que ese pecado sea enorme, un pecado mortal. Normalmente, ni siquiera los siete pecados capitales son suficientes si se cometen solo una vez. Necesito por lo menos una tendencia, si no un hábito. Una pauta. E ir minando un poco cada vez no está funcionando.

Dos semanas. ¿Cómo es que me está costando tanto?

En su habitación casi la tenía. Estaba muy cerca. Ella emanaba jengibre. No habría hecho falta ni usar mi poder. Pero, a este paso, seguro que Gabriel se me adelanta y la marca antes.

Porque, por otra parte, Gabriel también necesita una pauta y, por lo que veo, la tiene. Si ellos la quieren, y estoy casi seguro de que es así, no sé por qué Gabriel no la ha reclamado aún.

Pero no lo ha hecho, así que debe de haber alguna razón. Lo que significa que aún tengo tiempo.

No te pongas nervioso.

Esta táctica, el ataque indirecto, funcionará. Tiene que funcionar.

Entro en clase, preparado para disfrutar con las emociones salvajes de Frannie, y me siento en mi sitio.

—¿Qué tal el domingo?

Ella se vuelve y me sonrío.

—Bien.

Y me doy cuenta de que no hay nada con lo que disfrutar. El anís... la pimienta... han desaparecido. Intento captar algo que esté soltando. Pero no hay nada que captar. Elimino la confusión de mi cara y le pregunto:

—¿Hiciste algo bueno?

—No.

—¿Estás bien?

—Sí —dice, sonriendo más aún.

El señor Snyder se acerca y deja una pila de papel encima de la mesa de Frannie.

—Aquí tienes la última tanda de cartas, Frannie. Las traducciones están grapadas en la primera hoja, como siempre. ¿Necesitas dinero para el franqueo?

Ella le sonrío, la mar de contenta.

—No, gracias, señor Snyder. El cobro ha ido bien este mes. Habrá suficiente.

—¿Te importa si les echo un vistazo? —Me acerco hasta que estoy lo suficientemente cerca para que me sienta, mi calor.

¿Un escalofrío? ¿Puede ser? ¿O ha sido mi imaginación?

—Lo siento, son cartas personales —me dice sin volverse a mirarme.

—No pasa nada. Leí el artículo del *Globe*. Una idea bastante buena, la de haber hablado con un profesor de allí.

—Funciona. Y el señor Snyder hace las traducciones escaneando las cartas y pasándolas por un traductor automático. La traducción no es perfecta, pero se entiende. Hace lo mismo con las que llegan de Pakistán.

Todavía nada. Estoy seguro de que no fue imaginación mía, estaba furiosa.

—Está bien —dice el señor Snyder, paseando por los pasillos—. Sacad *Las uvas de la ira* e id al capítulo 28. ¿Quién puede darme un ejemplo de conflicto en este capítulo?

Durante el debate desconecto, y me centro en Frannie. Y cuando el señor Snyder le dice a Frannie que lea, yo me acerco a ella todo lo que puedo, sin tocarla, y ella me aparta el libro, hacia su derecha, y lee en voz alta para la clase. Yo cierro los ojos y me pierdo en la suavidad de su voz.

Cuando termina, el señor Snyder se pasea por la parte de delante del aula.

—Faltan unos minutos para que suene el timbre. Trabajad en el resumen del capítulo 28, centrándoos en el conflicto.

Ella se gira hacia mí y yo me quedo absorto en sus ojos durante un segundo.

—Bueno... —consigo decir finalmente.

—¿Qué? —dice ella.

—¿Me vas a decir qué ocurre? —A lo mejor me lo dice.

—No ocurre nada. —Ella sonrío con dulzura—. Se supone que tenemos que trabajar en el resumen.

—Vaya. —Escribo «Luc y Frannie» con unas letras grandes y mayúsculas en mi libreta, luego «Conflicto» con unas letras aún más grandes debajo.

Ella se queda mirándome durante un buen rato y yo le devuelvo la mirada, sin pestañear. Cuando suena el timbre aún nos estamos mirando fijamente. Ella aparta la mirada y mete sus libros en la mochila.

—¿Qué ocurre, Frannie? —Aún tengo esperanzas.

—Nada —dice ella y pasa por delante de mí hacia la puerta. Casi de manera involuntaria, le cojo el brazo cuando pasa. Por la expresión de su cara y el repentino olor a pomelo, sé que mi mano la está abrasando, pero no la suelto.

Ella me mira a los ojos y yo estudio los suyos, sintiéndome, de repente, perdido.

—¿Qué quieres de mí? —dice ella, soltándose de un tirón.

Tu alma. Pero más que eso.

—Saber qué ocurre. ¿He hecho algo?

—No. Estoy bien. —Y lo está. Si no detengo esta locura, echaré a perder cualquier posibilidad de acercamiento, directo o indirecto. Así que dejo que se vaya. La preocupación aparece fugazmente en su cara, pero luego ella reacciona y cruza el pasillo hacia su taquilla.

Yo me quedo en la clase, intentando recuperarme y averiguar qué acaba de pasar. Pero luego miro hacia el pasillo, donde Frannie cierra la puerta de su taquilla de un golpe, y veo a Gabriel. Ese cabrón es muy listo, la verdad. Va directamente hacia ella y se apoya contra mi taquilla, dirigiéndome una mirada mientras yo estoy en la puerta

del aula. No oigo lo que le dice, pero sí que oigo cómo ella se ríe. Mi estómago da una voltereta y la electricidad chisporrotea bajo mi piel. Atravieso la puerta y entro en el pasillo, necesito hacer algo, pero no estoy seguro de qué es, quizás arrancarle las alas a Gabriel y lanzarlas a...

—¿Quién soy? —De repente, unas manos me cubren los ojos y el olor a perfume repugnante asalta mis orificios nasales.

Angelique.

Genial.

Me quito las manos de la cara.

—¿Me acompañas a clase? —me pregunta.

Los ojos de Gabriel vuelven a dirigirse hacia mí, y su sonrisa se ensancha cuando coloca su mano en la espalda de Frannie y la conduce por el pasillo hacia clase de física. Cuando ella se apoya en él y le pasa el brazo por la cintura, tengo que esforzarme mucho para no lanzarle una ráfaga de fuego eterno a la espalda.

Le lanzo un poco de poder a una guapa pelirroja que está a unas taquillas de distancia y que había estado mirándome. Viene corriendo y, de un tirón, hace que Angelique me suelte el brazo.

Yo miro a Angelique con cara de disculpa.

—Lo siento, prometí que acompañaría a...

—Cassidy —dice la pelirroja por mí.

Me doy la vuelta y sigo a Gabriel y a Frannie por el pasillo, con Cassidy dando trompicones a mi lado.

Frannie

Cometí un error con Luc dejando que se colara bajo los bordes de mi defensa. Pero ahora ha vuelto al exterior, donde tiene que estar, con todo el mundo menos mi abuelo, y todas esas locas emociones vuelven a estar en el fondo del pozo negro, donde las tengo encerradas. Judo mental.

Me siento con Gabe en el laboratorio de física y me centro en el trabajo de clase, eliminando de mi cabeza todo lo demás. Cuando estoy con él me siento muy tranquila. Enseguida me encuentro con mucha calma, como si estuviéramos solos en clase. Quizás incluso en el mundo. Mi cabeza vaga por ese mundo: solo estamos Gabe y yo, y debemos repoblar el planeta. Como Adán y Eva. El pulso se me acelera al pensar en lo que eso significaría exactamente.

—Mataría por saber qué estás pensando.

Estoy tan perdida en mi fantasía que su voz, suave en mi oreja, me da un susto de muerte. Me deshago la coleta para esconder mi ruborizada cara y me concentro en el tablero de circuitos, porque de ninguna manera le diré en qué estaba pensando.

—Solo estaba... eh...

—Fuera lo que fuera, parecía muy intenso. —Su risita me cabrea mucho.

—Vale, estoy pensando meterme a monja. —Eso es lo que necesito, olvidarme completamente de los tíos. Necesito disciplina mental.

Una sonrisa sarcástica se dibuja en su cara.

—Sí, claro.

Un fino hilo de ira consigue salir del pozo negro de mi interior y ataca.

—¿Qué coño significa eso? ¿Crees que no soy lo bastante buena? —Lo detengo y cierro la tapa del pozo negro.

Él sonrío.

—En realidad, serías una gran monja, pero estoy seguro de que ese no es tu camino.

Empieza a hervirme la sangre... hasta que me doy cuenta de que no había sarcasmo en su voz. Lo miro. Está sonriendo y esos ojos me están matando.

Me esfuerzo para mantener la respiración constante cuando él levanta la mano, me encuentro inclinada hacia él, previendo su tacto sobre mi piel. Pero su mano apenas roza la mía de camino al tablero de circuitos, donde suelta el interruptor que yo acabo de poner al revés y lo arregla.

Oh Dios. ¿Qué diablos me ocurre?

Cuando suena el timbre me levanto de la silla e intento ignorar las palpitations de mi corazón cuando Gabe pasa el brazo por encima de mis hombros y me acompaña hasta la taquilla. Yo cambio los libros y miro a ver si viene Luc.

Gabe suelta una carcajada.

—¿Qué?

Él se apoya contra la taquilla de Luc y me aparta de los ojos un mechón de pelo con un dedo.

—¿Qué tiene que hacer un chico para llamar tu atención?

Lo estás haciendo.

Un profundo cosquilleo se forma en mi barriga cuando me invade un perfume a nieve de verano. Cierro los ojos y me centro en el latido de mi corazón, respirando profundamente y haciendo que vuelva a un solo tiempo. Tengo miedo de mirarlo, porque Gabe siempre parece saber qué estoy pensando, y lo que me estoy imaginando ahora es demasiado embarazoso.

Él me pasa una mano por la mejilla y durante un momento creo que la fantasía se hará realidad y me besará. Pero cuando abro los ojos, se me corta la respiración. Sus ojos están perdidos en los míos, como si estuvieran viendo mi alma, y siento algo más íntimo que un beso. Mucho más íntimo. Mis piernas se vuelven blandas y aparto la mirada justo a tiempo para ver a Luc acercarse por el rabillo del ojo. De repente, me siento como si me hubiera tragado una bola de bolos.

Me doy la vuelta sin decir adiós y empiezo a correr hacia la clase del señor Sanghetti. Pero justo antes de llegar, Reefer me acorrala. Se me acerca lentamente y

se apoya contra la pared con una mano justo por encima de mi hombro, intentando parecer despreocupado. Pero no la quita. Tiene la mandíbula apretada y la mirada demasiado intensa.

—Eh, tú. —Suena más como una acusación que como un saludo.

—Hola. —Yo me apoyo contra la pared y veo toda la humanidad que hay en el pasillo detrás de él.

Sus ojos me traspasan, buscando, y su sonrisa falsa y forzada ha desaparecido.

—Bueno, ¿quién es el afortunado?

—¿Cuál de todos? —le digo, porque sí.

Sus grandes ojos marrones se abren y su rostro se vuelve triste. Y el corazón se me encoge.

Soy una estúpida. Es muy difícil caminar por esta cuerda floja, sobre todo cuando no tengo ni idea de qué es lo que siento. El corazón me duele, en parte por la bola de Luc y en parte por lo de Gabe, fuera lo que fuera aquello, pero sobre todo por la mirada de Ryan. Él es un buen tío. No quiero hacerle daño. ¿Cuánto tardará en darse cuenta de que no me quiere?

—Era una broma, Reef. No hay ningún tío, por lo menos no como tú crees.

Sus ojos vuelven a mirar a los míos, con las cejas levantadas.

—¿Estás segura? Porque he oído que estabas saliendo con un tío nuevo.

Yo suelto un suspiro.

—No estoy saliendo con nadie.

Él duda durante un segundo y sus ojos se dirigen al suelo antes de volver a encontrarse con los míos. Su mirada se vuelve esperanzada.

—Entonces... ¿vendrás al ensayo del grupo?

—No voy a volver. —Inmediatamente siento el tono duro de mi voz.

Él levanta una mano.

—Déjame terminar —dice—. Esa chica, Delanie, se llama, cantará con nosotros esta noche. He pensado que quizás querrías escucharla, eso es todo.

Pero está mintiendo. Sé que eso no es todo, porque he visto esa mirada en sus ojos otras veces. *Tú no me quieres*. Me aprieto más contra la pared para poner más espacio entre nosotros.

—Ya veremos.

Él se inclina hacia mí y sus mechones me rozan la mejilla mientras me susurra:

—Podré vivir con ese ya veremos.

Cierro los ojos y aspiro su fragancia, recordando lo fácil que era todo entre nosotros... hasta que él lo arruinó. Mis ojos se abren de golpe y se me corta la respiración cuando veo su cara a centímetros de la mía. Giro la cabeza y miro por encima de su hombro, y veo a Luc observándonos desde la puerta del aula del señor Sanghetti, con la mandíbula apretada y los ojos encendidos. Se da la vuelta y cruza la puerta.

Pongo una mano en el pecho de Reefer y lo aparto suavemente.

—Será mejor que no vaya —digo, pues me doy cuenta de que todo lo que haga, que no sea actuar como una auténtica cabrona, le dará esperanzas. *Tú no me quieres.*

Él me mira con los ojos tristes cuando Trevor pasa por detrás y le pega con un libro en la parte de atrás de la cabeza. Reefer hace un gesto de dolor, pero me mantiene la mirada un momento antes de separarla y echar a correr por el pasillo detrás de Trevor.

Entro en clase de historia y ocupo la silla de al lado de Luc, sintiendo absolutamente nada e ignorando todas sus miradas cuando él y el señor Sanghetti empiezan su pulso. Al sonar el timbre salgo disparada de clase unos pasos por delante de Luc, pero en el pasillo me alcanza.

—¿Quién era ese? —me pregunta, un paso detrás de mí.

—¿Quién?

—Ese tío. —Se coloca detrás de mí y me coge por el codo, pero yo me suelto.

—Reefer —le digo, con la voz neutra.

Él deja de andar, luchando sin éxito por detener la sonrisa que se dibuja en sus labios.

—Reefer —repite.

Aprovecho la oportunidad y entro en la cafetería, dejando a Luc de pie en el pasillo. Dejo la mochila en nuestra mesa y hago la cola de la comida. Cuando vuelvo a la mesa, encuentro a la alta, guapa y pelirroja Cassidy O'Connor apartando a Angelique a empujones para sentarse al lado de Luc. Me siento en mi silla entre Luc y Gabe y cierro con fuerza la tapa de mi pozo negro, ya que siento que un hilo de celos empieza a asomar.

Gabe me sonrío mientras me como la ensalada.

—Así que monja, ¿eh?

—Sí. —Por el rabillo del ojo, veo que la cabeza de Luc se levanta bruscamente.

—Una elección interesante. —Él se mueve de manera que nuestros hombros se tocan y sonrío a Luc por encima de mi cabeza.

—¿Qué haces esta noche? Podríamos acabar ese trabajo del laboratorio.

Intento hacer como que el contacto de nuestros hombros no está haciendo que algunas partes de mí, que no tienen ninguna relación con él, se estén estremeciendo.

—Oh... claro. Después de clase tengo judo, pero puedes venir a cenar y luego podemos estudiar en mi habitación —le digo. El hombro de Luc choca contra el mío y me vuelvo para ver que aún me está mirando. Ignoro el vértigo que siento cuando nuestros ojos conectan y me vuelvo hacia Gabe.

—¿Sobre las seis?

—De acuerdo.

Oigo como la silla de Cassidy chirría hacia atrás y levanto la mirada para ver que se va hacia la cola de la comida. Me giro y le sonrío a Luc, y mi mano se tensa alrededor del cuchillo de mi bandeja mientras, mentalmente, mantengo bien cerrada la tapa de mis emociones.

Luc

Mi nueva táctica comprende, básicamente, tres factores: la lujuria, la envidia y la ira. Lo que significa que aún tengo que hacer que Frannie me quiera. Y que envidie a aquellas que me tienen. Y que las odie, y también a mí. Es un equilibrio difícil de conseguir. Sobre todo porque Frannie no está cooperando. Miro a Cassidy en la cola de la comida. Es un poco desconcertante que, aparte del jengibre de Cassidy, no capte nada más. Frannie está manteniendo sus emociones bien escondidas. No hay pimienta, ni anís, ni ajo. Nada.

Por supuesto, yo soy quien parece que tiene problemas de celos. Por poco arremeto contra Gabriel hace un momento, en las taquillas. Y después de la pequeña actuación de Frannie con ese tal Reefer en el pasillo, estoy pensando que quizás he sobrestimado mi influencia sobre ella. Porque cuando lo he visto con ella, todo lo que le dejó aproximarse... estaba liberando algo, un ligero aroma a rosas. Tristeza.

Me vuelvo otra vez hacia la mesa, esperando que su expresión la delate, pero su rostro está tranquilo y sereno.

¿Qué tiene que hacer un chico para conseguir cabrear a esta chica?

Entonces recuerdo la reacción de Frannie con Taylor del primer día. Su envidia. Bajo la voz de manera conspiradora, siempre es mejor para llamar la atención de los que están a tu alrededor.

—Bueno, Taylor, ¿qué tal el fin de semana?

Ella levanta una ceja de manera provocativa.

—Podría haber sido mejor. —La indirecta es muy clara.

—Estaba pensando que, si estás libre, quizás podríamos ir al cine esta noche.

Taylor lanza una mirada victoriosa a Frannie.

—Claro que sí.

Por el rabillo del ojo, estoy seguro de que veo que la postura de Frannie se tensa mientras finge estar enfrascada en una conversación con Gabriel. Durante una milésima de segundo, una mínima fragancia a regaliz me provoca.

Riley le lanza una mirada elocuente a Frannie. Con una pizca de miedo, dice:

—Podríamos ir todos. ¿Qué te parece, Fee?

Frannie se gira hacia la mesa.

—Perdona, ¿qué decías?

—Al cine. Esta noche. ¿Vienes?

—Oh. No, gracias. —Llega hasta la mano de Gabriel, que está encima de la mesa, y entrelaza sus dedos con los de él. La sangre me hierve cuando siento una fragancia a jengibre.

—Tenemos que hacer los deberes de física, ¿verdad, Gabe?

Gabriel me sonrío con suficiencia.

—Exacto.

Riley se queda con la boca abierta y la mirada que le lanza a Frannie diciendo «¿qué coño estás haciendo?» es más que evidente.

Frannie la ignora y vuelve a hacer manitas con Gabriel.

Yo solo quería a Taylor... pero esto también podría funcionar.

—Vaya. Es una lástima —digo, asintiendo hacia Taylor y Riley—. Supongo que solo quedamos nosotros.

Taylor se gira para mirar fijamente a Riley.

Si esto no consigue cabrear a Frannie, no lo hará nada. Cuanto mayor sea la intensidad de la ira, mejor, y ¿qué ira puede ser más intensa que la que se siente hacia una o dos grandes amigas que te han hecho daño? El acercamiento indirecto funcionará. La iré menoscabando. Si muevo bien mis fichas, como regalo de despedida podría también conseguir las almas de Riley y de Taylor. Puntos extra.

Pero entonces mi estómago se tambalea cuando la gravedad de la táctica me golpea. Gabriel y Frannie estarán juntos esta noche. Solos. Me estoy arriesgando mucho, apostando a que él aún no tiene lo bastante para marcarla. Y la ficha que me estoy jugando es mi propia supervivencia.

El jengibre de Cassidy casi me asfixia cuando deja la bandeja sobre la mesa y coloca su silla cerca de la mía.

—¿Quieres compartir mi magdalena de chocolate, Luc?

—No, gracias —le digo, luchando por mantener controlados mis nervios. Este podría ser el momento. Está en juego todo. Porque si Gabriel marca el alma de Frannie para el Cielo, estoy jodido. Cambiar una marca es prácticamente imposible.

Esto tiene que salir bien.

El Demonio está en los detalles

Frannie

Me imaginaba que a mamá y a papá les gustaría Gabe, lo de presentarse con flores para mamá ha sido un detalle, pero esto es muy embarazoso. Por supuesto, después de Luc, cualquier chico que llevara a casa les encantaría.

Mamá le echó un vistazo a Gabe y decidió que comeríamos en el comedor, con la vajilla buena.

—¿Quieres algo más, Gabe? ¿Más pan, más patatas...? —le ofrece.

—No, gracias, señora Cavanaugh. Todo está delicioso.

—Gracias. Nos encanta que los amigos de Frannie vengan a cenar.

Algunos de ellos, claro.

Miro a Kate y juraría que está sufriendo algún tipo de ataque. Y si a Maggie no le cae la baba sobre la camiseta, será un milagro. Por suerte, Mary está hablando con Gabe como alguien que tiene más de una neurona en funcionamiento. Por lo menos tengo una hermana normal. Pero Grace es la que me está estresando. Está mirando a Gabe de una manera que no es normal en ella, completamente atemorizada. Y en vez de comer, creo que está rezando o algo. Diría que lo desea, pero de una manera extraña, trastornada y religiosa.

Miro a papá, suplicándole con los ojos que haga algo. Aún lleva la camisa y la corbata. Él considera que la cena es un evento familiar, como las bodas y los funerales, donde las personas deben ir bien vestidas.

—Grace, cariño, ¿no vas a comer? —le dice, dándole un golpecito en el codo.

Ella sale de su trance.

—Sí, papá. —Pero no come. Se queda mirando a Gabe.

¿Cómo es que nunca me había dado cuenta de que mi familia está loca?

Cuando acabamos de cenar estoy muy avergonzada.

—Vamos, Gabe, tenemos que acabar ese trabajo del laboratorio. —Lo cojo por el brazo y lo saco de la cocina.

Él le sonrío a mamá.

—Gracias por la cena, señora Cavanaugh. Ha sido muy rica.

¿Rica? ¿Quién dice rica?

Durante el resto de la noche, mientras Gabe y yo trabajamos en mi habitación, oigo a Kate y a Maggie pasar por delante de la puerta, riéndose tontamente.

¡Ugh!

—Un momento —le digo a Gabe, y salgo, cerrando la puerta detrás de mí.

—Me sorprende que aún estés vestida —dice Kate—. Me ha parecido oír que la cama chirriaba. —Maggie le dirige una sonrisa lasciva porque todas sabemos que la única que haría chirriar la cama es Kate. Ella y Chase se han estado acostando desde su graduación en el instituto, el año pasado.

—Chicas, por favor. Estáis quedando como unas estúpidas. Parad.

—Vale. Escucharemos desde la habitación de Maggie y Grace —dice Kate, y se da la vuelta.

Me quedo allí quieta un momento, pensando que no han sido solo mis emociones las que se han vuelto locas con la aparición de Luc y Gabe. Todo mi universo está patas arriba. Todas mis hermanas se han vuelto locas, pero además Kate nunca hace lo que le piden.

Dudo un momento antes de abrir la puerta, porque cuando he pensado en Luc un pequeño nudo de desesperación se ha formado en mi estómago.

Ha salido con Taylor. Estarán juntos ahora mismo. Y, si conozco bien a Taylor, que la conozco, no estarán simplemente hablando.

Tú no la quieres a ella.

Me siento culpable por pensarlo, y no estoy segura de dónde ha salido ese pensamiento, pero en el mismo momento en que sale, sé que es verdadero. No quiero que él la quiera.

No la beses. Por favor, no la beses.

Vuelvo a entrar en mi habitación y conecto el iPod a los altavoces de camino hacia donde está Gabe. Me quito los zapatos y me siento a su lado en el suelo y escucho que la canción *You Found Me*, de The Fray, le dice de todo a Dios por no estar allí cuando todo se está desmoronando.

Gabe levanta la mirada de su libro y, por primera vez, frunce el ceño y se le apaga la cara.

—Esa canción es una mierda.

Yo lo miro a los ojos.

—Es una de mis preferidas.

—¿Por qué?

—Porque hace preguntas interesantes.

—¿Cómo cuál?

—Por qué Dios se queda sentado y deja que le ocurran desgracias a la gente.

La postura de Gabe se tensa.

—Hace algo más que quedarse sentado.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé. Todos los días se producen milagros.

—Ya. El Cielo, Dios... es todo una sarta de mentiras. Una historia que se inventó una religión organizada para ganarse la vida.

Su ceño se frunce aún más.

—En lo de la religión organizada puede que tengas razón, pero en lo de Dios te equivocas.

—Creía que eras más inteligente. ¿Es imposible que creas que hay un Dios con todas las cosas horribles que pasan?

Él me mira directamente a los ojos.

—Sí que hay un Dios, Frannie.

—¿Que llega y les arrebatara los niños a las familias? —suelto sin pensar.

Él me mira y yo no puedo aguantarle la mirada. Mis ojos se dirigen hacia el suelo y veo que su mano recorre la parte de arriba de su libro de física. Nuestros dedos se entrelazan.

—La gente muere, las cosas son así.

Mirando la foto de mi hermano de la cómoda, de repente me siento agotada. Demasiado cansada para discutir. Una bocanada de aire se escapa por mi garganta y una lágrima me cae por la mejilla.

—¿Crees que no lo sé?

Quiero gritar. Quiero darle un empujón. Pero no tengo suficiente energía para hacer nada aparte de apoyar mi frente en su hombro y cerrar los ojos.

Luc

Esto es perfecto. El jengibre de Taylor casi me ahoga. Me resultaría difícil pensar en una parte de mi cuerpo que ella no haya tocado o rozado. Todo va justo como pretendía.

Ella y Riley se comen su *pizza* y yo pesco información. Hasta ahora, he descubierto que Frannie sale con chicos, pero nunca se acuesta con ellos; que bebe en las fiestas, pero no fuma; que a pesar de todo lo de la religión, sus padres son bastante tranquilos; y que no soy su tipo. Esto último según Taylor.

Sinceramente, no las estoy escuchando con mucha atención, estoy un poco preocupado. A no ser que Gabriel les causara a los padres de Frannie la misma impresión que yo, cosa poco probable, ya que es un ángel muy empalagoso, ahora mismo estará en su habitación. Y, aunque la mayor amenaza es que marque su alma, en lo único que puedo pensar es en que le haga a Frannie lo que yo quiero hacerle. La ironía es que si él le hiciera lo que yo me estoy imaginando y tomara su carne, eso sería una ventaja para mí. La lujuria es la lujuria, no importa con quién la satisfagas.

Pero también me mataría.

Siento muchas emociones en mi interior, algunas las reconozco y otras no. Pero la que destaca, la que machaca a las demás, son los celos.

Fuerzo una sonrisa.

—¿Cuánto hace que os conocéis? —pregunto.

Taylor sonríe.

—Frannie se mud o a mi misma calle el verano anterior a cuarto. Cuando chocó con la bicicleta contra el coche de mi padre, supe, por la palabra que o  salir de su boca... —escribe las letras M-I-E-R-D-A con aceite de *pizza* sobre la mesa de imitación de mármol—, que ella y yo seríamos grandes amigas. Aunque ella fue a un colegio católico hasta cuarto, siempre hemos ido por ahí juntas. Después, Riley... — Le da una patada a Riley por debajo de la mesa—. Se mud o aquí en primero de bachillerato.

—S . Y antes tenía amigas de verdad que no me metían en problemas constantemente —dice Riley con sorna.

Taylor sonríe.

—Eh, nadie te ha puesto nunca una pistola en la cabeza. Tú eres responsable de tus propias acciones.

—S , ya. —Riley me mira—.  Por qué se me está ocurriendo que necesito unas amigas mejores?

Yo me encojo de hombros.

—Te diría que puedes venir conmigo, pero no puedo garantizarte menos problemas.

Taylor me mira y luego fulmina a Riley con la mirada.

—Todos tenemos elección, Ry —le dice, advirtiendo claramente a su amiga.

Yo deslizo un pie y lo presiono contra el de Taylor.

—Así es —digo yo, llenando mis palabras de insinuación.

Una sonrisa lasciva apenas le retuerce las comisuras de sus labios y yo me siento inundado por su jengibre.

Riley le lanza una mirada hostil a Taylor.

—Creo que deberíamos ir yéndonos a casa. —Riley ha defendido vehementemente a Frannie durante toda la noche, hablando de ella con frecuencia como para recordarme mi elección. Pero yo s  cuál es mi elección y ahora mismo es utilizar a Taylor para poner a Frannie de los nervios. Pero primero tengo que deshacerme de la carabina.

—De acuerdo, os llevar  a casa. —Pero mientras lo digo, empujo el pie con más fuerza contra el de Taylor.

Ella capta el mensaje y me sigue la corriente. Se levanta, se cuelga el bolso en el hombro y finge un bostezo.

—Vámonos. Estoy muerta. —Pero esa lasciva sonrisa no desaparece de sus labios.

Después de dejar a Riley, Taylor quita la mano del apoyabrazos que hay entre nosotros y la pone sobre mi muslo, quitándola súbitamente.

— Joder!  Sab a que estabas caliente, pero... Dios! —dice, y me pregunto por

qué creará que Él tiene algo que ver con esto. Luego se recuesta en el apoyabrazos.

—Hay un sitio cerca de una vieja presa... es muy tranquilo. Podríamos ir un rato, si quieres. —Vuelve a dejar la mano encima de mi pierna.

Yo quito una mano del volante y la paso por el respaldo de su asiento. Esto es lo que quiero, lo que necesito, en realidad. La manera más segura que se me ocurre para hacer que Frannie monte en cólera es tontear con Taylor. Yo me inclino hacia ella, inhalando su jengibre, dejando que tome el control sobre mí. Ella cambia de posición, viniendo hacia mí, y yo la abrazo. Ella gira la cara hacia mi cuello y siento su aliento caliente mientras me mordisquea el lóbulo de la oreja. Su mano explora mi pecho y empieza a bajar.

De repente, me siento mareado.

No puedo hacerlo. Es como si mi ardiente corazón pesara una tonelada dentro de mi pecho, debilitándome. *Menudo demonio estoy hecho*. Taylor se me está sirviendo en una bandeja de plata y yo no puedo continuar.

Pero no puedo tener a Taylor de enemiga, así que me aparto y susurro con una pizca de poder:

—Aunque suena muy tentador, esta noche tengo que ocuparme de unas cosas. — Como de un ángel chulito que ha entrado en mi territorio—. Quizás otro día.

Sus ojos se nublan un poco.

—Está bien, sí... claro.

De camino a casa de Taylor pasamos por la de Frannie, y el reluciente Dodge Charger de ese cabrón aún sigue en el camino de entrada. Miro el reloj. Las once. ¿Cuánto se tarda en hacer un trabajo de laboratorio?

Paro en el camino de entrada de Taylor.

—Gracias, Taylor, lo he pasado muy bien.

Ella ya se ha recuperado, aunque aún parece un poco aturdida.

—Podríamos haberlo pasado mucho mejor. No sabes lo que te pierdes —me dice, con un gesto muy sugerente en sus rojos labios.

—Ya. Nos vemos mañana. —Yo me apoyo contra mi puerta, apartándome de la tentación, y sonrío mientras ella abre la puerta y se baja.

Veo cómo entra en casa y luego conduzco calle arriba hasta la casa de Frannie, donde me detengo.

Aunque sé que es una mala idea, no puedo evitarlo. Me bajo del coche y me acerco al viejo roble que hay al lado del camino de entrada, justo delante de la ventana de su habitación. No hago ningún ruido cuando me cuelgo de una rama que hay cerca de la casa y escucho. En su habitación solo se oye música. Esto no va bien.

Las ganas de entrar en su casa, de desvanecerme y colarme en su habitación e interrumpir lo que esté pasando son insoportables. Y después de lo que parece una pequeña eternidad, ya no puedo más. Cierro los ojos y me centro. Gabriel sabrá que estoy allí, pero, si tengo cuidado, Frannie no.

Entonces lo hago. Me desvanezco y voy hacia su habitación.

Pero mientras voy cambiando de planos, siento como si el viento me hubiera dejado sin sentido, como un pájaro que choca contra una ventana, y de repente vuelvo a estar en la rama del árbol. Un poco aturdido, vuelvo a intentarlo. Lo mismo.

¿Qué diablos...?

Pienso en el padre de Frannie, en que era inmune a mi magia. Parece que el señor Cavanaugh está mejor conectado con el Cielo que el papa. Puedo visitar el palacio del papa cuando quiero, no hay problema. Pero en la casa de Frannie, en cambio, no puedo entrar.

Frannie

Gabe está tan cerca... Huele como la nieve de verano y me hace cosquillas en la nariz. Su tacto en mi mano es frío y blando. Así es como me imagino que será una nube. Cierro los ojos cuando se inclina más hacia mí y acurruca su cara en mi cuello. Su aliento frío en mi oreja hace que me estremezca cuando me dice:

—Todo sucede por alguna razón.

Yo separo mi cabeza de la de él y lo miro a los ojos, odiándome por estar llorando.

—No te creo.

Él me seca una lágrima con la yema de los dedos y me mira fijamente a los ojos. Me pone la mano detrás del cuello, sosteniéndome la cabeza, y me conduce hasta su hombro, enterrando la cara en mi pelo. Dejo que me tenga abrazada un rato, captando toda su energía. Nunca he sentido nada igual, pero me hace sentir calidez por todo mi cuerpo. Si me lo preguntaran ahora, tendría que decir que creo en el amor, porque eso es exactamente lo que siento, puro amor.

¿Podría quererlo? ¿Es posible?

Al final, me aparto de su camisa, me seco las lágrimas y me limpio la cara con la manga. Cuando lo miro a los ojos, están inseguros. Él empieza a inclinarse hacia mí y yo levanto la cara para encontrarme con la de él, pero entonces abre mucho los ojos y se aparta bruscamente.

—Debería irme ya —me dice con voz temblorosa.

El corazón me va a mil, sacudo un poco la cabeza e intento centrarme, pero no puedo detener el dolor que siento en mi interior. Mis emociones están completamente descontroladas, porque, en este momento, lo único que quiero es olvidarlo todo y abandonarme a él. Se lo daría todo.

De camino a la calle, mis padres se deshacen en elogios hacia él. Mi madre está radiante, no hay duda de que ha oído campanas de boda.

—Ha sido una maravilla tenerte aquí, Gabe. Espero volverte a ver.

—Seguro que sí, señora Cavanaugh —dice. Sus ojos, profundos y tiernos, se encuentran con los míos.

—Bueno, bien —dice papá—. Entonces, ¿volverás pronto?

Gabe sonrío, cegándome con el resplandor.

—Por supuesto —le contesta, mientras sale al porche por la puerta.

Bajamos las escaleras hasta su coche.

—Bueno, supongo que te veo mañana. Gracias por... todo.

Él sonrío levemente.

—De nada. —Él entrelaza sus dedos con los míos y siento que el corazón se me para un momento al sentir su tacto.

Cuando llegamos al coche, él le echa un vistazo a la casa, a mi ventana, y dibuja una sonrisa divertida. Mi corazón vuelve a acelerarse cuando me da un abrazo y me besa la parte alta de la cabeza. La curva de su cuerpo, contra el mío, es una sensación casi insoportable. Todo mi cuerpo está zumbando y mi respiración es un poco entrecortada mientras paso mis manos por su pecho y luego las deslizo alrededor de su cintura y lo aprieto contra mí. Siento que su cuerpo se tensa, pero no se separa. De repente, desearía estar otra vez en mi habitación.

Aprieto la cara contra él y él me abraza durante un largo rato, luego me vuelve a besar la parte de arriba de la cabeza.

—Cuando me vaya, cierra con llave —me dice en el pelo—. Te veo mañana.

Me suelta y una inesperada ola de desesperación me inunda, haciéndome querer abrazarlo de nuevo. Pero no lo hago.

—Sí, está bien.

Él se sube al coche y enciende el motor.

—En serio, Frannie, cierra con llave.

—Como quieras. —Subo las escaleras de mi casa y le digo adiós con la mano por encima del hombro. Pero cada escalón es más duro que el anterior, como si Gabe fuera el sol y yo estuviera intentando escapar de su órbita. Resisto el anhelo de correr tras él mientras sale del camino de entrada marcha atrás. Sigo avanzando, sin mirar atrás, y justo cuando abro la puerta, oigo un ruido en el árbol que hay al lado del camino. Levanto la mirada. Nada. Seguramente será un gato.

Me giro para echarle un vistazo al camino de la entrada y, durante una milésima de segundo, estoy convencida de ver allí de pie a un chico de mi edad de ojos azules y unos rizos rubios rojizos.

¿Matt?

Doy un grito ahogado y reacciono, pero ya no está... si es que antes estaba. Entro en casa rápidamente, con el corazón aporreándome el pecho, y cierro la puerta con llave. Corro hasta mi habitación y cierro también la puerta. Una vez que he recuperado el aliento, me acerco a la ventana, subo la persiana y miro con cuidado hacia el camino de entrada. No hay nadie. Ando hacia atrás, hacia la cama, y meto la

mano debajo del colchón. Cuando saco el diario de Matt, noto que la mano me tiembla.

Cálmate.

Siento el habitual nudo en la garganta mientras escribo:

Matt, estoy bastante convencida de que me estoy volviendo loca, porque me ha parecido verte en el camino de entrada a casa ahora mismo. Ha tenido que ser mi imaginación, lo sé. No estoy tan loca, pero eras como te imagino en mi cabeza... como creo que serías ahora. Ojalá pudiera hablar contigo. Tengo tantas preguntas para las que necesito respuestas... Gabe insiste en que Dios es real. Una parte de mí quiere creerlo. Si pudieras decirme dónde estás... ¿Hay un Cielo? ¿Un Dios? Estoy tan confundida...

Dos lágrimas, grandes y redondas, caen sobre el papel como gotas de lluvia. Suelto el boli y me llevo las manos a la cara. Me estoy deshaciendo por dentro, volviéndome loca poco a poco. Veo cosas que no están ahí. Y la culpa es como una roca sobre mi estómago.

Porque tendría que haber sido yo.

Meto el diario de Matt bajo el colchón y me acurruco en la cama, con la mirada perdida en la pared e intentando encontrarle sentido a todo..., a algo. Pero lo único que encuentro en mi mente es un terrible dolor de cabeza, así que pongo música y no pienso en nada.

Mi infierno personal

Frannie

La visión de Gabe, apoyado contra el edificio con las manos en los bolsillos, hace que se me pare el corazón. *¡Dios, está buenísimo!*

Papá conduce lentamente siguiendo al resto de coches y me deja de un frenazo justo delante del instituto. Gabe se aparta de la pared y se acerca tranquilamente mientras yo salgo del coche.

—Mi padre nos mira a ambos con una brillante sonrisa.

—Me alegro de verte.

Gabe se agacha y se asoma a la ventanilla del coche, con las manos todavía en los bolsillos.

—Yo también, señor. Muchas gracias de nuevo por la cena de anoche.

—Un placer.

Papá saluda con la mano y se marcha, todavía sonriendo, y Gabe me estrecha entre sus brazos.

—¿Qué tal?

—Muy bien. —Aparte de no poder respirar, ni comer, ni beber.

Entrelaza sus dedos con los míos y caminamos en silencio hacia el edificio, donde se queda de pie, mirándome, como si estuviera clavado en mi taquilla. Cuando levanto la vista y lo miro, sonrío y hace que todo mi cuerpo se quede sin aire. ¡Es tan guapo! Como mi ángel particular.

Y yo soy una mierda.

—¿Estás bien? —pregunta haciendo un gesto hacia el libro que llevo en la mano.

No.

—Sí.

Me pone la mano en la espalda para que andemos por el pasillo, pero en lugar de eso yo me vuelvo y escondo la cabeza en su pecho, empujándolo de nuevo contra las taquillas. Esto es lo que quiero. *¿No?* A la mierda con Luc. Pero cuando miro a Gabe a los ojos, lo que veo me aterroriza. Está tan abierto y es tan confiado... y yo no merezco la confianza de nadie.

Hago caso omiso de la sonrisita de Angelique cuando ve que Gabe me acompaña a la clase de inglés. Cuando se marcha, dejo caer la cabeza sobre la mesa, sintiendo la fría y dura superficie contra mi piel.

Gabe y Luc. No podrían ser más diferentes. ¿Y cómo puedo quererlos a los dos?

Pero así es, de dos modos totalmente distintos. Y, después de lo de anoche, Gabe me da más miedo que Luc. No creo en el amor, pero eso es lo que sentí. Lo sentí viniendo de él, y lo sentí en mi interior.

Levanto la cabeza de la mesa y observo que me tiemblan las manos, y doy un respingo cuando veo que Luc está ahí, sentado en la silla justo a mi lado. Allí donde Gabe es todo paz y amor, Luc es todo lo contrario: lujuria, pasión, con esa seductora energía que me hace desearlo de mil maneras que no debería. Y evidentemente no soy la única sobre la que produce ese efecto. Levanto la mirada y descubro a Angelique merodeando por la puerta, intentando hacer que parezca que está allí por casualidad, como si solo se encontrara de paso.

Una pícaro sonrisa le atraviesa el rostro cuando se inclina hacia mí y se apoya en los codos. Por un momento, la ira me consume, haciendo que quiera borrar de un tortazo esa sonrisa de su rostro. Él me mira a los ojos.

—Perdona, no pretendía asustarte.

Pero tú me asustas. Ambos. Me dais pánico.

—Estoy cansada —le respondo, y es verdad. Anoche no pude dormir porque cada vez que cerraba los ojos era a Gabe o a Luc a los que veía bajo los párpados. Y no quería ver dónde me podían llevar aquellos sueños. Me restriego los ojos con los puños para que no pueda seguir mirándome de ese modo.

Me paso el resto de la clase de inglés intentando ignorar la electricidad estática que corre entre nosotros mientras trabajo en la redacción del borrador del resumen. Pero me está costando un esfuerzo titánico concentrarme. Cuando suena el timbre, Luc y yo no hemos terminado todavía y la fecha de entrega es mañana.

Luc se reclina contra la silla y se cruza las manos detrás de la cabeza.

—¿Quieres que quedemos después de clase o prefieres sacar un cero?

—¿Tú qué crees? —le digo. Mi tono de voz me traiciona y hace evidente mi frustración. Me levanto suavemente de la silla y me dirijo a la puerta.

—Vale, ¿tu casa o la mía? —dice mientras me sigue.

Y el tema es que papá y mamá adoran a Gabe. No podían dejar de hablar de él esta mañana. Piensan que es como si fuera un ángel. Por otro lado, Luc no es que les guste mucho.

—Supongo que la tuya.

—Genial —dice, mientras salimos al pasillo. Parece satisfecho consigo mismo. Y eso, de pronto, me pone de los nervios.

La ira explota en lo más profundo de mis más oscuras emociones, y siento que mi boca empieza a moverse sin ninguna conexión con mi cerebro. Lucho por mantenerme a raya mientras las palabras brotan de mi boca.

—¿Es que hay alguien en este instituto con el que no estés saliendo? Aparte de mí, claro está. —Me avergüenzo de lo que acabo de decir justo en el momento en que me doy cuenta de lo que he dicho. Y por lo visto lo he dicho gritando, porque todos los que tenemos alrededor nos están mirando.

—Bueno... yo... en realidad no sabía que estuviera saliendo con nadie ahora mismo.

Mentiroso. Mi presión sanguínea se eleva de un modo peligroso. Ahora que la rabia ha salido de sus confines, soy incapaz de contener mis emociones.

—¿Ah, no? Puede que eso mismo debieras decírselo a Angelique, o a Cassidy, o a Taylor, o a Riley.

Se reclina contra el quicio de la puerta, relajado, y eso todavía me pone más nerviosa.

—Por lo que yo sé, no he tenido ninguna cita con ninguna de ellas. Fui a ver una peli y a comer una *pizza* con Riley y Taylor. Si no recuerdo mal, tú también estabas invitada. El hecho de que no vinieras con nosotros fue una pena. Y nunca he ido a ninguna parte con Cassidy ni con Angelique. De hecho, la única con la que he tenido una especie de cita ha sido contigo.

—No hemos tenido ninguna cita —le suelto con desprecio. Pero entonces vuelvo a sentirme avergonzada al recordar el café de después de la fiesta de Gallagher. Yo fui la que lo llamó cita caliente.

Él responde mientras yo intento recomponerme.

—¡Oh, perdona, ha sido error mío, entonces! Pensaba que nuestra cita para tomar café contaba.

Bajo la vista para mirarme el agrietado esmalte de uñas negro de mi dedo gordo del pie mientras levanto con la sandalia un trozo suelto de linóleo gris. Siento que la ira desaparece a la misma velocidad que apareció y que el disgusto la reemplaza.

—Entonces, ¿no hubo casa en la playa?

Su voz baja hasta convertirse casi en un susurro, pero todavía puedo oírlo con claridad entre el barullo del abarrotado pasillo.

—No hubo casa en la playa.

Lo miro a los ojos y de pronto me siento algo mareada. Mis pensamientos se nublan y tengo la urgente necesidad de sumergirme en sus profundos y oscuros ojos. Quiero saber lo que está pensando. Quiero saberlo todo sobre él. Me doy cuenta de que he dejado de respirar y aparto la mirada para coger aire profundamente.

—Entonces, ¿está todo bien? —me pregunta. Su voz es suave, casi tierna.

Asiento con la cabeza, sin estar muy segura de lo que acaba de suceder, pero sin confiar en mí misma como para volver a abrir la boca.

Me paso el resto del día sintiéndome como una auténtica gilipollas y ni siquiera puedo mirar a Luc. Pero cuando entramos en la cafetería del instituto y veo la expresión en el rostro de Taylor, que está entre la vergüenza y la excitación, mi corazón se hunde. Debería haber adivinado que anoche pasó algo entre ella y Luc, porque lleva evitándome toda la mañana. Mientras nos sentamos en nuestros sitios habituales, miro a Riley, que se encoge de hombros. Luc y Gabe se observan mutuamente. Nada nuevo. Así que es a Taylor a la que le pasa algo.

—Vamos por la comida —digo dándole una patada por debajo de la mesa.

Ella mira a Luc, luego me mira a mí, vuelve a mirarlo a él y dice:

—Vale. —Aunque no parece que tenga mucho apetito. Tiene el rostro pálido con un leve tono verdoso que choca con su pelo color rosa.

La cojo por el brazo y tiro de ella hacia la cola para coger la comida, mientras Riley nos sigue por el otro lado y me doy cuenta de que se sonroja cuando pasa por el lado de Trevor, que está sentado con sus amigos cerca de las máquinas expendedoras. Jackson Burchell me guiña un ojo y cruza los brazos sobre el pecho, luciendo bíceps en un gesto al estilo macho neandertal. Yo entorno los ojos. Taylor está demasiado distraída como para darse cuenta de nada.

—¿Qué demonios pasa aquí, Tay?

—No lo sé, todo está un poco borroso.

—¿Qué es lo que está borroso? —le digo gritando, mientras vuelvo la vista atrás para observar la batalla de estrógenos que se está librando entre Luc y Gabe en nuestra mesa.

—Creo que intenté algo con Luc, pero no estoy muy segura, no puedo recordarlo.

—¿Cómo no vas a recordar si intentaste ligártelo o no?

—Bueno, recuerdo la acción... pero creo que estoy intentando bloquear el resto de lo que pasó. —En un gesto muy poco habitual de Taylor, baja la cabeza y se pone los dedos índice y pulgar sobre la frente escondiendo la cara tras la mano—. Pasé mucha vergüenza.

—Entonces, ¿cuando tú intentaste besarlo, él se apartó?

Me mira por entre los dedos.

—Como te he dicho antes, todo está muy borroso, pero estoy segura de que me di de narices contra la pared.

—Vaya —digo intentando sonar amable. Me doy la vuelta para mirar a Luc y siento un cosquilleo en el estómago cuando lo descubro mirándome. Aparto rápidamente la mirada—. Bueno, ya te dije que solo está jugando con nosotras. Tienes suerte de que no quisiera nada contigo. Tenías un ángel sentado a tu lado cuidándote.

Se retira la mano de la cara y me mira con el ceño fruncido.

—No quiero ningún maldito ángel. Y además, ¿a ti por qué te importa? Tú tuviste a Gabe para ti solita toda la noche. Soy yo la que debería estar interrogándote.

—No pasó nada con Gabe. No va a pasar nada con Gabe —digo, molesta por haber permitido que se me metan en la cabeza. Pero es mentira. Algo pasó, a mí al menos, y tengo que descubrir cómo poder pararlo.

Volvemos a la mesa y suelto mi bandeja con un estruendo de determinación y convicción.

—Hemos decidido que queremos de nuevo nuestra mesa. Solo chicas. Tendréis que buscaros otro sitio.

La expresión de Luc es de diversión. Gabe está sorprendido.

Y Taylor está lívida.

Me lanza una mirada fulminante.

—¿Quién te ha dado el papel de *dominatrix* de la mesa de la comida?

Le devuelvo la mirada.

—¿Era yo la única que estaba en la conversación que acabamos de tener?

—Si no te quieres sentar con ellos, ¿por qué no te marchas tú?

—Perfecto —le suelto.

—Perfecto.

Dejo la bandeja de la comida y me largo hecha una furia de la mesa en la que me he sentado con mis dos mejores amigas todos los días de clase desde hace dos años y medio. Angelique Preston, que está sentada dos mesas más allá, me lanza una sonrisita burlona mientras yo me quedo allí plantada intentando encontrar una alternativa antes de darme cuenta de que no hay ninguna y salir de la cafetería. Miro por la ventanilla de la puerta justo para poder ver como Riley se levanta para seguirme. Pero Taylor se sienta en mi lugar, entre Luc y Gabe, y coge a Riley del brazo. Riley duda y luego se sienta.

Estoy más que convencida de que voy a matar a Taylor.

No puedo creer que permita que unos tíos, no importa lo buenos que estén, nos estén haciendo esto. Me siento sobre la hierba bajo el cálido sol de primavera, con la espalda apoyada contra la pared y cierro los ojos.

Respira.

—¡Hola!

Doy un respingo al oír la voz de Reefer. Abro los ojos y lo encuentro sentado a mi lado, mirándome con esos ojos marrón oscuro. El resto del grupo está sentado en el hueco que hay cerca del gimnasio.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Sí.

No me cree, pero, aunque puedo ver la pregunta en sus cálidos ojos marrones, no insiste. Sé que es egoísta, pero necesito algo simple y familiar en estos momentos. Me inclino hacia él y él me pasa un brazo sobre el hombro. Simplemente nos quedamos allí sentados mientras él habla de su hermano y su perro y de las nuevas canciones que ha aprendido a tocar con la guitarra.

Y se me ocurre pensar que nunca hubiera dicho nada sobre nosotros. Y su mano está allí quieta sobre mi hombro y soy yo la que se acerca más a él en lugar de ser al revés.

Me aparto de él y lo miro directamente a los ojos. Algo ha cambiado.

—¿Y cómo va todo con el grupo? —le pregunto.

Suelta un profundo suspiro.

—Bien, muy bien. Delanie es muy buena. Gracias por ponernos en contacto.

El tono de su voz me pilla por sorpresa y ahora me toca a mí interrogarlo con la mirada.

Sonríe y baja la mirada.

Así que Ryan y Delanie están haciendo su propia música.

—Me alegro, Reef. Estoy muy contenta de que haya funcionado. —Y no es ninguna mentira. Estoy contenta de que Ryan haya seguido adelante. Pero eso no quita que sienta una punzada de pena y, si soy honesta, incluso llego a estar algo arrepentida.

Me da un apretón y se levanta.

—¿Estás segura de que te sientes bien?

Le sonrío.

—Estoy bien. Gracias.

Él me mira todavía un rato a los ojos y luego se da la vuelta y se marcha por el jardín.

Escucho a Ryan y el grupo improvisar durante un rato, luego saco el último montón de cartas de Pakistán que he recibido de mi mochila y las echo un vistazo. De pronto levanto la mirada. Luc está allí de pie.

—¿Te importa si te hago compañía?

Vuelvo a mirar las cartas.

—Estoy ocupada.

Deseo que se marche, pero en lugar de eso, se deja caer deslizando la espalda por la pared y se sienta a mi lado.

—¿Qué son?

—Cartas —le digo al encontrar una de mi amigo por carta Ghalib que pongo encima de las otras.

Pero en cuanto la miro, deseosa de tenerla ya traducida, es como si un rayo me cruzara la cabeza y de pronto me siento como enferma.

¡Oh, Dios mío!

Conozco ese sentimiento. Siempre significa que pasa algo malo. De pronto, estoy contenta de no haber comido nada, porque se me revuelve el estómago. Me hago un ovillo cogiéndome las piernas con los brazos y siento un nudo en la garganta.

—¡Frannie! —Luc se pone de pie a mi lado—. ¿Estás bien?

Intento apartarme la visión de Ghalib, tirado en el suelo sangrando y vuelvo a mirar la carta. Ghalib está muerto. Siento como si estuviera a punto de desmayarme.

—No —digo con una voz apenas perceptible.

—¿Qué pasa? ¿Te pasa algo? ¿Estás enferma?

¿Cómo podría explicárselo sin parecer que me he vuelto loca? Pero cuando miro a Luc, algo en mi subconsciente me susurra que si se lo digo todo irá bien y me entenderá. Él es el único que no pensaría que me he vuelto loca.

—Creo que Ghalib... —Ni siquiera soy capaz de pronunciarlo—. Nada, estoy bien —digo mientras el dolor en mi pecho amenaza con convertirse en lágrimas.

Él coge la carta y le echa un vistazo. Frunce el ceño.

—Está bien, Frannie. Se marcha a Afganistán a ver a unos familiares y a buscar trabajo. No pasa nada.

No tengo la energía suficiente como para preguntarle cómo puede leer la carta sin la traducción.

—Está muerto.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he visto.

Por un momento parece sorprendido y me doy cuenta de que me equivocaba al pensar que me entendería si se lo contaba. Cree que estoy como una cabra. Me pasa el brazo por la cintura.

—Deja que te lleve a la enfermería.

—¡No! —le digo apartándome de él—. Solo dame un momento. —Me tumbo en la hierba, todavía mareada. La visión de Ghalib, y otros, no me abandonará. Matt fue el primero, pero ha habido bastantes más desde entonces. Soy siempre la primera persona en saber cuándo un amigo de la familia o un viejo profesor, o quien sea que haya conocido alguna vez, ha muerto. Son los rostros que siguen al relámpago en mi cabeza. Siempre muertos.

Luc viene conmigo hasta la clase del señor Snyder, donde le escribo una carta a Ghalib. Si supiera cómo localizarlo por teléfono lo haría, pero estoy convencida de que nada de esto tiene sentido. La fecha de su carta es de hace una semana. El señor Snyder parece preocupado, pero promete que traducirá la carta y que la enviará esta misma noche.

Durante el resto del día, Luc no se aparta de mi lado. Por norma, tendría ciertos problemas con todo este rollo de la protección, pero parece que el tenerlo al lado me está ayudando de algún modo y, para cuando me subo a su coche al final de las clases, ya empiezo a sentirme algo mejor.

El Demonio me obligó a hacerlo

Luc

Me siento eléctrico. Estoy a cien. Quería saber por qué el Infierno quería tanto a Frannie y ahora ya lo sé. *Clarividencia*.

Ella se sube a mi coche, se apoya contra la puerta y cierra los ojos. La dejo en paz durante casi todo el trayecto, pero al final ya no me puedo resistir. Tengo que saberlo.

—¿Frannie?

—¿Sí?

—Lo que ha pasado antes en el patio, lo que viste... ¿te pasa muy a menudo?

Su expresión se vuelve hostil.

—No estoy loca —gruñe.

—No he dicho que lo estés. Solo estoy preocupado.

Y siento curiosidad.

Ella mira por la ventanilla.

—No muy a menudo, alguna vez.

—¿Durante toda tu vida?

—Desde que mi... desde que tenía siete años.

—¿Qué es lo que ves? ¿Cosas que van a pasar?

Se vuelve hacia mí y una lágrima se precipita desde sus cautelosos ojos.

—Personas muertas. Las veo muertas antes de que mueran. —Su mirada cae hacia sus manos—. Pero nunca he podido evitarlo.

Veo que eso podría ser muy útil para el Infierno. Si supiéramos que van a morir... si pudiéramos marcarlos antes de que fueran al Limbo... eso aumentaría nuestro número de almas.

Intento mantener mi emoción fuera de mi cara y de mi voz.

—Eso es muy fuerte. ¿Te encuentras bien?

—Supongo que sí —dice mientras llegamos al complejo donde está mi piso.

Sus ojos miran alrededor con cautela cuando entramos en el aparcamiento. No es lo que esperaba, estoy seguro.

—¿Aquí es donde vives?

—Sí. ¿Ocurre algo? —digo yo, intentando no reírme.

—No —dice ella bruscamente.

Conduzco hacia una plaza que hay cerca de la puerta de mi edificio, entre un Impala azul oxidado y un Ford pickup negro abollado, y por el rabillo del ojo observo

cómo lo inspecciona todo.

El día gris que hace hoy acentúa aún más la atmósfera gris que rodea esta parte de la ciudad. Los cuatro edificios de cemento de dos plantas una vez fueron blancos, pero ahora tienen un color negruzco, a causa de décadas de suciedad, humo y óxido de las alcantarillas. La mayoría de las ventanas están intactas, pero en algunas, los cartones y la cinta adhesiva han sustituido a los cristales. Una bolsa de plástico de supermercado corre por el suelo con la sutil brisa primaveral y se engancha en las ramas de un anémico arbusto cerca de la puerta de mi edificio.

Ella me mira y pone una expresión valiente mientras abre la puerta y baja del coche.

—Vamos.

—Tus deseos son órdenes para mí —digo mientras camino hacia el edificio. Mantengo la puerta abierta y ella entra lentamente. Sube detrás de mí las mugrientas escaleras hasta el segundo piso y espera en el pobremente iluminado descansillo mientras yo saco la llave y la introduzco en la cerradura.

—¿Tus padres están trabajando? —me pregunta cuando yo cruzo la puerta y enciendo una luz.

—Probablemente.

Ella me sigue al interior del piso.

—¿A qué hora vuelven? —¿Detecto un temblor en su voz?

—Ni idea.

—Bueno, ¿a qué hora vuelven normalmente?

—Ni idea —vuelvo a decir. Ella se queda mirándome—. Nunca he conocido a mis padres. —No es mentira. A los demonios no nos va mucho eso de criar a nadie.

—Oh. Lo siento. —Sus ojos se dirigen al suelo gris donde unas alegres tablas amarillas de linóleo luchan por asomarse entre años de suciedad—. Entonces, ¿con quién vives?

—Con nadie.

Sus ojos vuelven a mirar a los míos.

—¿Vives aquí solo? —Una ráfaga de pomelo impregna el aire, el miedo de Frannie. Mmm...

—Sí.

Sus ojos vuelven a mirar hacia la puerta, probablemente planeando su huida.

—Si prefieres que vayamos a tu casa, no hay problema —le digo con mi voz más tranquilizadora.

—Eh... —Claramente, no está preparada para volver a pasar por todo aquello—. Aquí está bien.

Me acerco a la nevera y la abro.

—Genial. ¿Quieres una cerveza? —Cierro la puerta de la nevera mientras dos cervezas frías se materializan en mi mano.

—Primero deberíamos hacer el trabajo.

Abro las dos y le tiendo una a ella.

—Yo trabajo mejor cuando estoy relajado —le digo, dando un largo trago. Ella mira la cerveza de su mano y le da un sorbo vacilante, y luego mira a su alrededor.

Soy un demonio, no un cerdo, así que tengo mi casa relativamente limpia. La cocina está limpia, no tengo platos sucios y comida podrida, sobre todo porque no necesito comer. Pero por esa misma razón, no hay mesa. Ni sillas. La baja hilera de armarios está pintada de negro, y las paredes, que una vez fueron blancas, ahora son más grises, con la pintura pelándose y el yeso asomando en algunos sitios.

El estudio es pequeño y, además de la cocina en la esquina izquierda del fondo y el baño a su lado, que también está limpio porque tampoco necesito hacer nada de eso, hay una cama de matrimonio con sábanas negras, un edredón negro y un montón de almohadas negras que ocupa la mayor parte de la habitación. Debajo tiene una alfombra negra, grande y gruesa.

—Qué cama más grande —me dice observando la gran cama que hay en medio de la habitación. Luego sus ojos se encuentran con los míos y se pone colorada.

—Ajá... —digo yo asintiendo—. Y es muy cómoda.

Ella baja la mirada y luego vuelve a dirigirla hacia mí antes de estudiar el resto de la habitación, con cuidado para evitar la cama. Hace un circuito por el estudio, parándose a mirar las tres copias de *Dorés* que hay cerca de la cocina, y que muestran diferentes momentos del *Inferno* de Dante, y una copia de *La tentación de Eva* de Blake, el punto álgido de la carrera del rey Lucifer.

Pasa por delante del baño y veo que me dirige una mirada furtiva en el espejo de cuerpo entero que hay en la parte de atrás de la puerta. Sigue hacia la estantería que llega hasta el techo y que se encuentra delante de la cama, deteniéndose para coger el viejo y desgastado volumen que he dejado abierto en el suelo: el *Purgatorio* de Dante. Tengo debilidad por Dante, ya que he sido su musa. Le echa un vistazo y levanta las cejas.

—Esto está en español.

—Italiano —la corrijo.

—¿Hablas italiano? —me dice, poco convencida.

—Sí.

—Di algo.

—*Sì la mia schiàva d'amore* —le susurro.

Su expresión es cauta.

—¿Qué has dicho?

Una sonrisa divertida se dibuja en mi cara.

—No te lo diré. —De todas formas, no creo que aceptara ser mi esclava de amor.

Ella se queda mirándome un momento con los ojos bien abiertos, y luego deja a Dante abierto en el suelo. Saca otro volumen de la estantería, de Proust, y lo abre.

—¿Francés? —dice con una ardiente incredulidad.

—*Oui*.

Ella frunce el ceño.

—Estás de broma. ¿Cuántos idiomas sabes?

Todos.

—Algunos.

Se da la vuelta y vuelve a colocar el volumen de Proust en la estantería y camina por delante de la ventana, que da al aparcamiento, mirando al exterior. Cuando se gira hacia la habitación y se da cuenta de lo cerca que está de la cama, se detiene. Se apoya contra la pared, entre el mueble del equipo de música, con los dos altavoces, y la estantería de cedés hasta el techo con casi todos los discos que se han editado jamás. Pero sus ojos estudian la pared de detrás de mi cabecera de forja. Está cubierta por un mural negro de mi casa, la zona menos habitada del Abismo más alejada de las puertas, donde el lago del Fuego se encuentra con las altas murallas de piedra del Infierno.

Al final, el dibujo del mural calma su miedo a la cama, se acerca a ella y coge un pincel de las cosas de pintar que hay en el rincón.

—¿Quién está pintando la pared?

—Yo mismo.

Se da la vuelta para mirarme.

—No puede ser.

No puedo evitar sonreír cuando ella vuelve a girarse hacia el mural y pasa un dedo por el contorno de una llama azul que sale de la líquida superficie roja del lago.

—Es muy oscuro. Da miedo, pero mola. ¿Qué es?

—El Infierno.

Ella se gira de espaldas a la pared y se queda allí mirándome durante unos segundos.

—Bueno, ¿dónde quieres que nos pongamos? —pregunta finalmente, mirando a su alrededor.

Yo lanzo una mirada hacia la cama y sonrío.

Ella se estremece, a pesar de que aquí no hace ni mucho menos frío, y echa un largo trago a su cerveza. Abre su mochila, saca su libreta y se sienta en la alfombra al lado de la cama, bebiendo otro sorbo.

Yo me acerco al equipo de música, pongo Linkin Park y le doy el volumen suficiente para sentir los bajos en mis huesos.

—¿Dónde tienes la tele? —me pregunta.

Me siento en la alfombra, a su lado.

—No tengo.

—Entonces ¿cómo ves tanto el canal de historia?

Tengo que tener más cuidado.

—Tenía una, pero se rompió.

—Oh —dice ella, sacando *Las uvas de la ira* de su mochila—. Bueno, ¿qué crees que debería hacer Tom?

—Ir directo a la cárcel. —Y luego al Infierno—. Sin pasar por la casilla de salida, ni cobrar los doscientos dólares.

Ella, nerviosa, se acaba la cerveza. Me levanto del suelo y voy hacia la nevera, volviendo al cabo de un momento con dos cervezas más. Cuando abro una y se la tiendo a ella, accidentalmente rozo mis dedos contra el interior de su muñeca. Sus ojos se abren enormemente durante un instante y se queda sin respiración. ¿Una reacción al calor de mi tacto? ¿O es algo más? Jengibre... mmm...

Sí, eso está mucho mejor, el acercamiento directo. Porque mi última táctica, el acercamiento indirecto, era una mierda. Tenía que arreglarlo, así que después de la clase de inglés utilicé un poco de poder. Y aquí está.

Conmigo.

A solas.

Una ráfaga de electricidad corre bajo mi piel mientras imagino todas las posibilidades.

Ella me mira y toma otro trago de cerveza.

—¿Por qué odias tanto a Tom? ¿Qué te ha hecho?

Yo me río. Si no fuera un personaje de ficción, probablemente seríamos colegas.

—Bueno, vamos a ver... a mí, nada. Pero a otros sí, robarles y matarlos. Nada del otro mundo, supongo.

Ella me mira, incrédula.

—¿Tú has leído el libro? Tenía buenas razones para hacer lo que hizo. —Vaya, cómo me gusta esa furia.

—Oh, así que hay buenas razones para matar. No lo sabía, lo siento.

—A veces sí. Hasta nuestro sistema judicial absuelve a la gente si hay circunstancias atenuantes.

—Vaya, sí, nuestro infalible sistema judicial.

—Y la Iglesia también. Perdonan a la gente que ha matado si no tenía elección.

—Mira, no me hables de la Iglesia.

—Eres la persona más cínica que he conocido nunca.

—Solo soy realista.

—Quizás eso fue lo que pasó con mis padres. ¿Les hablaste de esas cosas?

A medida que está más agitada, empieza a arrastrar las palabras, y yo tengo que esforzarme por reprimir la sonrisa que amenaza con formarse en mis labios.

—Apenas les dije hola.

—Porque a mis padres les cae bien todo el mundo, hasta Taylor. Nunca antes los había visto actuar así.

Porque nunca habías llevado a casa a un demonio.

—No sé qué decirte. A veces la gente reacciona así conmigo. —Veo que se ruboriza. Su reacción hacia mí parece justo lo contrario, ideal para mí. Y la cerveza parece estar haciendo que se relaje.

Nos quedamos sentados un buen rato, ella mirándome a mí y yo devolviéndole la

mirada. Al final, digo:

—Así que a tus padres les gusta Taylor.

Parece que le pesan los párpados.

—Se ríen mucho con ella. Les encanta su pelo rosa.

Ahora me permito sonreír.

—Quizás ese sea el problema. Necesito teñirme el pelo de rosa.

Ella se ríe, una risa profunda que le sale de la barriga, y eso revuelve algo en mi interior, me hace sentir... vivo. Ella se apoya hacia atrás, contra la cama, y su risa se convierte en una risita y cierra los ojos. Borracha con dos cervezas.

—Eh... sí. Aunque chocaría con tus ojos rojos —dice, quedándose frita.

¿*Mis ojos rojos*? Es muy observadora. Pero la verdad es que no puedo quitarle los ojos de encima. Su respiración se vuelve más lenta y profunda mientras se duerme y yo sigo mirándola fijamente. Lo vuelvo a sentir, lujuria, que se está convirtiendo en una buena amiga. Pero hay algo más, algo más profundo, justo en el filo de la lujuria, que no reconozco.

Si quisiera, podría tomarla ahora mismo. Y una parte de mí grita que lo haga, que tome su carne. Pero otra parte, conectada con ese sentimiento desconocido, también grita. Grita por su alma. También podría tomarla ahora mismo. Y si lo hiciera, estaríamos juntos, en todos los sentidos, para toda la eternidad.

Pero aún no ha sido marcada. Tiene que ganarse un lugar en el Infierno. Y además, no tengo ninguna justificación para llevarme su alma conmigo ahora mismo, excepto que la quiero. Sé que él también la quiere, con el tiempo, pero mi rey tiene planes para ella mientras tanto.

Probarla un poco no puede ser malo, ¿no? Ella no lo recordará, ni siquiera tiene por qué enterarse nunca. Me quedo sentado unos minutos, observándola y discutiendo conmigo mismo. Pero, al final, la insana curiosidad se impone y me rindo. Me apoyo contra la cama a su lado y cierro los ojos para concentrarme. Reúno mi esencia y siento cómo abandona mi cuerpo y entra en el de Frannie a través de sus labios, que están ligeramente separados.

Lo primero que me sorprende es lo cómodo que es. Normalmente, la posesión es estrecha y claustrofóbica, pero esta... esta es agradable. No, agradable no, buena. Me abro camino hacia su mente, no para controlarla, solo para echar un vistazo. Quiero saber cuáles son las esperanzas, los miedos y los deseos más profundos de Frannie. Pero en el último momento me detengo porque no parece lo correcto. Parece una invasión a su intimidad.

Me río para mí mismo. *Como si no lo estuviera haciendo ya*. ¿No es la posesión la mayor invasión de la intimidad posible?

En lugar de eso, busco su esencia, su alma. Y cuando la encuentro, me corta la respiración. Nunca he experimentado nada tan bello: un blanco opalescente brillante plagado de plata y ricos verdes y azules, como la madreperla. Muy diferente de las oscuras y sórdidas colecciones de almas que llegan al Abismo. Y me deja un rastro

dulce y picante, a clavo y a pasas en la lengua y en la nariz. Pero hay algo más... un sentido de profunda esperanza y... algo más.

Mi resbaladiza esencia de color negro obsidiana se arremolina y se entreteje con la de ella, y me siento avergonzado por la sensación gruesa y aceitosa de la mía en comparación con la sensación sedosa de la suya. Pero mientras bailamos, mi ardiente corazón renace.

Me permito estar con ella y siento que aquí soy bienvenido... que ella me quiere. Me pierdo en ella, explorándola mientras bailamos. Cuando espira estremecida y gime, ¿de placer?, me doy cuenta de que este podría ser un lugar en el que podríamos estar juntos de verdad. Dejo que mi esencia se acerque más y la mezclo con la de ella. Y en ese segundo, cuando su blanco brillante se mezcla con mi negro lustroso, lo que siento es... todo. Siento una abrumadora ráfaga de sensaciones que no tienen nombre, por lo menos en el reino demoníaco. Cosas que no soy capaz de identificar o describir. Ni siquiera puedo empezar a explicar la sensación, lo único que sé es que es algo que no había sentido jamás y que es algo real.

Ella vuelve a gemir y susurra: «Luc...». Es un sonido como la música, pero también una llamada para despertarme. Tengo que salir de aquí antes de que me meta en problemas. Pero es casi imposible obligarme a mí mismo a salir. Casi contra mi voluntad, obligo a mi esencia a volver a salir entre sus labios, saboreando su caricia mientras paso entre ellos. Cuando vuelvo a mi cuerpo humano, de repente está vacío y frío, a pesar del calor demoníaco que traigo conmigo.

Respiro profundamente, dejando que el aire me inunde, expulsando la creciente agitación, y lucho contra el ansia incontrolable de volver a entrar en su cuerpo.

Que Satanás se apiade de mí... ¿qué ha sido eso?

Me pongo en pie, obligo a mis ojos a apartarse de ella y me acerco a la ventana, donde una pequeña araña negra está construyendo frenéticamente su tela en la esquina superior. La observo moverse con rapidez y suavidad alrededor del círculo de su guarida, construyendo eficaz y meticulosamente la trampa perfecta. Impecable.

Me pregunto por qué la mía se ha vuelto tan grande y descontrolada.

No tengo ni idea de lo que estoy haciendo. No tengo ninguna táctica. El acercamiento indirecto no funciona, porque lo único que puedo hacer es obsesionarme con estar con ella, con tocarla. Pero no tengo la disciplina para realizar el acercamiento directo. Me he quedado sin acercamientos.

Me siento en el suelo al lado de Frannie y me quedo mirándola durante un largo minuto. Después, me encuentro inclinándome hacia ella. Y, ligeramente, rozo mis labios contra los de ella.

Frannie

En mi sueño, Luc y yo estamos bailando bajo las estrellas. Estamos tan juntos que puedo sentirlo por todas partes, casi como si estuviera dentro de mí. Y entonces estamos haciendo algo más que bailar y su tacto es como el infierno. Me oigo a mí misma gemir cuando subo encima de él.

Algo muy blando pero muy caliente me roza los labios y, cuando abro los ojos de golpe, veo que él se está apartando. En una especie de reacción refleja, o a lo mejor es la cerveza, mi mano sale disparada, se coloca sobre el pelo negro de la parte de atrás de su cabeza y empuja su cara hacia la mía. Él se aparta ligeramente y estoy a punto de soltarlo, pero entonces sus labios vuelven a estar sobre los míos, blandos y muy calientes.

Debe de estar a unos mil grados y es como si me estuviera quemando la mano y la boca. Pero, al mismo tiempo, me gusta. Me ensimismo en su tacto y juraría que mi cabeza y mi corazón están a punto de explotar. Ningún beso había sido como este. Ha sido eléctrico en su intensidad, haciendo que cada terminación nerviosa me zumbe en la cabeza. Sus labios se apartan y puedo sentir su olor a canela, lo aspiro, y es como si me llenara, como si una parte de él estuviera entrando en mi cuerpo, haciéndome completa. Pero no cierro los ojos, y él tampoco. Mientras lo miro, sus ojos se ablandan y el brillo rojo del fuego que siempre está presente detrás del negro de sus iris llamea durante un segundo.

Cuando al final lo suelto, él se separa y parece aturdido y confundido. Más o menos como yo me siento. Se me queda mirando durante un largo momento y empiezo a pensar que la he fastidiado. Pero la preocupación toca su expresión y pregunta:

—¿Estás bien, Frannie? —Como si su beso hubiera podido hacerme daño.

¿Si estoy bien? No estoy segura. Porque me siento aturdida, y una sensación que no sé ni cómo llamar me está inundando a oleadas, haciendo que me sienta un poco mareada. Estoy agotada pero vigorizada al mismo tiempo. Lo miro fijamente, intentando recuperar el aliento. Pero lo que veo en esos pozos negros no hace nada para ayudarme a respirar.

—Ajá. ¿Y tú?

La preocupación no abandona sus ojos.

—Genial —me dice, pero no suena para nada genial.

Me acuerdo de Taylor y me siento peor.

—Bueno... ¿qué pasó anoche entre Taylor y tú?

Él parece un poco sorprendido.

—Nada. Creía que te lo habría dicho.

—Estuvo un poco parca en los detalles.

Él piensa en ello durante un largo segundo.

—¿En serio? Qué interesante —dice. Luego me mira durante otro largo segundo y su mandíbula se tensa. Sus ojos se apartan de mí y examina sus manos mientras me pregunta:

—¿Y entre Gabriel y tú?

—Nada. —El vértigo que siento al darme cuenta de que Luc estaba más preocupado de lo que aparentaba es abatido inmediatamente por el dolor de mi pecho por mi propia mentira. Cierro los ojos y dejo caer la cabeza sobre la cama.

Luc

Me golpea como un rayo del Infierno, una sensación salvaje, vertiginosa y mareante en su intensidad que me hace querer correr. Correr lejos de Frannie. O hacia ella. No sé hacia dónde.

Y lo que he sentido cuando me ha besado... no tengo ni idea de qué ha sido eso. Un cambio en mi corazón. ¿Qué demonios hago ahora?

Mi trabajo. Tengo que marcarla. Lo que significa que debería seguir trabajando por el camino del deseo, lo que haría que el tema de la ira y la envidia fuera más fácil, ¿no?

—Creo que deberíamos volver al trabajo. —O por lo menos yo. Probablemente no sería imposible meterla en la cama. Quizás otra cerveza, un poco de poder... solo la sugestión.

Y entonces capto el aroma a chocolate caliente. ¿Qué señal está dando ahora la psique de Frannie? Una que no reconozco.

—Sí —me dice, sonriendo. Vuelve a coger la libreta del suelo y a ponérsela encima de las piernas.

Yo la miro fijamente a los ojos, intentando leer su mente. No estoy seguro de si esto forma parte de mi táctica o no. Me cuesta mucho mirar a otro sitio. Y ella me está devolviendo la mirada. Empiezo a acercar una mano hacia ella otra vez y ella parece querer que lo haga, pero entonces retiro la mano al sentir una inyección de algo. La quiero de más maneras de las que puedo describir, de todas las maneras. Pero algo está impidiendo que la tome.

Hay un nudo profundo y punzante en mi pecho, ¿mi corazón? ¿*Es una broma*? El azufre no punza. La vuelvo a mirar, sonriéndome. No sonreiría si supiera lo que soy. Debería contárselo. Eso sería lo correcto.

Oh, por el amor de todas las cosas impuras. ¿Eso es una conciencia? ¿Qué diablos me está pasando? ¿Es una broma de mi jefe? No, por sádico que sea, estoy seguro de que Beherit no lo encontraría divertido.

Gabriel.

Esto tiene que ser cosa suya. Iré a por él, le arrancaré sus plumas de ángel y con ellas me haré una almohada.

Respiro profundamente e intento despejarme la cabeza. Mi mirada vuelve a Frannie justo cuando una pequeña sonrisa pícara aparece en las esquinas de sus

deseados labios. No recuerdo haber deseado nada tanto. Si no lo supiera seguro, creería que nací de la lujuria y no de la soberbia.

—Bueno, capítulo 28 —digo, apartando la mirada y abriendo mi libreta.

Como en el Cielo

Frannie

Taylor me está mirando fijamente desde el otro lado de la mesa.

—¿Te besó?

Una sonrisa me inunda el rostro. Ya ha pasado todo un día y me siguen ardiendo los labios.

Aparece la camarera con nuestro cerdo Mu Shu, nuestro pollo al limón y el arroz frito con gambas, y deja los platos de un golpe sobre la mesa. Tira un puñado de palillos chinos al centro de la mesa, dice algo en cantonés que no suena demasiado bien y se marcha.

Riley la mira preocupada mientras se marcha de la mesa.

—¿Por qué nos odia?

Yo me encojo de hombros y luego centro de nuevo mi atención en Taylor.

—Lo que te pasa es que estás celosa —me regodeo diciéndolo, removiendo el arroz de mi plato. He intentado evitar la cena de chicas de esta semana por todos los medios, pues en estos momentos odio a Taylor, pero Riley dijo algo sobre la culpabilidad, y aquí estoy. Así que estoy disfrutando restregándoselo a Taylor por la cara.

—¿Así que de verdad lo hizo? —dice Riley.

Vuelvo la mirada hacia el escaparate con el brillante letrero de neón de «Abierto» colgando y observo las aceras vacías y las oscuras ventanas de los pisos desocupados del edificio de enfrente. Por un momento, estoy convencida de haber visto el Shelby Cobra negro pasar por delante de las luces de neón. Me hago ilusiones, supongo. Le sonrío dulcemente a Taylor.

—Bueno, en realidad creo que fui yo la que empezó el beso. Está todo un poco borroso.

—¿Ves? A eso es a lo que me refiero. Las cosas cuando estás con él se hacen todas borrosas. Pero ¿él te dijo que no pasó nada entre nosotros?

—Nada.

—¿Y tú lo crees? —Taylor coge el tenedor con fuerza derramando la salsa de limón por la mesa.

—Bueno, no se puso raro ni nada cuando lo comentamos. Me dijo que le parecía raro que no me lo hubieras contado.

—Entonces tengo suerte de que no quisiera nada conmigo —dice mientras su

rostro refleja el desdén de su voz—, pero ¿todo está bien si es a ti a la que besa?

No puedo evitar la estúpida sonrisa que me sale.

—Puede que me equivocara —le digo con la esperanza de tener razón. Incluso aunque me equivoque y él me mande a paseo mañana mismo, la cara de Taylor, en estos momentos, merece la pena.

Ella sacude la cabeza.

—Lo besaste.

—Sí.

—¿Un beso de los de verdad o solo un beso?

—Solo un beso. —Uno de los que realmente te hacen perder la cabeza.

Riley tiene los ojos abiertos como platos y la sonrisa en su cara es de infinita alegría.

—¿Entonces estáis saliendo?

—No estoy segura, puede ser.

—¿Cómo puedes no estar segura de si estáis saliendo o no? —dice Taylor con desdén a través de una boca llena de cerdo y calabacín.

—Del mismo modo que tú no sabes si te acostaste con él o no.

—¡Yo sé que no me acosté con él!

—No importa. No hemos tenido ninguna cita de verdad, con lo que técnicamente debería decir que no estamos saliendo.

—Te odio.

—Lo sé —le digo todavía regodeándome. No puedo evitarlo. Es un subidón poder fastidiar a Taylor por una vez.

Una imperceptible irónica sonrisa le cruza los labios, luego aparta la vista y levanta las cejas llena de sorpresa.

—Vaya, qué extraño —dice mirándome—. ¿Le dijiste que íbamos a estar aquí?

—¿A quién?

Me giro y veo a Luc de pie debajo del rótulo luminosos de la entrada, que dice: «Ming's Bamboo House: buena comida». Se acerca tranquilamente.

—No me gustaría interrumpir nada. —Su suave voz melosa hace que me derrita. Quiero saltar hacia él, pero no quiero comportarme como una mala amiga, por lo menos con Riley. Aparto mis ojos de él e intento distraerme en otra cosa.

—Siéntate —dice Taylor, apartando de una patada la silla que está justo a mi lado.

Luc frunce el ceño.

—¿Riley?

—Tenemos comida de sobra para las tres. Y, según dice el rótulo, es buena comida. Come —le responde sonriendo. Puede que no esté tan cabreada como parece.

Luc se deja caer en la silla que está a mi lado y se acomoda, inclinándose hacia mí de tal modo que su hombro casi toca el mío.

—Gracias, pero no tengo mucha hambre.

—¿Entonces qué es lo que haces en un restaurante chino? —le suelta Taylor.

—Pasaba por aquí y os he visto ahí sentadas.

—No importa. —Taylor me lanza una vengativa mirada—. Estábamos justo hablando de ti.

Y entonces comprendo por qué le ha parecido bien que viniera a fastidiar la noche de chicas.

—¿Por qué estás jugando con nosotras?

Le doy una patada por debajo de la mesa.

—¡Taylor!

Riley da un respingo.

—Lo que quiere decir es que no estás jugando con Frannie, ¿verdad?

Le doy una patada a Riley por debajo de la mesa.

—¡Riley!

Luc intenta no reírse.

—No, no pasa nada. Dime lo que piensas, Riley.

—Bueno, yo creo que a ti te gusta ella...

—¿Y te parece bien?

—Supongo, siempre y cuando vayas en serio. Porque Taylor y yo te daremos una patada en el culo si solo quieres divertirte un rato con ella.

Me quemán las mejillas de la ira.

—Riley, no necesito ayuda de nadie para patear culos.

En la cara de Taylor aparece una ligera sonrisa diabólica.

—Sí, Luc, ¿no lo sabías? Frannie es cinturón negro en judo.

Me lanza una sonrisita.

—Sí, me di cuenta cuando tiró a aquel tipo por encima de su cabeza en la fiesta de Gallagher.

Pongo los codos sobre la mesa y escondo la cara en mis manos. Todas las cosas que podría decir Taylor para sabotear mi relación, nueve años de munición, me vienen de golpe a la cabeza. En mi mente le ruego por favor que se detenga. *Por favor, por favor, por favor Taylor, no tires esto por tierra por mi culpa.*

Pero cuando siento la mano de Luc rodear mi cintura, mi mente se queda en blanco y mi corazón empieza a acelerarse.

—Bien, pues para responder a tu pregunta, Riley, voy en serio con ella. —Mi acelerado corazón se detiene.

—Supongo que la llevarás a casa —dice Riley.

—Si no os importa a vosotras.

Levanto el rostro de mis manos.

—Pero ¿qué es esto? ¿Es que mi opinión aquí no cuenta para nada?

Luc arquea una ceja y una sonrisa le envuelve los labios. Yo me estremezco al recordar lo agradable que era sentirlos sobre los míos.

—¿Entonces?

Intento calmar las palpitaciones de mi pecho y odio que él sea consciente de lo mucho que lo deseo. Abro la boca dispuesta a decir no.

—Está bien, supongo.

Riley se levanta de la silla y se cuelga el bolso del hombro. Luego coge a Taylor, cuya expresión ya se ha relajado.

—Nos vamos.

Taylor se levanta de la silla y sonrío, una sonrisa auténtica que no estoy segura de haber visto nunca antes en su rostro. Pero después de un segundo, esa misma sonrisa adquiere un cierto toque lascivo. Se frota las manos y luego las levanta hasta los hombros, como si se estuviera rindiendo.

—Me quedo al margen.

¿*Qué coño es esto?* ¿Taylor se rinde? Debo de estar soñando.

—En otras palabras —dice Riley golpeándome amablemente el hombro—, adelante.

Deja una considerable propina en la mesa mientras se dirige hacia la salida, intentando una vez más conseguir caerle bien a la camarera.

Vuelvo a esconder la cara entre mis manos, demasiado avergonzada como para mirar a Luc ahora que estamos solos.

Él apoya su hombro contra el mío.

—Ey...

No soy capaz de apartar la cara de las manos.

—Lo siento por el espectáculo —murmuro entre las palmas de mis manos.

—Creo que es muy bonito que Riley se preocupe por ti.

Levanto la cabeza con las mejillas ardiendo.

—¿Bonito? Querrás decir mortificante.

Él sonrío. Su sonrisa casi hace que se me pare el corazón. Y cuando se inclina para besarme, estoy convencida de que se me ha parado.

No puedo detener mi mano que se eleva para tocar su cara. Siento que él se estremece ante el contacto y me mira fijamente a los ojos.

—Salgamos de aquí —me dice en los labios.

Un intenso cosquilleo me inunda el cuerpo y no consigo más que una temblorosa sonrisa.

—Sé justo adónde podemos ir.

Luc

Esto no se parece a nada que haya experimentado antes. Y eso ya es decir mucho. Estoy seguro de que tiene mucho más que ver con Frannie que con cualquier otra cosa. Parece tener ese efecto sobre mí que hace que todo parezca nuevo.

—Tienes que cerrar los ojos —me dice—, es una sensación increíble. ¿Estás listo?

—Sí.

Bajo la pesada brisa nocturna, repleta de perfumes del bosque, los únicos sonidos que se oyen son las armónicas canciones de las ranas croando y el canto de los grillos, y la risa de Frannie, que es en sí misma como música celestial.

—Bien —dice suavemente mientras se acerca para darme un beso. Mis labios apenas tocan los suyos cuando el brillo de sus ojos cambia y con una mirada pícaro suelta la cuerda.

Cierro los ojos mientras me balanceo sobre el agua sintiendo la fresca brisa en mi rostro y entre mi pelo. Siento como si estuviera flotando en la oscuridad, y ella tiene razón, es una sensación increíble. Casi como ser convocado por el rey Lucifer, la sensación de estar flotando en el tiempo y el espacio. Excepto por el olor a azufre y la sensación de terror en la boca del estómago. Siento como un escalofrío me recorre el cuerpo entero. Cuando me deslizo por el aire de vuelta a la orilla, suelto la cuerda que se balancea hacia las rocas del embarcadero que hay al lado de Frannie. Ella vuelve a reírse. Su rostro brilla bajo la suave y plateada luz de la luna y vuelvo a sentir el mismo escalofrío.

Ella me sonrío.

—¿Y? No está mal, ¿verdad? —Ella se aprieta contra mí para darme un beso, haciendo que me encienda con el contacto de sus labios. Eh... Clavo y pasas en mi lengua. Su alma abierta a mí para la posesión.

La luna decreciente está baja en el cielo y crea resplandecientes sombras entre los árboles y arroja un débil brillo en las aguas del oscuro embarcadero. Pero ese brillo no es suficiente para ocultar las miles de joyas múltiples que se reflejan en la calmada superficie del agua. Nunca antes había visto una noche tan clara con tantas estrellas. Pero el auténtico espectáculo está en el universo que brilla dentro de los ojos de Frannie.

—Bueno, ahora me toca a mí —dice, apartándose a un lado y cogiendo la cuerda. Yo la mantengo quieta mientras ella se mete en la circunferencia de madera que está atada al final de la cuerda.

—¿Preparada? —le pregunto.

—¡Preparada! —dice riéndose mientras yo suelto la cuerda.

La observo alejándose de mí, una silueta sobre las brillantes aguas. El final de la cuerda roza la superficie creando una arruga y haciendo que el reflejo de las estrellas baile. Mientras escucho sus gritos de alegría y el tintineo de su risa, siento como mi propia risa se escapa de algún lugar de lo más profundo de mi ser y estalla en una erupción. Me suena extraña. Feliz.

Pero de pronto ella grita. ¡Mierda! Se oye un ruido en el agua y a continuación una gran oleada.

Mi risa se detiene en seco.

—¡Frannie! —grito mientras me sumerjo en el agua tras ella. Cuando rompo la superficie del agua e intento escucharla, estoy convencido de oír una áspera y sensual carcajada proveniente del fondo del embarcadero que se desvanece en el sonido del crujir de las hojas en la brisa.

—¡Frannie! —vuelvo a gritar. No hay respuesta. Luchando contra el pánico, voy nadando hasta el punto donde alcanza la cuerda y me sumerjo. Hago uso de mis poderes y mi mano ilumina las turbias aguas que me rodean con un resplandor rojo mientras nado lentamente hacia las rocas. Justo antes de alcanzar el margen, una mano aparece desde las oscuras profundidades. La cojo empujándola hacia la superficie. Frannie sale tosiendo y dando boqueadas para conseguir aire.

—Algo... me... cogió —dice jadeando, los dientes le castañean de tal modo que apenas logro entenderla.

Un gran alivio se apodera de mí cuando paso un brazo por su espalda y la llevo al principio del embarcadero. La pongo frente a mí mientras evitamos tropezar con las resbaladizas rocas y salimos del agua helada.

—¿Estás bien?

—Ajá. Solo... helada de frío. —Le vuelven a castañear los dientes y sigue respirando con dificultad.

Yo casi puedo ver el vapor que sale de mi ropa mojada mientras estamos de pie bajo el aire frío de la noche, así que envuelvo mi cuerpo alrededor del suyo y le recojo el pelo hacia atrás, escurriéndoselo en la espalda. La mantengo abrazada mientras mi cuerpo absorbe sus violentos escalofríos, y al cabo de un momento puedo ver como el vapor también emana de ella.

—Eh... —murmura—. Suerte que tengas este calor corporal.

Sonrío. La suerte no tiene nada que ver con esto.

—He notado como si algo me cogiera la pierna —dice por fin cuando sus escalofríos empiezan a disminuir.

—Puede que se te enganchara un pie en la raíz de un árbol.

—Supongo, pero no fue eso lo que sentí.

La abrazo mientras sus escalofríos disminuyen, y empezamos a mecernos al ritmo del canto de los grillos. La luna dibuja un gran arco en el cielo, justo encima de nosotros. Me abandono completamente a ella. Nunca nada me había sentado tan bien... ni había sido tan gran error. Bailamos. Lo único que hay en el mundo es la música, ella y yo. Ningún plan para marcarla.

Frannie

Aunque tengo la ropa y el pelo casi secos, me paso el resto del camino a casa pensando en cómo voy a explicarles a mis padres el hecho de aparecer con Luc y con

ese aspecto. Cuando la casa aparece ante nosotros, todavía no sé cómo explicarlo.

También intento pensar en Luc, en el modo en que me hace sentir. Es totalmente diferente a como me siento con Gabe, pero sin dejar de darme miedo. Solo que me da miedo en un sentido distinto. Con Gabe, el sentimiento es fuerte y profundo. Con Luc, es algo salvaje y fuera de control. No confío en Luc. ¿Cómo podría hacerlo? Pero tampoco quiero dejar de tener este sentimiento.

Nos paramos frente a la puerta de entrada de mi casa y para el motor. Yo me quedo allí sentada, deseando poder estar allí el resto de mi vida.

—Bien... —dice.

—Bien... —digo como respuesta. Y entonces se acerca a mí, me aparta el pelo y se inclina para darme un beso. Siento que todo mi cuerpo se convierte en gelatina mientras sus labios se mueven sobre los míos. Tengo que recordarme que debo respirar. Después de un buen rato, pero en realidad no lo bastante largo, se aparta.

—Creo que debería acompañarte hasta la puerta.

Me recojo el pelo detrás de la nuca y me hago una coleta.

—Bueno, no creo que sea muy buena idea.

Él sonrío.

—Como si no estuvieran mirando por la ventana en estos momentos. Saben que estás conmigo.

Echo un vistazo a la casa y veo que se corren las cortinas justo donde acababan de estar abiertas. La puerta se abre y aparece mamá con su vestido azul a lo June Cleaver y tacones, con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos bien abiertos.

—Y también sabe que me acabas de besar —dice sonriendo con una mueca maliciosa.

Mierda. Mierda.

—Mierda.

Luc se ríe, luego sale del coche y da la vuelta para abrirme la puerta. Bonito detalle. Me coge de la mano y me ayuda a salir del coche. Y no me suelta mientras caminamos por el jardín hacia la puerta. Me encanta el contacto de su mano ardiendo junto a la mía. Es en lo único que puedo pensar para no acabar metiéndolo en el coche y diciéndole que nos lleve a algún lugar en el que podamos estar solos.

—Buenas noches, señora Cavanaugh.

—Hola —responde ella cortante, lo que para mi madre es como si le hubiera echado una maldición. Luego sus ojos se vuelven hacia mí, e incluso bajo la tenue luz del porche, sé que tengo un aspecto espantoso—. ¿Qué ha pasado? —Sus ojos reprobatorios se clavan en Luc.

Intento tragarme la risita histérica que amenaza con escapárseme por la boca y pienso que podría decirle: «Luc me ha hecho el amor en el asiento trasero». Lo que, ahora que lo pienso, es justo lo que sucedió en mi sueño de anoche. Pero en lugar de eso, me trago mi soberbia y le digo la verdad.

—Me he caído en el embarcadero. Luc me ha salvado. —Por mucho que odie el

papel de damisela en peligro, puede que eso le ayude a ganar un par de puntos a su favor.

—¿Qué estabais haciendo allí? Ese embarcadero es peligroso —dice lanzándole una mirada fulminante a Luc—. Necesitas un baño caliente. —Me coge, me mete en casa y cierra la puerta en los morros de Luc de un portazo.

—Fue culpa mía, mamá. Luc se lanzó a salvarme enseguida. De verdad. Me lleva escaleras arriba.

—Gracias a Dios que estás bien. Te dije que no quería volver a verte con él, Frannie. Creíamos que esta noche estabas con Taylor y con Riley.

—Mamá, no sé lo que ha podido pasar para que te pongas así con él, pero no es una mala persona. De verdad.

—Ya discutiremos luego las consecuencias de tus actos —me dice metiéndome en el baño que hay en el piso de arriba—. Ahora lávate un poco.

—¿Las consecuencias? ¿Como un castigo?

Me mira pensativa, como si acabara de darse cuenta de que debería haber tenido conmigo la charla de los pájaros y las abejas hace mucho tiempo.

—Ya hablaremos luego —dice, y cierra la puerta. *Genial*.

Me espero a oír el crujido del último escalón de abajo antes de abrir la puerta y dirigirme a mi habitación. Corro hacia la ventana y la abro de par en par.

El coche de Luc está aparcado enfrente con la puerta abierta, pero Luc no está por ninguna parte.

—¡Luc! —digo, mi voz en un susurro ahogado.

—¡Eh! —Su voz viene de debajo de mi ventana.

Saco la cabeza por la ventana y miro hacia abajo justo en el momento en que él sale de debajo de mi ventana hacia la acera.

—¡Eh! Perdona por lo de mi madre, a veces es un poco histérica.

—No pasa nada —dice mirándome desde abajo y a la vez mirando también las ramas del roble que hay justo delante de mi ventana.

Yo sonrío.

—¿Estás pensando en subir por el árbol?

Vuelve a mirar hacia el árbol durante un momento y luego me sonrío.

—Si lo hiciera, ¿me dejarías entrar?

Siento como se encienden mis mejillas.

—Esta noche no, ya le he dado a mi madre todo lo que puede soportar por ahora.

—¿Estás segura?

No.

—Sí.

Parece un poco decepcionado cuando dice:

—Está bien. Entonces hazme un favor. ¿Tiene la ventana pestillo?

—Sí.

—Ciérrala y pasa el pestillo, ¿de acuerdo?

Lo miro con una sonrisa extrañada.

—¿Por qué? ¿Es que no confías en ti mismo?

—No, no puedo, pero en estos momentos no soy yo lo que me preocupa. Simplemente ciérrala. ¿De acuerdo?

La urgencia en su voz me asusta un poco.

—¿Qué pasa?

—Nada. Simplemente ciérrala. Por favor. —Casi lo dice ladrando.

—Solo si me dices lo que pasa.

—¡Oh! ¡Por los pecados del Demonio...! —empieza a decir exasperado y luego me mira—. Por favor, Frannie.

Yo le devuelvo la mirada.

—Como quieras —le digo y cierro la ventana de un golpe.

Él se queda allí de pie durante un rato mirándome hasta que me doy cuenta de que está esperando a que pase el pestillo. Lo hago con desgana y entonces él se mete en el coche. Arranca el coche y se incorpora a la carretera. Me quedo observando hasta que el reflejo de las luces traseras se pierde entre los árboles. Tenía que acabar arruinando esta noche tan perfecta comportándose como un gilipollas al final.

Pero justo antes de correr la cortina, miro hacia fuera, hacia el árbol que hay frente a mi ventana. Me quedo sin respiración mientras cierro la cortina y me hago hacia atrás.

Y me repito a mí misma que ese par de ojos rojos que había flotando en las ramas es simplemente de un gato.

Un segundo después, la puerta de mi habitación se abre y aparece la cabeza de Kate.

—¿Estás bien?

—Sí. —Pero el temblor en mi voz revela mi intranquilidad.

—¿Qué ha pasado?

—¿Cuándo?

—Justo ahora. Has gritado.

—¿He gritado? —digo temblando y pensando en esos ojos sin cuerpo.

Ella abre más la puerta, entra y luego la cierra a sus espaldas.

—Sí, has gritado, así que... ¿seguro que estás bien?

—Sí, perdona, solo que me he sorprendido al ver algo.

—Está bien —se gira para salir de nuevo.

—¡Espera! —le grito, mirando de nuevo a la ventana. Estoy un poco nerviosa y no quiero que se vaya justo ahora.

—¿Qué? —dice dándose la vuelta.

Y de pronto me siento un poco incómoda.

—¿Qué pasa?

Ella simplemente me mira fijamente.

—¿Estás segura de que estás bien? Porque parece que estés un poco fuera de ti.

—Estoy bien. Es solo que había pensado que podríamos... ya sabes... que podríamos hablar un rato.

Ella pone los ojos en blanco y se dirige de nuevo hacia la puerta. Y de pronto me viene algo a la mente que realmente quiero preguntarle.

—Kate...

Ella apenas me mira por encima del hombro desde la puerta.

—¿Qué?

—Cuando tú y Chase... ya sabes. La primera vez que vosotros...

Ella da un respingo preocupada.

—¿Qué, Frannie?

—Que os acostasteis... La primera vez que os acostasteis. ¿Cómo supiste que estabas preparada?

Su expresión se relaja y me sonrío con una expresión de sabiduría.

—Simplemente lo sabes. —Pero de pronto la preocupación vuelve a su rostro—. No dejes que nadie te presione, Frannie. Si alguna parte de ti dice no, entonces es que no.

Pero ¿qué pasa si todas las partes de mi ser están diciendo que sí? Pienso en Luc y, pese que a que estoy enfadada con él, empiezo a sentir un cosquilleo bajo mi ombligo.

—Gracias, Kate.

Todavía parece preocupada mientras se dirige de nuevo hacia la puerta. La cierra a su espalda y yo me quedo mirando por la ventana durante un largo rato. Finalmente saco el diario de Matt. Subo a la cama intentando ordenar mis pensamientos y empiezo a escribir.

Bueno, Matt... algo está pasando en mi interior y no tengo palabras para describirlo, así que disculpa. Pero de algún modo me asusta sentirme así. Totalmente fuera de control.

Miro fijamente a la pared, con un remolino en mi interior.

Luc... es como si fuera alguna especie de droga. Nunca tengo suficiente. Y si es así como las drogas hacen sentir a la gente, entonces entiendo por qué se hacen adictos.

Siento un escalofrío de terror que me envuelve el corazón, levanto la cabeza del diario y me restriego los ojos intentando apartar la cara de Luc de mi mente.

No quiero necesitar a nadie de este modo. No voy a permitirme hacerme adicta a Luc.

Cierro el diario de Matt y me siento mirando a la pared mientras todo se vuelve claro como el agua en mi cabeza. Puedo quererlo físicamente sin necesitarlo. Eso se llama lujuria. Sin necesidad de ninguna implicación emocional. Y eso es lo que es, simple atracción física. Estoy segura de ello.

Sin embargo Gabe...

Mientras mis pensamientos cambian hacia él, el cosquilleo de mi ombligo se convierte en un dolor en el pecho. Porque empiezo a pensar que, sea lo que sea lo que sienta por él, es algo más profundo que la lujuria, y mucho más peligroso.

Antes me había equivocado. Definitivamente Luc es la elección más segura. Sé lo que estoy haciendo y nunca me metería en algo que no pudiera dominar.

Luc

Belias. Esto no es nada bueno. ¿Por qué habrá enviado Beherit a Belias? ¿Por qué iba a enviar a nadie? Nadie ha venido a controlar mi trabajo en cuatro mil años. Y, sin embargo, no tengo ninguna duda de que el que estaba delante de la ventana de Frannie era él.

Conduzco lentamente para ver si me sigue. Al ver que no lo hace me doy cuenta de que la situación es peor de lo que pensaba. Ha venido a por Frannie. Me trago el pánico y doy media vuelta, adelanto unas cuantas casas y me detengo un momento intentando analizar la situación.

Belias está en Captaciones. ¿Por qué iba Beherit a enviar a nadie de Captaciones? Frannie solo tiene que ser marcada. A no ser que la situación haya cambiado. Y si Belias la marca, su alma estará unida a la de ella para siempre. Ella será suya. Algo primario se enciende en mi interior, algo profundo y territorial. Él no puede tenerla. Ella es mía. De pronto me siento aliviado de que el señor Cavanaugh esté tan cerca del Todopoderoso. Si yo, un demonio de primer nivel, no puedo desvanecerme y colarme en la casa, tampoco podrá hacerlo Belias.

Salgo del coche y me paseo por la calle. ¿Cómo funcionara esto? Él no vendrá conmigo solo porque yo se lo pida. Me arrastro hasta estar debajo del árbol, me escondo detrás del tronco y lo llamo con mi mente. ¡*Belias!* Sé que puede oírme, del mismo modo que yo puedo oírlo. Nuestra vil conexión psíquica nos une, nos guste o no.

Un insignificante movimiento de las ramas, que ni siquiera haría una ardilla moviéndose en un árbol, y Belias aparece ante mí. Su desgredado pelo negro oscurece parcialmente sus brillantes ojos rojos que iluminan, sin embargo, en un radio de un par de metros. Sus afiladas mejillas crean sombras sobre su cara. Me sonrío.

—Lucifer. Cuánto tiempo.

—¿De qué me hablas? Nos vimos hace solo un par de semanas.

—Sí, y el jefe dice que te estás tomando demasiado tiempo. Esas han sido sus palabras exactas.

—Solo han pasado dos semanas. No tenía ni idea de que había un límite de tiempo —le miento.

—Bueno, pues sí que lo hay. Y por si no te habías dado cuenta, Gabriel está aquí. Si esperas demasiado, puede que sea demasiado tarde.

—Ya puedes largarte por donde has venido y decirle a Beherit que lo tengo todo bajo control, gracias.

—Eh... sí, eso me pareció en el embarcadero. Muy dulce, Lucifer. Pero ¿cómo pudiste estar tan cerca de ella y no tomarla, su carne, quiero decir? No podré entenderlo nunca.

¿Cómo no sentí que él estaba allí? Me estoy dejando distraer demasiado. Y mientras el peso de sus palabras cae sobre mí, siento como un navajazo de pura ira me corta en dos como un cuchillo.

Fue Belias.

A ambos lados, mis manos se cierran en dos puños y lo miro con gesto asesino.

—Entonces no habrás tenido nada que ver con el pequeño accidente de Frannie, ¿verdad? Porque lanzarla al agua no parece ser la estrategia más prudente antes de que haya sido marcada. El alma de Frannie en el Limbo no nos presagiaría nada bueno a ninguno de los dos.

Una maliciosa sonrisa se ilumina en su rostro y sus ojos brillan.

—Pero mira, hay un problema, Lucifer. Ella no debería seguir sin estar marcada todavía. Tenías una gran oportunidad para tomar su cuerpo, el primer paso para reclamar su alma. Se te estaba sirviendo en bandeja. Ni siquiera tú deberías haber pasado por alto el aroma a jengibre que desprendía. Pero elegiste jugar al juego de galante seductor en lugar de hacer tu trabajo. Estás perdiendo cualidades. Y ese es un hecho que no se le ha escapado a Beherit.

Una combinación de miedo y pánico se apodera de mí. Lo último que necesito es tener a mi jefe tomando nota.

—No puedo poseerla sin más, Belias. Por si lo has olvidado, hay reglas. —Pero mientras lo digo, me suena falso, solo estoy dando excusas.

Sus ojos desprenden un rojo reflejo cuando vuelve a sonreír.

—Las reglas están cambiando.

—¿De verdad? No me había llegado la noticia.

Su sonrisa se convierte en una mueca.

—Esta es importante, Lucifer. No hay lugar para errores. No la fastidies.

La voz de mi rey resuena en mi cabeza: «No me decepciones».

—Por eso me estoy tomando mi tiempo. Para no cometer errores. Ahora lárgate de aquí. Estoy seguro de que Avaira tendrá frío.

Él sonríe.

—Podría terminar este trabajo y volver al Infierno antes de que Avaira sintiera frío.

Las criaturas de la lujuria son desagradables, que es básicamente por lo que no voy a permitir que este vicioso íncubo se acerque lo más mínimo a Frannie.

—Bueno, podría dejarte esto a ti. —Hago un gesto hacia la ventana de Frannie—.

E ir yo en tu lugar a calentar a Avaira. —Me estoy echando un farol, pero él me mira fijamente.

—El jefe está impaciente. No tardes mucho. —Luego desaparece en un estallido de azufre.

Espero un buen rato, todavía escondido tras el tronco, intentando decidir qué hacer. Finalmente me muevo entre las sombras hacia mi coche y me quedo allí el resto de la noche, vigilando.

Cuando se congele el Infierno

Frannie

Mi corazón retumba mientras espero en mi taquilla, porque, después de lo de anoche con Luc, no sé muy bien qué esperar. Observo mis libros con la mirada perdida y cambio el peso de mi cuerpo de un pie al otro, fracasando en mi intento por parecer despreocupada. Y entonces capto una ligera brizna de canela, y sonrío justo cuando una mano caliente abraza mi cintura y me lleva hasta su ardiente cuerpo.

—Hola, maciza.

Su voz hace que un escalofrío me recorra todo el cuerpo a pesar de su calor. Abro la boca para negar lo de maciza, pero estoy demasiado ocupada fundiéndome en un charco en el suelo como para poder decir nada. Me doy la vuelta en sus brazos y me besa. Y el abarrotado pasillo lleno de sudorosos estudiantes de instituto es lo único que evita que me abalance sobre él. Lo que ya no consigo evitar es la estúpida sonrisa que aparece en mi boca cuando él me coge la mano y me lleva por el pasillo hasta el aula 616.

Apoya el hombro contra el mío mientras lee en voz alta el final de *Las uvas de la ira*, y descubro la sonrisa del señor Snyder, que lo ha notado.

—Muy bien, señor Caín —dice con un guiño—. En esta asignatura no habrá examen final, pero vuestros trabajos sobre *Las uvas de la ira* serán el veinticinco por ciento de la nota final. He redactado unas preguntas para ayudaros a formular vuestras ideas finales sobre este libro. —Deja una pila de hojas al final de cada fila, y las pasan hacia adelante—. Tenéis que tomaros vuestro tiempo con el esquema, y formular bien vuestros pensamientos antes de empezar el trabajo. Utilizad todos los resúmenes de los capítulos. Hoy es jueves. Os doy hasta el lunes para hacer el esquema basándoos en esta lista de preguntas. Los trabajos los tendréis que entregar el lunes siguiente, el último día de clase. Leed las preguntas antes de que suene el timbre.

Luc lee rápidamente la hoja y luego me mira con una mueca.

—Creo que tendremos que pasarnos todo el fin de semana encerrados en mi piso haciendo esto.

Yo me apoyo en su hombro.

—¿Seré tu prisionera, o podré ir y volver?

Su mueca se convierte en una amplia sonrisa pícara.

—No querrás ir a ninguna parte.

Y suena el timbre, haciendo que mi corazón vuelva a su ritmo de golpe.

Pero cuando salimos al pasillo, me quedo paralizada. Mi corazón chisporrotea y casi se para. Porque Gabe está apoyado contra mi taquilla, sonriéndome como si fuera una especie de ángel.

Dios, qué bueno está.

Mis pies tropiezan y Luc me pasa el brazo por la cintura para estabilizarme. Respiro profundamente y obligo a mis pies a ir hacia delante.

Cuando Luc ve a Gabe, su mano alrededor de mi cintura se tensa.

—Gabriel.

No puedo mirar a Gabe a los ojos, pero siento la decepción en su voz y casi me parte por la mitad.

—¿Vienes conmigo a física?

Yo miro fijamente a Luc y me suelto despacio.

—Claro.

Andamos en silencio por el abarrotado pasillo y siento que los ojos de Luc me queman en la espalda. Mantengo la mirada fija en las baldosas grises del suelo mientras andamos.

Al final, justo antes de llegar al aula, Gabe deja de andar y dice:

—¿Así que eso es lo que quieres? ¿A quién quieres?

Mi corazón está a punto de explotar, porque no sé qué quiero.

—Yo... quizás.

—Quizás —repite él.

Puedo sentir el peso de su mirada, así que me giro hacia él. Empiezo a abrir la boca, pero no tengo palabras y la vuelvo a cerrar.

Él me pone una mano en la parte de atrás del cuello y se acerca a mí. Al principio creo que me va a besar, y ese doloroso hormigueo explota en mi estómago cuando me doy cuenta de cuánto deseo que lo haga. Pero su mejilla roza la mía y me susurra:

—Dime qué tengo que hacer para que cambies de opinión.

Esto.

Mi mente está en blanco, ni siquiera recuerdo cómo se forman las palabras. Una sonrisa compungida estira sus labios mientras coloca su mano en mi espalda y me guía al aula de física sin decir nada más.

Cuando nos sentamos en los taburetes, la señora Billings pasa por delante y deja delante de mí un montón de artículos de laboratorio. Yo me centro en la clase e intento olvidarlo todo. Pero me resulta imposible ignorar el dolor de mi interior, y lo que me cuesta respirar, y cuánto quiero tocar a Gabe cada vez que me mira.

Al terminar la clase, soy un caso perdido. Ni siquiera recuerdo de qué iba la clase. Pero, mientras recorro los pasillos a toda prisa hacia mi taquilla, veo a Riley y a Trevor metidos en el hueco que hay al lado del armario del conserje enrollándose, lo que me pone de mejor humor. No puedo evitar reírme en voz alta. A Taylor le dará algo.

Cuando llego a mi taquilla, Luc está apoyado contra ella, más guapo que nunca. Me apretuja contra las taquillas y me besa, luego abre mi taquilla y me cambia los libros. ¿Le di la combinación? No me acuerdo.

—¿Lista para la fiesta Sanghetti?

—Lista. —Me siento un poco estúpida, porque ahora que estoy con él no puedo borrar esta estúpida sonrisa de mi cara. Así que, probablemente, parezco una idiota durante todo el rato que andamos hacia el edificio 2, pero su caliente mano en mi espalda es lo único que me importa.

Después de clase, empezamos a recorrer el pasillo para ir a comer y yo le retengo del brazo.

—Oye, no vayamos a la cafetería hoy —le digo, pues no estoy preparada para juntar a Gabe y a Luc en la misma habitación.

Él sonríe.

—¿Habías pensado en otra cosa?

—En la taquilla tengo comida. Hace un buen día. Podríamos salir fuera y sentarnos en el césped.

Él desliza un brazo alrededor mi cintura y yo estoy a punto de ronronear en voz alta.

—Suenan bien.

Cogemos la comida de mi taquilla, que consiste principalmente en regaliz rojo y galletas Oreo, sacamos unos refrescos de la máquina y salimos al patio.

Entonces recuerdo que, a la hora de comer, Reefer y los chicos salen aquí fuera a improvisar. Él nos ve salir por la puerta.

Luc se da cuenta y aparta su brazo de mi cintura.

—Podemos ir a otro sitio, si quieres.

Yo le devuelvo la mirada a Reefer y le saludo.

—No, no pasa nada.

Elijo un sitio al otro lado del parterre elevado que hay en medio del patio y me siento apoyando la espalda contra él. Mientras Luc va al coche a por una manta, apoyo la cabeza hacia atrás y disfruto del calor del sol, escuchando tocar a Reefer y a los chicos. Canto con ellos en voz baja e intento quitarme todas las preocupaciones de la cabeza. Después de un buen rato, cuando me doy cuenta de que Luc todavía no ha vuelto, abro los ojos y lo encuentro sentado en el césped delante de mí, sonriendo.

—No me habías dicho que sabías cantar.

Yo bajo la mirada y noto que me empiezan a arder las mejillas.

—Ya no sé.

Él se levanta para extender la manta sobre el césped. Nos ponemos encima y yo me acuesto boca arriba y miro al cielo. Cuando levanto la cabeza y miro a Luc, él aún me está mirando, con una ligera sonrisa posada en esos labios. De repente, quiero besarlo.

—Tengo la sensación de que eres una caja de sorpresas, Mary Francis

Cavanaugh.

Yo aparto la mirada y respiro profundamente.

—No te creas. Oye, ¿por qué sigues metiéndote con el señor Sanghetti? —le digo para cambiar de tema, recordando que, otra vez, han discutido durante toda la clase.

—Solo hago mi trabajo.

—¿En serio? —Abro las Oreos—. Y ¿cuál es ese trabajo, exactamente?

—Hacer que mienta, que engañe... cueste lo que cueste.

—Cueste lo que cueste ¿para qué?

—Para mandarlo al Infierno. —Él me mira fijamente a los ojos, esperando mi reacción.

Yo simplemente sonrío, porque eso ya lo descubrí en Luc hace tiempo.

—¿Por qué él? ¿Por qué no el señor Snyder o la señora Felch?

—Porque ellos no me irritan.

—¿Yo te irrito?

Él sonrío.

—Tú me pones de los nervios. Eres un irritante picor que no para.

—Bueno, yo ya voy directa al Infierno, así que llegas tarde.

—¿Eso crees? —dice él con una gran sonrisa.

Me deshago la coleta y me muevo para acostarme con la cabeza apoyada en su muslo, como si fuera una almohada.

—Sí. —Abro la Oreo y raspo lo blanco con los dientes—. Y tú también estarás allí, estoy convencida —mascullo con la boca llena de pasta dulce.

—Seguro que sí —dice él, quitándose el pelo de la cara con un dedo.

Cuando las Oreos se han acabado, recogemos la manta y nos vamos dentro. Taylor nos ataca nada más atravesar la puerta.

—Os hemos echado de menos. ¿Una cita privada? —dice levantando una ceja.

—Semiprivada. Reefer y la banda nos han dado una serenata.

Ella se ríe.

—Qué poético.

Gabe aparece detrás de ella y me mira, ignorando a Luc.

—¿Podemos hablar?

La sonrisa de Taylor se ensancha cuando Gabe y yo salimos fuera del edificio. Él apoya la espalda contra la pared, despreocupado, pero su expresión es intensa.

—Frannie... —Suelta un suspiro y mira hacia el despejado cielo azul durante un minuto mientras mi pulso retumba en mis oídos. Al final, vuelve a mirarme—. Supongo que solo quería decirte que, pase lo que pase con él... lo que sea... yo estaré aquí. —Sus manos me cogen la cara y su dedo pulgar traza la línea de mis labios, dejándolos ardiendo—. Pero, por favor, piensa en esto. Lucifer es... peligroso.

Yo me aparto de él.

—¡Y tú también!

Mi boca se queda abierta. *¿He dicho eso en voz alta?*

Por la sonrisa compungida de la cara de Gabe, queda claro que sí.

Oh Dios. ¿Qué diablos me pasa?

—Quiero decir que... —Pero mis palabras se apagan, porque no tengo ni idea de lo que quiero decir.

Me doy la vuelta y vuelvo a entrar en el edificio, con la cara encendida, y encuentro a Luc y a Taylor esperando detrás de la puerta. Luc mira con odio a Gabe mientras Taylor levanta las cejas y pone una mirada inquisidora.

Recorro el pasillo hasta mi taquilla, dejándolos a todos atrás, y evitándolos como si fueran un sarpullido durante el resto del día. Pero en la última hora de clase de políticas Luc se sienta en la silla que hay a mi lado.

—¿Estás libre después de clase?

Sé que debería decirle que no, pero no lo hago, así que después de clase me acompaña hasta las taquillas y yo recojo mis libros. Vamos de camino hacia el aparcamiento, y yo soy consciente del brazo de Luc alrededor de mi cintura, pero no estoy segura de si quiero que esté ahí o no. Al final decido que sí, pero antes de llegar al final del pasillo, levanto la mirada y veo a Angelique Preston mirándome con desprecio. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho, lo que hace que las tetas casi se le salgan de la camiseta.

Yo le dirijo mi mejor sonrisa de suficiencia.

Pero mientras pasamos por delante, ella mira a Luc como si compartieran un secreto.

Y de repente, bajo de las nubes de golpe.

Miro a Luc. Sé que no puedo confiar en él. Entonces, ¿por qué confío en él? Aunque solo quiero su cuerpo, no me gusta la idea de compartirlo con Angelique. Cuando subimos a su coche empiezo a preguntarme si volver a su piso a estudiar es una buena idea. Estoy a punto de sugerir que vayamos a mi casa, pero no quiero tener que enfrentarme con mis padres extraterrestres.

Lo miro fijamente mientras salimos del aparcamiento, una sonrisa de satisfacción curva sus labios.

—Bueno, ¿qué pasa entre nosotros?

Su sonrisa se ensancha.

—¿Qué te gustaría que pasara entre nosotros?

Yo no estoy de humor para juegos.

—Déjate de historias y contesta a mi pregunta.

Luc

—¡Uau! Está bien... —Cuando pienso en la pregunta de Frannie, no sé muy bien qué contestar. No sé qué la asustará más: «Quiero llevarte a la cama» o «Intento marcar tu

alma para el Infierno». Las dos cosas son ciertas. Pero, además de eso, hay algo más, algo más profundo que tira de mis tripas y me impide pensar con claridad cada vez que estoy con ella. Algo que ni siquiera puedo empezar a definir o expresar.

¿Qué quiere que diga? Empiezo a hablar con prudencia y observo su cara.

—Bueno, no estoy seguro. A mí me gustas mucho. —El eufemismo del milenio—. Así que, ¿por qué no vemos adónde nos lleva esto? —Al Infierno, por ejemplo.

Ella suelta un profundo suspiro.

—Sí, supongo que es lo mejor. —Luego parece un poco insegura y añade—: Pero siento curiosidad, ¿por qué yo?

—¿Por qué tú, qué?

—Angelique, Cassidy, Taylor... la mitad de las chicas del instituto están locas por ti. ¿Por qué has querido salir conmigo?

—Digamos que he venido por aquí unas cuantas veces pero nunca había conocido a nadie como tú, Frannie. Eres especial. —Todo verdad, y también eres mi objetivo.

Subimos las escaleras hasta mi piso y cuando abro la puerta me doy cuenta, demasiado tarde, de que debería haber tenido más cuidado. Hay una preciosidad alta, delgada, de pelo negro como el azabache, con unos brillantes y deseosos ojos negros y unas buenas curvas tendida en mi cama y vestida con... bueno... no demasiada ropa.

—Avaira —digo sorprendido.

Los ojos de Frannie gritan de furia y levanta las manos.

—Lo sabía —dice, girándose para marcharse—. ¡Eres un gilipollas! —añade sin darse la vuelta. Y capto la pimienta negra de su ira. Eh...

Queda claro que tengo un problema en el radar. Primero Belias en el embarcadero y ahora Avaira en mi cama. Tendría que haber sabido que estaba aquí antes de abrir la puerta. Y no es solo Frannie la que me distrae. Mi conexión psíquica con lo nefario parece que está disminuyendo seriamente.

Belias y Avaira, el dúo dinámico. De repente este lugar está lleno de demonios. Lo que significa que Frannie no está a salvo.

Dejo escapar una carcajada cuando registro lo que acabo de decir. Frannie no ha estado a salvo desde que yo llegué aquí.

Cierro la puerta de un portazo y la sigo por las escaleras.

—¡Frannie, espera! —Pero ella ni siquiera frena un poco—. No es lo que crees. Es mi... prima —grito tras ella mientras corro para alcanzarla.

Casi al final de las escaleras, se vuelve hacia mí mientras me acerco y me suelta:

—¡Eres un mentiroso de mierda!

Yo sonrío, intentado suavizar un poco la situación.

—¿Alguna vez te he mentado?

Ella me fulmina con la mirada.

—Sí.

Quizás no haya sido la mejor táctica.

—Bueno... —Y empiezo a decir que ahora no le miento, pero sí que lo estoy haciendo, así que eso es una mentira.

—¿Sabes qué? Puedes coger a tu prima e iros los dos al infierno —dice, dándose la vuelta y corriendo escaleras abajo.

—¿Adónde vas?

No dice nada.

—Por lo menos deja que te lleve a casa.

Aún nada.

La sigo escaleras abajo y a través de la puerta hasta el aparcamiento, intentando no sonreír. No tiene ni idea de lo adorable que está cuando se enfada.

—Está bien, te acompañaré a pie.

Ella no me mira.

—Vete al infierno y déjame en paz.

La cuestión es que aunque me vaya al Infierno, no la dejarán en paz.

Me paro y la dejo en paz, más o menos. Pero no pienso perderla de vista. Porque cuando Avaira está en un sitio, Belias no está lejos. Fuerzo mi sexto sentido para intentar oírlo. Nada. Pero está aquí, estoy seguro. Porque está claro que Avaira era una diversión, o por lo menos una distracción para mí mientras él iba a por Frannie. Las criaturas de la lujuria creen que todos somos tan simples como ellas.

No estamos a más de trescientos metros de mi piso, yo un poco más atrás, cuando capto el hilo de los pensamientos de Belias. Enfado. No sé si está enfadado conmigo por mi intromisión o con Avaira por no haberme entretenido. Sea como sea, acelero el ritmo y acorto la distancia entre Frannie y yo, y me pongo en guardia.

Pero justo cuando estoy a punto de gritar su nombre, un Charger blanco aparece a su lado. Según parece no soy el único que está vigilando a Frannie. Y por primera vez me alegro de que tenga un ángel como amigo.

Frannie

—Hola —me dice Gabe cuando me subo en su coche.

—Hola. Gracias —le digo yo, aliviada.

—Pareces hecha polvo.

Lo fulmino con la mirada.

—Gracias.

—¿Estás bien?

—Dilo.

—¿El qué? —dice él levantando una ceja.

—Te lo dije. Sé que te mueres por decírmelo. Dilo para que no tenga que estar aquí sentada como una estúpida esperando a que lo digas.

—Está bien. Te lo dije.

—Debo de ser estúpida o algo —digo, mirando por el cristal trasero a Luc, que desaparece en la distancia a medida que nos marchamos.

Sus labios dibujan una sonrisa agradable.

—No lo eres. Has visto la luz, ¿no?

Intento sonreír.

—Supongo que sí.

—Estás en una posición única en la que debes tener cuidado con lo que deseas.

¿Qué?

—¿Qué?

Él mira fijamente por el parabrisas.

—¿Alguna vez te has dado cuenta de que si realmente quieres algo, normalmente lo consigues?

—No. —Se me ocurren muchas cosas que quiero y que no tengo, empezando por que vuelva mi hermano. Pero durante un breve segundo, dudo, porque quería a Luc, tontamente, y lo tuve, más o menos. Y Taylor. Nunca antes había dejado de luchar por un chico. Pero anoche... sacudo la cabeza—. No —vuelvo a decir con más convicción.

Él se encoge de hombros y los baja, alargando la mano para entrelazar sus dedos con los míos. Vuelvo a sentir ese perfume, a nieve de verano.

—¿Quieres venir a mi casa un rato?

—Sí. Podríamos trabajar en lo de física.

—Sí —dice él, sonriendo.

La casa de Gabe no está lejos de la mía y es como todas las demás casas del vecindario: de dos plantas, blanca, persianas negras y un gran porche delantero. Su caminito de entrada cruza un exuberante césped verde y está bordeado con unos arbustos bajos y cuidados. Yo lo sigo por el caminito hasta la puerta.

Cruzamos la puerta principal y entramos en el salón. Ocupa toda la parte delantera de la casa y tiene ventanas a ambos lados de la puerta, que miran al porche. Las escaleras suben desde la parte derecha de la sala, y a la izquierda hay una entrada en forma de arco hacia la cocina. Las paredes y las alfombras son completamente blancas, igual que el sofá, que se encuentra en la pared del fondo y las dos sillas de respaldo alto de debajo de las ventanas. No hay televisión, pero sí unos altavoces blancos encima de unos estantes, en los rincones.

—¿Todavía os estáis mudando? —pregunto, mirando las paredes blancas.

Él sonrío y se encoge de hombros.

—Esto es todo. No necesitamos muchas cosas.

—Sí, pero... —Me callo, no estoy segura de qué decir. Me parece raro que no haya cuadros familiares ni adornos. Mi madre tiene cuadros y otras historias por todas partes. Pero cuando me siento en el sofá me doy cuenta de que, a pesar del aspecto austero, es cálido y acogedor.

—Tengo la cura a todos los males —dice Gabe, y desaparece en la cocina. Yo hurgo en mi mochila y saco el libro del laboratorio de física. Un minuto después vuelve con un enorme cuenco de helado de moca y dos cucharas y se sienta a mi lado. Pulsa un botón de un iPod blanco que hay sobre la blanca mesa de café. Y de todas partes sale música.

—¿No te importa que lo compartamos? —me dice.

—No. —Cojo una cuchara y la lleno hasta arriba—. Es mi helado favorito.

Él vuelve a mostrar una sonrisa agradable y se pasa la mano por el pelo.

—Parece que te sienta bien.

Le sonrío porque tiene razón, no sé si es por él o por el helado, pero ya no me importa si Luc se está tirando a la chica misteriosa.

Vale, cuando pienso en ello sé que es mentira, pero ahora ya solo quiero matarlo un poco, y de formas más humanas, como con una pistola o un cuchillo, y no con mis propias manos.

Nos acabamos el helado y me apoyo en el respaldo del sofá. Contemplo el libro de física abierto e intento convencerme de que es una buena idea, pero es mentira.

Gabe se apoya contra el respaldo del sofá y me pasa un brazo por los hombros.

—¿Estás bien?

—Sí —le digo descansando la frente en su hombro y preguntándome cómo es posible que aún quiera tanto a Luc.

Como si me leyera la mente, me pone su fría mano en la mejilla y me gira la cara para que lo mire.

—Olvídalo, es un idiota. —Me mira a los ojos igual que lo hace Luc, como si estuviera viendo mi alma.

De repente siento una intensa ráfaga de emoción y quiero llorar. Cierro los ojos, me centro en la música y retengo las lágrimas. Pero lo que veo es la cara de Luc.

—Es un idiota —repito, con los ojos aún cerrados, intentando obligarme a creerlo.

Como las alas de una mariposa, siento los labios de Gabe, suaves, en mi frente. Y antes de saber que lo he hecho, mis manos están en su cara y mis labios sobre los suyos. Oigo que se le corta la respiración y él duda, pero entonces sus brazos me abrazan, apretándome contra él, y sus labios se mueven sobre los míos. Y noto un sabor a sol de frío invierno.

En el beso de Gabe hay una paz que nunca he conocido. Una paz tan profunda que apenas recuerdo el odio, la ira o el dolor. Y amor, ilimitado e incondicional. Su beso se hace más profundo y yo ya solo quiero vivir aquí para siempre.

Pero entonces, la mano en su mejilla, que ha estado llevándome hacia él, empuja suavemente y él se aparta. Miro fijamente sus inconmensurables ojos azules, perdida en ellos, mientras su pulgar recorre las líneas de mis labios. Cuando vuelvo a ser consciente de dónde estoy, me pregunto cuánto rato habremos estado besándonos. Parece una eternidad en un abrir y cerrar de ojos. Y, hasta que él no me deja

suavemente sobre el sofá, no me doy cuenta de que en mi necesidad por estar más cerca, me había subido encima de él.

Finalmente sus ojos se cierran, dejándome libre, y apoya su frente contra la mía.

—Tengo que llevarte a casa —me dice, apenas con un susurro. Cuando abre los ojos, veo arrepentimiento. Sin mirarme, se levanta y va hacia la puerta.

La paz ha desaparecido, como si nunca hubiera estado, y yo siento que la frustración y la furia me invaden. Me levanto de golpe del sofá y me lanzo la mochila sobre el hombro.

—¿Tan repugnante soy?

—No, lo soy yo. —Él se da la vuelta y sale por la puerta.

El Diablo se cobra lo suyo

Luc

Después de lo que sucedió ayer con Avaira, este ha sido el día más confuso de toda mi patética existencia. Estar sentado al lado de Frannie en clase de inglés, queriendo decirle algo, queriendo tocarla, ha sido una tortura capaz de rivalizar con las llamas del pozo del Fuego Eterno. El resto del día me ha evitado y lo ha conseguido. Pero justo cuando ha sonado el último timbre, cuando me ha mirado... esa mirada en sus ojos casi consigue matarme.

La noche pasada fue un infierno en vida. Pensando en ella. Necesitando verla. Seguí a Gabriel cuando vino a por ella y la dejó en su casa y me pasé toda la noche allí, en mi coche, como ya viene siendo habitual. Hice de tripas corazón para no trepar por el árbol y colarme por su ventana. Llevo todo el día dándole vueltas a la cabeza porque, en realidad, todavía no sé lo que estoy haciendo. De lo único de lo que estoy seguro es que necesito protegerla de Belias, por muchísimas razones.

¿Quién se lo hubiera imaginado nunca? Yo, el gran protector. Soy casi una criatura de chiste.

Pero no puedo permitir que Belias la posea. Frannie me fue asignada a mí y, además de no querer quemarme en el fuego eterno del pozo del Fuego Eterno, mi orgullo no me permitiría fallar. Si ella es tan importante, quiero que su alma realmente merezca la pena. Pero mi principal razón es que sé cómo trabaja Belias y no puedo soportar la idea de que la toque, de que su alma esté atada a él, un asqueroso íncubo. Un escalofrío me sacude cuando mi mente me muestra lo que no quiero ver, la imagen de ella, con él, de ese modo.

¡No!

Eso no sucederá. Prefiero dejar que gane Gabriel.

Porque la quiero.

Eso es lo que tiene que ser este sentimiento, esta sensación de mareo cuando la miro, el modo en que todo mi interior grita cuando pienso en cómo Belias podría poseerla, esta insaciable necesidad que tengo de estar con ella. *¿Cómo es posible?* No hay lágrimas en el béisbol ni amor en el Infierno. Esas son las reglas. Se podría decir que de algún modo va en contra de nuestra religión. Está en la esencia de todo lo que somos.

Pero está ahí y es real y no hay nada que pueda hacer para evitarlo. Lo que significa que también debo protegerla de mí mismo. Si la poseo del modo que quiero,

entrará a formar parte del Infierno, pero no será mía. Tiene clarividencia. El rey Lucifer la utilizará hasta que su alma no sea nada más que una cáscara vacía y luego la lanzará al Abismo con el resto de las sombras. Lo he visto una vez tras otra. Estará muerta en todos los sentidos: cuerpo y alma.

Nunca antes me había cuestionado una misión. No es cosa mía. La mayoría de los mortales se merecen lo que tienen. Pero Frannie es diferente. No mentía cuando le dije que nunca antes había conocido a alguien como ella. No se merece este destino. La observo a lo lejos y una gran parte de mí lo único que quiere es ir tras ella, rodearla con mis brazos y hacer que todo vaya bien. Pero la verdad es que no tengo modo de conseguirlo, porque lo que yo soy no está bien, ni yo ni mis hermanos. Así que me quedo pegado a la silla y la observo salir por la puerta.

Diez minutos más tarde, todavía estoy sentado en mi mesa mirando a la puerta cuando pasa el entrenador Runyon por delante de la puerta, moviéndose inquieto dentro de su chaqueta. Se frota las manos por debajo de los gruesos guantes de béisbol.

—Luc, ¿necesitas algo? Porque tengo que irme al entrenamiento de béisbol.

—No —digo mientras me levanto—. Disculpe, estaba pensando.

—Sí, ya me he dado cuenta de eso.

Sus ojos marrones brillan mientras su cara redonda se ilumina con una sonrisa de asentimiento mostrando unos dientes torcidos. Me ofrece un asentimiento de reconocimiento, como si supiera todos los problemas con las chicas que tengo en la cabeza. Ojalá solo fuera eso, pero lo que más preocupado me tiene ahora mismo es todo el asunto del Infierno.

—¿Has practicado alguna vez algún deporte? —me pregunta mientras se dirige a la puerta—. Tienes un buen físico para ello. Podríamos ejercitar un poco esos músculos en el campo.

—Llevo años sin hacer nada —le digo. Pero mientras pasa por la puerta, mi dolorido corazón se me hunde en el estómago cuando mis seis sentidos se ponen alerta. ¡Belias! ¿En qué estaba pensando? Estaba esperando una oportunidad y se la acabo de dar. Debería haber seguido a Frannie hasta el aparcamiento para asegurarme de que llegaba a casa sana y salva. ¡Maldito sea el Infierno! ¿Cómo he podido ser tan descuidado?

—Piensa en ello —me grita cuando paso volando por su lado y me dirijo a toda prisa por el pasillo hasta la taquilla de Frannie. Cuando llego hasta allí, no hay ni rastro de ella. Luchando por evitar que el pánico se apodere de mí, me siento en el suelo con las manos en la cabeza y la espalda apoyada contra mi taquilla e intento pensar. Ella está bien. Tiene que estarlo. Tengo que encontrar a Taylor y a Riley.

Me levanto de un salto, corro por los pasillos y las alcanzo en el aparcamiento.

—¡Eh chicas! ¿Habéis visto a Frannie? —les pregunto sin éxito en mi intento por esconder el pánico.

—Tienes mucha suerte de que no te hayamos dado una patada en el culo —

mascullo Taylor mientras me mira fijamente.

—Sí, está bien. Lo pillo. Me podéis patear el culo luego, pero necesito saber urgentemente dónde está Frannie.

Riley me pilla por sorpresa.

—¿Qué pasa?

—Nada en realidad. Solo necesito hablar con ella.

—¿Por qué? —Sus ojos están alerta.

—Solo necesito saber que está bien.

Los ojos de Riley se enternecen y empieza a abrir la boca para decir algo pero, antes de que pueda hacerlo, Taylor la corta.

—Deberías haber pensado en eso antes de que decidieras hacer el tonto con tu prima.

—Entonces, ¿no sabéis dónde está?

—Ni idea. Puede que esté tonteando con Gabe —dice Taylor con tono despectivo. Miro a Riley, cuya expresión es de absoluto desánimo. Niega con la cabeza.

Me cojo la cabeza con las manos, intentando calmar la tormenta que bulle en su interior.

—Está bien. Gracias.

Mientras corro hacia mi coche, mis seis sentidos estallan. ¿Y si Belias ha conseguido llegar a ella? Si él la tiene, con los diez minutos de ventaja que le he dado, ya es demasiado tarde. Un gemido se escapa de mi garganta mientras me imagino lo que le puede estar haciendo ahora mismo, y siento de nuevo esas calientes palpitaciones en mi pecho. ¡Mierda! Si ese es el destino al que la he abandonado, prefiero morir ardiendo en las llamas del pozo del Fuego Eterno.

Belias no la tiene. No puedo permitirme pensar en eso. Envío ese mensaje al universo mientras me deslizo dentro de mi coche y me siento sopesando las posibilidades. Si no está con Taylor ni con Riley y si tampoco está conmigo, solo hay un puñado de gente con la que puede estar. Nunca me hubiera imaginado que desearía que Frannie estuviera con Gabriel. Pero en estos momentos, deseo más que nada en este mundo que esté con él. Estoy rezando por ello.

Pienso en ir andando a su casa, pero si tengo que coger a Frannie, necesitaré el coche. Me apresuro a cruzar la ciudad haciendo caso omiso de las señales de *stop* hasta que llego a la calle de Gabriel y me sitúo justo delante de su jardín. Espero, deseando poder verla a través de las ventanas.

¿Y si estoy perdiendo el tiempo y ella no está aquí? ¿Y si la ha cogido Belias y ya la ha marcado, o algo peor? El pánico se apodera de mí y pongo alerta todos mis sentidos. Subo las escaleras de la entrada de dos en dos y llamo a la puerta.

Frannie

Gabe no se atreve a mirarme, lo que me viene bien, porque yo tampoco puedo mirarlo a él. Pero no puedo dejar de pensar en lo que sentí cuando me besó ayer y las ganas que tengo de volver a sentirme así.

Estoy sentada a la mesa de su cocina blanca en un incómodo silencio con un cuenco de helado de moca enfrente de mí. La única razón por la que estoy aquí ahora mismo es porque salí corriendo del instituto cuando sonó el timbre, sin pasar siquiera por mi taquilla, y él me encontró agazapada detrás de una columna del aparcamiento escondiéndome de Luc.

—Bueno, ¿quieres que nos pongamos a hacer el trabajo de física? —dice finalmente.

—Sí, no estaría mal, porque me he dejado el libro en el instituto.

En realidad eso no es del todo cierto. No me he dejado el libro, mejor dicho, lo he abandonado con el resto de mis cosas en mi taquilla.

Él saca el libro de la mochila y lo deja encima de la mesa justo en el momento que tocan a la puerta. Arquea la ceja mientras se levanta de la silla.

—Dame un segundo —dice poniéndome la mano sobre el hombro y luego desaparece por la puerta de la cocina hacia el recibidor.

Abro el libro de física de Gabe e intento encontrar la página por la que estamos, pero me cuesta pensar con claridad. Justo cuando cojo el lápiz, oigo unos susurros que vienen del porche y hago lo que puedo por intentar no escuchar hasta que reconozco la voz de Luc.

—¿Está aquí o no?

Me pongo en pie y me dirijo al recibidor para asomarme por la ventana, sintiéndome una estúpida por dejar que me importe que sea él. Intento sentarme e ignorarlo. Pero evidentemente eso no sucede porque estoy obsesionada y soy una estúpida y quizás estoy incluso loca, así que me asomo por la ventana que da al porche. Luc está allí, como si estuviera trastornado, con los ojos brillantes y enseñando los dientes en una mueca.

—Cálmate. Está aquí. —La voz de Gabe es suave y tengo que escuchar atentamente para poder oírlo.

Observo y veo un profundo suspiro salir del pecho de Luc y el terror abandona su rostro. Deja caer los brazos y dice:

—Está segura, perfecto.

Gabe sonrío.

—Tío, sabes que esta vez la has cagado, ¿verdad?

Mi corazón se hunde al oír la respuesta de Luc.

—Sí. —Asiente para sí mismo y luego mira a Gabe aliviado—. ¿Quieres hacerme el favor de asegurarte de que llegue bien a casa?

Gabe escudriña la cara de Luc.

—Dime qué pasa.

Luc empieza a marcharse bajando las escaleras.

—Solo asegúrate de que llega sana y salva a casa y de que cierra la puerta con llave —dice dándose la vuelta hacia el coche mientras se aleja.

Y mientras se aleja tengo que encontrar fuerzas para no salir corriendo tras él. Porque quiero matarlo. Pero también quiero besarlo. El hecho de pensar que no volveré a estar con él, que no volveré a tocarlo, me está volviendo loca, está haciendo de lo más profundo de mi ser una masa sangrante de frustración y confusión. Por mucho que me cueste admitirlo, lo que siento por Luc es mucho más que físico. No es amor, pero es algo.

¿Cómo puedo quererlos a los dos?

Me tambaleo de vuelta hacia la cocina cuando se abre la puerta principal.

—¿Quién era? —pregunto llena de inocencia, aunque el temblor en mi voz me delata.

Es evidente que Gabe no está de buen humor.

—No, nadie —contesta, pero sus ojos azules están más oscuros que de costumbre y tiene el ceño fruncido cuando se reclina contra el quicio de la puerta.

—¿Qué pasa?

Me muestra una enorme y falsa sonrisa, como si intentara convencerme.

—Nada de lo que debas preocuparte. Todo va bien.

No puedo entenderlo. Tengo que saberlo.

—Sé que era Luc. ¿Qué quería? —le suelto.

Me mira con ojos preocupados.

—A ti, aparentemente.

Observo a mi mano pasar las hojas del libro de Gabe. Me tiemblan las piernas debajo de la mesa, deseosas de dar un salto y correr tras Luc. Intento mantener mi voz firme.

—¿Por qué?

—Eso vas a tener que preguntárselo a él —dice con cierto tono de frustración. Lanza una maldición y se sienta en la silla que hay a mi lado intentando llamar mi atención. Me mira directamente a los ojos.

—Con respecto a lo que sucedió ayer... —dice suavemente, haciendo que suba la tensión en la habitación.

Yo suelto un gemido y bajo los ojos a mis manos. No tengo ni idea de qué decir, de qué siento.

Él se queda en silencio durante un interminable minuto.

—Lo siento mucho, ya lo sabes.

Claro que lo siento. ¿Por qué iba a querer estar conmigo?

¿Quiero estar con él?

Estoy aturdida, como un conejo ante los faros de un coche. No hay nada que pueda decir para que esto funcione. Levanto la cabeza y lo miro. Él simplemente me observa durante otro largo minuto y luego su mirada se cae al suelo.

—Entonces... ¿cuando me besaste...? —Levanta los ojos y yo desvío la mirada.

Hago la silla hacia atrás en busca de espacio, me dirijo hacia el salón y me dejo caer en el sofá.

Gabe está de pie junto a la puerta.

—Bueno, supongo que eso responde a mi pregunta —dice a través de una forzada sonrisa.

—No responde a nada. —Escondo mi rostro entre las manos—. ¡Estoy tan confusa! No puedo dejar de pensar en Luc, pero no puedo confiar en él. Y tú... —Ni siquiera sé cómo terminar ese pensamiento.

—Tienes razón. No puedes confiar en él. —Se desliza a mi lado en el sofá y me pasa un brazo por los hombros. Y por la reacción de mi cuerpo, el modo en que todo mi ser se tambalea, me queda claro que tampoco se puede confiar en mí.

Cuando miro a Gabe a los ojos se me corta la respiración. Puedo ver todo lo que quiero en sus profundos ojos azules.

Pero también lo veo luchar consigo mismo. Levanto la mano y le toco la mejilla y él me abraza contra su pecho. Cuando me besa, es un beso menos desesperado que el de la otra vez. Amable y suave y tan tierno que me duele todo el cuerpo. Me estrujo contra él, deseando tenerlo más cerca y me pierdo en su paz y su amor.

¡Oh Dios mío! ¿Lo amo?

Lo abrazo con más fuerza mientras unas lágrimas se deslizan por mis mejillas y esta vez él no me aparta. Me abraza más fuerte. Pese al calor que inunda mi cuerpo, estoy temblando.

Después de lo que me ha parecido una eternidad, cuando me aparto y lo miro a los ojos, me pregunto cómo he querido alguna vez otra cosa que no fuera él. Y casi puedo creer en el amor. Porque está justo ahí, en su rostro.

Me seca las lágrimas de las mejillas con el pulgar.

—Lo siento —digo, sin estar muy segura de por qué pido disculpas. Por todo, supongo.

Él me pone un dedo en los labios.

—No, no lo sientas.

Me abraza de nuevo y descansa su rostro sobre mi pelo y entonces me doy cuenta de que también está temblando.

Levanto la cabeza de su hombro y lo miro.

—¿Estás bien?

Él asiente con la cabeza y sonrío, pero su sonrisa es forzada y sus ojos están llenos de dudas.

Siento que mi interior se contrae en una bola, porque realmente estoy siendo injusta. Soy una auténtica mierda. Mi barbilla se derrumba sobre mi pecho.

—Estoy hecha un lío.

—No puedes evitar sentirte como te sientes, Frannie.

—Sí, sí que puedo. —Al menos siempre había podido.

—No, no puedes, pero tienes que ir con mucho cuidado con las cosas que deseas.

Pese a su nieve de verano, la frustración hierve en mi interior. Es evidente en mi voz.

—Siempre me dices lo mismo. ¿A qué te refieres?

—Me refiero a que tienes más control de lo que te imaginas sobre el mundo que te rodea. —Sus ojos me miran intensamente y hace que me asuste.

Me aparto de él y me levanto del sofá.

—Creo que estás perdiendo la cabeza, Gabe. Yo no tengo control sobre nada.

—Ya lo verás, con el tiempo.

—¿Ver qué?

—Todo —dice. Siento que un escalofrío me recorre el cuerpo.

Él se levanta y me coge entre los brazos.

—Todo irá bien, Frannie —dice finalmente.

Pero no parece estar seguro de ello. Más bien todo lo contrario.

Luc

¡Argghh!

El día más confuso de mi existencia es ya oficialmente el día más infernal de mi existencia. Y eso ya es decir mucho.

Conduzco por el barrio intentando calmar los nervios y aclarar mi cabeza. Tengo una prioridad: mi trabajo. El mismo trabajo que he estado haciendo durante los últimos cinco mil años. No es ingeniería espacial ni neurocirugía, aunque cualquiera de esas dos cosas se me daría mejor que mi misión con Frannie. Marcar una simple alma para el Infierno. Un juego de niños. ¿Y por qué no puedo hacerlo?

Una pregunta retórica. No importa por qué no pueda hacerlo, lo único que importa es que no puedo, lo que es dolorosamente evidente.

Frannie está con Gabriel. Está a salvo, de Belias y de mí.

Le doy más volumen a la música y vuelvo a pasar por delante de la casa de Gabriel, dos, tres veces. Cada vez que paso reduzco la velocidad, desesperado por ver a Frannie por la ventana. Sigo dando vueltas por el vecindario, paso por delante de casa de Frannie y de Taylor una y otra vez intentando averiguar qué me ha ocurrido y rememorando las tres últimas semanas de mi existencia.

Me estoy quemando en vida y, a la vez, sumergiéndome en un torrente de sentimientos que los demonios no tienen.

¿Cómo puedo conseguir parar esto?

No puedo respirar. Luego me recuerdo a mí mismo que no lo necesito. Pero el agujero que tengo en el pecho todavía me duele.

Céntrate. ¿Ahora qué?

A la décima vuelta al barrio por fin sé lo que tiene que suceder. Por mucho que

me duela pensar en ello, tengo que apartarme y dejar que Belias se ocupe del asunto. Me he implicado demasiado.

Vuelvo a pasar por delante de la casa de Gabriel y siento que el dolor de mi pecho es ahora más profundo. Giro al oeste para dirigirme a mi piso. Cuando llego, me voy de vuelta al Infierno y decido alejarme de la vida de Frannie.

Tengo la intención de deslizarme por el interior de las altísimas murallas del Infierno para así evitar las puertas (una de las ventajas de ser un demonio de primera clase) pues no tengo ánimos para enfrentarme al guardián. Pero cuando mis pies entran en contacto con el suelo, me doy cuenta de que estoy inevitablemente fuera de las murallas y ante las puertas. No es buena señal. Los privilegios me han sido revocados. Mientras me aproximo a las puertas, el guardián, Minos, me escudriña con el único ojo bizco de color rojo sangre que tiene en medio de su larga y estrecha cara de serpiente. Inclina su brillante carcasa cubierta de escamas para mirarme mejor.

—Parece que ya no gozamos de los favores del amo —dice con un destello de sus colmillos y una expresión de desdén. Su voz de pito resuena en mis tímpanos intensificando el dolor que me hace estallar la cabeza.

Estoy demasiado abatido para protestar y me apoyo contra las inmensas puertas de hierro para sostenerme.

—Eso parece.

Puede que no me deje entrar. No me importa. Pero una oscura aprensión se mezcla con la expectación en su rostro cuando da un paso atrás y me deja pasar.

—Te estábamos esperando. Nos veremos luego en el pozo para despedirnos.

—Haremos una fiesta. Tú trae los globos —digo por encima del hombro mientras me esfumo entre las puertas sin mirar atrás.

Una vez dentro, de lo primero que me doy cuenta es de que en el Infierno parece hacer más calor de lo que recordaba. Lo cual no tiene ningún sentido, porque solo han pasado tres semanas desde que me fui de aquí. Y además, una diferencia de un centenar de grados, por arriba o por abajo, cuando el Infierno está a dos mil grados, no creo que se note mucho, sigue siendo caliente. Puede que, después de todo, tenga algo que ver con eso del calentamiento global y que incluso llegue hasta aquí, hasta el centro.

Lo segundo de lo que me doy cuenta es que aparentemente he mantenido mi forma humana... que ahora está sudando a mares. No importa. Este cuerpo puede ser desmembrado y lanzado al pozo del Fuego Eterno con la misma facilidad que el otro.

Lo tercero de lo que me doy cuenta es de la auténtica seguridad. Minos está ahí solo para impresionar. Solo para hacer que los intrusos se alejen del Infierno, lo que no supone mucho trabajo. Y en realidad, ¿qué puede haber más divertido que un intruso? No, la auténtica seguridad son Rhenorian y su gente, que mantienen a los subordinados bajo control. Apoya su rocosa carcasa de más de dos metros contra las

murallas, mirándome atentamente justo detrás de las puertas. Sus ojos rojos brillan sobre su cara dorada, lisa y correosa. Cuando miro en su dirección, una amenazadora sonrisa aparece en su rostro, como si estuviera deseando que echara a correr. Se pasa la lengua viperina por una impresionante fila de colmillos y mantiene un potente lanzallamas de tres puntas en sus manos. Esa es la versión de una ametralladora del Infierno. Es capaz de lanzar una enorme cantidad de fuego infernal de una sola vez y sin parar. No puede matar a una criatura del Infierno, porque casi nada puede hacerlo, pero te hace desear que lo hubiera hecho.

Paso por el Infierno, después de las puertas. Gritos de agonía y ruegos de piedad salen de las irreconocibles figuras que se queman en el fuego eterno: las almas de los condenados. Los demonios guardianes se ríen socarrona y alegremente mientras golpean algún miembro o cabeza que sobresale de las candentes llamas. Solo ver el espectáculo, hace que sienta calor y que lo vea todo confuso. Sonrío para mí mismo mientras absorbo el acre olor de la carne chamuscada mezclado con el olor de la descomposición, de tierra y de azufre, y me deleito con las vistas, los sonidos y los perfumes del hogar. Por un momento, puedo imaginarme que nunca me he marchado. Que las últimas tres semanas nunca han sucedido.

Por un momento.

Pero mientras sigo caminando hacia el sur, vislumbrando el pozo del Fuego Eterno en la distancia, mi estado de ánimo cambia. Los gritos que resuenan entre las altas murallas son de naturaleza diferente. Demonios que se han salido de la raya o que no se han comportado debidamente gritan desde las profundidades. Y cuando paso el pozo, camino al lago del Fuego, me doy cuenta de que cada demonio, especialmente los guardianes del pozo, me miran lascivamente. No hay nada que alegre más el día de un demonio que la muerte inminente y la destrucción.

Entonces veo a Marchosias moviéndose lentamente hacia mí desde las fosas, con su moteada piel carmesí brillando bajo la parpadeante luz bermellón y añil. Tiene los brillantes ojos rojos encendidos mientras mueve la cola y sus cuernos de sátiro rozan las rocas de lava en su camino hacia mí.

Mi primer instinto es salir corriendo, sin saber muy bien por qué, pero me quedo quieto donde estoy. Marchosias es un guardián del pozo, pero no puede cogerme hasta que haya sido convocado y se haya dictado sentencia. Además, si los demonios tienen amigos, lo que es cuestionable, entonces Marchosias sería el mío. En la actualidad se encuentra en la patrulla canina, aparentemente porque tiene un enorme perro del Hades que lo acompaña.

—Pensaba que podías entrar sin tener que pasar por aquí —dice con una mirada despectiva en su inexpresiva y contraída cara. Doy un paso atrás sin querer cuando se aproxima. Pocos, aparte del propio rey Lucifer, irradian el mal con tanta fuerza como Marchosias.

—Eso pensaba yo.

El perro del Hades se sienta a los pies de Marchosias, casi tan alto como yo. Y el

aroma de la carne podrida penetra por encima del olor a azufre.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—No mucho.

—¿Cómo has acabado en mi lista?

—Ni idea.

—Eh...

Él desvía su mirada hacia la distante masa oscura que es Pandemónium, con sus altas murallas del castillo y sus dentadas torres dominando todo el Infierno.

—La única razón por la que has tardado tanto en venir es porque Beherit está preocupado por su propio culo.

Siento que me estremezco, pero sería un error mostrar debilidad.

—¿Qué pasa?

—Evita pasar por Pandemónium. El rey Lucifer está reunido con el Consejo y se está haciendo una escabechina allí arriba. —Los ojos de Marchosias brillan con malicia, y unos blancos colmillos relucen entre su siniestra sonrisa—. El tema es que están haciendo un baño de sangre con tu jefe. Algo gordo pasa allá arriba y Beherit no está cumpliendo con su trabajo. —Su sonrisa se convierte en una carcajada—. ¿No sabrás tú nada de eso, no?

—No —le miento, porque eso es lo que hacen los demonios, pero también porque de pronto me siento desamparado y perdido en mi existencia. Eso es todo lo que tengo en el mundo. Nuestra única fuente de alegría, si es que los demonios son capaces de sentir alguna emoción es el dolor, el sufrimiento, la muerte y la destrucción de los demás—. Dime qué has oído.

—Hay un mortal que el rey quiere, y el personal de Beherit... —Me mira socarronamente— no está haciendo el trabajo.

—¿Qué es tan importante en ese mortal?

—El tema es que ese mortal tiene un poder excepcional.

¿Tiene Frannie un poder excepcional? Seguro que será otra persona a la que estamos buscando.

—¿Poder en qué sentido?

La maldad que aparece en su rostro me hace desear que estemos hablando de otra persona que no sea Frannie.

—Influencia —sisea.

La fuerza de esa única palabra es como una bola de demolición golpeándome el cerebro sin piedad. *No puede ser Frannie*. Frannie tiene clarividencia. No quiero ni imaginarme lo que le podría pasar a un mortal con la habilidad de dominar los pensamientos y emociones de los demás aquí en el Inframundo. Solo ha habido otros dos, y las cosas no acabaron nada bien para el que pertenecía al Infierno. Aturdido, me doy la vuelta para seguir caminando, pero Marchosias me coge del brazo, sus garras casi destrozan mi carne humana.

—Nos vemos luego. —Sus ojos rojos centellean y una amarga sonrisa cruza su

boca mientras afloja las garras.

—Estoy seguro. Intenta no disfrutar demasiado —le digo mientras me marchó.

Mi cabeza empieza a aclararse y llego a mi santuario: el trozo de Infierno en el mural de mi pared. Ando por entre las escarpadas orillas del lago del Fuego hasta llegar al punto más al sur, donde el lago se une con las murallas del Infierno. Allí, los distantes gritos de los condenados y las alegres sonrisas se unen y hacen resonar las paredes como un desentonado coro. Esta es mi catedral.

Sentado sobre una puntiaguda roca de lava frente al lago del Fuego, dejo que la música del Infierno me dé la bienvenida a casa por última vez. Admiro el turbio lago fundido en rojos y naranjas y el espectáculo de luces que lo acompaña, que mezcla el escarlata y el añil con las erupciones azules y blancas de las llamas. Como los fuegos artificiales del Infierno. Y mientras las nubes de gas sulfúrico que emanan de esas erupciones me envuelven, las inhalo profundamente, saboreando el olor del azufre que inunda mi nariz humana. Es fácil olvidar lo bonito que es el hogar, por lo menos para nosotros, los demonios.

Pero entonces recuerdo el alma de Frannie, cómo consigue quitarme la respiración. Auténtica belleza. Nada comparable a ningún alma que haya visto antes en el Infierno. ¿Seguirá siendo igual una vez Belias la haya poseído?

Intento apartar ese pensamiento que me produce un fuerte dolor en el pecho mientras cierro los ojos y me acuesto sobre las afiladas rocas de lava. Pero todo lo que veo, siento, saboreo y huelo como si estuviera aquí a mi lado es a ella, la esencia de la chica que me ha hecho cuestionarme todo lo que soy. Si no me conociera tan bien, juraría que siento unas gotas de humedad evaporarse en una nube de vapor en la comisura de mis ojos. Lo que sí estoy seguro que siento es que se rompe mi corazón de azufre mientras me siento a esperar a que me convoquen. Porque no hay segundas oportunidades en el Infierno.

Frannie

Miro por el parabrisas del coche mientras Gabe me lleva a casa, perdida en mis pensamientos. Apoyo la cabeza contra la ventanilla cuando pasamos por delante de la casa de Taylor y, de pronto, siento un rayo que me atraviesa el cerebro.

Otra vez no.

Muy segura de lo que veo, mientras lanzo un gemido y cierro los ojos, veo al padre de Taylor acostado en su cama... sin respirar. Me da un vuelco el corazón. Empiezo a sentirme enferma.

—¡Para el coche! —grito y abro los ojos al ver que ya lo ha hecho. Abro la puerta de un empujón y vomito en el asfalto. Cuando levanto la vista y miro a Gabe, él no parece ni preocupado ni asustado. Está completamente calmado. Doy un salto del

coche y corro hacia la casa de Taylor golpeando con fuerza, con una mano la puerta y con la otra el timbre hasta que se abre la puerta.

La cara de Taylor se convierte en una mueca.

—Fee... ¿qué pasa?

—¿Dónde está tu padre? —le grito.

—Durmiendo, ¿por qué? ¿Qué pasa?

—Tienes que ir a ver cómo está, ¡ahora mismo!

—Bueno, no creo que eso sea una buena idea. De verdad, Fee, ¿qué te pasa?

Le doy un empujón en la puerta y corro escaleras arriba hacia la habitación de sus padres. Ella me coge a mitad de las escaleras por la espalda de mi camiseta y casi logra hacerme caer hacia atrás, pero me cojo fuerte a la baranda y sigo hacia delante, arrastrándola tras de mí.

—¡No puedes entrar ahí, Fee! ¡Deja de comportarte como una loca!

La dejo en las escaleras y abro de un golpe la puerta de la habitación. Y allí está él, justo como lo había visto, solo que puedo ver como su pecho se eleva y desciende. Está solo dormido.

—¡Oh, Dios mío! —Me giro hacia Taylor, que me está empujando fuera de la habitación—. Lo siento, pensaba... —Pero justo cuando me doy la vuelta, veo un frasco de pastillas vacío en el suelo. Me deshago de Taylor y doy un paso más hacia la habitación. Hay tres frascos más en la mesilla de noche, todos vacíos.

—Taylor —le digo deshaciéndome de ella—, llama al 911. Y corro al lado de la cama—. ¡Señor Stevens, despierte! —Lo zarandeo—. ¿Puede oírme?

Nada.

Taylor está allí plantada. Paso por su lado y cojo el teléfono para marcar el 911. Mientras estoy explicando la emergencia, Gabe aparece en la habitación y abraza a Taylor. Ella apenas parece darse cuenta, sigue allí plantada en la habitación mirando fijamente a su padre.

Llega la ambulancia al cabo de cinco minutos y, mientras cargan a su padre, ella me mira. No dice nada, pero la pregunta es evidente en sus ojos. Es una pregunta que no puedo responder. Solo me encojo de hombros. Taylor sube a la ambulancia con su padre y se ponen en marcha con las sirenas activadas. De pronto me pongo a llorar. Gabe me abraza y me lleva al coche.

—Has hecho algo bueno, Frannie. —Ni siquiera me pregunta cómo lo sabía. No me pregunta nada, me abraza.

—Es por mi culpa —consigo decir entre sollozos.

Él me levanta la barbilla con el dedo y me mira a los ojos. Luego sus labios recorren mi frente hasta mis sienes y bajan por mis mejillas hasta encontrarse con los míos.

—Tienes que dejar de echarle la culpa de todo lo malo que sucede —dice casi en un susurro.

Lo aparto de mí.

—Iba a hablar con mi padre para que la iglesia los ayudara. —Pero estaba tan metida en mi propio drama que me olvidé. Una ola de culpabilidad me inunda el cuerpo y yo dejo que lo haga. Quiero sentirme como una mierda. Es lo mínimo que me merezco.

Llegamos a la entrada de mi casa y Gabe mira alrededor preocupado, lo que me recuerda que Luc hizo lo mismo la otra noche. Mientras Gabe me acompaña hasta la puerta, me pongo las gafas de sol para que mi madre no me vea los ojos rojos de haber llorado.

—¿Seguro que estarás bien? —La voz de Gabe es suave y agradable. Casi me hace ponerme a llorar de nuevo. Me trago el nudo que se me ha hecho en la garganta.

—Sí.

—Bien, ¿no te irás a ninguna otra parte hoy?

—No que yo sepa.

—Bien. Cierra la puerta con llave cuando entres. —Me envuelve en un abrazo pero sus ojos siguen escudriñando los alrededores.

—¿Por qué todo el mundo quiere que lo cierre todo con llave? ¿Qué pasa?

Separándose de mí, desvía la mirada y observa los arbustos que hay junto al porche de la entrada.

—Nada, de verdad. Pero es mejor estar seguro que luego lamentarlo.

Vuelve a abrazarme, y cuando me besa yo me aprieto contra su cuerpo. Le paso las manos por el pecho y luego por el costado.

—Ven conmigo —digo de pronto sin querer quedarme sola.

Él me mira extrañado y me muestra una peculiar sonrisa torcida.

—Me encantaría, pero tengo que mantener una conversación con Lucifer. Prométeme que cerrarás la puerta con llave y que te quedarás en casa.

—Como quieras —le digo sintiéndome decepcionada y cansada y preguntándome si tendré las fuerzas necesarias para subir las escaleras—. ¿Volverás?

—En cuanto pueda. —Se aparta y me mira a los ojos—. ¿Estás segura de que estás bien?

—Lo estaré.

—Descansa un poco. —Se inclina y me besa, luego abre la puerta de casa y me mete dentro—. Volveré —dice. Sonríe, pero sus ojos todavía son oscuros y penetrantes.

Cierro la puerta y llamo a mi madre al ver la inusual tranquilidad que se respira. No hay respuesta. Vaya. Como no hay nadie en casa, hago lo que Gabe me ha dicho y cierro la puerta con llave.

Solo consigo llegar al tercer escalón antes de darme cuenta de que mis piernas no me van a llevar más lejos. Me doy la vuelta y me siento, apretándome las rodillas contra el pecho. ¿Cómo puedo haberme olvidado de hablar con papá? La única cosa que podía haber hecho para ayudar a Taylor y la fastidio. La tristeza se apodera de mí y me hago a un lado para acostarme sobre el duro escalón de madera y me pongo a

pensar en la mierda de persona que soy.

Pero lo he podido parar.

Eso es algo, supongo. Es la primera vez que lo he visto y he podido cambiarlo. Esa pequeña idea hace que me reconforte de algún modo.

Después de un rato que parece una eternidad, consigo subir el resto de las escaleras. Cuando entro en la habitación, pongo música y me acuesto en la cama mirando al techo. Cuando cierro los ojos, Luc está allí. Y no es solo una imagen. Puedo sentir su oscura energía, oler su aroma a canela. Me enfado conmigo misma cuando siento que las lágrimas resbalan desde mis párpados. No voy a llorar, no por él.

Me levanto, me dirijo a la ventana y subo la persiana. Gabe ya hace rato que se ha ido, pero podría jurar que acabo de ver brillar al sol el parabrisas de un Shelby Cobra GT del 68 por entre los árboles.

¿Luc?

Me imagino a mí misma saliendo a correr y lanzándome en sus brazos. Pero luego aparece ante mí la imagen de la chica misteriosa recostada en la cama de Luc y en lugar de eso pienso en llamar a la policía. Denunciarlo como un acosador.

Vuelvo a mirar. Todavía está ahí, aparcado dos puertas más abajo, al otro lado de la calle. Delante de la casa de los Brewster. En el mismo lugar que estaba aparcado la noche cuando volvía de casa de Taylor. ¿Qué diablos quiere de mí?

Con un repentino arranque de ira, abro la puerta y bajo las escaleras corriendo y abro la puerta de la entrada de un portazo. La hierba bajo mis pies descalzos está fría y cruzo hecha una furia el jardín. Mientras cruzo la calle para dirigirme al coche de Luc, oigo la música alta que hace que tiemble el asfalto bajo mis pies. El reflejo del sol sobre el parabrisas hace difícil que vea en su interior, pero él está ahí, sentado en las sombras. El volumen de la música baja mientras la ventanilla se abre. Me apoyo con mis manos sobre la puerta del coche y estoy a punto de meterme dentro cuando me quedo sin aliento y retrocedo.

No es Luc. Pero juraría que podría ser su hermano.

—¡Oh, lo siento! —digo cuando consigo volver en mí—. Pensaba que eras otra persona.

El extraño me sonrío, con los ojos brillantes.

—Puedo ser quien tú quieras que sea —me suelta. Su voz es aterciopelada y hay algo embriagador en ella, en él. Sus intensos ojos negros me sostienen la mirada.

Lo miro fijamente mientras el inquietante ritmo de *Love Hurts* de Incubus suena en su coche, preguntándome si hay un hechizo que no me permite ver la realidad.

—Te pareces muchísimo a... un amigo mío —le digo, pero mi voz me suena como un eco proveniente de la distancia.

Él sonrío con la misma sonrisa de Luc.

—Espero que sea un muy buen amigo.

Siento que mis pensamientos se pierden en una oscura niebla.

—Eh... bueno... sí... —Y mi mente se queda en blanco mientras le doy la vuelta al coche y abro la puerta del copiloto.

La de Dios es Cristo

Luc

Cojo el brazo de Frannie justo cuando entra en el coche de Belias. La mano de él se extiende rápidamente y agarra su otra muñeca mientras pone el coche en movimiento, tirando de Frannie hacia delante, y luego se para.

Soy consciente de que si Belias y yo jugamos al tira y afloja con Frannie, la partiremos por la mitad, literalmente. Pero también soy consciente de que si la suelto, será suya, y ya no volveré a recuperarla. Dejo que mi poder fluya, sopesando los riesgos. Si ataco con él a Belias mientras tiene cogida a Frannie, podría matarla. Y aunque no lo hiciera, lo haría su contraataque. Mi única esperanza es que él entienda que el Infierno pierde de todas maneras. Porque ahora mismo Frannie no está marcada. Si muere aquí, en nuestras manos, no hay duda de que su alma irá en la otra dirección, lo que para nosotros significaría el desmembramiento y el pozo del Fuego Eterno.

Bajo la mirada hacia la bola de poder que ilumina mi puño derecho, y luego lo miro a él, mi rostro claramente amenazador.

—Belias, sé razonable. Estamos en el mismo bando y ella es mi misión. Deja que yo me ocupe de esto.

Sus ojos brillan de color rojo y el olor a azufre impregna el cálido aire primaveral.

—Ya tuviste tu oportunidad. El rey Lucifer está muy decepcionado. Me lo dijo él mismo cuando me ofreció el trabajo de Beherit.

—¿Sí? Pues ponte a la cola —le digo sopesando mis opciones. Desvanecerme de aquí con Frannie es imposible. Su cuerpo mortal no sobreviviría al cambio. Así que solo me queda una opción.

Todo mi interior grita cuando obligo a mis dedos a abrirse y a soltar su brazo.

La cara de Belias se transforma en una sonrisa que haría que cualquier mortal se meara encima.

—Sabia elección —me dice, soltando la muñeca de Frannie y estirándose sobre ella para cerrar su puerta.

En ese momento, reúno mi poder infernal, más del que jamás creí que pudiera manejar, y le lanzo una ráfaga a Belias. Un rayo rojo de ardiente fuego del Infierno sale de mi puño, iluminando el coche y golpeando a Belias justo en la cara. Lo lanza contra la puerta. Apretando los dientes por el dolor que me ha producido tanta energía atravesando mi cuerpo, me inclino y saco a Frannie de su asiento. Cuando ella está en

mis brazos, sacude la cabeza y me mira, aturdida pero bien.

Empiezo a correr calle arriba, con Frannie en brazos, pero Belias aparece delante de nosotros, con la cara negra y humeante, literalmente.

—Bonito truco —me dice apretando los dientes—, pero has olvidado algo. —Levanta el puño derecho, rojo y ardiendo, y me señala con él—. Yo también puedo hacer eso.

Yo miro a Frannie, entre mis brazos.

—No seas estúpido, Belias. La matarás, y solo conseguirás un viaje al pozo del Fuego Eterno. Ni prestigio, ni crédito, ni promoción. No esconderán lo que pasó. El rey Lucifer lo sabrá antes de que tú le informes.

Su sonrisa titubea ligeramente mientras baja el puño. Pero entonces veo que mira por encima de mi hombro y vuelvo a reunir mi poder, lanzando un campo sobre Frannie, justo cuando la ráfaga de Avaira me alcanza en la espalda. Y joder, ¡qué dolor!

Me tambaleo pero consigo mantenerme erguido. Me sacudo el dolor y bajo la mirada hacia la cara de Frannie. Sus párpados se agitan y su respiración es superficial. Un pavor negro me atraviesa el pecho.

¿Cómo he podido dejar que pasara esto?

Desde mis brazos bajo Frannie, produzco un poco de calor. El suficiente como para que su piel se ponga roja y la haga sudar. Sin dejar de mirar a Belias, la mayor amenaza, digo, con aire despreocupado:

—Buen trabajo. Sí que sois estúpidos de verdad. Mira lo que ha hecho tu amiga. —Giro levemente a Frannie en mis brazos para que pueda verle los ojos y el sudor empezando a brotar de su frente, así como el vapor que estoy produciendo como accesorio—. La habéis matado. Está frita. —Y la verdad es que espero estar marcándome un farol, porque no estoy seguro, ya que el olor a clavo y a pasas es inconfundible: su alma está en la superficie, esperando a que un ángel venga a por ella.

La expresión de Belias se convierte en furia, pero no va dirigida hacia mí. Está mirando por encima de mi hombro a Avaira.

—¡Joder, Avaira, ese no era el plan!

—Lo siento. —Puedo notar la sonrisita de suficiencia en su seductora voz—. Era demasiado fácil. No creía que le había dado tan fuerte.

—Maldita zorra estúpida. Ahora nos mandarán a todos al pozo. ¿En qué estabas pensando? —Con su furia, su forma real brilla peligrosamente cerca de la superficie, mirando a través de su cuerpo humano.

El humor ha desaparecido de la voz de Avaira, lo ha sustituido la preocupación.

—Ha sido un accidente. No iremos al pozo.

Belias suelta un gruñido y desaparece en una nube de azufre. Un segundo más tarde, su Shelby, todavía en marcha, arranca haciendo chirriar las ruedas. Me doy la vuelta y Avaira también ha desaparecido.

En toda mi existencia, no recuerdo haber sentido nunca tanto miedo. Miro a Frannie y detengo el calor. Ella me mira, su mente vuelve en sí ahora que Belias ya no está. Ningún ángel ha venido a buscarla todavía, así que quizás esté bien. La aprieto fuerte contra mi pecho, sin estar seguro de quién tiembla tanto, si ella o yo. Arrimo la cara contra su pelo y aspiro su fragancia.

—No podía permitir que te llevara —murmuro sin pensar.

Ella me mira, con los ojos medio abiertos.

—¿No podías qué? ¿Qué ocurre? —Su voz es débil y sorda, y sus palabras se atascan.

¿Qué le contesto? ¿La verdad? Bueno, he estado a punto de dejar que Belias, un íncubo, te sedujera y te poseyera el alma.

No.

Me obligo a sonreír y a poner una voz tranquila.

—Estabas entrando en el coche de un extraño, Frannie. ¿Tu madre no te advirtió sobre los extraños?

Su ceño se frunce como si intentara recordar algo, pero no dice nada.

La ruidosa huida de Belias ha atraído la atención de algunos vecinos. Por suerte, todo ha sucedido a plena luz del día, si no, el rayo rojo de Avaira habría iluminado todo el vecindario. Sin embargo, veo que en la casa de enfrente a la de Frannie levantan una persiana, así que corro a llevarla dentro. La llevo por delante de mi Shelby, entro en casa, subo las escaleras y entro en su habitación, donde la dejo sobre la cama y compruebo rápidamente su estado. Todavía está caliente, pero su respiración y sus latidos están mejor. Bajo la cabeza cuando una enorme ola de alivio recorre mi cuerpo.

Está bien.

Empiezo a avanzar hacia la ventana para ver dónde está Belias, pero Frannie levanta su mano y coge la mía.

—Hola —le digo—. Tienes que descansar.

—Quédate. —Su voz es débil, pero decidida.

Ella tira más fuerte de mi mano y me siento en el borde de la cama, apartando con los dedos los mechones de pelo que tiene pegados en la frente por el sudor.

—Creo que debería irme, Frannie. La cosa se pondrá fea si tus padres vuelven a casa y me encuentran en tu habitación. Estaré fuera, te lo prometo.

Su voz es más fuerte y sus ojos me suplican.

—Quédate.

Yo respiro hondo, resistiendo las ganas de besarla. Soy incapaz de decirle que no.

—Como quieras.

Me siento en la cama un buen rato y veo que su respiración se hace más profunda y regular a medida que se va durmiendo. *¿Qué diablos estoy haciendo?* Pude dejar el Infierno porque entré por propia voluntad, no me habían convocado, pero solo es cuestión de tiempo. Y cuando me convoquen todo habrá acabado. ¿Qué tengo, días?

¿Horas? Sea lo que sea, no es suficiente. Y sea cual sea el resultado, la marque o no, no podré quedarme con ella. Me duele el pecho ante la posibilidad de volver a dejar a Frannie.

Me inclino y le beso la frente y luego le suelto la mano. O por lo menos lo intento. Pero sus ojos se abren de repente y me agarra con más fuerza.

—¿Adónde crees que vas? —Está medio dormida, pero el trasfondo de pánico es innegable.

No hay discusión posible. Si necesita que me quede, no puedo marcharme. Le sonrío.

—A ningún sitio, si tú no quieres.

Al principio me sonrío, pero luego su expresión cambia. En sus ojos zafiro y en toda su preciosa cara hay confusión cuando recuerda que me odia.

—No puedo confiar en ti. Eres como Jekyll y Hyde —dice, todavía agarrándome con fuerza la mano.

Yo sacudo la cabeza mientras se me parte el corazón de azufre. El juego ha terminado y he perdido, de todas las maneras posibles. Porque la quiero. Pero no puedo tenerla.

Me levanto, tengo que apartarme de ella antes de hacer algo que le haga aún más daño. Esta vez me suelta.

—Tienes razón, no puedes confiar en mí.

Frannie

Haciendo un gran esfuerzo, me siento en el borde de la cama, temblorosa. Veo a Luc salir por la puerta de mi habitación y sé que debería dejarle ir. Pero mis últimas briznas de juicio y sentido común dan paso a esa primaria necesidad que tengo de estar con él.

—¡Espera! No te vayas.

Él se vuelve en la puerta.

—Frannie, estás cometiendo un grave error. Tienes que dejar que me vaya.

Todavía estoy temblando mientras algunos recuerdos fragmentados me martirizan. Recuerdo haber salido para gritarle a Luc... pero no era él. Después de eso, todo está muy borroso. Mis ojos caen al edredón y observan la forma de su superficie.

—¿Quién era ese tío?

Él se apoya contra el marco de la puerta, de cara a mí.

—Se llama Belias. Es peligroso.

—¿Por qué estaba aquí? ¿Qué quería?

Luc simplemente me mira y niega con la cabeza.

—Se parecía mucho a ti —digo finalmente, cuando está claro que no me va a contestar.

—Sí. Supongo que eso es fruto del lugar de donde venimos. Solemos parecernos todos.

Levanto la mirada y busco la de él.

—¿Y de dónde venís, exactamente? Siempre que te lo pregunto, cambias de tema. Él me mira a los ojos durante un largo instante mientras considera su respuesta. Al final, entorno ojos.

—Si tienes que pensártelo tanto, lo que me digas será mentira. Olvídalo.

Él se da la vuelta para volver a salir por la puerta.

—Lo siento, pero si te lo dijera, no me creerías —dice por encima del hombro desde el pasillo.

—Prueba a ver.

Se da la vuelta y se acerca despacio a la puerta con la misma mirada perdida en su cara que he visto antes. Su boca se abre para decir algo pero luego se vuelve a cerrar. Niega con la cabeza. Lo miro fijamente, segura de que las respuestas están ahí, justo bajo la superficie, y de que podré verlas si miro con atención. Él vuelve a abrir la boca, luego baja la mirada hacia el suelo y sus hombros caen mientras dice:

—De verdad que me tengo que ir.

Mi corazón palpita. Sé que debería dejarlo marchar, pero hay algo más que necesito saber.

—¿Qué hay de esa chica? La de tu cama. ¿Es tu novia del lugar de donde vienes?

Él levanta la mirada y me mira cauteloso mientras responde:

—No. En realidad es la novia de Belias, Avaira.

No puedo controlar el tono celoso de mi voz.

—Hmm. Es muy generoso al compartirla.

—No es eso, Frannie —me dice—. Han venido a... —Se calla en seco, traspasándome con la mirada—. No es nadie.

Baja la cabeza y vuelve a negar y temo que se vaya a marchar.

Contengo el siguiente comentario que me pasa por la cabeza, que tiene que ver con que la talla de sujetador de la chica misteriosa debe de ser más grande que su coeficiente intelectual.

—Entonces, si no es eso, ¿qué es? Estaba en tu piso, en tu cama. ¿Tiene llave?

Él me mira durante una eternidad, los ojos encendidos, y luego entra en mi habitación y se sienta en la silla de mi escritorio con la mirada perdida en la alfombra.

—No, no tiene llave. Ninguna cerradura puede detenerla.

—¿Qué significa eso? ¿Que te está acosando o algo?

—En cierta manera. —Él levanta la mirada hacia la mía y, si no supiera que es imposible, juraría que en sus ojos hay miedo—. Hay cosas sobre mí que no sabes.

Me acerco rápidamente hacia él y me siento en el borde de la cama.

—Lo sé. Cuéntamelas.

Él se queda mirándome durante otra eternidad, luego apoya los codos sobre sus rodillas y mete sus dedos entre su mata de pelo negro, volviendo a mirar hacia el suelo.

—No soy lo que crees que soy.

—Para mí no eres nada.

Él levanta la cabeza y casi sonrío.

Yo me encojo de vergüenza.

—No quería decir lo que ha parecido que he dicho. Quiero decir que no me importa lo que seas. O algo así. ¿Qué es lo que no sé?

Él se pone de pie y me coge la mano, levantándose de la cama y llevándose a sus brazos. Yo quiero apartarme, pero no lo hago.

Él lanza un suspiro contra mi pelo y gime.

Yo levanto la cabeza para mirarlo.

—Me lo puedes contar.

Pero, en lugar de hacerlo, me mira con un montón de promesas en los ojos. Aunque sé que es una estupidez, y sé que, sin duda, me volverá a hacer daño, me acerco para besarlo.

Cuando vuelvo a mirarlo a los ojos, aún están atormentados.

—No he sido del todo honesto contigo —me dice. Luego se aparta y mira por la ventana—. Que Satán me perdone, pero no he sido nada honesto contigo.

—Cuéntame —le vuelvo a pedir, acercándome a él.

Él suelta otro suspiro y se apoya en mi escritorio, como si, de repente, mantenerse en pie fuera demasiado difícil. Luego, sus ojos se levantan y se encuentran con los míos, y parece triste, pero decidido.

—Belias, Avaira, yo... —dice en voz baja, como si cada palabra lo hiriera—, todos venimos de...

—¿Frannie? —La voz de mamá suena al pie de las escaleras. Me da un susto de muerte. ¿Cómo es que no la he oído llegar?

Doy un salto y me aparto de Luc.

—Sí, mamá.

—¿El coche que hay fuera es el de... Luc? —Es como si le resultara un problema hasta decir su nombre.

Una mueca nerviosa baila en la cara de Luc.

—Sí, mamá.

Su voz se dispara una octava y oigo que sus pies suben las escaleras corriendo.

—¿Está ahí arriba?

—Sí —digo yo, cogiéndole la mano y llevándolo a la puerta.

Cuando salimos al pasillo ella ya está en la parte alta de las escaleras, con los ojos bien abiertos.

—Hola. Estábamos haciendo los deberes de matemáticas —le digo, soltándole la mano y deseando que se me vaya el rojo de las mejillas.

—Oh. —Ella no deja de mirar a Luc—. ¿No tendríais más espacio en la mesa de la cocina?

En ese mismo momento, la puerta de detrás se cierra de un portazo y la voz ronca de mi abuelo se oye por toda la casa.

—¡Hola! ¿De quién es ese Shelby que hay aparcado fuera?

Mi corazón remonta el vuelo.

—¡Abuelo! —grito justo cuando aparece en la base de las escaleras. Sus ojos azules nos sonríen.

—El coche es mío —dice Luc.

—¿Restaurado u original?

—Todo original.

Mamá se aparta y deja que Luc pase por delante de ella. Él asiente y sonrío, una sonrisa suave y tranquilizadora, mientras pasa.

—¿Quién te hace el mantenimiento? —pregunta el abuelo mientras Luc baja las escaleras.

—Yo.

—Es una belleza —dice, dándole una palmada a Luc en la espalda—. ¿Puedo echar un vistazo debajo del capó?

—Por supuesto. —Luc lanza una mirada de preocupación hacia la parte alta de las escaleras y luego sale por la puerta principal con el abuelo.

—¿Por qué está aquí? —dice mamá entre dientes—. Te lo dejamos claro. No podías verlo, y menos a solas.

—Mamá, por favor. No dijisteis que no pudiera verlo. No sé qué os pasa con él, pero me gustaría que le dierais una oportunidad.

—Frannie, ya hemos hablado de esto. Voy a ser muy clara, no saldrás con ese chico.

Esto es increíble.

—Eso es ridículo.

Y llegas tarde.

Me acerco a mi ventana y miro cómo Luc levanta el capó del Shelby, y él y el abuelo se meten debajo. ¿Qué quería decir? «Belias, Avaira, yo, todos venimos de...». ¿De dónde? ¿Qué podría ser tan malo? ¿Venimos de la cárcel? ¿Del manicomio?

¿De dónde?

¿Del espacio? ¿Del futuro?

Apoyo los codos en la repisa de la ventana y lo observo junto al abuelo. ¿Podría decir algo que cambiara lo que siento cuando estoy con él? No lo creo. Y, además, él no es el único que tiene secretos. Dios sabe que yo tengo algunos.

Como Gabe. Lo besé. Y lo volvería a besar.

Gimo y dejo caer la frente sobre mi mano. *¿Qué diablos estoy haciendo?*

Quito la frente de la mano y apoyo la barbilla en ella. Luc me mira desde la calle

y yo me estremezco.

«Belias, Avaira, yo, todos venimos de...».

No sé nada sobre él, ni sobre Gabe. Ambos aparecieron de repente y me dejaron hecha un lío. ¿Por qué no puedo dejar de pensar en ellos?

«Belias, Avaira, yo, todos venimos de...».

Esta noche no podré dormir, lo tengo asumido.

Luc

—Madre mía. Esto es un clásico. ¿Cuántos kilómetros tiene?

—Solo unos cuarenta mil —le respondo.

Él se inclina para mirar mejor.

—Virgen Santa, este bicho vale mucho dinero. Todo original, y parece casi nuevo.

¿Cuánto hace que lo tienes?

—Lo compré nuevo.

Él levanta los ojos del motor y se ríe a carcajadas.

—Pero si lo hicieron antes de que tú nacieras, hombre.

Ay, sí.

—Bueno, mi abuelo. Lo compró en el 68.

Él hace un gesto con la cabeza hacia el descapotable del 65 de la entrada.

—Frannie podría ayudarte con el mantenimiento. Es la mejor mecánico de Mustangs antiguos que conozco.

Yo levanto la mirada hacia ella y sonrío cuando la veo, con el codo apoyado en la repisa y la mejilla descansando sobre su mano, observándonos. Mi necesidad de ser esa mano, de tocar su cara, casi me tumba. Que Satán me perdone, pero no soporto estar tan lejos de ella. Obligo a mis ojos a que se aparten de ella y vuelvan a su abuelo.

—¿En serio? Eso es algo que no ha compartido conmigo.

Él me mira, el buen humor se ha borrado de su cara.

—Espero que eso no sea todo lo que no ha compartido.

Yo respiro hondo y lo miro a los ojos.

—Frannie es especial. No me voy a arriesgar con ella. —Excepto por el hecho de que casi dejo que Belias le chupe el alma y se la lleve al Infierno. Aparte de eso...

—Sí que es especial. Demasiado buena para cualquiera de vosotros —me dice, señalándome levemente con el codo. Y no tiene ni idea de cuánta razón tiene—. Trátala bien. —Sus ojos vuelan hacia la ventana y vuelven.

—Tiene razón. Es demasiado buena para mí. Ya se lo he intentado decir.

Él sonrío.

—Pero no te escucharé. Es muy tozuda. Igual que su abuela.

—No dejaré que le pase nada —le digo.

Él me mira fijamente a los ojos.

—Te tomo la palabra. Y si le pasa algo, ya sabes a por quién iré.

—Sí, señor.

Entonces, me coge totalmente por sorpresa.

—¿La quieres?

Yo me quedo mirándolo durante un largo segundo. Algo afilado se retuerce en mi estómago y miro a Frannie. Por mucho que he intentado negarlo, o por lo menos convencerme de que no importaba, lo sé tan bien como sé que iré al pozo del Fuego Eterno como consecuencia de ello.

—Sí, señor.

—¿Se lo has dicho?

—No, señor.

—¿Cuándo tenías pensando decírselo?

—Pronto —digo con una sonrisa.

Él me devuelve la sonrisa.

—Bien.

Malo conocido

Frannie

No recuerdo haber odiado nunca tanto que fuera fin de semana, pero este ha sido un infierno. Tuve pesadillas sobre extraterrestres secuestradores de cuerpos y presos que tenían garfios en vez de manos. Tuve sueños sobre Luc y Gabe que me pongo roja solo de pensar en ellos. Y en dos ocasiones creí ver un Shelby negro del 68 pasar por delante de casa.

«Belias, Avaira, yo, todos venimos...».

Y hoy, durante todo el día, en el instituto me he sentido como si estuviera en una especie de balancín poseído, arriba y abajo, con Gabe y Luc. Pero después de la última hora de políticas, no pierdo el tiempo y cojo a Luc por el brazo y le llevo al aparcamiento. Subimos a su coche y, en cuanto se cierran las puertas, sus labios están ardiendo sobre los míos. Es maravilloso, así que es muy difícil separarme de él.

—Dímelo —le digo en los labios.

—¿El qué? —me dice él en los míos.

Me obligo a separarme de él.

—Lo que ibas a decirme el viernes, en mi habitación, antes de que llegara mi madre.

Él se acerca a mí.

—No me acuerdo.

Yo lo aparto.

—Belias, Avaira, yo, todos venimos de... —le digo para refrescarle la memoria.

Durante un segundo, su cara se estremece.

—Luego.

—Ahora.

Sus ojos se vuelven duros, como la obsidiana negra.

—No es nada.

—El viernes sí que parecía algo.

Él apoya la espalda contra su asiento, cierra los ojos y suelta un suspiro.

—Es mejor que no lo sepas.

—Quiero saberlo.

Separa la cabeza del reposacabezas y me mira con ojos atormentados.

—He hecho cosas bastante horribles.

Siento que se me hace un nudo en el estómago.

—¿Y quién no?

—De verdad, Frannie.

Pero en lo único en lo que puedo pensar es en que lo que haya hecho se quedará muy corto comparado con lo que he hecho yo. Y, de repente, la garganta se me cierra y el pecho se me encoge. Y en el coche no queda aire. Abro la puerta de un empujón y salgo a la calle tambaleándome.

Luc llega enseguida. Me abraza contra él, evitando que caiga al suelo.

—Frannie, ¿qué ocurre?

Secretos.

Me apoyo contra él un momento, dando bocanadas, y luego lo aparto de un empujón. Odio que esté aquí, viendo esto. Y odio más aún que crea que necesito su ayuda.

—Estoy bien —miento.

Veo que no me cree, y no me importa. Pero cuando vuelve a ponerme los brazos alrededor, le dejo hacerlo. Vuelve a sentarme en el asiento del coche mientras mi respiración se estabiliza.

—Lo siento —digo sin mirarlo.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. —Meto las piernas dentro del coche y cojo la manilla de la puerta—.

Vámonos.

Él da un paso atrás y yo cierro la puerta.

Tiene razón. Es mejor que no sepa sus secretos. Con los míos ya tengo bastante.

Nuestros cuerpos se mueven juntos al fuerte ritmo de la canción *Personal Jesus* de Depeche Mode. Haciendo un gran esfuerzo, aparto el cuerpo de Luc del mío y me siento sobre su enorme cama negra, intentando recuperar el aliento.

—No creo que el señor Snyder acepte como excusa para no haber hecho el resumen que estábamos muy ocupados enrollándonos.

Luc me coge por las caderas y vuelve a tumbarme a su lado.

—Podemos probar con eso de se lo ha comido el perro —dice esperanzado, volviendo a abrazarme. Yo lo fulmino con la mirada un momento antes de que él gruña y diga:

—¿Cuánto podemos tardar en hacer eso?

Me incorporo y me apoyo contra una pila de cojines que hay contra la cabecera.

—Solo nos faltan las últimas preguntas. Acabaremos rápido.

Él coge su libreta del suelo y se sienta contra la cabecera, a mi lado, pero no escribe. Me mira fijamente.

—Tendrás que ponerte la camiseta o no me podré concentrar —me dice al cabo de un minuto—. Ese sujetador rojo es demasiado sexi. Creía que el papa no permitía llevar sujetadores rojos a las buenas chicas católicas.

—No soy una buena chica católica, ¿recuerdas? Me echaron de un colegio católico.

—Lo recuerdo —me dice, y su sonrisa hace que me el corazón me dé un vuelco.

Cuando Depeche Mode me anima a «alargar la mano y tocar la fe», trazo el cuerpo de la serpiente negra tatuada alrededor de su brazo y admiro su pecho desnudo.

—Vale, eh... Steinbeck... —digo para distraerme a mí misma de esa sonrisa y de ese cuerpo. Respiro profundamente y me pongo la camiseta. Mirando la hoja del señor Snyder, leo—: ¿Qué dice del carácter de los hombres?

—Que todo el mundo puede justificar cualquier cosa, a pesar de lo malo que sea.

Levanto una ceja.

—¿En serio? Porque yo no he entendido eso. Yo creo que la idea principal es que las circunstancias dictan las acciones.

—Es lo mismo.

—No exactamente. Piénsalo bien. Durante todo el libro, Tom hace cosas... toma decisiones basadas en lo que él y su familia necesitan en ese momento. No es que se levante un día y diga: mira, creo que hoy iré y mataré a alguien.

—Vale, pero entonces mata a alguien y tiene que huir, y no ayuda a su familia porque no puede trabajar, y puede acabar haciéndoles daño si los detienen por cómplices. Así que no se puede decir que solo hace las cosas por el bien de su familia. La gente hace cosas, y disfraza esas decisiones con toda clase de acciones nobles, pero, al final, todo es interesado.

Dejo la hoja.

—¡Uau! Entonces, ¿las personas son todas unas mentirosas, maquinadoras e interesadas?

—Sí, casi todas.

—¿Sin ninguna cualidad positiva?

—Exacto.

—Eso es muy triste —digo, negando con la cabeza.

—Triste pero cierto.

—Vale. Y ¿qué me dices de Rosasharn al final? Pierde al bebé, pero luego le da el pecho a un hombre que se muere de hambre. ¿Qué tiene eso de interesado?

Él me mira durante un minuto, luego sonrío.

—Perdona, me he perdido en lo del pecho —dice, mirándome los míos.

Yo le doy un codazo.

—Eres un cerdo.

Él sonrío.

—No soy un cerdo, soy un tío, lo que, ahora que lo pienso, es más o menos lo mismo. Tienes razón.

—Seguro que tienes el corazón de carbón. Así, normal que veas el mundo con unas gafas del Infierno —le digo. Abro mi libreta y voy a la hoja con el encabezado:

«Steinbeck, resumen de la composición del trabajo, Frannie y Luc», y escribo mis últimas ideas. Cuando acabo, se la paso a Luc y veo que su cara se arruga hasta fruncir el ceño.

—Tus gafas son de color rosa, porque esta lista es increíblemente ingenua.

—Que no crea que no todo el mundo es malo no me convierte en una ingenua.

—Te equivocas, pero mejor para mí. ¿Dónde estábamos? —me dice con una sonrisa burlona. Tira mi libreta al suelo y me quita la camiseta, mirando fijamente mi sujetador rojo.

—Ahora verás qué inocente que soy —le digo.

Le brillan los ojos y juraría que deja de respirar cuando muestro mi propia sonrisa pícaro y me llevo las manos a la espalda para desabrocharlo y lo lanzo al suelo, sobre mi camiseta. Me acuesto a su lado en la cama y siento que mi piel se funde con la suya. Luc me besa el cuello y la oreja, y su cálido aliento me pone la piel de gallina.

—Eh, qué guapa eres —me susurra en la oreja. Me estremezco cuando un escalofrío recorre todo mi cuerpo. Él también lo es.

Todo mi cuerpo cobra vida. Estoy zumbando completamente, ya que cada terminación nerviosa está sobrecargada. Con todos los demás, siempre estaba claro que iba a parar. Nunca estaba preparada. Pero ninguno de ellos me hizo sentir como lo hace Luc. Todo a su alrededor está mal, pero nada me hace sentir tan bien. El hecho de no poder quitármelo de la cabeza, de que mi corazón solo se sienta completo cuando estamos juntos, la manera en que hace que todo sea nuevo y excitante, el hecho de poder imaginarme con él, contándoselo todo.

Él me besa con más intensidad mientras una lágrima resbala desde mis ojos. Siento que me ahogo, pero no puedo apartarlo. Quiero que esté más cerca.

Luc

Lo único que puedo sentir es su cuerpo al lado del mío. Lo único que existe es su cuerpo al lado del mío. El resto del universo, incluidos el Cielo y el Infierno, se han desintegrado en la nada. Juro por todo lo impuro, que la tendré durante toda la eternidad. No pararé hasta que sea mía... en el Abismo... adonde no pertenece...

Aparto ese pensamiento y me centro en Frannie. Sus ojos están cerrados y se está apretando contra mí, besándome. Siento sus manos sobre mí, sobre todo mi cuerpo.

—No pares —me susurra en la oreja, pero no sabe lo que está pidiendo. Porque, a pesar de lo que cree, sí que es inocente. Yo sé lo que acecha en el corazón de los hombres, y en mi propio corazón de azufre.

Lo único que tengo que hacer es tomarla. Es el primer paso en su camino hacia el Abismo. Ella quiere, yo quiero... Oh, cómo quiero.

Aspiro su chocolate y su jengibre, saboreo las pasas y el clavo de su alma. Siento

sus manos sobre mí, tirando de mis vaqueros. Sus besos se vuelven más intensos y ansiosos. Yo ya no puedo esperar más. La necesito. Ya.

Estoy a punto de hacer desaparecer el resto de nuestra ropa, imaginándome cómo será tener su piel contra la mía, imaginándonos juntos, cuando ella se echa hacia atrás y sus ojos atraviesan los míos hasta mi negro corazón. Ella levanta la mano y recorre mis labios con la yema de su tembloroso dedo, y yo me ahogo en su olor a chocolate caliente.

¿Chocolate?

¿Podría ser... amor? ¿Me quiere?

Cuando sus ojos vuelven a clavarse en los míos, queda claro. Voy a parar, porque en algún punto del camino he desarrollado una conciencia humana, y esa conciencia me dice que, a pesar de lo mucho que quiero tenerla conmigo para siempre, esto está mal. Tiene que saber lo que soy, tener elección. Vuelvo a besarla, una última vez, como si mi vida dependiera de ello, cosa que es verdad, ya que, si tomo este camino, mi última parada es el fondo del pozo del Fuego Eterno.

—No podemos hacerlo, Frannie. —Ella aparta la mirada mientras yo me apoyo sobre un codo por encima de ella—. Mírame —digo con más firmeza—, no soy quien tú crees.

Y entonces lo hago.

Siento que me encojo ante su inevitable reacción cuando, con la mente, aparto mi cuerpo humano y dejo que ella me vea en toda mi gloria infernal: una piel de color cobre y moteada, un enmarañado pelo negro que cae sobre mis rasgados ojos de gato rojos como la sangre, un corte recto y rojo a modo de boca en mi cara plana y, por supuesto, los necesarios cuernos negros. Puedo sentir el fuego bajo mi piel mientras empiezo a echar vapor y me aparto, seguro de que la quemaré, con esta forma.

No sé por qué, pero creía que no sentiría lo mismo por ella cuando me despojara de mi forma humana. Me equivocaba. Resulta que siento más aún, por ella y por mí, porque mi amor por ella me provoca asco y aversión hacia mí mismo. Y el olor a azufre, normalmente tan agradable, me da ganas de vomitar. Yo me doy ganas de vomitar.

Espero un grito y quizás el ruido de las sábanas mientras ella se aparta de mí por encima de la cama. No oigo nada de eso, pero puedo oler su miedo, naranja dulce, impregnando el aire. Tengo miedo hasta de mirarla, seguro de que veré mi propio asco reflejado en sus ojos.

Pero cuando la miro, estoy seguro de que no me ve. No de verdad. Porque lo que veo bajo ese fino velo de turbación es curiosidad. Sus ojos están bien abiertos y su respiración acelerada mientras lucha por unir varias palabras.

—Entonces... ¿qué...? O sea...

—Soy un demonio, Frannie —la interrumpo, la furia de mi voz hacia dentro—. Del Infierno.

Ella se queda mirándome fijamente, asumiéndolo todo, y miles de pensamientos

nadan por sus ojos azules.

—Del Infierno —repite con voz temblorosa.

—Del Infierno —digo yo más suavemente al darme cuenta de que he cometido un terrible error. ¿En qué estaba pensando? ¿En que me querría igualmente? *Eres idiota, Luc.*

Los muelles de la cama chirrían cuando ella abraza una almohada que tiene delante y se sienta. Las dudas nublan sus ojos y una lágrima resbala desde sus pestañas, trazando un camino sinuoso por su mejilla, mientras procesa lo que está viendo.

—Un demonio...

En respuesta, yo gruño y hundo mi cara en la almohada. Porque sé que en cualquier momento echaré a correr. Cuando comprenda el horror de todo esto, cuando descubra por qué estoy aquí, saldrá corriendo de mi piso, gritando, y no podré soportarlo.

Pero el peso de su silencio me está destrozando. Me levanto de la cama y me acerco a la ventana, con la mirada perdida en el aparcamiento. Ella gimotea y me giro a mirarla. Ella está mirándome con unos ojos enormes y asustados y odio que sea yo lo que le da miedo. Siento ganas de volver a la cama para consolarla.

Pero no puedo volver.

No puedo volver ahora que sabe lo que soy. La he perdido.

La aversión a mí mismo me abrumba y empiezo a desear que el invisible puño que me agarra el corazón pierda el ritmo y me mate. Pero en lugar de dirigir mi furia hacia donde debería ir, oigo mi voz, baja y ahogada, arremeter contra ella.

—¿Qué diablos te pasa? ¡Deberías estar muerta de miedo! ¡Corre!

Por un instante parece que lo va a hacer. Y yo quiero que lo haga. Quiero que corra mucho y rápido, y que no mire atrás.

Pero, que Satán me perdone, quiero que se quede un poco más.

Me alegro de no tener que respirar, porque estoy convencido de que no podría hacerlo. Me apoyo contra la pared, mirando al techo con los dedos cogiéndome los cuernos, y espero durante una eternidad a que ella haga algo. Lo que sea.

Al final, incapaz de soportarlo más, dirijo mi mirada hacia ella.

Su cara es perturbadora, el ceño fruncido. Su voz es profunda, pensativa. Abraza la almohada con más fuerza.

—Esto no puede ser real. —Se frota los ojos y me mira.

Daría lo que fuera por que no lo fuera. Dejo caer la cabeza.

—Es real.

Durante un minuto ella se queda callada y casi puedo oír lo que piensa.

—Siempre supe que había algo... oscuro... y bastante peligroso en ti —dice finalmente.

Me incorporo y me pongo en pie.

—¿Me estás escuchando, Frannie? ¡Soy más que bastante peligroso!

Ella se estremece ligeramente, pero no se mueve de la cama. La miro, esperando a que el terror aparezca en su cara en cualquier momento, pero, en lugar de eso, su expresión se vuelve furiosa y un olor a pimienta negra inunda la habitación.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Te lo estoy diciendo ahora.

—Antes. Dejaste que... —Se da la vuelta en la cama y me mira, agarrando la almohada con tanta fuerza que estoy seguro de que la rasgará—. Yo te quiero —suelta a modo de acusación.

Lo ha dicho.

Y ahí está, chocolate caliente por debajo de la abrasión de pimienta negra en mis orificios nasales. En ese instante, todo mi interior se convierte en energía pura y siento que mi corazón de azufre explota.

Pero no importa, porque este es el momento en el que ella huye.

Sus ojos se abren a medida que se da cuenta de lo que ha dicho. Vuelve a acercarse a la cama y se sienta en ella durante un largo y agonizante minuto, mirándome, con la mandíbula floja y la incredulidad instalada por toda su cara.

—Yo... yo no... —Su mirada cae a las sábanas.

No hay nada que yo pueda decir. No puedo acercarme y decirle que también la quiero. Así que bajo la cabeza y espero a oír el portazo de cuando se marcha.

Pero no hay ningún portazo. En vez de eso, me dice:

—Y ahora, ¿qué? ¿Tienes que volver?

Yo levanto la mirada y una risa sarcástica en forma de ladrido abandona mi garganta. De todo lo que podría preguntar...

—Al final.

Ella coge la camiseta del suelo, se la mete por la cabeza y luego me mira fijamente.

—Sabía que te marcharías.

Mis labios se aprietan formando una mueca y niego con la cabeza.

—¿Eso es lo que te preocupa? Por el pecado de Satanás, Frannie, soy un demonio. Deberías desear que me largara.

—Vale —dice, metiendo la libreta dentro de su mochila. Y entonces es cuando veo el temblor de sus manos—. Te ahorraré las molestias —me gruñe.

Se tira la mochila al hombro y busca por el suelo mientras se me agitan las entrañas.

—¡Joder! —grita frustrada—. ¿Dónde están mis putas sandalias?

Yo me agacho y las recojo del suelo, tendiéndoselas a ella.

Ella se acerca a grandes zancadas y me las arranca de la mano. Pero entonces duda, mirándome los cuernos. Empieza a levantar una mano mientras sus ojos bajan hasta los míos, la curiosidad ha vuelto.

—¿Puedo...? —Pero entonces baja la mano y sacude la cabeza, como si intentara aclararla.

—¿Qué? —Oigo la esperanza en mi voz y todavía me desprecio más por ello.

—Nada. —Ella se da la vuelta y camina aprisa hacia la puerta. Pero, antes de llegar a ella, se gira. Me mira fijamente a los ojos durante un largo minuto y luego respira hondo.

—Entonces, ahora que sé qué eres, ¿iré al Infierno por haberme enamorado de ti? —Una sonrisa temblorosa se dibuja en los extremos de su boca mientras se limpia una lágrima de la mejilla con el dorso de la mano.

Y, de repente, el chocolate caliente puede más que la pimienta negra. Durante un segundo, el corazón que palpita en mi pecho no se siente como el azufre. No puedo creer que sepa lo que soy, y aún me quiera. Pero entonces, me doy cuenta de lo que eso significa.

—Frannie, no... esto no está bien —gimo. Dejo que se me doblen las rodillas y me deslizo por la pared hasta sentarme, con la cabeza entre las manos. Ella no debería quererme igual. Esto solo puede acabar mal.

Ella vuelve hasta el centro de la habitación, deja caer la mochila y se sienta en la esquina de la cama.

—¿Yo te importo algo?

Saco la cabeza de entre mis manos y la miro. Sé lo que tengo que decir, y mi boca se abre con la forma de no. Pero en lugar de eso, lo que oigo que sale suavemente por mis labios es... «sí». Y oírme a mí mismo decirlo me saca de golpe de mi estupor. Me levanto de un salto y canalizo todo el hielo de mi moribundo corazón de azufre en mis palabras.

—Es decir, no. Solo estaba haciendo mi trabajo.

—No te creo —me dice, con una feroz incredulidad en sus ojos y en toda su cara.

Debería estar gritando. Corriendo. Cualquier cosa menos esto. Me doy la vuelta y lanzo un gruñido contra el mundo, y veo mi reflejo en el espejo de la puerta del baño.

¿Qué diablos...?

Me acerco al espejo y me miro mientras intento deshacerme de mi forma humana. Cuando nada cambia, me vuelvo hacia ella.

—Frannie. Mírame y dime exactamente qué ves. ¿Qué es diferente?

—Bueno... los cuernos son nuevos, y tus ojos brillan un poco más de lo normal. Y lo siento pero apestas. —Hace una mueca y se tapa la nariz—. ¿Puedes apagar los huevos podridos? Me gusta más la canela.

—¿Eso es todo?

—¿Tiene que haber más?

Cola... pezuñas... colmillos...

—Bueno... sí.

—¿Cómo qué?

—Nada. —Cojo mi camiseta del suelo y me la pongo—. Vamos a dar una vuelta.

Por el amor de Dios

Frannie

Corremos bajo la lluvia, mi mano en la de Luc, y nos metemos en su coche.

Tengo miedo de preguntar, pero lo hago de todos modos.

—¿Adónde vamos?

—Solo hay una persona (utilizo el término sin excesivo rigor) que podría saber qué demonios está pasando —dice mientras arranca el coche.

Mientras Luc conduce, la tormenta se intensifica y para cuando llegamos a casa de Gabe es un auténtico aguacero y enormes gotas de lluvia golpean sin piedad el parabrisas y el techo del coche como pequeños martillos. Y durante todo el camino, en lo único en lo que puedo pensar es que le dije que lo quería.

¿En qué estaba pensando?

Es un demonio. Ni siquiera puedo hacerme una idea en la mente de lo que eso significa en realidad. Tiene cuernos.

Y le he dicho que lo quiero.

¡Oh, Dios mío! Pero ¿de dónde puede haberme salido eso?

Yo no lo quiero, ¿no?

No. El amor no existe.

Pero tampoco existen los demonios.

Miro a Luc mientras para el motor y me mira. Tengo miedo de él, pero por muy estúpido que sea, mi miedo no tiene nada que ver con el hecho de que no sea humano.

¡Oh, Dios mío! *¿Lo amo?*

Me coge de la mano, me lleva hacia el porche y llama a la puerta. Todas las ventanas están a oscuras.

—Puede que no esté en casa —digo con toda la esperanza. Porque no estoy preparada para enfrentarme a los dos juntos.

—Sí que está —responde Luc justo antes de que se abra la puerta y la imagen de Gabe consiga quitarme el aliento.

No puedo estar aquí con los dos juntos. No, estando tan confundida. Porque hace solo tres días estaba igual de aterrorizada ante la idea de que podía querer a Gabe.

Me giro a mirar a Luc.

—¿Crees que es una buena idea?

—Puede que él sepa lo que está sucediendo.

—¿Sucediéndole a quién? —pregunta Gabe, cogiéndome la mano y metiéndome

en casa.

—A mí —dice Luc, que entra tras de mí.

Gabe enciende la luz y observa a Luc.

—¿Y bien? —pregunta cerrando la puerta a nuestras espaldas.

—No puedo convertirme —dice Luc, con una voz pesada y baja.

Gabe parece sorprendido, como si en realidad supiera de qué está hablando Luc y eso significara algo.

—Enséñamelo.

Luc se aparta de mi lado, cierra los ojos, coge aire profundamente y hace que le broten unos pequeños cuernos negros. Yo lo miro fascinada y me resisto ante la necesidad de dar un salto y tocarlos.

—Inténtalo con más fuerza.

—Eso es todo. Eso es todo lo que puedo hacer.

—Y no está tan caliente como antes —añado. Luc me mira y veo algo en sus ojos, esperanza tal vez.

El rostro de Gabe muestra comprensión.

—Me preguntaba si...

Los cuernos de Luc desaparecen.

—¿Te preguntabas qué?

—¿Recuerdas que me dijiste que no querías que le pasara nada a Frannie?

Los ojos de Luc se fijan en los míos.

—Sí.

—¿Y que yo te dije que te creía?

—Sí.

—Entonces estaba empezando. Tus pensamientos estaban flotando en el aire, libres para cualquier viejo ángel que quisiera escucharlos. Y yo no puedo oír los pensamientos de los demonios.

Los ojos de Luc se empequeñecen.

—¿Has estado en mi cabeza? —masculla.

Gabe asiente.

—Sí. Y tengo que decirte que tu plan es una mierda. La querías, lo supieras o no. De hecho, eso es lo que mandó todo tu plan a la mierda, a decir verdad.

Mis ojos se giran bruscamente hacia Luc.

¿Me quiere también?

Luc observa a Gabe y luego se gira hacia la ventana.

Mi mente es un torbellino de pensamientos, imágenes y emociones girando sin sentido. Estoy oyendo y pensando cosas que sé que son imposibles, pero que también sé que son verdad. Y hay una diminuta parte de mi ser que se siente aliviada, como si supiera que esto tenía que suceder.

Luc, Lucifer, caliente, con cuernos, demonio. De algún modo ahora todo parece mucho más real, con Gabe allí de pie, de lo que lo parecía en el piso de Luc.

Gabe.

Siento que mi respiración se detiene en algún lugar lejano mientras las piezas del puzle se van juntando en mi cabeza. Gabe, Gabriel, su brillante sonrisa y todas sus advertencias. Y lo que acaba de decir... «para cualquier viejo ángel que quisiera escucharlos».

No.

Miro a Gabe, incapaz de apartar la expresión de asombro de mi rostro. ¿Ángel?

Me mira, con ojos prudentes, y responde la pregunta que no he llegado a formular en voz alta.

—Sí.

—¡No!

¿Por qué me resulta mucho más difícil de aceptar que Luc sea un demonio?

Porque no hay ángeles, no hay Cielo, no hay Dios.

La habitación empieza a dar vueltas y yo con ella. Me cojo las rodillas con las manos intentando que el aire entre en mis pulmones atrofiados. Pero mi garganta se va estrechando más cuando pienso en Matt y se me cierra por completo el paso del aire.

¿Si hay un Dios, por qué se llevó a mi hermano?

Mis piernas no me responden y la última cosa que siento antes de quedarme inconsciente es que Gabe me recoge entre sus brazos.

Cuando abro los ojos, lo primero que veo es la cara preocupada de Luc. Está sentado en una esquina del sofá cogiéndome la mano. Gabe está andando arriba y abajo detrás de él. Cojo aire profundamente e intento sentarme, pero Luc me vuelve a tumbar con suavidad en el sofá y me coloca bien la almohada que tengo en la cabeza.

—No comprendo nada. —Mi voz es poco más que un susurro.

Luc me mira prometiéndome el universo con los ojos.

—Pregúntame lo que quieras.

Mi cabeza está confusa y mareada, y todo lo que consigo que salga de mi boca son divagaciones.

—¿Estás aquí... los dos... qué... por qué? —Es todo lo que consigo sacar de mi garganta reseca con una voz temblorosa.

Su voz es dulce, como si estuviera hablando con un niño asustado, que es lo que supongo que está haciendo.

—Porque tú estás aquí.

—¿Yo? ¿Estás aquí por mí? —Siento de nuevo que la sangre no me llega al cerebro y vuelvo a ver estrellas bailando frente a mis ojos.

—Sí.

—¿Por qué? —susurro.

Una sonrisa socarrona aparece en los labios de Gabe mientras se sienta en el

reposabrazos del sofá a mis pies.

—Yo estoy aquí para protegerte de él. —Mira hacia Luc.

Mi cuerpo entero se estremece y siento ganas de vomitar.

—¿Protegerme de Luc?

Gabe se gira a mirar a Luc, con un claro desdén en el rostro.

—¿No se lo has dicho? Eres un auténtico cerdo, ¿lo sabías?

Luc parece atormentado, se pone en pie de pronto y se dirige hacia la ventana. Su mano coge el marco de la ventana con tanta fuerza que me sorprende que no salgan volando trozos de madera, y baja la mirada al suelo.

Gabe se sienta a mi lado en el sofá. Me coge entre sus brazos y yo me sumerjo en él.

—Él está aquí para marcar tu alma para el Infierno.

—Marcar mi alma... —Siento que la cabeza empieza a darme vueltas de nuevo y que las estrellas son todavía más brillantes ante mis ojos. Luego la garganta empieza a cerrármeme de nuevo cuando pienso en la razón por la que yo pertenezco al Infierno —. ¿Por lo que sucedió?

Gabe me aprieta con más fuerza contra su cuerpo.

—No. No tiene nada que ver con eso.

Luc se vuelve para mirarnos dándole la espalda a la ventana con un interrogante en la mirada.

Aparto la mirada de él y me relajo en los brazos de Gabe.

—Entonces, ¿por qué yo?

Gabe acribilla a Luc con una mirada de acero, y de pronto Luc parece inseguro.

—Nunca estuve seguro —dice finalmente—. Todo lo que sabía es que tenía que marcarla.

—Eh... Beherit debe de tener mucha fe en ti entonces —dice Gabe en tono sarcástico.

Luc le echa una mirada mortal a Gabe.

—Cállate de una vez. No me corresponde a mí saber el porqué.

Entonces me observa entre los brazos de Gabe y baja la vista hasta sus manos.

—Parece que estamos algo susceptibles, ¿no? —La expresión de Gabe se suaviza —. Pero tu intuición no te engañó.

Luc asiente con la cabeza, pero no dice nada.

Gabe me abraza más fuerte.

—Eres especial, Frannie. Tienes... habilidades especiales. Ciertos dones por los que ambos lados matarían, y lo digo en el sentido estricto de la palabra, por tener en sus manos.

—¿Ambos lados, como el Cielo y el Infierno?

Él asiente.

—No tengo ningún don.

—Sí que lo tienes. —Él mira a Luc—. ¿No es así?

Los ojos de Luc se mueven inseguros del suelo hacia los míos.

—Ves cosas, Frannie.

—No sé de qué estáis hablando.

—Tienes clarividencia... Tienes visiones. Ghalib, el padre de Taylor. Lo sabías.

Mi garganta se cierra mientras pienso en las pesadillas, en las cosas que he visto antes de que sucedieran. Las caras que siguen al relámpago en mi cabeza: Matt, la abuela, el señor Stevens, Ghalib y muchos otros.

Gabe se aparta y me mira a los ojos.

—Pero hay más. Algo incluso más grande.

Vuelvo a mirar a Luc y su rostro palidece. Mueve la cabeza lentamente. Gabe lo mira y asiente.

—Influencia —susurra Luc, con el ceño fruncido como si de pronto tuviera un fuerte dolor de cabeza. Baja la cabeza y se coge el tabique de la nariz—. ¡Maldita sea...!

—¿Qué? —digo. Un escalofrío me recorre la espalda y Gabe vuelve a abrazarme con fuerza.

—Hitler, Moisés... ¿qué tenían en común?

No me encuentro mentalmente con fuerzas para jugar a las adivinanzas.

—Simplemente decidme qué es lo que está pasando. —Odio que mi voz suene tan pequeña y débil.

—Ya conoces la historia de Moisés. Tenía la habilidad de hacer que la gente lo escuchara: de hacer cambiar sus opiniones, sus pensamientos. Nunca había habido nadie como él antes. Cuando Lucifer vio lo que podía hacer, cómo Dios se reveló a través de él, se dio cuenta de que la había fastidiado. La próxima vez que apareciera alguien con el mismo poder de influencia, Lucifer no iba a quedarse sentado. Luchó sucio, tengo que decir —dice mirando a Luc—, y ganó. Todos sabemos lo que sucedió en la Alemania nazi. No ha habido nadie con el mismo poder hasta ahora. —Mira a Luc con un gesto lleno de significado y luego me vuelve a mirar a mí—. Tú.

Miro a Luc, que está de pie con los ojos muy abiertos y la mandíbula desencajada, aterrorizado.

—Escucha, esto es lo que hay. Si ellos te marcan... —Gabe señala con la barbilla a Luc—. Si ejercen su influencia sobre ti, entonces eres Hitler, pero peor todavía. Si te quedas con nosotros, serás Moisés. Tu poder no parará de crecer. —Su mandíbula se retuerce y sacude la cabeza—. Y no eres ingenua por pensar que las personas son buenas por naturaleza, Frannie.

Me siento tan pequeña, todo mi cuerpo se derrumba y todo lo que es real, todo lo que alguna vez había creído cierto se desvanece. Cientos de trozos de preguntas me acribillan la mente, pero no puedo ponerlos juntos para darles sentido. Solo puedo decir:

—¿Por qué ahora? —En un susurro.

—Porque ahora estás empezando a andar sola. Cuando eras más pequeña,

podíamos protegerte, mantenerte fuera de su radar. —Le lanza una mirada a Luc—. Pero ya no.

Mi voz sigue siendo un tenue susurro. Es todo lo que consigo sacar.

—¿Qué queréis de mí?

Él desliza un dedo por el cuello de mi camiseta hasta mi pecho y lo deja allí, encima de mi corazón.

—Simplemente que sigas a tu corazón. Que hagas lo que está bien.

Yo suelto una carcajada que ni siquiera parece mía.

—No soy ninguna santa.

—Nunca dije que lo fueras. Pero, te guste o no, esto es lo que eres. Quien tú eres. Y mi trabajo es estar aquí por ti, en el modo en que puedas necesitarme.

Luc

Mientras Gabriel dice esas palabras, sé que tiene razón. Eso es lo que sentí en su alma. Por eso es por lo que Beherit me envió a buscarla y por lo que el rey Lucifer la quiere para sí tan desesperadamente que no le importa romper un par de reglas para conseguirla.

Ella parece aturdida, con los ojos como platos como si fuera un ciervo frente a los faros de un coche.

—Chicos, os habéis equivocado de hermana. Me estáis confundiendo con Grace.

Gabriel esconde el rostro en su pelo.

—Ya estás cambiando el equilibrio de las cosas. Tú, Frannie. Ni Mary, ni Kate, ni Grace, ni Maggie. Tú. Si tienes el poder de transformar la mierda que tienes ahí delante en algo agradable. —Me mira a mí cuando lo dice—. Entonces imagínate lo que podrías hacer en el reino de los mortales. El tema es que probablemente ya lo has hecho sin darte cuenta.

Mi espalda golpea contra la pared como si alguien me hubiera empujado y mis piernas no me aguantan más. Me deslizo por la pared y me siento en el suelo.

Influencia.

Frannie tiene influencia. Y si lo que Gabriel acaba de insinuar es verdad, ningún humano antes ha podido rivalizar con su poder. Su poder es lo que me ha cambiado, a mí, una criatura del Infierno. Y no simplemente mi mente, sino mi ser físico. *¿Cómo es eso posible?* Ni siquiera Moisés tenía influencia sobre lo celestial ni lo infernal. Y si eso es verdad, no solo puede influir en las masas. Podría cambiar el aspecto del Cielo y el Infierno.

Las palabras de mi rey resuenan en mi cabeza: «Es mi turno. Esta es mi oportunidad. Por fin podré salir de debajo de él». El rey Lucifer cree que puede manipular el Cielo, incluso al Todopoderoso a través de Frannie.

—Ten cuidado con lo que deseas —susurra tan perdida en sus propios pensamientos como yo en los míos.

Los ojos de Gabriel parecen atormentados cuando mira a Frannie.

—Tu poder es más fuerte cada día. Has de ser consciente de que tienes el poder de cambiar los pensamientos y las emociones de la gente y por lo tanto sus acciones. —Me mira y sus ojos bajan hasta las manos de ella, donde él entrelaza sus dedos con los de ella—. Y no solo sobre la gente puedes ejercer tu influencia. Siempre conseguirás lo que quieras si está dentro de tu control.

Frannie se aparta de él con rabia. El olor a pimienta negra inunda la habitación.

—Quiero que vuelva mi hermano. Eso no puedo conseguirlo —grita.

Él la mira con ojos tristes.

—El único que tiene control sobre eso es Dios.

Todo lo que puedo hacer es observar cómo su expresión cambia de la ira a la turbación y luego al pánico.

—Esto está mal. No soy ninguna santa ni un ángel. Ni siquiera soy una buena persona. Voy a ir al Infierno. Estoy segura de ello.

¿Por qué pensará eso? Miro a Gabriel. Tiene una expresión de dolor y a la vez de extrema comprensión. Él la abraza contra su hombro y ella se funde en él. Cuando el olor de chocolate caliente que desprende Frannie inunda todo su abrazo, siento que algo frío y oscuro me envuelve el corazón y tiemblo. Lo mataría si no supiera que Frannie lo necesita.

—Lo que sucedió, el motivo por el cual crees que vas a ir al Infierno, no fue culpa tuya —dice entre sus cabellos.

—Solo dices mentiras —le responde alejándose de él—. Yo maté a mi hermano.

El estómago me da un vuelco. El chico de la foto, eso explica su mirada perdida cuando le pregunté por él. Tanto dolor, el mismo dolor que enterraba en lo más profundo de su corazón cuando nos conocimos, cuando le pregunté qué le gustaría poder deshacer.

Gabriel sigue mirándola, moviendo la cabeza.

—No le mataste, Frannie. Era su momento. Eso es todo.

Era como ver un volcán entrar en erupción. Escupía las palabras por la boca como lava ardiendo.

—Sí, sigue diciéndote eso a ti mismo si eso te hace sentir mejor con el hecho de robarle los niños a sus familias.

Gabriel se acerca un poco a ella en el sofá, pero ella se aparta.

—Él está con su familia, créeme. Dios lo llamó a casa.

—Bien, pues entonces Dios apesta.

Atravieso la habitación y me siento a su lado. Le cojo la mano, deseando, no, necesitando hacer algo para calmar su dolor.

—Creo que lo que dice Gabriel es verdad, Frannie. Si tú lo hubieras matado, ya estarías marcada para el Infierno y no lo estás.

—Bueno, pues debería estarlo —dice, apartándose de mi contacto.

Le levanto la barbilla con un dedo y me pierdo entre sus profundos ojos azul zafiro.

—No, no deberías —digo, y me inclino para besarla. Por tercera vez ejerzo mis poderes sobre Frannie, para conseguir apartar de ella tanto dolor y toda su ira. No es suficiente, pero es lo único que sé hacer.

Frannie

Dudo, pero cuando miro en esos ojos negros veo mi alma. Y cuando sus labios tocan los míos, siento que todo está bien y toda la ira se desvanece. Cuando por fin sus ojos me dejan ir, me siento calmada, el ácido de mis entrañas y el dolor de mi corazón se han ido.

Gabe suelta un gran suspiro y me mira con ojos dolidos y la culpa me carcome. Los necesito a ambos de modos que no puedo entender. Gabe se levanta y se sienta en la silla que hay debajo de la ventana.

Yo agacho la cabeza y miro al suelo.

Luc me da un apretón.

—Y volviendo a mi pregunta original. ¿Qué demonios me está pasando a mí? ¿En qué me estoy transformando exactamente? —Mira atentamente a Gabe—. Espero que no sea en uno de vosotros. Por favor, por el amor de todas las cosas malditas, dime que no me voy a convertir en un pequeño Dios. No podría soportarlo.

Gabe echa la vista atrás.

—No lo sé. Todo es posible. Avísame si te empiezan a crecer alas.

Levanto la cabeza del hombro de Luc y miro a Gabe.

—¿Podría ser como yo? ¿Convertirse en humano?

Luc me mira con la misma expresión de esperanza que había visto en su cara antes de la respuesta de Gabe, resignado.

—Es posible. Sería algo sin precedentes, por lo que yo sé. No tengo ni idea de lo que está pasando, aparte de que lo que está pasando es muy significativo. Y tú eres la clave. Tú vas a cambiar el mundo, Frannie. Esto es muy grande.

—Grande... —digo intentando imaginarme lo que eso significa—. ¿Estamos hablando de algo tan grande como llevar en mi interior a Jesús? ¿Tan grande como un nacimiento virginal?

Luc frunce el ceño y una pequeña sonrisa apenas se dibuja en el rostro de Gabe.

—Basándonos en lo que eres capaz de hacer, yo me decantaría más por grande como un nacimiento virginal. Sin embargo, si pudieras transformarlo a él en Jesús, también sería algo grande.

Luc da un salto del sofá y cruza la habitación como una exhalación, con los ojos

encendidos.

—¡No puedes estar hablando en serio!

—No seas tan estúpido. Si no fuera algo realmente grande, ¿crees que él me hubiera enviado? Su nombre, al fin y al cabo, es María. ¿Podría alguien sin el poder de la influencia convencer a las masas de un nacimiento virginal? ¿De la segunda llegada de Cristo? —Una sonrisa demasiado malévola para poder considerar que proviene de un ángel se dibuja en los labios de Gabe—. ¿Qué ocurre, Lucifer? ¿No te ves en el papel de José?

Luc se aleja y empotra sus manos contra la pared, soltando tal gruñido que se me erizan todos los pelos del cuerpo.

—¡En nombre de todo lo maldito! Esto no puede estar sucediendo. —Luego se gira y me mira con los ojos abiertos como platos.

Me levanto del sofá y me quedo allí en pie, sin estar muy segura de lo que siento. Pienso en los besos de Gabe. Si eso era el Cielo, quiero más. Recuerdo haber pensado que podría vivir así toda la vida, entre esa paz y amor. Pero eso no es lo que me está diciendo, no es lo que me está ofreciendo. Se supone que tengo cierto poder para hacer algo que salve a la gente. Y cuando lo pienso, el pánico se apodera de mí, haciendo que me cueste respirar.

Gabe me coge a su lado y me envuelve con sus brazos. Esta vez le dejo que lo haga porque lo necesito. Me sumerjo en él mientras su nieve de verano me lleva a la calma y mi respiración empieza a tranquilizarse.

Cuando por fin soy capaz de respirar con normalidad, lo miro.

—¿Qué me va a suceder?

Sus ojos tienen kilómetros de profundidad. Quiero sumergirme en ellos.

—Bueno, lo primero, esto. —Se inclina y me besa en la mejilla, demasiado cerca de mi boca y mi corazón se acelera pese a la calma—. Sabes que siempre estaré aquí para ti si en cualquier momento necesitas algo. —Mira a Luc—. Ya sabéis dónde acudir. —El desasosiego aparece en sus ojos—. Después de eso, no estoy seguro.

Me abrazo con más fuerza a Gabe mientras Luc nos mira desde la ventana.

—Te estás aprovechando un poco demasiado de esas alas, ¿no crees? —le suelta a Gabe.

Como respuesta, Gabe me abraza más fuerte contra su cuerpo y le sonrío a Luc, pero puedo ver la inseguridad en sus ojos. Me sumerjo en él y dejo que la nieve de verano me cubra para no tener que pensar en nada.

Ángeles y demonios

Frannie

Es casi cómico observar a estos dos. Están tan ocupados en intentar odiarse el uno al otro que no se dan cuenta de lo mucho que se parecen. Bueno, se parecen, excepto por el hecho de que uno es todo oscuridad y peligro, y el otro me ciega con su resplandor. Pero aparte de eso...

Estoy empezando a asimilar todo esto. Durante esta semana, desde que Luc y Gabe me lo contaron todo, ambos se han apartado a un lado para dejarme espacio para pensar. Y Gabe se ha apartado a un lado también en otros sentidos. Casi nunca estamos juntos a solas y raramente me toca. De lo que estoy convencida es de estar feliz. No le he preguntado la razón, pero estoy casi convencida de que el comentario de Luc sobre el hecho de perder las alas ha tenido mucho que ver.

Toda la blancura de la cocina de Gabe crea como una especie de resplandor y no estoy muy segura de si Gabe también es parte de él. Él le lanza miradas de ira a Luc y Luc lo observa fijamente, desafiándolo.

—Se me escapa a mi comprensión cómo, después de todo lo que has visto, puedes seguir teniendo esa actitud. La única razón por la que el Todopoderoso no envía otro diluvio es porque el primero fue inútil.

Gabe sacude la cabeza.

—La gente sufre todos los días para demostrar que te equivocas. Hay actos de bondad completamente desinteresados.

—No estoy de acuerdo. Nada es desinteresado. En el fondo de cada buen acto, hay un interés personal.

—Tío, tienes que relajarte.

Yo frunzo el ceño.

—Déjalo, Gabe, es inútil. —Abro mi libro de matemáticas sobre la mesa de la cocina y aparto a un lado el cuenco vacío de helado—. Ya sé que vosotros dos sois unos genios y todas esas cosas, pero los exámenes finales empiezan mañana y tengo que estudiar o UCLA cambiará de idea sobre mí.

Luc me mira y sonrío.

—Pero ¿qué es lo que pasa con UCLA exactamente?

—¿Qué quieres decir?

—Solo tengo curiosidad por saber por qué te sientes empujada a irte a una universidad que está a casi cinco mil kilómetros de aquí.

—Bueno, en parte porque está a casi cinco mil kilómetros de aquí. Pero en realidad, es que tienen el mejor programa de Relaciones Internacionales del país, y estoy pensando en hacer una doble licenciatura en Ciencias Políticas o puede que en Estudios de Oriente Medio.

Luc levanta una ceja.

—Para hacer qué.

Siento que el calor me inunda las mejillas.

—Creo que la mayor parte de toda la mierda que sucede en el mundo es porque la gente no sabe hablar con los demás. Ya sabes, debido a las diferencias culturales y religiosas. Todas esas cosas. Por eso es por lo que empecé con lo de los amigos por carta. Porque quería intentar comprender. Así que supongo que me apetece hacer algo importante, aunque no estoy muy segura de qué ni de cómo...

Gabe sonrío. Su brillo vuelve a cegarme.

—Unos nobles objetivos.

—¡Cállate! —le digo avergonzada. Sé que lo que quiero hacer suena estúpido, pero es lo que siempre he querido hacer. Siempre he sido buena hablando con la gente, ayudándoles a encontrar un punto de entendimiento. Como ahora, con Luc y Gabe, aunque creo que su único punto de entendimiento es probable que sea yo, así que supongo que eso en realidad no cuenta.

—¿Y crees que vas a poder hacer algo diferente? —Ahora la expresión de Luc es seria.

—Seguramente no, pero no puede hacerle daño a nadie que lo intente —le digo mientras observo que mis dedos juegan con el lápiz que tengo entre las manos.

—Harás algo diferente, Frannie. —De pronto Gabe está tan serio como Luc.

—¿Tú crees? No estoy segura de que ni siquiera tenga la oportunidad.

Luc y Gabe se miran atentamente. Saben que tengo razón. Luego Luc mira detenidamente a Gabe y, tras sus ojos, hay angustia.

—Márcala.

—Eres incluso más estúpido de lo que pareces —dice Gabe con una sarcástica sonrisa sacudiendo la cabeza.

—¿Qué te detiene?

La expresión de Gabe se oscurece y sus ojos se fijan en los míos.

—Frannie me está deteniendo.

Se me pone el estómago en la garganta.

—Para un momento. ¿Cómo voy a tener una vida propia si estoy marcada para el Cielo? ¿En qué se diferencia de estar marcada para el Infierno?

Me fijo en cómo lucha Luc por encontrar la respuesta.

—El Todopoderoso... —Duda y mira a Gabe esperando confirmación. Gabe asiente y Luc prosigue—. No hará un mal uso de ti.

—Pero me utilizará de todos modos. Ya nunca más será mi vida. —El resentimiento y la ira amenazan con tomar el control de mi ser. Intento mantenerlo a

raya—. No quiero ser ni Moisés ni Hitler. Quiero ser Frannie.

Finalmente habla Gabe.

—Si estás marcada para el Cielo, podré protegerte. Será muy difícil cambiar esa marca y con el tiempo dejarán de intentarlo. Si sigues sin estar marcada, ellos seguirán viniendo a por ti.

—Y también vosotros. —Mi corazón se hunde. No hay modo de escapar de esto. De pronto siento claustrofobia. Estoy atrapada y aterrorizada. Me pongo delante el libro de matemáticas con las manos temblorosas—. Bueno, ¿alguno de vosotros entiende algo de esto? —digo necesitando cambiar de tema.

La mirada preocupada de Luc se queda fija en mí durante un momento, pero enseguida entiende lo que necesito. Coge el libro y se lo pone enfrente.

—¿Qué ejercicio estás haciendo?

Doy un tirón del papel que tiene debajo de los dedos y encoge la mano.

—¡Ay!

Gabe dibuja una sonrisa.

—¿¡Ay!?! Estás de broma, ¿no?

Cuando Luc levanta la mano y le da la vuelta, en la yema de su dedo índice tiene un pequeño corte del que brota una gota de sangre carmesí. Un corte del papel.

—Bueno, eso responde a mi pregunta —dice Gabe.

Luc simplemente mira, con la boca abierta, las gotas de sangre que brotan de su dedo. Luego se gira hacia mí con una sonrisa insegura en los labios justo antes de cogerme el cuello con la otra mano y darme un beso.

Cuando por fin me deja ir, lo miro a sus sonrientes ojos.

—¿Qué es lo que me he perdido? —pregunto un poco sin aliento y aturdida.

Él sonrío.

—Los demonios no sangran.

Los ojos de Gabe son una tormenta en ebullición cuando Luc me suelta y yo intento no sentirme culpable.

—Ni tampoco los ángeles —dice.

Luc

De camino a casa intento pensar en lo que esto significa, pero me cuesta mucho concentrarme. ¿Soy mortal? ¿Me estoy volviendo humano? Pienso en lo que eso podría significar para Frannie y para mí mientras ella está sentada a mi lado en el Shelby con la cabeza apoyada contra mi hombro. El pulso me resuena en los oídos, algo nuevo, mientras pienso en todas las posibilidades. ¿Podremos estar juntos? ¿Realmente juntos?

Pero un inconveniente de estar convirtiéndome en humano es que el hilo que me

une a los infiernos se está debilitando. Bueno y malo. Bueno porque he llegado a la conclusión de que son un puñado de mierda y en realidad no quiero ser parte de ellos nunca más. Malo porque no puedo sentir cuándo están aquí. Si no puedo saber cuándo están aquí, no puedo proteger a Frannie de ellos.

Saco una pequeña caja de la guantera que hay entre los asientos y le paso la mano por el cuello. La pongo justo delante de sus ojos.

—Tengo algo para ti.

—¿Qué es?

—Bueno, el asunto consiste en que tienes que coger la caja de mi mano y abrirla —le digo con una sonrisa.

—Tonto —murmura cogiendo la caja y abriéndola emocionada. Saca el crucifijo de la cadena y observa su brillo durante un momento.

—Póntelo. La cruz es de hierro con un acabado en oro y el Cristo es de plata y platino.

Ella me mira, con una expresión cínica que casi consigue enmascarar el pícaro brillo de sus ojos.

—Ya lo veo. Si estás intentando llevarme a la cama con regalos, esta no ha sido una decisión acertada.

No puedo evitar soltar una carcajada.

—En realidad esa no era mi intención en absoluto, pero tomo nota para futuras ocasiones.

—Entonces, ¿es una broma? —dice mirándome preocupada.

—No, es un arma.

—Pensaba que eran los vampiros los que tenían problemas con las cruces.

—Así es. Pero en este caso, en el otro lado dice Jesús salvador y espero que así sea.

—Pero ¿de qué demonios estás hablando?

—Cada demonio tiene una debilidad, algo que ha puesto en nosotros el rey Lucifer en el momento de nuestra creación para evitar que nos hagamos demasiado poderosos. —Un producto de su paranoia, sin lugar a dudas—. La mía es el oro, no sé cuál es la de Belias ni tampoco sé la de Avaira, pero este crucifijo contiene las debilidades más comunes. Quiero que lo lleves, y si alguno de ellos se acerca a ti, sácalo ante ellos o aráñalos con él. Al menos eso hará que se detengan por un momento.

—¿De verdad crees que lo necesito?

La miro fijamente a los ojos.

—Necesitamos toda la ayuda que podamos conseguir. —Y observo cómo se abren sus ojos todavía más. Se pasa la cadena por el cuello y coge el crucifijo con los dedos.

—¿Por qué está sucediendo todo esto? —me pregunta con una voz excesivamente calmada.

Cojo el volante todavía con más fuerza.

—No lo sé.

Me mira con unos grandes y dolidos ojos.

—Sea lo que sea que crea Gabe que se supone que tengo que hacer, yo no quiero hacerlo.

—No creo que tengas elección. Tu poder de influencia es algo con lo que has nacido, como los ojos azules o el pelo rubio.

—Pero puedo cambiar todas esas cosas, puedo ponerme lentillas o teñirme el pelo.

—Eso no lo cambia, solo escondes la realidad. Tu poder será difícil de esconder.

Ella se hunde en el asiento del coche, derrotada.

—¿Cómo puedo conseguir que me dejen todos tranquila de una vez?

—No creo que puedas conseguirlo. El Infierno no dejará de venir a por ti hasta que estés marcada, para unos o para otros.

Ella gime y esconde la cara entre las manos.

—Solo quiero ser yo. Quiero tener mi vida.

Me acerco a ella y me pone una mano sobre la mía. Yo se la aprieto.

—Entre los dos vamos a encontrar el modo, Frannie, te lo prometo. —En estos momentos no tengo ni la menor idea de cómo. Miro fijamente por el parabrisas, porque el único camino que soy capaz de ver para salir de esto es que Gabriel la marque—. ¿Frannie?

Dudo.

—¿Me contarás lo que pasó con tu hermano?

Ella levanta la mano y me mira con cautela.

—¿Por qué?

—Porque puedo ver el daño que te está haciendo.

Su rostro se oscurece y sus ojos parecen angustiados.

—¿Qué quieres que diga? Lo maté. Final de la historia.

—Sé que eso no es cierto.

Ella se aparta violentamente de mí y se cruza los brazos con fuerza sobre el pecho.

—Sí, sí que lo es.

—Dime lo que sucedió.

Ella gira la cara hacia la ventanilla.

—No.

—Por favor, Frannie.

Intento cogerle de nuevo la mano pero ella la aparta con violencia. Se vuelve hacia mí y su expresión es feroz, como si estuviera gruñendo. Un amargo olor a ajo inunda el coche.

—Apártate de mi vista, Luc.

Yo suspiro profundamente.

—Podría ayudarte hablar de ello.

Mi tono simpático solo sirve para que ella se enfade todavía más.

—Nada va a ayudarme. ¡Él está muerto! —me suelta.

Intento acercarme a su hombro pero ella coge la manilla de la puerta. Me agacho y le cojo el brazo antes de que pueda abrirla.

Ella intenta retorcer el brazo para liberarse. El ajo y la pimienta negra inundan mi nariz.

—¡Déjame en paz, capullo! —Lágrimas de rabia le caen por las mejillas cuando me mira.

—Déjame ayudarte, por favor...

Con una fuerza sorprendente me empuja hacia la puerta del conductor.

—Yo... ¡Te odio! —dice. Pero no hay convicción en su voz. Suena derrotada, cansada. Esconde el rostro entre sus manos de nuevo mientras toda su ira se disuelve en lágrimas. Cuando levanta de nuevo la cabeza, le aparto el pelo de la cara mojada. Ella me mira en silencio mientras la última de sus lágrimas le corre por las mejillas.

—Estábamos en un árbol. —Su voz se rompe con cada palabra—. Le encantaba trepar a los árboles... y... —Su cuerpo se estremece de dolor mientras vuelve a sollozar—. Estaba trepando demasiado rápido. Yo no podía seguirlo. —Vuelve la cabeza y se queda mirando a la puerta. Hace un sonido como si fuera un animal herido, algo entre un gimoteo y un gemido, y luego se queda en silencio durante mucho rato.

—¿Se cayó? —le digo finalmente.

Ella suelta un suspiro.

—Yo estaba tan furiosa... —Antes de poder acabar de expresar el pensamiento se queda sin voz y unas lágrimas silenciosas vuelven a inundarle los ojos.

Le paso cuidadosamente el brazo por los hombros y la acerco a mí. Ella se inclina sobre mí y la abrazo y no le digo nada, espero hasta que se sienta preparada para hablar. Cuando lo hace, apenas se oyen las palabras.

—Odiaba que él pudiera trepar más rápido, así que... le cogí la pierna... —Ella se detiene y yo la abrazo más fuerte—. Corrí a buscar a mamá, pero... —Su voz es un débil susurro que se pierde en su garganta con cada palabra—. Él era mi... mi gemelo... mi otra mitad. Y yo lo maté.

Y ahí está mi corazón de azufre partiéndose en mil pedazos.

—Lo siento mucho —le susurro entre el pelo—. Pero solo tenías siete años, Frannie. No fue culpa tuya. —La abrazo más fuerte con el deseo de que hubiera algún modo de que yo pudiera arreglarlo. Pero ni siquiera mi magia puede hacer que se desvanezcan sus demonios personales. Ella tiene que enfrentarse a eso por sí sola. Todo lo que puedo hacer es abrazarla mientras llora.

Mientras me siento con la cabeza perdida entre sus cabellos, sintiendo que los sollozos hacen que su cuerpo se estremezca, me pregunto si el amor es realmente capaz de conquistarlo todo, porque si no es así, a pesar de lo que le he prometido,

creo que la hemos cagado.

Frannie

Cuando volvemos a casa de Luc, Taylor y Riley están sentadas en el capó del coche de Riley en el aparcamiento y yo intento recordar en qué momento les dije dónde vive Luc.

—¿Qué coño están haciendo aquí?

—Han venido a patearme el culo, no lo dudes —dice Luc.

—Bueno, te lo mereces.

Me mira con las cejas arqueadas haciendo que se me estremezca el cuerpo entero.

Aparcamos cerca del edificio de Luc y yo intento recomponerme mientras ellas se acercan caminando. Me alegro de ver a Taylor de nuevo casi como siempre. Hoy ha sido su primer día de instituto desde lo de su padre y ha estado bastante decaída.

—Hemos venido a secuestrarte —dice Riley, pasándome el brazo por el cuello.

—Te vienes con nosotras. Noche de chicas —dice Taylor.

—Todavía no es de noche y hoy no es miércoles. ¿Qué pasa?

—Cállate y haz lo que te decimos —dice sonriendo.

Doy un paso hacia delante y la abrazo.

—¿Cómo lo llevas?

De momento ella parece algo confusa, luego responde:

—Bien.

—¿Ha vuelto ya tu padre a casa?

Mira de soslayo a Riley y luego vuelve a mirarme a mí.

—Sí.

—¿Está bien?

—Sí.

Espero a ver si me cuenta algo más, pero supongo que no tiene ganas de hablar del tema.

—Bueno, ¿qué pasa?

—Que te vienes con nosotras.

—Perdonad, pero Luc y yo estamos algo ocupados —respondo.

Él me mira y veo que sus ojos bajan hasta el crucifijo que llevo debajo de la camiseta.

—No, no pasa nada, creo que deberías irte.

Lo miro detenidamente.

—Pensaba que teníamos planes. —Al menos yo los tenía. Planes relacionados con sábanas frescas y cuerpos calientes...

—Ve, Frannie. —Él se aleja de nosotras observando el aparcamiento y los

edificios con una clara preocupación en el rostro.

—¿Estás bien?

—Sí —dice casi en un gruñido—. Vete.

Algo no va bien. Me obligo a apartar la mirada de Luc y escudriño el aparcamiento y luego miro a Taylor.

—¿Adónde vamos?

—Es una sorpresa —dice con cierto brillo en los ojos.

Cuando me giro para darle un beso de despedida a Luc, sus ojos siguen atentos.

—¿Qué pasa? —le susurro al oído cuando se inclina.

—Nada. Nos vemos luego. —Me besa y me obligo a dejarlo marchar.

Me meto en la parte de atrás del coche de Riley. Cuando salimos del aparcamiento, Riley sigue observándome por el espejo retrovisor.

—Bueno, de verdad, ¿qué está pasando?

—Ya lo verás —me dice por el espejo.

—¿Cómo me habéis encontrado? No os había dicho dónde vivía Luc.

Riley me vuelve a mirar por el espejo.

—Sí, sí que nos lo dijiste, ¿no te acuerdas de aquel día en el instituto?

—En realidad no. Bueno... —Echo una mirada atrás hacia el edificio de Luc que se pierde en la distancia—. Todo esto es un poco extraño, ¿no os parece?

Taylor se gira y me mira.

—Nos has dejado abandonadas por Lucifer. No nos has dejado otra alternativa.

¿*Lucifer*? De pronto las alarmas se activan en mi cabeza. Intento mantenerme calmada. El pánico no me va a ayudar en nada. Siento el peso del crucifijo contra el pecho y respiro profundamente.

—Sí, supongo. Lo siento. Pero ¿qué pasa con Riley y Trevor? Ellos hacen igual.

—Y espero la reacción de Taylor.

Ellas intercambian una rápida mirada y luego Taylor se gira hacia mí y con una sonrisa me dice:

—Sí... a ella también he tenido que secuestrarla.

Reacción equivocada. ¡*Mierda!* Y mientras la observo, me doy cuenta por primera vez de que sus ojos tienen un brillo rojizo. Justo detrás de los iris grises, pero lo suficientemente brillante como para vislumbrarlo en las sombras del coche.

No sé qué es lo que está pasando, solo sé que estoy metida en un buen lío.

Busco el momento adecuado para poder saltar del coche, pero a estas alturas ya estamos fuera de la ciudad y ya no hay más señales de *stop*. Riley conduce mucho más rápido de lo habitual, tengo que abrir la puerta y saltar. Intento no asustarme mientras miro los alrededores, y de pronto lo entiendo. Nos dirigimos al embarcadero.

Aparcamos cerca del camino que lleva a la zona de baño, abro la puerta y empiezo a alejarme del coche.

Taylor, o quienquiera que sea, se pone a mi lado como un relámpago.

—¡Eh! ¿Adónde vas?

Es una buena pregunta. ¿Adónde voy? Miro hacia el sucio camino. La carretera principal está al menos a medio kilómetro y el denso bosque está tranquilo. Demasiado temprano para los grupos de nadadores veraniegos. No hay lugar al que escapar.

—A ninguna parte. ¿Qué estamos haciendo aquí?

—Pasar el rato. Puede que bañarnos desnudas. Suena bien, ¿verdad?

Sí, suena fantástico.

—No tengo ánimos para bañarme desnuda. El agua está helada.

Taylor mira a Riley y sus ojos sueltan un destello rojo.

—Bueno, pues tendremos que abrazarnos para hacer que nos entre el calor en el cuerpo —dice con una sonrisita lasciva.

Esto es malo. Observo que Riley se guarda las llaves en el bolsillo de sus pantalones y se dirige al sendero. Taylor se queda atrás esperando a que yo pase delante. Sigo a Riley intentando averiguar cómo conseguir esas llaves.

Llegamos al embarcadero y Taylor me adelanta y se sienta sobre las rocas. Sus ojos brillan y una sonrisa diabólica aparece en la comisura de sus labios.

—Desnudémonos. El agua parece estar increíble.

—Eh... buena idea —dice Riley mirándome con el mismo resplandor—. Pero primero tengo que mear. Ahora vuelvo. —Se desvanece en el bosque. ¡Mierda! Ahí se van las llaves.

Taylor se levanta y se acerca hasta donde estoy.

—Pareces un poco tensa. ¿Tienes frío? —dice cogiéndome la mano y llevándome hasta las rocas. Está tan caliente como Luc al principio. Me sienta y se queda en pie detrás de mí, masajeándome los hombros. Luego empieza a sacarme la camiseta por la cabeza.

Yo me agacho.

—Hace demasiado frío para eso, lo digo en serio —digo. No me giro a mirar cuando oigo su gruñido. Necesito pensar, pero el corazón se me está acelerando y me cuesta concentrarme. Luego escucho un leve movimiento en el bosque. Levanto la vista y exhalo el aire que he estado aguantando mientras él aparece por entre las ramas del bosque, con su sedoso pelo negro brillando bajo el sol. *Gracias a Dios.*

—Luc —digo quitándome a Taylor de encima y poniéndome en pie. Doy un paso hacia delante, pero entonces él levanta la cabeza.

—Hola Frannie —dice con un extraño brillo rojo en los ojos—. Soy Belias.

Lo miro. Sé que debería correr, pero mis pies parecen clavados al suelo y de pronto me siento como mareada. Por el rabillo del ojo veo que Taylor se aparta del camino.

—No he podido dejar de pensar en ti desde la noche que nos vimos delante de tu casa. —Su voz es aterciopelada y siento el temblor de mis piernas. Se acerca a mí lentamente hasta que está justo enfrente. Me toca la cara y traza un cálido recorrido

por mi mejilla—. No pasa nada, Frannie. Todo irá bien. —Sus cálidas manos se deslizan hasta mi cintura empujándome hacia su ardiente cuerpo.

La oscura niebla se cala en mi cerebro mientras me derribo bajo sus manos. Me siento como con Luc y no puedo evitar dejarme ir bajo su tacto. Cuando sus labios tocan los míos casi no puedo respirar. Mis manos se deslizan por su cuerpo y lo aprieto contra el mío, pero de momento una pequeña esquina de mi cerebro grita: «¡No!». Cojo aire profundamente e intento pensar. Casi por instinto, mi mano se mueve hacia la cruz que cuelga de mi cuello mientras lucho por aferrarme a mis últimos momentos de consciencia. Con las últimas fuerzas que me quedan, me aparto de su beso y lo miro con una amplia sonrisa.

Luego saco la cruz que llevo al cuello y se la clavo directamente en un ojo.

Un rugido bestial sacude el bosque mientras se desploma sobre las rodillas, clavándose las garras en su propia cara. Brilla por un momento, como si fuera una visión mientras algo aterrador aparece de debajo de su piel.

El olor a huevos podridos me aclara la mente al instante. Me doy la vuelta y corro a toda velocidad camino arriba sin mirar atrás. No sé qué demonios haré cuando llegue al coche. ¿Hay un coche? ¿Han estado alguna vez Taylor y Riley aquí? Ya no sé lo que es real y lo que no.

Estoy intentando no llorar, pero por mucho que lo intente estoy llorando de todos modos, y todo es de un verde borroso y de pronto tropiezo con algo en el camino, así que no veo a Taylor tirada en el suelo hasta que caigo sobre ella de morros contra el suelo. Mientras intento ponerme en pie, oigo algo en el bosque moviéndose hacia nosotras, Belias. ¡Mierda!

Cojo a Taylor por debajo de los brazos e intento arrastrarla, pero nos movemos demasiado despacio y él nos está alcanzando. La dejo apoyada contra un árbol y me pongo frente a ella adoptando la posición básica de judo mientras él aparece de entre el bosque en el camino.

—¡Frannie! ¡Gracias al Cielo! —Luc coge a Taylor y se la pone sobre el hombro—. ¡Vámonos! —Me empuja delante de él y corremos camino arriba y cuando llegamos a la carretera, deja a Taylor en el asiento de atrás del Shelby con Riley, que está allí tirada inconsciente.

Subimos al coche y cerramos las puertas.

—¡Por Dios, Luc! ¿Qué...? —Pero de pronto me acuerdo.

¡Belias! Aquella noche apareció en un Shelby Cobra negro del 68. Este no es Luc.

Mi corazón se detiene.

—¡Mierda!

—¿Qué pasa, Frannie? ¿Estás bien? —El Shelby ruge cuando pone en marcha el motor levantando la gravilla del suelo a nuestras espaldas.

Miro al asiento de atrás donde están Taylor y Riley y luego vuelvo a mirar a Belias. ¿Qué hago? Respiro e intento pensar. Y cuando miro otra vez a la carretera

hay una chica alta, con el pelo negro como el azabache, de pie justo en medio. La chica de la cama de Luc.

—¡Oh, mierda! —vuelvo a decir.

Espero que Belias disminuya la velocidad, pero en lugar de eso, mira fijamente por el parabrisas, con determinación, y aumenta la velocidad. Yo levanto los brazos esperando que ella choque contra el coche, pero en lugar de eso, se evapora. Desaparecida.

Cuando nos acercamos a la carretera principal, cojo el volante y tiro de él. El coche empieza a dar bandazos a la derecha y casi se estampa contra un árbol antes de que Belias vuelva a apoderarse del volante y lleve el coche de nuevo a la carretera.

—Pero ¿qué demonios estás haciendo?

—¡Vete al infierno! —le grito e intento coger el volante de nuevo, pero él me aparta.

—¡Frannie, por favor! ¿Quieres dejar de intentar matarnos?

Lo miro a los ojos. Dios mío, se parece tanto a Luc. Y de pronto lo pienso... ¿qué es lo que dijo cuando me encontró? Dijo: «Gracias al Cielo». ¿Diría Belias algo así? ¿Lo diría Luc?

—¿Luc?

—¿Es que esperabas a alguien más?

El ruido áspero en el asiento de atrás me hace saltar y el olor a huevos podridos me alerta.

Me giro para ver al auténtico Belias, eso creo. Pero ya no se parece a Luc. No hay lugar a dudas sobre lo que es: humeante, piel rojo carmesí, cara plana y con el ceño fruncido y cuernos, con una garra alrededor del cuello de mis dos mejores amigas. Pero lo que lo identifica sin lugar a dudas como Belias es el oscuro y rezumante agujero de lo que en su momento fue su ojo izquierdo.

Luc da un fuerte frenazo y yo casi me caigo al suelo. Luego se gira con el puño hacia Belias.

—¿De verdad que quieres hacerlo? —dice Belias, sacudiendo los cuerpos inconscientes de Taylor y Riley—. Porque Frannie no ha pasado por todo esto para nada, ¿verdad? —Una mueca se dibuja en sus correosos labios dejando a la vista toda una ristra de colmillos—. Venga, hazlo, sacúdeme.

Luc

—¿Luc? —dice Frannie con urgencia en los ojos.

—No puedo —digo bajando el puño—. Tiene razón. Si utilizo mi poder contra él, eso las mataría.

—Buen chico —sonríe Belias.

—¿Qué quieres? —le digo.

Suelta una sonora carcajada.

—¿Y me lo tienes que preguntar? Pensaba que eras mucho más listo por ser un primera clase y todo eso.

¡Maldito sea el Infierno!

Vuelvo a mirar a Taylor y a Riley. ¿Puedo sacrificarlas por Frannie? Mi cabeza dice que sí, pero mi incómoda nueva conciencia me dice que estaría mal. Además, si sobrevivimos a esto, Frannie nunca me perdonaría.

—¿Y cómo se supone que funciona el asunto? —le pregunto tragándome el nudo de la garganta.

—Frannie sale del coche —dice Belias haciendo un gesto hacia donde ahora está Avaira, con una sonrisa en su perfecto rostro—, y ella y yo nos montamos una pequeña fiesta en el bosque —termina diciendo con una atroz sonrisa.

Observo a Frannie mientras ella coge la manilla de la puerta, el ácido olor a cítrico de su terror ha cambiado por el suave, dulce y picante aroma del clavo y las pasas; su alma, lista para ser tomada. Mi mano se mueve involuntariamente y le coge la muñeca. Ella intenta deshacerse de mí, pero yo sacudo la cabeza, rogándole con los ojos.

—No hay alternativa, Luc —dice ella con una expresión de calma y resignación.

Ella tira del brazo y la dejo libre, con mi mente a mil revoluciones. Al abrir la puerta, ella se vuelve para mirarme una vez más antes de salir y ponerse en pie junto a Avaira. Dejando una estela de azufre tras de sí, Belias se pone en pie junto a ella y cierra de un portazo la puerta de Frannie.

Yo avanzo lentamente y observo por el espejo retrovisor que Belias coge a Frannie por la muñeca y empieza a tirar de ella por el camino hacia el bosque. Mientras se mueve puedo ver lo débil que está. El crucifijo ha hecho más daño de lo que esperábamos. No tendría que necesitar a Avaira. Pero ella lo sigue unos pasos por detrás y da un puñetazo al Shelby cuando empieza a alejarse.

Y entonces pongo la marcha atrás en el Shelby y piso el acelerador hasta el fondo haciendo que Riley y Taylor caigan al suelo en el asiento trasero. Me agacho cuando el cuerpo de Avaira golpea el parabrisas trasero. Belias suelta la muñeca de Frannie y levanta el puño justo cuando yo choco contra él a toda velocidad. Se arrastra por encima del coche y se pone delante de mí, pero no me espero a ver su reacción. Pongo la primera y abro de par en par la puerta del copiloto disminuyendo la velocidad cuando me acerco a Frannie. Ella se lanza dentro del coche y piso el acelerador a fondo, con la puerta todavía abierta, y pasando por encima de Belias mientras nos dirigimos hacia la carretera principal.

Ella acaba de entrar en el coche, cierra la puerta y observa por el destrozado parabrisas trasero una mota de polvo en el suelo, Belias. Avaira no está a la vista.

—¿Está... muerto?

—Por desgracia hace falta mucho más que un Shelby Cobra del 68 para matarlo,

pero esto le dolerá un buen rato. —Puedo oír el temblor en mi voz—. La verdad es que el crucifijo que le metiste en el ojo probablemente le ha hecho mucho más daño a largo plazo. Eso hará que se retire una temporada. —Le cojo la mano—. ¿Estás bien?

—Supongo que sí —dice ella, observando todo su cuerpo mientras conducimos por la carretera.

Siento que se estremece cuando le paso el brazo por los hombros y la abrazo contra mí, eso es lo más lejos de mí que va a estar nunca más.

Bailando con el Demonio

Luc

Frannie le estira las piernas a Riley y se sienta a mi lado sobre la cama.

—¿Se pondrán bien?

—Sí. Les costará un rato recuperarse. La posesión demoníaca te puede dejar KO.

—¿Puedes meterte en el cuerpo de las personas siempre que quieras?

Casi siento náuseas al pensar en ello, pero entonces recuerdo cuando estuve dentro de Frannie, lo increíble que fue.

—Si están marcadas para el Cielo no puedo hacerlo, pero si no lo están, sí. Normalmente es bastante incómodo. Estás apretado, y es muy pegajoso y viscoso.

—¿Cómo funciona? ¿Estáis los dos allí dentro a la vez?

—Normalmente sí. Si un demonio intenta controlar a alguien, ese mortal tiene que ser muy fuerte para poder contenernos, así que normalmente el mortal ni siquiera está allí, solo ocupa espacio. Pero no siempre es así. —Pienso en volver a bailar con Frannie y siento un cosquilleo por todo el cuerpo que me hace estremecer.

Ella mira a Taylor y a Riley.

—¿Recordarán algo sobre Belias y Avaira?

—Probablemente no. Cuando un mortal es poseído, es casi como si se quedara aletargado. No recordarán nada, y probablemente sea mejor que no sepan lo que ha pasado.

Ella se levanta, viene hacia mí y me abraza.

—¿Cómo lo supiste?

Y ese es el problema. No lo supe hasta que casi fue demasiado tarde. Niego con la cabeza.

—Mi sexto sentido zumbaba cuando salimos del coche. No se me ocurrió que Belias y Avaira recurrirían a la posesión. Cuando te fuiste con Taylor y Riley pensé que Belias haría un movimiento para seguirte y que podría detenerlo. Pero en cuanto salisteis del aparcamiento, el zumbido paró. Siento vergüenza al reconocer que tardé varios minutos en entenderlo todo y, cuando lo hice, casi era demasiado tarde. Sabía en qué dirección os habíais ido, y entonces me acordé del embarcadero. Belias estaba allí aquella noche.

—¿Qué quiere de mí?

—Lo mismo que quería yo. —El corazón me duele. Sé que para ella es muy duro oír eso. Pero tiene que entender que no se detendrán hasta que la marquen, sea como

sea—. Seguirán viniendo a por ti.

Ella se pone tensa.

—Odio esto. ¿Por qué me está pasando a mí?

La abrazo más fuerte.

—No lo sé —le digo, deseando hacerlo.

Ella suspira y aprieta la cara contra mi pecho.

—Entonces, ¿siempre será así? —Una lágrima resbala desde sus pestañas y yo se la limpio—. Yo solo quiero tener una vida normal.

Quiero cogerla y decirle que todo saldrá bien, pero no pienso mentirle más.

—Creo que dejaste de ser normal cuando te enamoraste de un demonio. —Y quizás también de un ángel. Ese pensamiento aterriza en mi corazón como una piedra, dejándome abrumado. Le beso la parte de arriba de la cabeza y suspiro—. Pero creo que no pararán hasta que te tengan.

—¿No podemos hacer nada?

—Podemos intentar huir, pero no sé si habrá algún sitio donde no puedan encontrarnos.

De repente, su expresión es decidida.

—Voy a vivir mi vida. Si no, ¿qué sentido tiene luchar? Podría dejar que me marcaran ahora mismo.

Yo la acerco más hacia mí, deseando que fuera tan fácil.

—Está tu influencia, Frannie.

—¿Qué quieres decir?

—Tu influencia. Si es tan fuerte como para cambiarme a mí, también deberías poder usarlo para defenderte.

—¿Cómo funciona?

—Eso es algo que tendrás que descubrir por ti misma, pero una vez que aprendas a controlarlo, te podría proteger.

Ella levanta la mirada hacia mí y veo el miedo y la inquietud en sus ojos.

—¿Qué iba a hacer Belias?

—Belias es una criatura de la lujuria, un íncubo, y su técnica normalmente es seducir y absorber el alma. Pero eso solo es con los mortales que ya están marcados, creo. —Recuerdo mi conversación con Belias bajo el árbol de Frannie. Dijo que las normas estaban cambiando. Siento cómo ella se estremece en mis brazos.

—Esto es una mierda —dice, mirando hacia Riley y Taylor.

Y justo entonces, Taylor abre los ojos de par en par. Da un grito ahogado y se sienta.

—¿Qué diablos...?

—Ey, Tay —dice Frannie, acercándose y sentándose a su lado. Riley gime y abre los ojos, todavía grogui.

—¿Qué pasa? —Taylor mira su ropa y mira a su alrededor con recelo.

—Nada, aquí estamos —digo yo, con un tono forzosamente distendido.

Riley se sienta, todavía aturdida.

—Eh, Ry, ¿cómo te encuentras? —dice Frannie.

—Como una mierda —contesta ella.

Taylor se gira y me mira.

—¿Dónde coño estamos?

—Bienvenida a mi humilde morada —digo con una sonrisa y otro poco de poder

—. ¿No recuerdas haber venido?

Sus ojos se vidrian un poco.

—Puede...

—¿Queréis otra cerveza? —Voy hacia la nevera.

—¡No! —casi grita Riley, frotándose la frente.

Las metemos en el coche de Riley, que Frannie y yo habíamos ido a buscar, y las vemos marcharse. Yo miro a nuestro alrededor y suspiro aliviado, pensando en lo cerca que estuvo el final, para todos. Le paso el brazo alrededor de la cintura a Frannie y la conduzco por las escaleras hasta mi piso. Una vez dentro, ella cierra todos los cerrojos y las cerraduras mientras yo levanto un campo magnético, mi propia protección infernal. Luego ella se acurruca contra mí y yo siento que el corazón se me acelera. Todavía está temblando un poco. ¿O soy yo? No estoy seguro.

—¿Estás bien? —le susurro al oído.

Ella se aprieta contra mí.

—Ahora sí —me dice. Luego me mira con curiosidad—. Lo que dijiste antes... sobre poder entrar en los cuerpos de las personas...

—¿Sí?

—Me estaba preguntando... podrías... ya sabes, ¿hacérmelo a mí?

Yo bajo la mirada hacia el suelo, sintiéndome bastante culpable, y observo que la punta de mi bota raspa una de las láminas de linóleo.

—Ya lo he hecho.

Me sorprendo cuando levanto la mirada y encuentro su sonrisa.

—¿Cuándo?

—Justo antes de la primera vez que te besé.

—Querrás decir la primera vez que yo te besé a ti.

Esbozo una gran sonrisa.

—En realidad yo te besé primero, pero tú estabas dormida.

Ella se ríe.

—¿Podrías volverlo a hacer? Lo de entrar dentro de mí. Te prometo que no me dormiré.

El corazón se me sale del pecho. Pero mientras fantaseo con deslizarme entre los labios de Frannie, con estar dentro con ella otra vez, me doy cuenta de que a lo mejor ya no puedo hacerlo. Las cosas están cambiando rápidamente.

—No estoy seguro.

Ella se pone de puntillas y me besa, luego me mira a los ojos y susurra:

—Inténtalo.

Yo la vuelvo a besar, apretándola contra mí todo lo que puedo, y cuando sus labios se abren, dejo que mi esencia fluya dentro de ellos. Vuelve a sorprenderme lo cómodo que se está, porque ella me está invitando, seguro. Siento la misma abrumadora ráfaga de sensaciones que sentí la primera vez, para muchas de las cuales ahora ya tengo un nombre. Amor, por supuesto, pero también alegría, esperanza y un respeto reverencial por su belleza pura. En el interior es más bella, y eso ya es difícil. Bailamos, y estoy en el cielo.

Dejo atrás justo lo suficiente para controlar mi cuerpo, y mientras la abrazo en el exterior, la acaricio en el interior, bebiéndome sus jadeos y sus gemidos mientras la exploro, dentro y fuera. Siento la reacción física de su cuerpo, por no mencionar la del mío. Antes de darme cuenta, estamos en la cama, las camisetas en el suelo, y tengo que esforzarme mucho para parar. Me duele el corazón cuando, a regañadientes, saco mi esencia de su cuerpo, y me quedo con esa misma sensación de estar vacío y solo en mi cáscara humana.

Ella se sienta en la cama y resopla.

—¿Por qué has parado?

—Un acto de lujuria consentido con un demonio te proporcionaría un billete de ida al Abismo. De eso estoy seguro. No podemos hacerlo hasta que sepa que es seguro para ti.

—Ellos... vosotros... Os lo lleváis todo. Mi vida... todo. Esto es todo lo que quiero. Solo esto. Por favor. Eres casi humano.

—Eso no lo sé. Esa parece ser la dirección que llevo... y yo quiero serlo, obviamente. —Dios, cómo quiero—. Pero el solo hecho de que pueda hacer... eso... —Me estremezco—. Significa que aún no es seguro.

Ella se deja caer contra los cojines y se aparta los mechones de la cara con un soplido.

—Qué mierda.

Yo me coloco sobre mi codo y la beso.

—Tú eres la única persona que ha sabido jamás quién soy, quién no soy y quién quiero ser. Y no sé cómo, igual me quieres. No pienso arriesgarme contigo, Frannie.

Ella se gira, se pone de lado y me mira fijamente a los ojos. Una pequeña sonrisa pícaro riza las comisuras de sus deseables labios.

—Ha sido increíble —dice, recorriendo las líneas de mi pómulos con la punta de su dedo índice y haciendo que me estremezca. Entonces su sonrisa se ensancha—. Probablemente mejor que el sexo.

Yo le devuelvo la sonrisa, deseando demostrarle que se equivoca. Sí que ha sido increíble. Alucinante, más bien. Pero el sexo con Frannie debe de ser aún mejor.

—¿De qué te acuerdas?

Su sonrisa se ensancha y me pasa un dedo por el pecho bajando hasta el botón de mis vaqueros.

—De todo.

No puedo dejar de sonreír.

—Interesante.

Su dedo recorre mi estómago y la cintura de mis vaqueros, volviéndome loco, y estoy a punto de volver a meterme dentro de ella cuando dice:

—¿Dónde está el Infierno, por cierto?

Casi me río.

—En el núcleo.

Me mira a la cara, sorprendida.

—¿De la Tierra?

—Sí.

—O sea que todos esos niños que cavan para llegar a China se llevarán un susto de muerte.

—Literalmente —me río.

—¿Cómo llegaste allí? ¿Fue a por ti alguien como tú?

—No. Yo soy una criatura del Infierno. —Le lanzo una mirada de refilón, pues no estoy seguro de cómo se tomará eso, pero parece pensativa.

—¿Qué quieres decir?

—Los demonios se crean en el Infierno. No hemos sido humanos.

—No entiendo cómo es eso.

—Nacemos del pecado. Mi pecado es la soberbia, igual que el original, el rey Lucifer. Mi nombre me delata. Solo las criaturas de la soberbia son lo bastante arrogantes para llamarse como él.

Sus ojos se dirigen a la mano que tiene sobre mi pecho.

—¿Sería muy raro que dijera que creo que ya lo sabía?

Sonrío.

—Sí.

Sus ojos vuelan hasta los míos y se van. Abre la boca para decir algo y entonces la vuelve a cerrar.

Mi sonrisa se ensancha. Le levanto la barbilla con un dedo y la miro a los ojos.

—¿Qué?

Ella se ruboriza y su cara forma una mueca de vergüenza.

—Nada —dice, bajando las pestañas.

—Está claro que hay algo.

—Quiero tocarte los cuernos —suelta sin mirarme.

Yo hago una mueca.

—¿Por qué?

Se gira de espaldas a mí.

—Olvídalo, es una estupidez.

Yo le doy la vuelta y me apoyo sobre mis codos, por encima de ella.

—¿No saldrás corriendo de la habitación dando gritos?

Me mira a los ojos, levanta la cabeza y me besa.

—¿Después de lo que has hecho? ¿Tú qué crees?

Cierro los ojos y aparto mi cáscara humana, y me estremezco cuando noto los dedos de Frannie pasando lentamente por mi pelo. Hay un temblor en su tacto cuando pasa un dedo por la base de mi cuerno izquierdo, y luego arriba hasta la punta y abajo. Noto las dos manos agarradas a ellos mientras me baja para besarme, y desaparecen cuando vuelvo a meterme dentro de ella.

Cuando vuelvo a salir, me quedo mirando esos ojos zafiro buscando alguna señal de miedo o asco, pero todo lo que veo es amor. Aún no me puedo creer que esa mirada vaya dirigida a mí.

—¿Lo volverán a intentar? Lo de Taylor y Riley, quiero decir.

Doy un suspiro y paso mi dedo por su nariz, por sus labios, por su mentón y por todo su cuello, deteniéndolo muy cerca de ese increíblemente sexi sujetador rojo.

—Probablemente no. Saben que lo estaremos esperando.

—¿Qué vamos a hacer?

Me aparto de ella y niego con la cabeza.

—No lo sé. Mi sexto sentido está fallando. Eso es peligroso, Frannie. No puedo verlos venir como antes. No estoy seguro de si todavía puedo protegerte.

Ella sonríe.

—Necesito otra cruz, y creo que tú necesitas un talismán. Algo que te proteja de los malos espíritus.

—¿Y dónde voy a encontrar ese talismán?

Si no supiera que es imposible, diría que sus ojos estaban brillando. Se sienta y me da la espalda, se desabrocha el sujetador y se lo quita. Mientras la miro siento que algunas cosas... se agitan..., y tengo que contenerme todo lo que puedo para no saltar sobre ella. Se coloca una almohada delante y se gira, con todo el pelo a un lado de la cara. Me tiende el sujetador con una sonrisa pecaminosa que habría avergonzado a cualquier demonio.

—Tu talismán —me dice.

—Si crees que esto me protegerá de los espíritus malignos —le digo, sosteniéndolo—, es que no sabes mucho sobre espíritus malignos. —La miro y me concentro para controlar la respiración—. No tienes ni idea de lo que me estás haciendo. —La verdad es que yo tampoco tengo ni idea de lo que me está haciendo. Esto es territorio desconocido. Pero, sea lo que sea, creo que me gusta.

Todavía sonriendo, me dice:

—No me arrepiento.

Pero entonces lo veo. La respuesta. Dudo durante un segundo, dejando que mis ojos se coman viva a Frannie, antes de colgar el sujetador en la cabecera y darle su camiseta.

—Aunque me duele decirlo, tienes que vestirte. Gabriel tiene algo que necesitamos.

Frannie

—No dejaré que me marque —digo de camino a casa de Gabriel.

—Ojalá lo hicieras. Sería la manera más segura. Pero hay otras cosas que pueden ser casi igual de buenas.

—¿Como qué?

—Al ser un Dominación, tiene conocimiento de información que yo no tengo. Y también tiene un poder con el que yo solo puedo soñar.

Pienso en su beso, cómo me hizo sentir, y me llevo la mano a los labios y suspiro.

—¿Qué es lo que pasa entre vosotros? —La voz de Luc es suave, pero incisiva.

—Nada. —Creo.

—Mientes fatal.

—No es mentira —le digo. Pero sí que lo es. Porque sí que pasa algo. Pero no tengo ni idea de qué es—. Lo besé.

Luc frena en seco, patinando hacia un lado de la calle.

—¿Que tú qué?

—Lo besé.

Se queda mirándome, con la ira inundando sus ojos.

—¿Cuándo?

—Antes que a ti, sobre todo.

—¿Sobre todo? ¿Cómo que sobre todo?

Y su furia desencadena la mía.

—¿Sabes qué? No es asunto tuyo. ¡Por lo menos no estaba casi desnudo en mi cama! ¡Y todavía no estoy segura de que no estuvieras liado con Avaira!

Su mandíbula se tensa y sus ojos se entrecierran.

—¿Te devolvió el beso?

Me deslizo en el asiento y cruzo los brazos encima de mi pecho para evitar pegarle.

—Te he dicho que no es asunto tuyo.

—Esto es genial —dice, con un tono mordaz—, te ligas a demonios y a Dominaciones. —Vuelve a poner el coche en marcha y mira a través del parabrisas con la mirada perdida—. ¿Lo quieres? Porque puedes tener todo lo que quieras, con eso de la influencia.

Yo lo miro furiosa.

—Llévame a casa.

Mantengo los brazos alrededor de mi cuerpo. El dolor de mi pecho amenaza con

convertirse en lágrimas de ira, pero me obligo a no llorar. No le daré esa satisfacción.

Él vuelve a detener el coche a un lado de la calle y se queda quieto, mirando hacia delante, una eternidad.

—Puedo ir a pie desde aquí —digo yo al final, llevando la mano al tirador de la puerta.

—Espera. —Su mano sale disparada y me coge la muñeca.

Yo me suelto de un tirón.

—¡Suéltame! —Pero cuando me vuelvo para mirarlo, su expresión es amable y sus ojos profundos.

—Frannie, por favor, intenta recordar que soy nuevo en esto. Tengo sentimientos..., emociones que recorren mi cuerpo y que ni siquiera puedo identificar. No sé qué se supone que tengo que hacer con ellos. No quería decir lo que he dicho. Lo siento.

Vuelvo a luchar contra las lágrimas. Quiero estar enfadada con él. Quiero odiarlo, porque parece más seguro que amarlo.

Cojo el tirador de la puerta.

—Demasiado tarde. —Salgo del coche, pero antes de andar dos pasos él ya está allí, envolviéndome con los brazos por detrás.

—¡Suéltame!

Un coche que pasa frena un poco y se para en el arcén justo cuando yo le agarro el brazo a Luc y lo tiro al suelo por encima del hombro. Un hombre alto y delgado de la edad de mi padre baja del coche y me mira con los ojos muy abiertos.

—¿Necesita ayuda, señorita?

Yo miro a Luc y, durante un segundo, todavía me enfado más porque se está riendo.

—¿Te parece gracioso? —le digo con sorna. Pero entonces pienso en el espectáculo que estamos dando, y no hay manera de detener la estúpida sonrisa que aparece en mis labios.

—¿Señorita? —dice el hombre, dando un paso hacia nosotros, con cautela.

Luc se levanta del suelo mientras yo rompo en una incontrolable risita. Él mira al hombre.

—Estamos bien. —Su mirada se dirige a mí—. Creo.

No puedo dejar de reír, pero asiento.

El hombre no parece del todo seguro, así que me esfuerzo por parar de reír.

—Gracias, pero estoy bien.

Mira a Luc con recelo.

—Si está segura...

Yo me aclaro la garganta e intento parecer seria.

—Estoy segura.

Cuando se sube al coche y se marcha siento los brazos de Luc abrazarse a mi cintura y luego aprieta mi cuerpo contra el suyo.

—¿Has acabado de sacudirme? —me dice con su cara apoyada en mi pelo, y puedo oír su sonrisa en su voz.

—Puede ser. —Me doy la vuelta entre sus brazos y le limpio una mancha de tierra de la mejilla—. ¿Tú has acabado de cabrearme?

Él sonrío.

—Puede ser.

Me coge la mano y me lleva hasta el coche. Pero cuando nos soltamos, algo que ha dicho me golpea, como un puñetazo en el estómago, y de repente me siento mareada.

—¿Crees que hice trampas?

Él me pasa el brazo sobre los hombros.

—¿Qué?

—Has dicho que puedo tener todo lo que quiero. ¿Hice que me quisieras?

Él se vuelve y me mira a los ojos, sus labios perfectos tienen una sonrisa desconcertada.

—Sí.

—No, me refiero a si provoqué que me quisieras. Como que tú no me querías pero con mi... influencia, la influencia esa o lo que sea que Gabe cree que tengo... te obligué a quererme.

—Eso es irrelevante.

—Para mí no.

—Frannie, lo que importa es que lo que siento es real y auténtico. No quiero volver a lo que era antes. Cómo llegué a esto no importa, lo que importa es que estoy aquí.

—Eso es estúpido. Es como decir que te gané al póquer porque había marcado las cartas, pero te alegras de que tenga todo tu dinero.

—Si te quedaras con mi dinero y me compraras el paraíso, estaría encantado. Y eso es lo que has hecho. —Él alarga el brazo hacia mí y me lleva contra su hombro. Yo me aparto y miro por la ventanilla mientras él vuelve a poner en marcha el coche. Siento que sus ojos me miran, pero no puedo mirarlo sabiendo lo que he hecho. Le he dado un significado completamente nuevo al término «juego psicológico». Además, en un pequeño rincón egoísta de mi cabeza, odio que no se hubiera enamorado de mí. Lo forcé. No me quiere por mí. Me quiere porque no tuvo elección.

Luc

Frannie está mirando por la ventana y Gabriel está sentado en el sofá mirándome como si estuviera loco.

—El escudo solo funciona en ángeles y en algunos mortales. Que yo sepa, colega,

tú no eres un ángel.

—¿Cómo que en algunos mortales?

—Bueno, la primera vez que lo probamos fue con Adán y Lilit, y ya sabes cómo acabó aquello. Pero en otros sí que ha funcionado. —Se encoge de hombros—. Quién sabe.

—Querrás decir Eva, Adán y Eva —dice Frannie hacia la ventana.

Gabriel esboza una media sonrisa.

—Tienes razón, con Eva tampoco funcionó, pero Lilit fue la primera mujer de Adán.

Ella se gira y lo mira, luego a mí, como esperando que le confirme que Gabriel ha perdido la cabeza. Yo niego con la cabeza.

—Es una larga historia. —Luego miro a Gabriel—. ¿Por qué el escudo no funcionó con Frannie?

Gabriel me mira fijamente.

—Lo hizo. Hasta que apareciste tú.

—Oh.

—¿Qué no funcionó conmigo? ¿Qué es ese escudo?

—Básicamente es un escudo contra la detección del mal. Te esconde de todas las cosas infernales —le contesta Gabriel.

La esperanza aparece en los ojos de Frannie.

—¿Podría esconderme también de los ángeles?

Una sonrisa triste se dibuja en los labios de Gabriel.

—No.

Ella vuelve a parecer abatida y pregunta:

—¿Por qué no funcionó conmigo?

—No lo sé. A veces funciona parcialmente. Si un demonio es especialmente sensible a ti, por alguna razón... —Él me lanza una mirada.

Ella me mira, en sus ojos hay incertidumbre.

—Estás diciendo que, incluso con ese escudo, Luc me encontró de todas formas.

—Eso parece —dice Gabriel, pero sus ojos permanecen clavados en los míos.

Yo asiento, tranquilizador, hacia ella y sonrío. Tiene mucho miedo de haberme manipulado para que la quiera. Me duele que no pueda ver lo que siento ahora. Lo grande que es. Es posible que su influencia fuera lo que puso la bola en movimiento, pero la manera en que me hace sentir... eso no es su influencia. Es simplemente ella.

Su mirada se dirige hacia Gabriel.

—Vuelve a probarlo conmigo.

—Aún estás bajo la protección del escudo. Creo que por eso Lucifer ha sido el único que te ha encontrado hasta ahora.

Yo frunzo el ceño.

—Y Belias y Avaira.

Los ojos de Gabriel se disparan hacia mí.

—¿De qué estás hablando?

—Menudo radar tienes. Llevan semanas aquí.

Su sorpresa se vuelve antipatía.

—Deberías habérmelo dicho, pero estoy seguro de que Belias te encontró a ti, fracasado. Eres como un pararrayos infernal. Aún estás ligado a ellos, y ese hilo psicológico será difícil de cortar.

Se me ocurre una manera de cortarlo ahora mismo.

—Lo que nos lleva a mi petición original.

Gabriel me mira con cautela.

—No sé de nadie que lo haya probado con un demonio. Creo que no es muy buena idea.

—Pero ya no soy un demonio, ¿recuerdas?

—En cuerpo puede que te estés haciendo mortal, pero en esencia aún eres uno de ellos, una criatura del Inframundo.

Sé que tiene razón, porque, si no, no habría hecho lo que hice hace un rato con Frannie.

—Si nadie lo ha probado nunca con un demonio, ¿cómo sabes que no funcionará conmigo? ¿Qué riesgo hay?

—El riesgo... bueno, a ver... existe el riesgo de la muerte. Las fuerzas de la luz, sobre todo las fuerzas tan poderosas, tienden a matar las fuerzas del mal. Y aunque no te matara, podría alterarte de maneras que solo puedo imaginar.

Los ojos de Frannie se llenan de preocupación.

—¿Alguien va a decirme qué ocurre?

Gabriel la mira con una sonrisa sarcástica.

—Lucifer me está pidiendo un milagro.

Ella entrecierra los ojos.

—Igual que todos. En serio...

Yo no puedo evitar sonreír.

—Lo dice en serio. Es lo que estoy pidiendo.

—Sí.

Obviamente, aquella no era la respuesta que ella esperaba.

—Genial.

Gabriel entrelaza sus dedos con los de ella y se queda mirando la palma de su mano.

—El escudo de luz hace que los ángeles sean invisibles a la detección de las fuerzas del mal. Un ángel puede proteger a un mortal bajo su escudo cuando este no funciona directamente en el mortal. Esa es una de las razones por las que estoy aquí, para protegerte. —Él la mira y ella le mantiene la mirada.

Chocolate.

Los celos me consumen pero me contengo, por el bien de ella.

—Tu radar es una mierda y tu escudo también debe de estar defectuoso. Yo te vi

venir de lejos —digo sonriendo con suficiencia.

Los ojos de Gabriel se quedan clavados en los de Frannie.

—Dejé que me detectaras. Esperaba ahuyentarte.

Una carcajada se escapa de mi pecho.

—¡Sí claro!

—Bueno, ¿qué es ese escudo? ¿Qué tendría que hacer Luc? —pregunta Frannie.

Gabriel aparta los ojos de Frannie y me lanza una mirada cínica.

—Tener una aureola.

Ella pone cara de incredulidad.

—En serio.

Ambos la miramos, muy serios.

—Genial —vuelve a decir.

Gabriel me mira con escepticismo.

—Solo funciona en un corazón puro, con intenciones puras.

Frannie sonrío.

—Yo te habría dicho que no funcionaría conmigo.

Gabriel todavía me está mirando.

—Sería peligroso intentarlo en un mortal marcado para el Infierno, y creo que tú estás más que eso.

—Entonces... ¿podría matarlo? —dice ella, sin señal de sonrisa en su cara.

—Sí.

—Entonces no lo hará.

Miro a Frannie, que ahora me está mirando con los ojos bien abiertos, un poco traumatizada. Mis intenciones son puras, eso lo sé. Mi única intención es salvarla de un destino que no merece. Pero ¿mi corazón? No estoy tan seguro. Si es puro, lo ha hecho así Frannie.

—¿Qué tengo que hacer? ¿Cómo funciona? —pregunto, sabiendo que tengo que intentarlo. Si no puedo proteger a Frannie, soy inútil. Peor que inútil. Soy un problema, un faro para el Inframundo.

Gabriel mira a Frannie, probablemente sopesando cómo reaccionará si me pasara algo en sus manos. Furia, venganza... todos los pecados.

—Gabriel, es mi decisión, no la suya —le digo, captando su atención hacia mí.

Sus ojos se apartan de ella y se centran en mí mientras asiente.

—Espera —dice Frannie, con una gran incredulidad por toda la cara, pero con miedo en sus ojos—. ¿En serio que podría morir?

La preocupación pasa momentáneamente por los rasgos de Gabriel. No puede mentir...

—Es un riesgo, porque igual está atado al Infierno.

—¿Qué quieres decir?

—Es una criatura del Inframundo, no importa en lo que se esté convirtiendo. Su fuerza vital está producida por el Infierno y siempre estará conectado con él.

Siento que las entrañas me hierven a medida que la aversión por lo que soy empieza a cebarse en mí. No puedo mirarla. No puedo soportar ver esa misma aversión por mí reflejada en sus ojos.

Pero cuando ella no contesta, me vuelvo a mirarla. Ella me mira a los ojos y su expresión se vuelve fría.

—Creo que no deberías hacer esto, Luc. No por mí. Porque no te quiero. Ya no te quiero.

Y aunque sé que está mintiendo, el apabullante dolor de mi pecho es casi asfixiante.

—No lo dices de verdad.

—Sí. No quiero a nadie que me quiera porque tenga que hacerlo. Quiero a alguien que me quiera por mí. —Siento que el corazón se me muere en el pecho, mientras ella se vuelve hacia Gabriel—. ¿Qué tiene que pasar para que me marques?

—Tienes que perdonarte a ti misma.

Durante un instante muy breve, el dolor le retuerce la cara, pero, con la misma velocidad, se borra de ella.

—Perdonarme a mí misma... por Matt, ¿quieres decir?

—Sí —contesta Gabriel con una sonrisa triste.

Todo mi interior quiere que ella esté a salvo, quiere que Gabriel la proteja. Pero lo que no le diré nunca es que, cuando esté marcada para el Cielo, estoy seguro de que las cosas entre nosotros cambiarán. Ya lo ha dicho Gabriel: no importa en lo que me esté convirtiendo, soy una criatura del Infierno. La vida de Frannie y sus prioridades cambiarán cuando esté marcada para el Cielo. Pronto no me querrá ni me necesitará. Pero estará a salvo.

—Hazlo, Frannie —le digo, y me doy la vuelta. Porque, a pesar de mis buenas intenciones, el dolor de mis palabras es evidente.

Se hace el silencio durante un largo momento y cuando me doy la vuelta, Frannie parece insegura. Perdida.

Al final, habla Gabriel.

—Por mucho que me disguste decirlo, esta es la razón equivocada. Algún día te perdonarás a ti misma y, cuando lo hagas, serás marcada para el Cielo. No es algo que puedas forzar, ni siquiera por él. —Escupe la última palabra y su cara se convierte en algo menos angelical.

Ella me mira y una lágrima resbala por su mejilla. Se abalanza sobre mis brazos y me estruja con todas sus fuerzas.

—Luc, no lo hagas. Se nos ocurrirá otra cosa. —Siento su corazón repiqueteando contra mi pecho.

Yo me aparto, la beso y miro a Gabriel.

—Hagámoslo.

—¡Espera! ¡No! —grita ella, apretándome con más fuerza y enterrando la cara en mi pecho.

—Frannie —dice Gabriel con una dulce y suave melodía—, Lucifer tiene razón. Si queréis estar juntos tenemos que probar esto.

Frannie aparta la cara de mi pecho y levanta la mirada hacia él. Está brillando otra vez, menudo fantasma, aunque parece que funciona, porque ella me suelta. Pero entonces siento sus manos en mi cara, y no puedo resistirme cuando tira de mí y me besa.

Gabriel se coloca delante de mí.

—Quítate la camiseta.

Me la quito por encima de la cabeza y Frannie me la coge de las manos, llevándosela a la cara. Él levanta la mano hasta mi frente y noto que está húmeda. Luego estoy más caliente que el lago del Fuego.

Agua bendita.

Por supuesto, en este maldito escudo de luz tenía que haber agua bendita. Estos tíos de superioridad moral no saben hacer nada sin ella. Yo aguanto la respiración, ahora me cuesta más que antes, y cierro los ojos con fuerza por el dolor. Siento que la piel de mi frente se ampolla y se pela donde Gabriel marca el círculo. Cuando su mano pasa a mi pecho y deja una ardiente marca roja sobre mi corazón, oigo que mi garganta suelta un gruñido y tengo que hacer un gran esfuerzo por no apartarme de su tacto y encogerme de dolor. Hago una mueca, porque sé que Gabriel está disfrutando.

Deja de comportarte como un bebé y aguanta. Esto es lo que querías.

Aprieto los dientes y soy plenamente consciente de los sollozos de Frannie, como un cuchillo en mi corazón, mientras me tiene la mano cogida con una fuerza enorme. Gabriel dice unas palabras en una lengua antigua, pero yo no las oigo. Solo oigo a Frannie. Ella es todo lo que importa.

Y entonces está en mis brazos, besando la piel de mi pecho. Abro los ojos y ella me mira, con la cara llena de lágrimas.

—Lo siento mucho —susurra entre lágrimas.

Mi dolor se pierde en su cara. La envuelvo con los brazos y sonrío.

—¿Por qué dices esa estupidez?

Siento que exhala con fuerza el último de sus sollozos mientras levanta una mano para tocar mi frente ampollada.

—¿Te encuentras bien?

—Como nunca.

Le cojo la camiseta de la mano y me estremezco cuando su dedo traza los ribetes de mi pecho. Me la pongo y le cojo la mano, llevándola hacia la puerta.

—Tenemos que hacer una parada más.

Frannie

El abuelo está sentado en el sofá de dos plazas, al otro lado de la mesa de centro, con los codos sobre las rodillas y la pipa olvidada en la mano. Parece un poco pálido y, durante un segundo, tengo miedo de que le hayamos provocado un ataque al corazón. Mira fijamente a Luc, que está sentado a mi lado en el otro sofá.

—Un demonio —repite por sexta vez. Al principio se rio y nos dijo que no le tomáramos el pelo. Ahora ya no se ríe.

Luc le mantiene la mirada al abuelo sin pestañear.

—Lo era. Ahora no estoy seguro de qué soy.

—Humano —digo yo—. Te estás volviendo humano.

Luc me lanza una mirada precavida.

—¿Cómo funciona eso? —La voz del abuelo no resuena. Suenan extrañamente débiles.

—Frannie es... especial —dice Luc.

Ahora la voz del abuelo ya resuena.

—¡Eso ya lo sé yo! Eso no explica nada. ¿Por qué estás aquí?

—Perdóneme, señor, pero lo explica todo. Frannie tiene talentos especiales. Un poder incalculable para el Inframundo. Yo vine para reclamar su alma para el Infierno, pero su poder me está cambiando.

El abuelo se levanta de un salto del sofá.

—¡Apártate de ella! Frannie, ven aquí. —Él se acerca a nosotros y me coge el brazo, apartándome del sofá hacia el otro lado de la mesa. Me mete bajo su brazo de manera protectora.

—Abuelo, por favor. Escúchanos.

—Os escucho alto y claro —dice, mirando ferozmente a Luc—. Vuelve al agujero infernal de donde vienes. No puedes tener a Frannie.

—¡Él no me quiere! —digo, y luego me sonrojo y le sonrío a Luc—. Bueno, no así.

Luc me devuelve la sonrisa, pero luego su expresión se vuelve más seria.

—Señor, necesito su ayuda.

En la voz del abuelo hay un veneno que jamás había oído.

—¿Quieres que te ayude a llevarte a mi nieta al Infierno?

—No, quiero que me ayude a marcar su alma para el Cielo.

Yo oigo que se me corta la respiración y me escurro de debajo del brazo del abuelo.

—¡Cabrón! Habías dicho que querías que mi abuelo nos ayudara a escondernos.

—Tienes que averiguar cómo perdonarte a ti misma, Frannie. Creo que tu abuelo es la persona que mejor puede ayudarte a conseguirlo. El escudo puede funcionar, pero si no lo hace, Gabriel es el único que puede mantenerte a salvo. Él te quiere, Frannie, y tiene influencia con el gran señor. Él podría ayudarte mucho.

—¡Yo quiero mi vida, joder!

—¿De qué estáis hablando? —El abuelo parece asustado y confuso.

—El alma de Frannie no puede ser marcada para el Infierno si ya está marcada para el Cielo. Pero no puede ser marcada para el Cielo a no ser que ella se perdone a sí misma por M...

—¡Basta! —grito—. ¡Basta! ¡Esto no es lo que quiero!

—Pero es lo que necesitas —dice Luc, mirándome profundamente a los ojos.

—¡Vete al infierno!

—Lo haré, pero no te llevaré conmigo.

Soy una enorme bola de ira frustrada. Quiero matarlo por darme una puñalada por la espalda.

—¡Vete!

—¿Frannie? —Con la ira, había olvidado que el abuelo estaba aquí—. Habla conmigo.

Yo lo miro y todo se pierde en un torrente de lágrimas. Lo abrazo con todas mis fuerzas. Él se sienta en el sofá, llevándome con él, y yo apoyo la cabeza en su hombro y lloro durante lo que parece una eternidad. Cuando levanto la cabeza y miro a mi alrededor, Luc no está.

—¿Qué quería decir, Frannie? ¿Con lo de perdonarte a ti misma?

Las lágrimas vuelven a aparecer y mi garganta se asfixia. No puedo decirlo. Al abuelo no. Porque si él me odia, eso me volvería loca. Pero cuando lo miro a los ojos y veo toda su sabiduría...

—Maté a Matt, abuelo.

Él no dice nada, pero cuando las lágrimas empiezan a caer de nuevo, él me aprieta contra su pecho en un abrazo de oso y me siento más segura de lo que me he sentido en los últimos diez años. Me hundo en él, agotada. Cuando me despierto, aún me está abrazando. Y entonces hablamos, y se lo cuento todo.

Durante un rato muy largo él no dice nada, y yo estoy convencida de haberlo arruinado todo. Ahora que sabe que soy una persona horrible, nada volverá a ser igual. Pero entonces me mira fijamente a los ojos.

—Parece que has estado arrastrando este cuento chino durante mucho tiempo.

Me odia. Lo sabía. Siento que el pecho se me hunde, como si se me hubiera apagado el corazón.

—Escucha, Frannie, yo no estaba allí y no sé qué pasó, pero conozco bien este corazón... —Me da una palmada en la espalda—. Y es muy bueno. Si lo que dices es verdad, fue un terrible accidente.

Yo sacudo con fuerza la cabeza, como si pudiera deshacerme de la culpa.

—Pero estaba muy enfadada. Yo... lo odiaba.

—Estoy seguro de que tú no podrías odiar a nadie, Frannie. Tú no eres así. Yo creo que lo que pasó, simplemente pasó. No fue culpa de nadie.

Pero se equivoca. Fue culpa mía.

—Todo el mundo tiene sus penas. Yo lo sé muy bien. Cuando murió tu abuela...

—Se calla, negando con la cabeza. Me aprieta un poco más los hombros—. Es

normal en las personas culpamos cuando pasan cosas malas, el pensar en lo que habríamos podido hacer para que las cosas hubieran sido de otra manera.

Veo la culpa en su cara y me mata.

—Lo que le pasó a la abuela no fue culpa tuya, abuelo. —Fue mía. Tendría que haber insistido más a mamá para que fuera a verla.

—Pero eso no significa que yo no me vaya a sentir así. —Me quita el brazo de los hombros y me coge la mano—. Tú y Matt estabais muy unidos. No sé qué sucedió en aquel árbol, pero fuera lo que fuera, tú te habrías sentido culpable de todas maneras. Y llega un momento en el que tienes que entender lo que fue: un accidente.

Siento que la dura bola de terror que he llevado en el pecho durante los últimos diez años se ablanda un poco por los bordes. Una parte de lo que dice es verdad. Yo no quería matar a Matt. Así que, a lo mejor, no soy ningún monstruo.

Aunque eso no quiere decir que no fuera culpa mía.

Me apoyo contra él y me quedo allí sentada durante horas.

Palabra del Demonio

Luc

Durante tres días me siento en la rama del árbol que hay justo delante de la ventana de Frannie antes de que ella se decida a volver a hablar conmigo. Lo ha pasado mal con los exámenes finales, pero tener amigos en las alturas ayuda. Con un poco de interacción divina los ha pasado todos sin problemas.

Yo no tenía pensado ir a la graduación. Quiero decir, ¿cuántos diplomas de instituto necesita realmente una persona? Pero luego se me ocurrió que es posible que necesite este si me estoy convirtiendo en un mortal.

Estoy escondido bajo la sombra del marcador esperando a Frannie cuando alguien me golpea el hombro. Me doy la vuelta y veo a Gabriel apoyado contra uno de los postes, sonriéndome, y me doy cuenta de lo ciego que estoy sin mi sexto sentido, que ya casi ha desaparecido.

Le echa un vistazo a la túnica marrón de la graduación que llevo puesta.

—Bonito vestido.

—¡Vete al infierno!

—No exactamente —dice apartándose del poste.

Echo un vistazo hacia la tribuna cuando aparece Frannie con su familia.

—¿Por qué...? —Vuelvo a mirar a Frannie.

—¿Me he retirado? —termina la frase por mí—. Porque ella ya ha hecho su elección.

—¿Cómo lo sabías?

Él me sonríe.

—Estás de broma, ¿verdad? Mírate.

Y ese comentario me golpea fuerte. Estoy camino de convertirme en un humano y ella es lo que me ha hecho esto. Por lo mucho que me quería. No queda nada de mis poderes y siento una cálida electricidad que me recorre el cuerpo.

—Y supongo que tú has salido de esta ileso. ¿Todavía tienes las alas?

Él sonríe.

—Estuve tocado y hundido durante un tiempo.

—Si ella... Si se hubiese decidido por el otro lado, ¿se lo hubieras permitido?

Sus ojos se dirigen adonde está Frannie y vuelven a mí mientras su sonrisa se tuerce y frunce el ceño.

—¿Hubiera tenido otra opción?

Lo que veo en sus ojos, lo que está intentando esconder tras esa expresión de diversión, puede que incluso intente escondérselo a sí mismo, es que hubiera deseado renunciar a sus alas por ella.

Da un paso atrás y se pone bajo la sombra del marcador.

—Solo porque ya no seas una amenaza para su alma, no creas que no voy a estar observándote. Dame una excusa y te convierto en una mota de polvo. —Y de pronto desaparece, como si nunca hubiera estado aquí.

Observo desde el campo de fútbol cómo la madre de Frannie le arregla el pelo y el birrete. Solo Frannie podría hacer que esas ridículas togas y esos birretes sean sexis. Me imagino qué llevará debajo, y debajo de eso. Con un poco de suerte podré descubrirlo después. Ya sé que no es el sujetador rojo. Puede que algo negro... con encaje...

Ella se acerca por el campo con Taylor y Riley mientras su familia se dirige a sentarse en los bancos y yo suelto una carcajada al ver la cara de su padre cuando ella se acerca a mí y me besa. Y luego veo al abuelo mirándome fijamente, con expresión severa. Pero justo en el momento en que voy a apartar la vista, sonrío y asiente con la cabeza.

Frannie mira a su padre sentado en los bancos.

—Vamos a tener que hacer algo con él.

—Creo que es una causa perdida —digo, con la esperanza de equivocarme. La abrazo y vuelvo a besarla.

—Vosotros dos dais asco. Buscaos una habitación —farfulla Taylor.

Riley le coge la mano a Taylor y se la lleva camino al gimnasio.

—Se están poniendo en fila. Vamos.

Paso el brazo por los hombros de Frannie, lanzándole una mirada a su padre, y nos dirigimos entre el mar de birretes y togas marrones a nuestro lugar en la fila detrás del gimnasio.

La música empieza y todos nos ponemos a andar en fila de dos. Nos han dicho que caminemos separados unos sesenta centímetros uno del otro, pero Frannie me pasa el brazo por la cintura y acerca su cuerpo al mío mientras atravesamos el campo de fútbol para buscar nuestros sitios. No puedo apartar la sonrisa de mi rostro.

Nos sentamos y observamos a todos esos sudorosos cuerpos derritiéndose al sol mientras el director Grayson habla sobre un nuevo principio y otras muchas estupideces. Al cabo de media hora me doy cuenta de por qué siempre he evitado estos actos de graduación como si de una plaga de ratas se tratara.

Justo cuando ya estoy convencido de que después de siete milenios voy a morir aquí mismo de puro aburrimiento, empiezan a decir nombres y nuestra fila se pone en pie. Ando por la tribuna y el director Grayson me da el diploma con una sonrisa y un gesto de asentimiento. Me espero al final de las escaleras a que llegue Frannie y, mientras anda hacia mí, con la toga flotando en el aire marcándole todas las curvas del cuerpo, no puedo evitar fantasear sobre lo que sucederá luego. Se supone que esta

noche se quedará en casa de Taylor. Ella llega al final de la escalera y yo la levanto en el aire y le doy un beso.

Cuando la devuelvo al suelo me dice:

—Eh... muy bonito. Esto va hacer que ganes unos cuantos puntos de cara a mis padres.

Miro hacia los bancos y veo a sus padres de pie, boquiabiertos. Su padre con la cámara colgando en la mano, como si se hubiera olvidado de ella. Y el abuelo se está riendo.

—¿Y cuál es el plan?

—Todavía lo estoy pensando. Pero estoy segura de que no incluye que te lances sobre mí delante de ellos.

Su familia se acerca después de la ceremonia, su padre todavía observándome.

—Bueno —dice su madre— ¿te vas a la fiesta con Taylor y Riley? —Intenta parecer contenta, pero su sonrisa es tan fría como un cubito de hielo.

Frannie frunce el ceño.

—Sí, mamá.

El abuelo se acerca y me da un golpecito en la espalda.

—Luc cuidará bien de ella. Tenemos un pacto. ¿Verdad, hijo?

Yo sonrío aliviado.

—Sí, señor.

—Creo que Frannie está en buenas manos —dice guiñándome un ojo.

La fría sonrisa de la madre de Frannie no puede aguantarse más en su rostro cuando oye las palabras del abuelo.

—Papá, de verdad, esto no es asunto tuyo.

—No, tienes razón, es asunto de Frannie —dice guiñándole el ojo a Frannie esta vez.

Frannie sale en su defensa.

—Ya te lo he dicho, mamá. Me voy a la fiesta con Taylor y Riley. Ya sabes que tenemos un trato. Y no te olvides de que Riley y yo nos quedamos a dormir en casa de Taylor.

Ella me mira suspicaz y puedo ver que el padre de Frannie está a punto de protestar cuando aparecen Taylor y Riley y cogen a Frannie.

—¡Hola señora Cavanaugh! —dice Taylor—. Me llevo secuestrada a Frannie, ¿de acuerdo?

Los ojos del padre de Frannie se suavizan un poco y su madre dice:

—Bien, pero quiero que estéis todo el rato juntas. —Sus ojos me miran de reojo y luego vuelven a Frannie—. Toda la noche.

Luego Taylor mira al padre de Frannie. Todo su rostro se relaja y casi parece que se va a poner a llorar.

—Gracias, señor Cavanaugh. Mi padre está muy emocionado con volver a trabajar. Le está muy agradecido por haberlo ayudado.

—Un placer. Es lo mínimo que podía hacer. Me alegro de que se sienta mejor.

—El psicólogo nos está ayudando mucho a todos —dice. Duda, pero luego da un paso hacia delante y abraza con fuerza al señor Cavanaugh. Cuando sale de su asombro, él levanta los brazos y le da unas palmaditas en la espalda.

—Me alegro de haber podido ayudaros —dice.

Ella se aparta y, por primera vez, veo cierto rubor en sus mejillas. Luego, el típico brillo de Taylor vuelve a sus ojos. Les pasa el brazo por el cuello a Riley y a Frannie.

—Vamos, chicas. Una gran fiesta nos espera.

Frannie abraza a su familia y yo le ofrezco la mano al abuelo de Frannie. Él me da un apretón de manos y después yo le ofrezco la mía al señor Cavanaugh. Duda, pero me coge la mano. Me da un fuerte y firme apretón de manos, un aviso.

—Buenas tardes —les digo con mi mejor sonrisa y un gesto con la cabeza. Me doy la vuelta y me voy con Frannie, Taylor y Riley hacia el aparcamiento.

Y mi corazón se detiene.

Avaira.

Está de pie dándonos la espalda, con su largo pelo negro azabache brillando bajo el cálido sol de junio. Pongo a Frannie tras de mí y siento que se esfuma mi poder por la superficie del puño de mi mano derecha. Avaira se gira lentamente y yo levanto el puño, luego suelto un suspiro y mi pulso vuelve a la normalidad.

No es ella.

Estoy paranoico. Veo a Belias y a Avaira por todas partes. Porque estoy seguro de que siguen aquí y de que están desesperados. Tienen que ser conscientes de que el tiempo se les acaba.

Paso mi brazo por los hombros de Frannie, que parece confusa, y el ritmo de mi corazón vuelve a normalizarse mientras nos dirigimos hacia el coche de Riley. Frannie me coge también por la cintura con el brazo. Les hace un gesto a sus amigas con la cabeza, que andan ocupadas quitándose los birretes y las togas y me susurra:

—¿Qué ha sido eso?

Yo sacudo la cabeza.

Ella cierra un poco los ojos, pero lo deja estar cuando sus amigas se acercan.

—¿Nos vemos allí entonces?

—No me lo perdería por nada del mundo. ¿Cuánto rato vais a necesitar?

Ella, Riley y Taylor se encogen de hombros.

—Solo vamos a casa de Taylor a cambiarnos la ropa y vamos directas a casa de los Gallagher. Así que una media hora, supongo.

Vuelvo a besarla.

—Nos vemos allí —digo sabiendo que, como siempre, no voy a perderla de vista ni un momento. Nunca lo hago, pero ella no necesita saberlo. No tiene ningún sentido ponerla más nerviosa de lo que está. Voy a hacer todo lo posible por ayudarla a sentir

que su vida es normal, aunque sea a ratos.

Frannie

Él cree que no sé que me sigue a todas partes. Sabe que quiero tener mi vida y está intentando que pueda tenerla. No quiero herir sus sentimientos, así que no digo nada, aunque me gusta saber que está ahí. Cuando no puedo dormir por las noches, miro por la ventana a través de los árboles mientras la luz de la luna me devuelve el brillo del Shelby, y pienso que ojalá estuviera allí fuera con él.

Echo un vistazo al jardín de los Gallagher y lo veo apoyado contra un árbol, más guapo que nunca. Justo cuando empiezo a andar hacia él, Riley y Trevor salen a hurtadillas de entre los arbustos. Cambio la dirección y me dirijo directa a ella, y le arreglo el pelo con los dedos mientras Trevor se dirige de nuevo a las escaleras y se pierde entre la gente del porche. Yo le sonrío.

—Eh, Ry, ¿habéis pasado un buen rato entre los arbustos de los Gallagher?

Incluso con la escasa luz de la luna que se filtra entre los árboles, puedo ver que se sonroja. Y puedo reconocer el brillo en sus ojos, porque últimamente lo he visto con frecuencia en mi espejo.

—Es increíble, Fee. Lo que hace con su...

Levanto una mano.

—Demasiada información, Ry. —Pero luego no puedo evitar la sonrisa que se dibuja en mi rostro. Me alegro de verla tan feliz—. ¿Cuándo se lo vais a decir a Taylor?

—Trevor va a hablar con ella mañana, eso creo. También dijo lo mismo ayer, y la semana pasada.

Yo suelto una carcajada.

—Va a acabar con él de una paliza, y él lo sabe. Creo que vas a tener que ser tú la que se lo diga.

Ella gime cuando se acerca Taylor, gritando, casi tirándome al suelo. Taylor se balancea hasta casi perder el equilibrio y Riley la coge para ayudarla a mantenerse en pie.

—Venid a la fiesta conmigo, chicas —farfulla, y nos pasa un brazo por el cuello a cada una.

—¡Eh, Trev! —grito—. ¡Ven aquí!

Él se gira sorprendido, y entonces, poco a poco, y dubitativo, empieza a bajar las escaleras. Cuando por fin llega hasta donde nosotras estamos, le paso la mano que tengo libre por encima del hombro.

—Tay, Riley y Trevor tienen algo que contarte que están deseando compartir contigo —digo deshaciéndome del abrazo de Taylor y haciendo que los brazos de

Taylor y Trevor se entrecruzan.

Si Taylor no hubiera necesitado ayuda para mantener el equilibrio, se hubiera apartado del brazo de su hermano, pero en lugar de eso, se deja caer sobre él.

—¿Qué?

Observo mientras Riley y Trevor se miran y luego juntan sus brazos libres cerrando el círculo.

Le doy la espalda al pequeño círculo feliz y vuelvo a echar un vistazo alrededor.

Roadkill está tocando detrás de la casa y Delanie canta a la perfección Paramore. Es sorprendente lo mucho mejor que suenan con alguien que sabe cantar de verdad. Reefer me mira y me sonrío. Lo saludo con la mano y le devuelvo la sonrisa. Me río al pensar en lo que lo llamó Taylor: «Un fanático del Guitar Hero». Es verdad, y es genial.

Y de pronto me siento emocionada. Debe de ser la cerveza, porque mis ojos se llenan de lágrimas cuando me doy cuenta de lo mucho que voy a echar todo esto de menos. Pero espero que no tenga que echar de menos a Luc. No he sido capaz de preguntarle qué piensa hacer después de la graduación.

Tropiezo con él y me detengo para mirar a mis amigas cuando oigo a Taylor gritar:

—¡Sois unos gilipollas! —Se suelta de Riley, pero lo único que consigue es acabar cayendo de cabeza contra el suelo.

Me vuelvo sonriendo y me acerco a Luc. Cuando llego hasta donde está él, le paso las manos por los hombros y me apoyo en él para tranquilizarme. Apoyo la cabeza contra su pecho y él me pasa los brazos por la cintura y me abraza fuerte.

—Hola —digo contra su camiseta.

—¿Te lo estás pasando bien?

—Sí, pero tú no.

—¿Por qué piensas eso?

—No sé. Estás ahí plantado.

—Disfrutando de las vistas —dice mientras me abraza más fuerte.

—¡Fee! ¡Eres una mierda! —me grita Taylor.

Como respuesta, me aparto de Luc y le enseño el dedo corazón en un gesto grosero. Luego me doy la vuelta y le paso la mano por el pelo a Luc, acercando su cara a la mía. Él lanza un gemido y se acerca, y cuando me besa, siento que quiero perderme en su interior.

—Ven —le susurro al oído metiendo la mano por debajo de su camiseta y deslizando los dedos por la cintura de sus pantalones. Lo quiero solo para mí. Ahora.

—¿Adónde vamos? —Siento que su cuerpo se estremece cuando pongo los dedos sobre el botón de sus pantalones.

—A dar un paseo. —Me giro y empiezo a tirar de él hacia el coche por la cintura de sus pantalones.

Él sonrío.

—¿Y qué pasa con tus amigos? Puede que esta sea tu última fiesta con ellos.

—Al infierno con mis amigos.

Lo dirijo por entre una hilera de coches aparcados hacia el Shelby que está cerca del bosque. Cuando llegamos, lo empujo a un lado y me inclino sobre él, apretándome contra su cuerpo. Roadkill debe de estar en el descanso, porque puedo oír a Led Zeppelin diciendo algo sobre una autopista hacia el cielo, pero todo lo que me importa ahora es Luc.

—¿Qué tenías pensado? —me pregunta buscando mi rostro como si buscara algo que había perdido.

—Pensaba en buscar nuestra autopista hacia el cielo. El asiento de atrás de tu coche parece cómodo. Todavía no he tenido la oportunidad de probarlo —digo arrastrando las palabras mientras me aparto para abrir la puerta.

Me siento bastante mareada, pero el fuerte olor a huevos podridos me hace volver en mí de golpe. Empiezo a apartarme, cuando un par de calientes y fuertes brazos me cogen por la espalda. En un acto reflejo, me doblo hacia abajo y cojo uno de los brazos de mi cintura. Pierdo el equilibrio al lanzar por encima de mi hombro a la persona cogida a mi cintura y la hago caer al suelo delante de mí. Puedo ver su cara justo antes de caer yo también sobre el barro.

El único ojo rojo de Belias me mira fijamente como si quisiera matarme. El otro ojo lo lleva cubierto con un parche negro.

A continuación, me levanta del suelo y me lanza dentro del coche de Luc.

Luc

Levanto a Frannie del suelo y la meto en el coche mientras Belias se recompone y viene hacia nosotros. Convoco lo que queda de mi poder y le doy en el pecho con un golpe tan patético que hace unas semanas hubiera hecho que me avergonzara. Ahora me siento bastante orgulloso. El golpe lo devuelve al suelo, haciendo que pierda el tiempo suficiente como para que nosotros salgamos huyendo con el coche, antes de que le dé tiempo a levantarse. Recordando lo que sucedió la última vez, creo un campo alrededor del coche para que no pueda entrar, aunque este no sea lo suficientemente fuerte como para mantenerlo fuera, y arranco.

Pero cuando miro por el espejo retrovisor, se ve un brillante destello de luz blanca y hay alguien sobre Belias. ¿Gabriel? Tiene que ser él. Pero parece diferente, más pequeño.

Respiro profundamente para tranquilizar mi desbocado corazón.

—¿Estás bien, Frannie?

—Sí —dice, y cuando la miro ni siquiera parece asustada.

—¿Estás segura?

Ella sonríe.

—Sí. —Luego su cabeza se apoya contra el respaldo del asiento y cierra los ojos.

—¿Frannie? —Le doy ligeramente con el codo.

Nada.

—¡Oh, por las llamas del Infierno! —murmuro para mí mismo.

¿Y ahora qué? No puedo llevarla a casa así, borracha y cubierta de barro. Está mi piso... pero no es seguro. Necesito apoyo. Así que solo veo una opción posible. Espero que nos deje entrar en su casa.

Cuando Gabriel abre la puerta y mira a Frannie, envuelta en una manta en mis brazos, sus ojos se abren desorbitados y me mira con la boca abierta.

—¿No está...?

—Está bien, no te preocupes. Solo que parece que no soporta muy bien la cerveza.

—Creo que has ido demasiado lejos teniendo que emborracharla para...

—Cállate la boca, sabelotodo. —Y lo empujo a un lado mientras entro en el salón.

—Ve con cuidado con las cosas blancas... con todo —dice—. ¿Qué ha hecho, una guerra de barro?

La acuesto en el sofá.

—Cierra. ¿No podrías echarle por encima un poco de agua bendita y limpiarla un poco?

Me mira con una sonrisa torcida.

—Algunas cosas requieren un milagro. Esto, sin embargo, solo requiere un buen lavado con blanqueador. Quítale la ropa y la pondré en la lavadora.

—Creo que el milagro es una opción mejor. Me está resultando complicado luchar contra estas hormonas adolescentes. —Miro a Frannie y sacudo la cabeza—. La verdad es que me están volviendo loco.

Su boca se curva en una sonrisa lejos de ser angelical y levanta las cejas.

—Yo lo haré.

Se inclina sobre ella y le quita las zapatillas llenas de barro y de pronto yo lo empujo a un lado.

—Espera en la cocina.

Él se encoge de hombros y se marcha en dirección a la cocina, con la sonrisa torcida todavía en los labios. Cuando ya se ha ido le quito a Frannie la camiseta por la cabeza y suelto un gemido.

¡Mierda! Tenía razón, encaje negro. Menudo desperdicio.

Cuando le he quitado los pantalones, la envuelvo con la manta y le lanzo su ropa a Gabe. Me dejo caer en la silla que hay al lado del sofá y cierro los ojos, dejando mi cabeza en blanco. Cuando él vuelve, se sienta en la silla que hay justo delante de mí.

—Gracias por la ayuda —digo mirando a Frannie—. No podía llevarla así a casa. Sus padres piensan que soy un demonio, y ahora que ya no lo soy, estoy dispuesto a

demostrarles que se equivocan. —Hago un gesto hacia ella—. Esto no ayudaría a mi causa.

—¿Se supone que tiene que ir a dormir a casa esta noche?

—No, se supone que se queda en casa de Taylor.

—Podemos dejar que duerma la borrachera aquí, entonces.

Me trago el orgullo.

—Bueno... y también gracias por la ayuda en la fiesta esta noche. Ya no soy el Demonio que solía ser. Ya no me queda mucho de toda esa energía.

—¿De qué me estás hablando?

—Ya sabes, Belias, en la fiesta.

—Ese no era yo, tío.

—Bueno, como quieras, pero gracias.

Sacude la cabeza y sonrío.

Miro a Frannie durmiendo en el sofá, tan pequeña...

—¿Gabriel?

—Sí.

—Su alma sigue limpia, ¿verdad? Yo no la he... ya sabes... no la he ensuciado ni nada por el estilo, ¿no? Ya no estoy seguro...

Cierta preocupación le cubre el rostro, pero pronto desaparece y responde:

—No tienen ningún motivo para reclamarla, si eso es lo que te preocupa. Pero no sé cuánto tiempo puede durar si sigue andando contigo por ahí. Eres una mala influencia.

—Seguro que lo soy. ¿Debería esperar ser castigado en algún momento? Ya sabes, la ira de Dios y esas cosas.

Una sonrisa juega en sus labios.

—Desgraciadamente no, pero ayudaría si te alejaras un poco.

Sé que tiene razón. Siempre lo he sabido, pero...

—No creo que a estas alturas pueda tomar ninguna decisión. Ya no puedo alejarme de ella.

Él sonrío.

—Ya. Me di cuenta de ello cuando te dejaste quemar vivo con el agua bendita.

—¿Significa eso que el escudo no funcionó conmigo?

—Es difícil de decir. Si Belias y Avaira llevan por aquí varias semanas, como tú dices, estoy convencido de que te están siguiendo.

Vuelvo a mirar a Frannie dormida en el sofá. Tiene que haber algún modo de que pueda protegerla.

—Entonces, si desaparecemos, si nos marcháramos a otra parte, ¿estaría segura?

—Puede. No lo sabremos hasta que no lo intentéis. Pero sabes tan bien como yo cuál es la mejor solución.

—Marcar su alma para el Cielo —digo con resignación—. ¿Por qué es tan importante que se perdona a sí misma?

Su rostro de pronto es todo bondad.

—El perdón es la clave de todo, Lucifer.

—Vosotros, los del Cielo, lo hacéis todo demasiado complicado. —Me revuelvo en la silla y me siento recto—. ¿Qué pasaría si Belias... la matara? —Siento algo oscuro y pesado que me encoge el corazón al pensar en lo cerca que ha estado.

—Se iría al Limbo con todas las almas que están sin marcar y ya sabes que Michael le daría vía libre para el Cielo. La esencia de Frannie, su alma, es la clave. Por lo que nosotros sabemos, sería igual de valiosa en el Cielo como en la Tierra.

—Eso es más o menos lo que me imaginaba. —He visto esa esencia y sé que tiene razón. Bailar con ella, unirla con la mía, fue algo que no había experimentado nunca antes—. No voy a permitir que le suceda nada.

—Lo sé. Cuento con eso. —La amenaza es evidente en su tono de voz.

La miro dormida en el sofá.

—No voy a permitir que ellos se queden con ella —digo consciente de que ellos soy yo. Pero por el momento, me deslizo en el sofá y me recuesto a su lado, arropándola con mis brazos y abrazándola como si mi vida dependiera de ello, porque estoy convencido de que así es.

Los tormentos del Infierno

Frannie

—Sabes que cuando dije lo de la virgen solo estaba pinchando a Lucifer, ¿verdad?

Yo separo la cabeza de la puerta del coche y miro a Gabe a través de la neblina de mi resaca.

—¿Qué?

—La noche que vinisteis a mi casa. Después de que él te contara... lo que es...

—Ah sí. Entonces, ¿no soy la Virgen María?

—No.

—Gracias a Dios. Sería una madre horrible —digo, frotándome la frente—. Además, espero no seguir siendo virgen durante mucho tiempo. —Dejo caer la frente contra la ventanilla del coche con un ruido que envía una onda expansiva por toda mi cabeza, convirtiendo mi cerebro en puré—. Oh... —gruño.

Gabe se ríe.

—Te está bien empleado.

—Cállate.

Llegamos a mi casa y mamá sale al porche. Gabe abre mi puerta y me ayuda a ponerme en pie. Yo intento mantener las piernas debajo de mí mientras nos acercamos a casa, pero Gabe casi tiene que arrastrarme. Cuando llegamos a las escaleras, él se rinde y me coge en brazos.

—¿Lo habéis pasado bien? —dice alegremente mamá.

Me gustaría saber cuántas chicas de diecisiete años podrían llegar a casa a las nueve de la mañana, con resaca y en los brazos de un chico, aunque ese chico sea un ángel como Dios manda, cosa que mis padres no saben, y que su madre les dijera: «¿Lo habéis pasado bien?». Es vergonzoso. Obviamente, si quien me llevara en brazos fuera Luc, las cosas serían distintas.

—¿Qué dices, Frannie? —Gabe intenta no reírse y, si tuviera algo de fuerza, le pegaría un puñetazo en la cara.

Pero en lugar de eso, le farfullo al hombro:

—Cállate.

Mamá nos sigue mientras él me lleva escaleras arriba y me meten en la cama. Oigo las risitas de mis hermanas, pero no abro los ojos para ver cuáles son.

Gabe se sienta en el borde de la cama. Me pasa un dedo por la línea de mi mandíbula y, aunque me encuentro fatal, me estremezco.

—¿Estarás bien?

—Si me pegas un tiro, sí —le digo.

Él se inclina y sus labios planean sobre mi mejilla hasta mi oreja, donde susurra:

—No puedo hacerlo. —Se ríe y me pregunto si podría pegarle un tiro a él.

—Entonces lárgate —le digo, colocándome de lado y tapándome la cabeza con las sábanas.

Oigo que mamá sale de la habitación diciendo algo sobre una sopa de pollo. Pero Gabe sigue aquí, puedo sentirlo.

—¿Qué quieres? —murmuro bajo las sábanas.

—Lo mismo que he querido siempre. Quiero marcar tu alma. Tienes que perdonarte a ti misma.

—No.

—¿Por qué? ¿Por qué tienes que guardarte eso?

No pienso llorar.

—Porque... —Respiro para superar las lágrimas—. Porque necesito hacerlo.

—Pero ¿por qué?

Está haciendo que me estalle la cabeza.

—¿Podemos hablar de esto en otro momento?

—Hagámoslo ahora. ¿Por qué necesitas hacerlo?

Gruño cuando un dolor agudo me atraviesa el corazón. Me quito las sábanas de la cabeza para coger algo de aire.

—No puedo hacerlo. Tú sabes todo lo que estoy pensando. ¿No puedes coger de mi cabeza lo que estás buscando y dejarme en paz?

—Si estuvieras pensándolo, lo haría. Ahí es donde intento llevarte, adonde sabes por qué no puedes perdonarte.

—Porque no puedo.

—¿Por qué?

—¡Joder! Lárgate.

La cama cruje cuando él se acerca y siento su frío aliento en mi oreja.

—No me iré a ningún sitio, Frannie. Siempre estaré ahí para ti, pase lo que pase. —Sus labios planean sobre mi mejilla y, de repente, mi dolor de cabeza ha desaparecido, siendo sustituido por un profundo dolor en otro sitio. Otro sitio que no debería de dolerme. Me doy la vuelta y hundo mi mano en su pelo. Sus labios rozan los míos, justo cuando mamá vuelve a entrar en la habitación con dos tazas humeantes en las manos.

—¡Oh! Oh, vaya... —dice.

Los ojos de Gabe sonrían a los míos durante un segundo antes de levantarse de la cama.

—Será mejor que me vaya.

—Oh, no te vayas —dice mamá con una sonrisa incómoda, tendiéndole una taza—. Bebe un poco de sopa.

Él le sonríe.

—Gracias, señora Cavanaugh, pero Frannie está en buenas manos. —Se vuelve hacia mí—. Vendré a verte luego —dice, dándose la vuelta hacia la puerta.

—Vale. —Es todo lo que consigo decir.

Se marcha y yo me vuelvo de lado, hacia la pared, ignorando a mamá y a su sopa e intentando averiguar qué acaba de pasar. Y pienso en Luc. Esta noche tiene que venir a casa y yo voy a intentar probar lo de la influencia con mis padres, si consigo descubrir qué es, y quizás pueda hacerles cambiar de opinión sobre Luc.

Pero a lo mejor mi mente primero necesita trabajar.

Pienso en su Shelby aparcado en la calle y siento que mi corazón late con fuerza. Lo quiero. Ahora eso ya lo sé. Así que, ¿por qué diablos todavía quiero besar a Gabe?

Luc

Sigo a Gabriel y a Frannie hasta su casa y me quedo casi todo el día sentado delante. Observo su ventana, pensando en qué decir para impresionar a sus padres, o por lo menos para convencerlos de que ya no soy el Demonio personificado. Pero mientras estoy allí, mirando su ventana, siento un dolor agudo en la barriga, y de ella salen sonidos. A medida que pasa el tiempo, el dolor se hace más agudo y los sonidos son más fuertes, hasta que me resulta imposible ignorarlos.

Por todos los diablos, ¿eso es mi estómago? ¿Tengo hambre? Cuando levanto el brazo para frotarme la barriga, capto el tufillo que proviene de mí, y gruño. En mi olor ya no hay nada de azufre. Huelo muy mal. Así no impresionaré a los padres de Frannie. Ser humano se está convirtiendo en algo bastante incómodo, y un poco asqueroso.

Antes del anochecer, cuando he confirmado que Gabriel está aquí, me marcho y paso por el McAuto de McDonald's de camino a mi piso para darme una ducha. Resulta que los Big Mac no están nada mal. ¿Quién lo habría dicho?

También resulta que ser humano tiene más inconvenientes de lo que pensaba. La lista de cosas que necesitaré, solo en el apartado de higiene personal, es increíble. Estoy pensando en todo lo que tengo que hacer antes de que mi magia desaparezca por completo, montones de grandes cuentas bancarias e inversiones, montones de identidades alternativas para Frannie y para mí por si tenemos que huir, quizás una beca académica para UCLA. Cuando atravieso la puerta de mi piso, el olor acre a azufre me golpea como un palo de béisbol en la cara. Siento que mi cara se retuerce involuntariamente por el hedor. Vale, a lo mejor, después de todo, tampoco huelo tan mal. ¿Cómo podía pensar que el olor a azufre era agradable?

Con mis ojos llorosos veo a Beherit, mi jefe. Aunque ya no puedo sentir la presencia de un demonio o una deidad, esto tendría que habérmelo esperado. Está

aquí con toda su gloria infernal: piel húmeda y áspera de color carmesí con motas negras, cuernos cortos y enrollados hacia atrás que casi rascan el techo, y el rabo enrollado alrededor de su cintura de piel de sátiro. Aunque nunca admitiría de qué pecado nació, el hecho de que siempre lleve una corta toga roja y su corona dorada lo delatan. Pertenece a la soberbia. Está de espaldas a mí, admirando el Doré que tengo cerca de la cocina. Pienso en darme la vuelta y cerrar la puerta, no he estado aquí, pero un pequeño movimiento de su oreja puntiaguda me dice que es demasiado tarde para eso.

Cruzo la puerta y la cierro detrás de mí.

—¿Es una visita de cortesía, Beherit, o necesitas algo?

Él se gira lentamente, rascando el linóleo con la pezuña, y dejando un humeante corte negro en la tarima. En sus ardientes ojos rojos no hay humor, y sus colmillos brillan cuando una mueca contorsiona su mala cara.

Su voz es un siseo bajo y ronco cuando dice:

—Lo que necesitaba era que hicieras tu trabajo, Lucifer. Sin apuñalarme por la espalda. ¿De verdad creías que eras merecedor de mi puesto? Bueno, ahora ya sabemos la respuesta, ¿no? Has demostrado tu ineptitud de una manera muy espectacular, sobre todo al rey Lucifer.

El olor a aliento de perro y a carne podrida acompaña al azufre. Lo huelo antes de oír los gruñidos. Un perro del Hades. Genial.

—En este edificio no se permiten mascotas, Beherit. Lo siento, pero tendrás que coger a tu chuchó. —Miro hacia la puerta del baño cuando tres enormes perros negros, uno con tres cabezas, y todos con los brillantes ojos rojos que caracterizan a todas las criaturas del Infierno, salen poco a poco—. Oh, perdona, chuchos, y largarte.

—Qué lástima. Creía que te gustaría la compañía. Llevas aquí tanto tiempo que pensé que tendrías un poco de nostalgia.

—No. Estoy muy bien, gracias.

En un relámpago rojo y humeante, está delante de mí y me ahogo cuando su mano ardiente me estruja la garganta, casi levantándome del suelo. Por primera vez, me doy cuenta de que soy realmente humano, porque mis pulmones piden aire mientras él me tiene allí cogido, suspendido y privado de oxígeno.

—Estás demasiado bien —ruge, y me lanza al otro lado de la habitación. Yo me golpeo con fuerza contra la pared, con la cara, y caigo al suelo a los pies de los perros, intentando recobrar el aliento. En este momento, volverme humano juega claramente en mi contra, y la sangre que me cae por la frente dentro del ojo no me ayudará para nada con los perros.

Me siento, pasándome el brazo tranquilamente por la frente, ignorando el dolor de la cabeza y el gruñido de los perros.

—¿Eso era necesario?

Los ojos rojos de Beherit brillan y su cara se estira en una sonrisa atroz.

—¿Sangre? Oh, esto se está poniendo muy interesante —dice, acercándose y pasando una garra rápidamente por el pecho, rasgando mi camiseta y la carne de debajo como si fuera mantequilla caliente. Cuando de la herida del pecho me sale más sangre, él levanta la cabeza, huele el aire y estruja la cara.

—Ya sabía yo que no olías bien. Creía que estaba cogiendo un resfriado. —Sus sanguinarios ojos se vuelven hacia los perros—. Esto me ahorrará el tener que arrastrarte hasta el pozo del Fuego Eterno. Será mucho más fácil que con Belias y Avaira. —Sacude lentamente la cabeza, un gesto triste en sus ásperos labios—. Tres de mis mejores ayudantes, qué lástima. —Luego sus ojos se encienden—. Pero eso es lo que les ocurre a los traidores. El rey Lucifer se dará cuenta del error que cometió cuando vea que soy yo quien marca el alma de la niña. Tú y Belias no erais dignos de tal honor.

Belias y Avaira, lanzados al pozo. Debería estar eufórico, en cambio, se me hace un nudo en el estómago. En el Inframundo no hay segundas oportunidades.

Él suspira y su gesto se convierte en una sonrisa.

—Se dice que si quieres un trabajo bien hecho, tienes que hacerlo tú mismo. Pero no lo entiendo, Lucifer. Debería haber sido muy fácil. Es una niña diminuta e indefensa.

La cara de Frannie, tan seductora, flota frente a mis ojos. Diminuta, sí, pero de indefensa, nada.

Beherit mira a los perros:

—Cerberus, Barghest, Cwyllgi, os dejo con vuestro trabajo. Yo tengo que hacer el mío. —Sus ojos se dirigen a mí—. O, mejor dicho, el tuyo. —Y entonces se transforma en mi forma humana.

¡No!

Yo me trago el miedo con un nudo en la garganta.

—Oye, creo que no podremos hacer el truco de los gemelos, Beherit. Después de todo, intentamos pasar desapercibidos. Los gemelos llaman mucho la atención —digo, levantándome del suelo.

Observo que mi cara me gruñe.

—No te preocupes, no seremos dos durante mucho tiempo —dice, y mi cara me sonrío. Él chasquea los dedos y los perros están sobre mí mientras él sale por la puerta.

Lo que daría por tener una caja de galletas para perros.

Frannie

Cuando el rayo golpea mi cerebro, me despierta de golpe. Giro sobre un costado y vomito en la papelera que hay al lado de mi cama cuando la imagen de Luc,

desplomado sobre el suelo y cubierto de sangre, flota detrás de mis párpados.

—¡No!

Lo siguiente que veo es a mi madre al lado de la cama, asustada.

—Frannie, ¿estás enferma? ¿Qué ocurre?

En mi estupor, «no...» es lo único que puedo decir, una y otra vez. Es como si cada neurona de mi cerebro hubiera sufrido un cortocircuito. No puedo funcionar, ni pensar.

Ella empieza a levantarme para que me siente.

—Venga, cariño, nos vamos al médico.

Yo encuentro la voz.

—¡No! Luc. —Mi corazón bate a una velocidad imposible y avanzo hacia la hiperventilación cuando unas estrellas bailan delante de mis ojos—. Tengo que encontrarlo.

Y justo entonces se oye un bocinazo en la entrada. Me levanto de un salto de la cama y me acerco rápidamente a la ventana. Luc está aparcado allí. Él me sonríe y saca el brazo por la ventanilla, saludándome.

—¡Gracias a Dios! —Siento que la sangre vuelve a correr por mi cuerpo. No está muerto—. Tengo que ir, mamá —le digo, metiéndome en los vaqueros y corriendo hacia la puerta con las piernas temblorosas.

—¡Frannie! ¿Qué es lo que ocurre? —me dice, y me persigue por las escaleras.

—Nada. Dame solo un minuto. —Salgo por la puerta y la cierro de un portazo. Corro hasta el coche y me subo, lanzándome encima de él.

—Yo también me alegro de verte —me dice, con un brillo perverso en los ojos.

Me aparto y lo miro. Está vivo, por ahora.

—Va a pasar algo. Te he visto...

—¿Qué, Frannie? ¿Qué has visto? —Él no parece asustado ni preocupado. Si parece algo, sería ansioso, hambriento.

—Había sangre... estabas...

—¿Muerto? —dice él por mí con una sonrisa.

Yo asiento.

—¿Te parece que estoy muerto, Frannie?

—Ahora no. Pero va a pasar.

—¿Qué? ¿Qué va a pasar?

—No lo sé. Quizás Belias...

Él me interrumpe, negando con la cabeza.

—Ya me he encargado de Belias. Ya no tienes que preocuparte por él.

—¿Qué quieres decir? ¿Se ha ido?

—Sí.

—Entonces será otra cosa. Sé que estás en peligro.

—No me pasará nada, no te preocupes.

Pero me preocupo. Él extiende un brazo hacia mí y, cuando me da un beso,

empiezo a tranquilizarme. Mi respiración se ralentiza y mi corazón vuelve a latir a un ritmo normal.

Yo lo miro.

—Era horrible, Luc. Prométeme que tendrás cuidado.

—Siempre lo tengo. No pasará nada.

Ojalá pudiera creerlo. Levanto la mirada y mi madre está mirándonos por la ventana de delante. Seguro que cree que me he vuelto loca, lo que no ayudará para nada a nuestra causa. Sobre todo después de lo que ha pasado antes con Gabe. Suspiro.

—Bueno, ¿estás listo?

—¿Para qué?

—Ya sabes. Lo de impresionar a mis padres.

—Ah, sí, eso.

—Venga, Luc. Creía que lo teníamos claro. Quiero que te quedes este verano. — Y ahora todavía más. Lo quiero cerca.

—Es que ahora no estoy de humor. Prefiero estar a solas contigo —dice, y sus ojos están ardiendo, haciendo que un cosquilleo me recorra todo el cuerpo.

—¿En qué estás pensando?

—En todas las cosas malas que podría hacerte, en cómo podría hacerte sentir si me dejaras.

Trago saliva y respiro hondo cuando me acerca hacia él.

—¿A qué se debe este cambio de repente? Fuiste tú quien dijo que no podíamos... ya sabes. —Pero la verdad es que estoy empezando a pensar en algunas de esas cosas malas.

—He cambiado de opinión. Te quiero —me dice, con sus labios ardiéndome en el cuello.

Yo echo la cabeza hacia atrás, facilitándole las cosas.

—Entonces, todo lo de la lujuria ¿qué? ¿Ya no importa?

—No. Ya no importa —repite él mientras mete la mano debajo de mi camiseta—. Podríamos pasar al asiento de atrás...

—¡Joder, Luc! Mi madre está mirándonos por la ventana —le digo yo, apartándolo y bajándome la camiseta—. ¿Por qué estás tan raro?

Su sonrisa es pícara.

—Me vuelves loco.

—Vale, entonces vamos a tu piso.

—Está todo hecho un desastre. Alguien dejó entrar unos perros y destrozaron la basura, la desparramaron por todas partes.

—¿Qué? ¿Quién ha sido?

—Un viejo amigo. Pero no pasa nada —dice él con una sonrisa perversa desbocada, y durante un segundo, creo oler a huevos podridos—. Entonces vayamos a otro sitio. Un sitio donde pueda volverte loca. —Me besa, intensamente, luego

vuelve a su asiento y enciende el motor. Pone la mano sobre mi muslo y salimos de la entrada.

Paramos en la esquina de la Primera con Amistad, cerca del parque al borde de mi vecindario. Casi antes de que el coche se haya parado, él vuelve a estar encima de mí. Miro alrededor y veo que el parque está casi vacío. En la zona de juegos no hay nadie, y la última madre empuja la sillita por la otra acera, en el rosa atardecer.

Me inclino sobre el ardiente beso de Luc y su tacto, caliente sobre mi piel, hace que se me ponga la piel de gallina. Tras un largo y profundo beso me echo hacia atrás buscando aire, con el corazón palpitante, y oigo su susurro dulce como la miel en mi oreja:

—Te quiero tanto...

Yo me estremezco cuando él mete las manos bajo mi camiseta y me desabrocha el sujetador. Mi mano recorre su pecho y se mete debajo de su camiseta.

—Nunca olvidarás esto. Te lo prometo —me dice y siento cómo sus yemas trazan un camino ardiente por mi barriga hasta el botón de mis vaqueros.

Y entonces me doy cuenta de que está encendido. Más caliente de lo que lo ha estado hace tiempo. Se me corta la respiración.

—Espera —le digo, cogiéndole la mano justo antes que llegue a su objetivo—. No sé qué es lo que ocurre. Hace semanas que me dices que no podemos hacerlo. Necesito pensar. —Pero es muy difícil pensar cuando me está ofreciendo lo que más deseo.

Durante un instante, juraría que veo la ira oscurecer su cara antes de que se suavice en una calma perfecta.

—¿Qué es lo que tienes que pensar? Estoy harto de esperar, Frannie. Te quiero tanto que no lo soporto más. Te prometo que será increíble. Las cosas que te haré... —El resto se pierde cuando su ardiente lengua se desliza dentro de mi oreja.

No consigo centrarme, pensando en las cosas que quiero que me haga, pero lo que me dijo todavía resuena en mi cabeza: «No podemos hacerlo hasta que sea seguro para ti». Respiro hondo y me esfuerzo por conectar mi última neurona racional con mi boca.

—¿Qué ha cambiado, Luc?

—Yo. Es seguro, lo sé. Ahora soy humano. No podrán localizarnos.

Quiero creerlo, pero esa neurona lucha por que la escuche. Aparto su mano del botón de mis vaqueros.

—Eso no tiene sentido. Dijiste que ahora corríamos más peligro porque no podías verlos venir. —Y de repente lo vuelvo a oler, huevos podridos. *Oh Dios, azufre. ¿Belias?*

Los ojos de Luc llamean, iluminando el interior del coche.

—Venga, nena. Me estás matando —dice. Siento como si la gravedad fuera el doble y todo el oxígeno hubiera desaparecido del planeta Tierra. Luc nunca me llamaría nena.

¡Mierda! *Belias*. ¡*Piensa!*

Oigo la voz de Gabe en mi cabeza: «Si alguna vez necesitas algo, ya sabes dónde venir». Y aunque sé que no es bueno tener tantas voces en la cabeza que no son mías, de momento, no me preocupo.

—Ya sé dónde podemos ir —digo, abrochándome el sujetador e intentando no ponerme nerviosa—. Tengo las llaves de la casa de una amiga. Está aquí cerca y la casa está vacía. Estaremos solos. —Mi voz tiembla y mi corazón está a punto de suicidarse lanzándose con fuerza contra el tórax.

—Eso me gusta más. ¿Por dónde? —pregunta, encendiendo el Shelby.

—Ahí, gira a la izquierda.

Le hago dar una vuelta por el vecindario, por delante de la casa de Taylor y otra vez por delante de la mía, fingiendo no saber dónde está, mientras intento pensar qué hacer. Entonces, cuando pasamos por delante de la casa del enorme cactus de navidad y el balancín en el porche, digo, señalando la casa de Gabe:

—¡Aquí!

—Por fin. Empezaba a creer que me estabas tomando el pelo.

Este tío me está enfadando seriamente.

—Aparca en la entrada.

Mete el coche y me pregunto si he hecho lo correcto. ¿Estoy poniendo en peligro a Gabe? ¿Sabrá que en realidad no es Luc? Y la pregunta más importante, la que me está carcomiendo, si este es *Belias*, ¿dónde está Luc? La visión de su cuerpo ensangrentado tirado en el suelo me sacude, y me trago el miedo junto con la bilis que me sube por la parte de atrás de la garganta.

Cuando salgo del coche, el pánico se convierte en desesperación. La casa está a oscuras. ¿Y si Gabe no está?

El falso Luc viene hacia mí, me coge la mano y vamos hacia la puerta principal. Entonces me doy cuenta de que no tengo llave, y no puedo llamar, ya que se supone que la casa está vacía.

—Creo que la puerta estará abierta —digo, esperando que sea así.

Cuando llegamos a la puerta, veo que tengo razón. La puerta se está abriendo, revelando la oscuridad interior.

—Recuérdame que nunca te deje cuidar mi casa —gruñe el falso Luc.

—Ya, bueno... —Mi mente corre. A lo mejor Gabe tiene algo de oro o de plata que pueda usar.

Él me hace cruzar la puerta y la cierra. Está muy oscuro y él está encima de mí, sus manos por todo mi cuerpo. Cuando miro desesperadamente a mi alrededor en la oscuridad, no me hace falta verlo para recordar que todo es blanco. No hay oro, ni plata. Nada.

—Vamos a buscar una cama —me dice el falso Luc en la oreja.

—Eh... quizás arriba —digo yo en voz lo suficientemente alta como para que si hay alguien me oiga.

Él me lleva hacia las escaleras, iluminadas solamente por un fino y plateado rayo de luna que cruza el salón desde la ventana y cae sobre los escalones de abajo. Pero cuando llegamos a la barandilla, el falso Luc se queda quieto y mira a su alrededor con cautela.

—¿De quién has dicho que es esta casa?

—De una amiga.

Me mira con una mueca y, mientras lo miro en la pálida luz de la luna, se transforma en... algo. En apenas unos segundos es mucho más algo que yo, el calor me quema el cuero cabelludo, donde me ha agarrado un puñado de pelo. El hedor a aire chamuscado y huevos podridos es insoportable, haciendo que me lloren los ojos.

De forma reflexiva, me pongo en cuclillas y le lanzo una patada al pecho, pero él me tiene suspendida por el pelo, de manera que me falta equilibrio y no tengo fuerza en la patada. Aun así, el crujido de sus huesos bajo mi pie es inconfundible.

Creo que esa cosa se está riendo, no es la reacción que esperaba, aunque el sonido es ahogado y seco, casi como si tosiera.

—¡Oh... fuego! —gruñe—. Me gusta. —Entonces me hace apartarme un paso de las escaleras—. Muy lista, mortal. Pero los demonios tenemos un sexto sentido, ¿sabes? —Se da la vuelta y sisea en voz alta—: Llegas tarde, Gabriel.

Yo le lanzo otra patada, esta vez al brazo que me tiene suspendida. Pero no le doy bien. Él me lanza una mirada lasciva, sacudiéndome por el pelo.

—Esto antes era agradable, ahora se está volviendo un fastidio. Para.

Justo cuando se me cae el alma a los pies, la voz sinfónica de Gabriel aparece por todas partes a la vez, un sonido *surround* de lujo:

—Será mejor que la dejes en paz, Beherit.

Y entonces está allí, en la parte alta de las escaleras, aunque no lo puedo ver. Todo lo que veo es una forma vaga de la que sale una intensa luz blanca. Su resplandor ilumina toda la sala, incluyendo el monstruo que me tiene cautiva. Yo lo miro a su espantosa cara y oigo mi gemido al mismo tiempo que toda la sangre de mi cuerpo se vuelve instantáneamente fría. No es Belias. Este es más grande y repugnante, si es que eso es posible, y huele mucho peor, con lo que cuesta ya respirar con mis jadeos de pánico.

—Gabriel, siempre has tenido un sentido del humor increíble. ¿Por qué iba a dejar en paz a mi presa?

—Porque no es tu presa. No tienes ningún derecho sobre ella. Su alma está limpia.

—Pues sí, Lucifer no me dejó mucho con lo que trabajar. Su misión le pareció... desafiante. —Me mira con el ceño fruncido y vuelve a reírse-toser—. Enamorado. ¡Amor! —Suelta una fuerte carcajada—. ¡Qué curioso es eso!

—Sí, fue un acontecimiento transformador, le ha cambiado la vida. ¿Has oído decir que el amor lo puede todo?

—Bueno, al final no ha podido nada, ¿no? Él está muerto y yo tengo a la presa.

—La muerte es muy relativa, ¿no te parece?

Mi corazón se acelera con el sonido de la voz de Luc. Pero cuando me giro hacia la cocina, como un adorno de árbol de navidad colgando de un hilo, se me cae el alma a los pies. Luc está cubierto de sangre, tiene la camiseta hecha jirones y varios cortes profundos en el pecho, los hombros y la mejilla derecha.

—Dios mío —digo con un grito ahogado.

—Tu Dios no os salvará a ninguno de los dos —gruñe el monstruo, y se ríe. Me levanta por el pelo hasta estar a su altura y es como si la cabeza se me separara del cuerpo—. Ahora tú perteneces al equipo rival.

—Será mejor que te lo pienses, Beherit —dice Luc, entrando al salón por la puerta de la cocina.

Beherit se ríe, un bramido atronador que hace temblar toda la casa.

—¿Me estás amenazando? ¿Tú, un mortal medio muerto sin influencia? —gruñe, bajándome hasta que mis pies tocan el suelo, donde continúo colgando como una marioneta—. Me ocuparé de ti cuando acabe con tu mascota. —Me sacude por el pelo.

—Oh, sí que tengo influencia. Y es irónico que menciones lo de la mascota... — La sonrisa de Luc hace que se me encienda el corazón y siento que mi mano se estira hacia él. Sus ojos me miran fijamente, y en la puerta de detrás de él, veo cinco pares de unos enormes y brillantes ojos rojos que me miran desde la oscuridad de la cocina. Luc se hace a un lado en el mismo instante en que chasquea los dedos y tres gigantescos perros negros, uno con tres cabezas, salen disparados desde la puerta de la cocina, enseñando los dientes y llegan hasta mí en un suspiro.

Pero no se lanzan encima de mí, se lanzan encima de él, la cosa que me tiene cogida. Y Luc también está aquí. Él me tiene cogida por la mano y me grita algo. Con el ruido de los perros y la confusión, no lo entiendo bien, pero entonces lo entiendo. Está diciendo:

—¡Úsalo, Frannie!

La influencia. ¿Qué hago? No sé ni qué es ni cómo funciona.

—Suéltame. —Sale como un graznido ahogado y no sucede nada. Lo vuelvo a intentar—. ¡Tú no me quieres! ¡Suéltame! —digo más fuerte.

Siento que me suelta un poco el pelo mientras con la otra mano golpea a los perros. Luc está tirando de mi brazo. Los perros están por todas partes, mordiendo y gruñendo.

—¡Tú no me quieres! —grito. Me aparto con fuerza de Beherit, dejando atrás un buen puñado de pelos quemados, y Luc me lleva al otro lado del salón. Uno de los perros me sigue y me pongo en cuclillas, preparada para lanzarle una patada, pero Luc me levanta justo antes de que mi pie contacte con su hombro.

—Será mejor que no te metas con Barghest. Sobre todo después de que nos haya salvado la vida.

—¿Barghest?

—Un viejo amigo. Estuve en una patrulla canina durante mucho tiempo, guardando las puertas del Infierno. Barghest y yo estuvimos muy unidos durante casi un milenio, aunque le costó reconocermé con toda mi forma humana un poco más de lo que esperaba —dice, señalándose las sangrantes marcas de garras del pecho.

Barghest ladea la cabeza y gimotea, luego se da la vuelta y se sienta, de espaldas a nosotros, y gruñe hacia la batalla de las escaleras. Yo no puedo mirar cómo los perros destrozan a Beherit, así que me vuelvo hacia Luc e intento encontrar un punto donde poder tocarlo.

—¿Por qué no me atacaron a mí también? —le pregunto, acurrucándome contra su costado derecho.

—Yo les dije que no lo hicieran. —Vuelve a sonreír—. Y mi talismán, tu sujetador rojo, me sirvió para el rastro. Ahora, el trabajo de Barghest es protegerte.

Suelto a Luc y me vuelvo para mirar al perro, sentado delante de mí, con los hombros a la misma altura que los míos.

—¿Protegerme de qué?

La cara de Luc se apaga durante un momento.

—Del Infierno —dice— y de todo lo que hay en él.

Empiezo a acurrucarme otra vez contra él cuando noto que algo me roza el pelo. De repente, él se echa hacia atrás y se dobla hacia delante.

—¡Ah!

—¿Luc? ¿Qué pasa?

Él gime de dolor y levanta la mirada hacia Beherit, con la cara retorcida por el dolor y con los ojos rojos y brillantes. Entonces veo el destello de la empuñadura de una daga clavada en su hombro. Cuando Luc se la saca, lo entiendo. Oro. Lo que puede debilitar a Luc.

Con el corazón que se me sale del pecho y bombea adrenalina, me giro hacia Beherit y veo a Gabe bajando las escaleras, envolviéndolo en la luz blanca. Es casi como mirar una nube durante una tormenta eléctrica. Pequeños parpadeos de luz relampaguean en la luz blanca. Todo el pelo de mi cuerpo se me pone de punta y el olor a ozono impregna el aire. Y cuando el rayo sale de la palma de la mano de Gabe y golpea a Beherit, grito.

La cara de Beherit se retuerce de dolor y sus gruñidos inundan la casa mientras los perros continúan atacándolo. Pero él se centra en Luc y en mí y, bajo el dolor, hay una mirada triunfante.

Mientras lo miro, petrificada de miedo y de furia, otra daga de oro se materializa en la mano de Beherit. Eso me saca de mi estupor.

—¡Para! —grito—. Déjalo en paz. Él ya no te importa. —Doy un paso adelante, entre él y Luc—. Iré contigo si lo dejas en paz.

Mientras Beherit ruge por la victoria, Luc me coge la mano, todavía encorvado. Está negando con la cabeza, con los ojos muy abiertos y salidos mientras contiene un gemido de agonía. Unas volutas de humo negro manan de la herida producida por la

daga en su hombro izquierdo.

—No. Usa tu influencia.

No puedo pensar. Retengo un sollozo y me vuelvo hacia Beherit.

—¡Para! —le vuelvo a gritar, y Barghest gruñe cuando me suelto de Luc y doy otro paso adelante—. ¡Deja a Luc en paz! Iré contigo. ¡Pero déjalo en paz! ¡Por favor!

El corazón me late con fuerza mientras avanzo lentamente hacia las escaleras. La camiseta se me rasga donde Barghest le da un bocado, pero sigo andando. La luz blanca de Gabe aumenta su brillo, una advertencia que ignoro y llego a la altura de Beherit.

Beherit levanta la cabeza y vuelve a rugir. En el mismo instante siento que unas garras me atraviesan la piel del hombro, yo me agacho y voy a por su otra mano, en la que tiene la daga de oro. Cojo la daga, le doy la vuelta, todavía agachada, y doy un salto hacia arriba, clavándosela con fuerza en el pecho.

—¡Vete al infierno! —grito.

Pero mi grito se ve ahogado por el suyo, fuerte y largo. Un sonido que podría romperme los tímpanos. Al tocar suelo, cierro los ojos y aguanto la respiración, sin saber cuál será la sensación en el momento en que me mate.

Cuando el grito de Beherit se va apagando, un intenso calor me quema. Pero en vez de agonía, siento que me invade una gran serenidad. Quizás la muerte, incluso a manos del mal, no sea tan mala después de todo.

Pero entonces me doy cuenta de que el calor viene de detrás de mí y abro los ojos y encuentro a Barghest entre Beherit y yo, tirando del brazo de Beherit. Cuando me vuelvo, Luc está allí, y todo su cuerpo, no solo sus ojos, tiene un color rojo brillante. Es su calor el que siento que me quema mientras me abraza en un campo protector.

La luz de Gabe vuelve a relampaguear, casi cegándome. Beherit chilla y, a través del resplandor, veo que le sale un denso licor negro de donde tiene clavada la daga, mientras que unos hilos de humo denso y grasoso envuelven su tronco superior en una nube. Lo que parece un estruendo sónico me sacude un paso hacia atrás, y cuando la luz de Gabe desaparece, todo lo que queda donde estaba Beherit es un bramido de sibilante humo negro y el hedor a carne quemada y azufre. Él y los perros han desaparecido.

Gabe baja corriendo las escaleras, su brillo desaparece a medida que baja, y ahora puedo ver la expresión de su cara. Angustia.

—¿Gabe? —Pasa corriendo a mi lado y siento que un horror negro me aprieta el corazón cuando oigo un ruido sordo detrás de mí. Me vuelvo y veo la imagen que no he podido borrar de mi mente desde que me desperté con ella esta mañana: Luc tendido en el suelo, con un color muy blanco y lleno de sangre color carmesí.

Redención

Frannie

El hospital es demasiado frío y demasiado iluminado y huele y lo odio. Pero no puedo marcharme, incluso aunque ya nos hayan dicho que Luc no va a sobrevivir. No puedo dejarlo aquí.

Lo único que me está ayudando a poder seguir adelante es Gabe. Sus brazos me envuelven como un capullo, y no me ha dejado ni un momento, ni cuando me han cosido el hombro.

—No lo comprendo —digo entre lágrimas—. Era humano, ¿por qué iba a querer Beherit desatar toda la furia del Infierno sobre él? Ya no era Luc.

Hay dolor en los ojos de Gabe y compasión en su expresión.

—Tú lo cambiaste físicamente, pero la esencia de su vida estaba atada al Infierno. Es lo que fue durante siete milenios. En realidad no se puede producir la separación. Y al final, se abrazó a esa parte de sí mismo. Invocó todo su poder infernal para salvarte.

Pienso en Luc, en su calor y en cómo brilló cuando utilizó lo que quedaba de su poder para protegerme bajo un campo magnético, y mi corazón se contrae en una bola. Debería haberse salvado él mismo en lugar de salvarme a mí.

La gente se pasea por el hospital esperando una cama como si fuera lo más normal del mundo, como si fuera un día cualquiera, como si el mundo no se hubiera terminado. ¿Cómo es posible? El mundo debería estar cayéndose a pedazos a nuestro alrededor.

Siento los puntos de mi hombro mientras se despierta de la anestesia. Puedo sentir la presión de las vendas y de las puntadas, pero desearía que fuera peor. Desearía que Beherit me hubiera matado. Entonces puede que Luc y yo estuviéramos juntos. Entierro la cabeza entre mis manos y siento los brazos de Gabe a mi alrededor, empujándome hacia su hombro.

—Esto no puede estar sucediendo. Es todo culpa mía.

—Lo siento mucho, Frannie.

—¡Es tan injusto! Era bueno, lo sé. No pertenece al Infierno.

—No estaba marcado para el Infierno. No hay ninguna garantía de que sea ahí dónde ha ido.

—Pero has dicho que Beherit se lo llevó al Infierno.

—No, Frannie. Eso no lo sé.

Me quedo sin respiración.

—¿Quieres decir que puede que esté en el Cielo?

Me acaricia el pelo.

—Es posible. Su alma humana estaba limpia.

Luc

Está todo tranquilo y blanco y... vacío. El vacío. Igual que mi mente. Soy consciente de mi cuerpo, el mío, supongo, pero no puedo verlo ni sentirlo. No veo nada. Estoy tranquilo y me dejo llevar. Pero de pronto me abalanzo sobre el tiempo y el espacio en un viaje vertiginoso.

El rey Lucifer.

Cuando me detengo y el vértigo termina, abro los ojos, seguro de encontrarme en Pandemónium. En lugar de eso estoy al final de un largo y blanco pasillo cuyo final se pierde en la distancia. Delante de mí hay unas puertas abatibles de madera con un pelado cartel de plástico en el que pone «Limbo».

El Limbo, donde van las almas sin marcar después de la muerte para ser seleccionadas.

Con lo que supongo que eso significa que estoy muerto.

El hecho de darme cuenta repentinamente de que ya no volveré a ver a Frannie, a tocarla, a besarla, me golpea sin piedad haciéndome caer de rodillas. Lucho por conseguir que el aire entre en mis pulmones, pero entonces recuerdo que ya no necesito respirar. Estoy muerto.

Pero Frannie no. Ella está segura.

Es ese hecho el que consigue aclararme la mente. Frannie está a salvo. Sin que esté yo de por medio, dejará que Gabriel la marque y entonces estará a salvo. Él la protegerá. Eso es bueno. Es el único modo en que podría haberla dejado. A partir de ahora estará bien.

Hago de tripas corazón y atravieso las puertas abatibles para entrar a una sala infinita. El techo es bajo, con unos apliques fluorescentes que emiten un eterno zumbido, pero las paredes se ensanchan hasta el infinito. Delante de mí hay un viejo escritorio de madera sobre la oscura y lisa superficie sobre el que hay varias revistas esparcidas y justo en la parte de delante un letrero colgado. El rótulo está escrito a mano con una letra curvada y en rotulador negro y dice: «Coge tu número y siéntate». Justo al lado del letrero hay un aparato expendedor de números rojo. Me acerco a la máquina y miro detrás del escritorio. Por lo que puedo ver, hay hileras de sillas negras de plástico que se alargan hasta el infinito, la mayoría está ocupada por las incontables almas que esperan oír su destino. Otras pululan por la sala, quejándose y llorando por estar muertas. Todas las almas son sombras grises o beis, algunas tienen

un toque negro, rojo u ocre. Estas son las almas que no fueron marcadas antes de la muerte y no queda claro si tienen que pertenecer a un lado o al otro.

Me miro a mí mismo por primera vez esperando encontrarme con una sombra negra obsidiana, pero en lugar de eso veo una brillante sombra blanca con destellos de azul zafiro y rosa claro. ¿Blanco? Observo desconcertado durante un largo rato, luego intento recomponerme y cojo un número de la máquina. Arranco la lengüeta de papel y veo un enorme número 1 impreso sobre el trozo de papel verde con bordes dorados. Levanto la mirada hacia el monitor que hay sobre el escritorio. Según dice se está atendiendo a los números: 64, 893, 394, 563, 172, 289, 516... Vuelvo a mirar mi número.

Uno.

—Número 1, por favor, preséntese en la oficina 1. —Oigo claramente en mi mente lo que dice una andrógina y monótona voz, pero el monitor no se mueve. Y mientras estoy allí de pie preguntándome dónde se supone que voy a encontrar la oficina 1, se materializa ante mí una puerta con un enorme número 1 pintado en oro. Giro el pomo y abro la puerta lentamente.

Cuando la atravieso, me encuentro una gran habitación claramente iluminada con un inmenso escritorio de caoba y una brillante silla negra en el medio. La habitación es aparentemente cómoda. Un agradable perfume a nogal brota de una chisporroteante chimenea encendida que hay al fondo de la habitación. Hay numerosos sillones y sillas de color beis esparcidos entre varias estanterías con libros. A mi lado descubro una mesa de café de caoba y al ver el *Purgatorio* de Dante sobre ella no puedo evitar sonreír. Michael ha hecho su trabajo.

Está de espaldas suspendido en el aire justo al lado de la chimenea, con unos ropajes blancos que se mueven suavemente bajo una brisa inexistente.

Muy teatral.

Se gira lentamente y sonrío, pero no hay calor en esa sonrisa. Se pasa la mano por su oscura barba y me mira escudriñándome. Su pelo y su piel oscuros contrastan con sus pálidos ojos azules, que parecen brillar y le dan un aspecto siniestro, hecho para intimidar, sin lugar a dudas. Michael es famoso por eso.

—Bienvenido, Lucifer. Aparentemente el Todopoderoso te ha puesto en la cola rápida. Yo te hubiera hecho esperar. —Hace un gesto hacia un cómodo sillón de piel que hay delante de su escritorio—. Siéntate.

—No gracias, prefiero estar de pie. —He vivido demasiadas cosas como para dejarme intimidar por un arcángel. Y mucho menos por este. Toda una eternidad haciendo juicios le ha creado complejo de Dios.

El concepto de inocente hasta que se demuestre lo contrario es aplicable tanto al Cielo como al Infierno, y el Limbo está bajo el control del Cielo. Mejor dicho, bajo el control de Michael. Eso podría hacerte pensar que puede jugar a tu favor, pero Michael cree en un estricto control de calidad y, de hecho, los números suelen favorecer al Infierno.

Doy otro paso más adelante.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no estoy en el Infierno?

—Si tienes tantas ganas de arder eternamente en el Infierno que así sea. Me he equivocado al pensar que igual querías discutir las alternativas. —Mueve las manos con cierto aire de desdén y se gira para deslizarse tras su escritorio.

Me trago mi orgullo junto con el enorme nudo que se me ha hecho en la garganta.

—Espera. —Lo sigo a su escritorio y me siento en el sillón de piel—. ¿Qué alternativas?

Sus ojos se suavizan y en su rostro aparece una chispa de diversión.

—Aparentemente hay alguien en el reino de los mortales que quiere que vuelvas, y con bastante desesperación, a decir verdad. Es muy enternecedor. También sucede que ese alguien tiene un alto poder de influencia, que por lo que parece afecta también a lo celestial porque a Gabriel le está costando mucho decirle que no.

Mi cabeza da un salto. *¿Es eso posible?* ¿Puede tener Frannie tanto poder de influencia como para devolverme a la vida? Nunca he oído que pasara nada igual. Pero tampoco había oído nunca que un demonio se convirtiera en humano...

—Por la expresión en tu cara, supongo que esta sería una alternativa aceptable.

Me deshago de mi estado de meditación y me encuentro con una sonrisa en el rostro y una lágrima que cae por mi mejilla. Aparto ambas cosas de mi cara y miro fijamente a Michael:

—¿Es eso posible?

—Es posible. Pero hay condiciones. No es una entrada libre.

Mi corazón se hunde. *Una trampa.* Siempre hay una trampa.

—¿Qué condiciones?

—Sabemos que Frannie te ha cambiado. Su poder de influencia es muy poderoso.

Lo que no dice, pero puedo leer en sus ojos es que con «poderoso» quiere decir «peligroso». Un mortal con influencia sobre los mortales es una cosa. Pero un mortal con influencia sobre lo infernal y lo celestial es otra muy distinta. Le tiene miedo.

Como si leyera mis pensamientos, porque estoy seguro de que lo ha hecho, su temperamento estalla.

—Ahora ella te quiere y te ha conseguido convirtiéndote en mortal. —Escupe la última palabra como si tuviera un gusto amargo—. Lo que ninguno de nosotros sabe es lo que sucederá cuando ya no te quiera más. Los humanos, al fin y al cabo, pueden ser muy veleidosos. —Una sonrisa de satisfacción se posa en las comisuras de sus labios mientras se escucha a sí mismo y yo reflexiono sobre ello.

Sé que fue el poder de Frannie, su amor, lo que me cambió, pero no he podido dejar de pensar ni un momento qué pasaría si sus sentimientos cambiaran. Si ya no me quisiera más, ¿seguiría siendo humano? ¿Moriría? ¿Volvería a convertirme en un demonio?

—¿Qué condiciones? —vuelvo a preguntar con gran pesar. No tiene ningún sentido intentar esconderlo cuando él está en mi cabeza.

—Convencerla de que se perdona a sí misma para que Gabriel pueda marcarla para el Cielo.

Suena bastante simple y eso es lo que llevo queriendo que haga hace tiempo, pero no paso por alto el brillo en sus ojos mientras lo dice. Hay algo que podría situarse entre la avaricia y la lujuria.

—¿Qué le pasará una vez esté marcada?

—Eso no es asunto tuyo —dice evasivamente con un movimiento de la mano.

Me levanto violentamente del sillón.

—Que no sea como en el Infierno. —Tengo las manos sobre el escritorio y me inclino sobre él, hacia Michael—. Ella quiere una vida. Si está marcada para el Infierno, no tendrá ninguna vida. Será una simple marioneta del rey Lucifer. Dime que eso no sucederá si está marcada para el Cielo.

—No puedo decir lo que sucederá. No es asunto mío.

Me tiembla la voz mientras intento mantener mi furia bajo control.

—No te creo.

Me mira y sacude la cabeza.

—Pobrecillo. Actúas como si pudieras exigir alguna cosa. Lo harás o arderás para siempre en el Infierno.

Vuelvo a mirarme a mí mismo. *Blanco*. No entiendo cómo es posible, pero estoy limpio. Ni rastro de negro. Ni de gris. Ni de rojo. Blanco.

—¿Qué pecado me envía al Infierno?

Tiene una sonrisa divertida en el rostro, pero tras esa fachada se esconde cierta frustración.

—Te estás echando un farol.

No puedo leer sus pensamientos, pero puedo leer sus ojos. Está furioso. Mantengo la voz calmada, suave, pues lo he atrapado en su mentira.

—No tienes que enviarme de vuelta con Frannie, pero no puedes enviarme al Abismo.

Sus ojos se encienden por un momento antes de golpear con el puño sobre el escritorio. A mis oídos su voz suena tan poco clara como un trueno en la distancia, pero en mi cabeza oigo cómo gruñe claramente.

—Puede que no, pero puedo hacer que desees que lo hubiera hecho.

¿Puede el Cielo ser como un Infierno en vida? Si hay alguien capaz de conseguir que así sea, ese es Michael. Pero siempre sería mejor que fuera mi Infierno en vida y no el de Frannie. Antes de mirar a Michael a los ojos, había pensado que si Frannie estuviera marcada para el Cielo sería una buena opción. Normalmente no usan a los suyos de un modo demasiado agresivo y con Gabriel a su lado cuidando de ella...

Ahora ya no estoy seguro. Puede que la única posibilidad de que Frannie tenga una vida sea si sigue sin estar marcada. Gabriel no la traicionaría, ¿no?

—Bien, que sea el Abismo.

El estupor se posa en sus ojos abiertos como platos. Por lo que parece, esta no era

la respuesta que esperaba. Con su excesiva confianza se ha olvidado de escudriñar en mis pensamientos.

—Creo que no me has entendido. Vas a hacerlo. Te estoy dando una segunda oportunidad. Deberías estar agradecido.

—No creo en las segundas oportunidades. —Me doy la vuelta y me dirijo a la puerta. Cuando la cierro tras de mí, los gruñidos de Michael se van apagando y todo se vuelve tranquilo y blanco. Vuelvo a estar flotando a la deriva. Si esta nada es el Cielo, creo que he tomado la decisión equivocada. No estoy seguro de poder soportar estar flotando a la deriva toda la eternidad.

Pero de pronto me imagino los ojos azul zafiro de Frannie y ya no estoy flotando a la deriva, estoy volando. Oigo su risa, siento su tacto como si estuviera a mi lado. Y mi esencia da vueltas y se une con la suya.

Esto sí que es el Cielo.

Frannie

En mi sueño, Luc y yo estamos bailando bajo las estrellas, dando saltos y riendo como si fuéramos una única persona, compartiendo un único cuerpo. Lo siento en todas partes, dentro y fuera de mí. Su tacto es como estar en el cielo y oigo un gemido que sale de mi boca. Quiero estar así de cerca de él para siempre, morir aquí mismo en sus brazos.

—¿Frannie? —La voz de Gabe en mis oídos es suave. Mientras abro los ojos e intento volver a acostumbrarlos a tanta luz, todavía me cuesta un momento situarme y saber dónde estoy. Aún estamos en la sala de espera del hospital y yo estoy acurrucada contra el pecho de Gabe—. Frannie, despierta —me dice pasándome una mano por mi pelo estropeado y enmarañado.

Los puntos en mi hombro y el revelador olor a pelo chamuscado me confirman que todo esto no ha sido solo una horrible pesadilla.

—¿Frannie? —vuelve a decir.

—Sí, estoy despierta. ¿Podemos irnos a casa, por favor? —le digo todavía apoyada contra su pecho mientras siento que las lágrimas inundan mis ojos.

—Eh —dice Gabe y siento su dedo bajo mi barbilla levantándose la cara. Cuando lo miro, está sonriendo y el dolor se ha ido de sus brillantes ojos azules.

—¿Qué? —pregunto—. ¿Qué ha pasado? —Levanto la mirada y veo a un sonriente médico con el uniforme verde del hospital.

—Vuestro amigo ha salido de quirófano —dice el médico—. No puedo explicármelo, ha sido como un milagro. Lo reanimaron en la ambulancia, pero estaba en muy malas condiciones cuando llegó. Lo perdimos durante un buen rato en la mesa de operaciones, pero pudimos reanimarlo. No debería haber podido

sobrevivir...

—Entonces, ¿qué está diciendo? —La desesperación en mi voz es evidente.

—Parece que se recuperará. Lo sabremos seguro en las próximas horas. Seguid rezando.

Mi corazón estalla en millones de trozos y empiezo a hiperventilar. Las lágrimas me caen por las mejillas mientras lucho por respirar y escondo la cara entre mis manos.

—¡Oh, Dios mío, Luc!

A la buena de Dios

Frannie

Finalmente, esta mañana me dejan entrar a ver a Luc, pero ni siquiera puedo mirarlo. Porque, después de todo lo que ha pasado, sé qué es lo que hay que hacer, y me he pasado los últimos dos días pensando mucho sobre ello. Miro por la ventana hacia la neblina que hay fuera, que hace que todo parezca vaporoso y fantasmal. Sé que debería decir algo, pero no confío en mi voz. Respiro profundamente e intento concentrarme en lo que tengo que hacer.

Apoyo la frente contra el cristal.

—¿El doctor no ha dicho que encontrara nada... extraño dentro de ti mientras hurgaba?

—No.

—Supongo que eso significa que ahora eres humano.

—Supongo.

No puedo respirar. Tengo que salir de aquí. Avanzo hacia la puerta sin darme la vuelta.

—Debería irme.

—Frannie, habla conmigo. —Su voz, llena de desesperación, me hace parar.

Me llevo una mano a la cara, intentando borrar la evidencia de mis lágrimas. Me giro hacia él lentamente y su expresión está a punto de matarme. ¿Cómo puedo hacer esto? No soy lo bastante fuerte. Mi mirada cae al suelo.

Él me tiende la mano, y no puedo resistirme. Me acerco hasta la cama y me siento en el borde. Al tocarme, el corazón se me acelera, pero todavía no lo miro.

—Cuéntame qué estás pensando —dice, y siento que los ojos se me vuelven a llenar de lágrimas.

—Estoy pensando que no deberíamos estar juntos. Soy mala para ti.

Él suelta un gran suspiro. Cuando habla, ni siquiera intenta esconder la risa de su voz.

—¿Tú? ¿Que tú eres mala para mí?

No puedo creer que se esté riendo de mí, quitándole importancia a todo esto. La ira arde en mi interior, y la oigo en mi voz. Aparto los ojos de las sábanas y lo miro.

—Por poco hago que te maten. Te he quitado la inmortalidad. Si no fuera por mí habrías vivido eternamente.

—Vivir eternamente no es tan bueno como lo pintan. La eternidad que he vivido

ya es mucha.

—Eso lo dices por decir. —Giro la cabeza, intentando aclararme y pensar.

Él levanta una mano, la pone en mi mejilla y me gira la cara para que lo mire.

—Frannie, mírame. —Mis ojos, a regañadientes, se giran hacia los suyos—. Por este sentimiento... —Se golpea el pecho con la otra mano—. Lo habría dado todo. Mi inmortalidad es un precio muy pequeño, pero no siento que haya pagado nada. Siento que me han pagado con la cosa más valiosa que alguien podría querer. —Una lágrima se desliza por mis pestañas y él me la limpia—. Tú me quieres. ¿Qué más podría pedir?

Noto lágrimas calientes en la mejilla mientras me inclino para besarlo.

—No os preocupéis por mí. —De repente, Gabe está sentado en la silla de debajo de la ventana, con un aspecto angelical.

Luc lo mira por encima de mi hombro.

—Tienes que dejar de hacer eso. ¿Es que tu madre no te enseñó a llamar a la puerta?

Pero entonces lo veo. Sé qué es lo que tiene que pasar. Me levanto, sintiéndome mil veces más ligera, y me acerco a Gabe. Le cojo la mano y lo hago levantarse de la silla.

—Tenemos que hablar.

Lo saco por la puerta mientras Luc nos mira con una mezcla de diversión preocupada en la cara, y encontramos un banco en el pasillo. Me siento con los codos sobre las rodillas, y descanso la frente en las manos.

El ruido del hospital es blanco, genérico, y me centro en él para reducir el zumbido de mi cabeza, que no para de dar vueltas. Me meto los dedos entre el pelo y miro el suelo que hay entre mis pies.

—Tú quieres marcarme para el Cielo.

—Sí —dice Gabe.

—Si lo haces, dejarán de venir a por mí.

—Finalmente.

—Pero tengo que perdonarme a mí misma.

—Sí.

Levanto la cara de mis manos, sorprendida por lo ligera que parece.

—Haremos un trato —digo, levantando el ancla de mi corazón.

Gabe se apoya contra el respaldo del banco y me sonrío mientras vuelvo a la habitación de Luc. Me siento en el borde de su cama, y él frunce el ceño mientras entrelaza sus dedos con los míos.

—¿De qué iba eso? —No puede esconder los celos de su voz.

—De nada —le digo.

Me suelta la mano y sus ojos buscan los míos.

Yo le paso un dedo por la mejilla, trazando el borde de la venda que lleva en la cara, y él se estremece. Suspira y me toca la cara.

—Cuando te dije que usaras tu influencia con Beherit, era para que te salvaras a ti, no a mí.

Yo aprieto la mejilla contra su mano.

—No podía pensar. Simplemente... sabía lo que quería.

Él me da un beso, pero justo cuando nuestros labios se tocan, alguien llama a la puerta. Cuando intento separarme, él me mantiene la cabeza, y acabamos el beso. Luego sonrío y grito:

—¡Adelante!

La puerta se abre. Gabe sonrío, orgulloso por haber llamado.

—¡Ojo! —dice, y con un movimiento de muñeca, un brillante objeto de plata con una cadena vuela por la habitación.

Luc lo coge al vuelo antes de que le dé en la cara.

—Gracias —le dice a Gabe.

Gabe se apoya contra el marco de la puerta.

—No soy tu chico de los recados. La próxima vez que necesites algo, vas tú a buscarlo.

Miro el objeto que Luc tiene en la mano. Es un crucifijo; más grande que el último y acabado en punta.

—Tenía esto para ti... aquella noche. —Sonrío lánguidamente—. Pero me entretuve un poco y no pude dártelo. —Deja el crucifijo sobre mi mano.

Gabe entra en la habitación.

—Mañana te vas a casa.

Me aparto de Luc y miro a Gabe.

—¿Cómo lo sabes?

Él me lanza una mirada sarcástica y burlona y vuelve a sentarse en la silla de debajo de la ventana.

—Gabriel... —La cara de Luc pasa por la frustración, por la furia y al final parece que se queda en la confusión—. ¿Cómo...? —pregunta.

—La decisión ya estaba tomada. No dependía de Michael. —Su mirada se dirige a mí y sus ojos brillan—. Ella lo quiso, y tú te lo ganaste. —Luego vuelve a mirar a Luc, su expresión es seria—. Además, necesitamos tu ayuda.

Luc asiente hacia Gabe.

—Gracias.

Los labios de Gabe se arquean en una media sonrisa.

—Tampoco fue decisión mía. Lo has impresionado a él. —Sus ojos miran al techo.

Paso la mirada de Luc a Gabe y otra vez a Luc, confundida.

—¿De qué estáis hablando?

Luc me sonrío.

—A algunos arcángeles les tiemblan las piernas.

Esa respuesta no me sirve de mucho.

Gabe se levanta de la silla y avanza hasta el lado de la cama, poniéndome la mano en el hombro.

—Digamos que había unos desacuerdos en los rangos, pero ya lo hemos solucionado. —Vuelve a mirar a Luc—. ¿Cómo te encuentras?

Él saca a relucir su sonrisa victoriosa y me aprieta la mano.

—Invencible.

—Pero recuerda que ya no lo eres, así que si quieres estar por aquí cuidando a Frannie, actuar con imprudencia no es tu mejor estrategia.

Luc entorna los ojos.

Gabe sonrío, cegándome.

—Sí, eso es lo que me imaginaba que dirías, así que he reclutado a un ayudante. Ha acabado el entrenamiento hace nada, ayer, de hecho, pero no hay nadie mejor para el trabajo.

—Hola, Frannie. —La voz es musical, como la de Gabe, pero distinta. Es más ligera. Me vuelvo y, en el otro extremo de la habitación hay un chico, de unos diecisiete años, de altura mediana, con el pelo rizado y de color rubio rojizo, ojos azul cielo y la cara de... bueno... un ángel. Está apoyado contra la pared, con las manos en los bolsillos de sus vaqueros, sonriéndome.

De repente no puedo respirar y mis piernas están débiles.

—¿Matt? —Apenas puedo pronunciar la palabra. Es igual que la imagen que tengo en la cabeza, el aspecto que creo que tendría si aún estuviera vivo.

Él sonrío y el resplandor me quema las retinas.

—En carne y hueso, más o menos.

Yo me vuelvo hacia Gabe.

—No... —No consigo formar el resto del pensamiento.

Matt se ríe, un sonido de campanas en el viento.

—Soy tu ángel de la guarda. —Se vuelve a reír—. Quién lo habría dicho cuando te pegaba chicles en el pelo y te robaba la bicicleta, ¿eh?

Mis temblorosas piernas empiezan a moverse y me hacen cruzar la habitación. Noto que las lágrimas empiezan a caerme por las mejillas, pero no hay manera de evitarlo. Ni siquiera puedo empezar a conciliar las emociones que zumban por todo mi cuerpo. Pero cuando llego hasta él, es la culpa la que encuentra la voz. No puedo mirarlo a los ojos.

—Dios mío. Matt, lo siento.

Él me pasa un brazo por el hombro y me lleva contra su hombro.

—No hay nada que sentir, Frannie. Tienes que olvidarlo.

—No puedo. —Miro a Gabe, cuyos ojos me atraviesan. Casi puedo sentirlo hurgando en mi cabeza, buscando las respuestas.

—Tienes que hacerlo, o no tiene sentido que yo esté aquí. —Le lanza una mirada

a Luc.

Todo mi cuerpo es de gelatina y siento como si tuviera la cabeza llena de algodón. No puedo pensar. Pero entonces un pensamiento aparece entre la niebla.

—Mamá y papá. ¡Dios mío! Se morirán del susto cuando te vean. —Se me corta la respiración cuando me doy cuenta de lo que acabo de decir—. Es decir...

Matt vuelve a llevarme contra su hombro.

—No, Frannie. Ellos no pueden saberlo. No puede saberlo nadie.

—¿Por qué?

—Porque así es como funciona. Está estrictamente prohibido mostrarnos a alguien que nos conociera. Sobre todo a la familia.

Aparto la cara de su hombro.

—Yo te conocía.

Él mira a Gabe.

—Se ha hecho una excepción debido a circunstancias atenuantes —dice, con una voz baja y que suena oficial.

Levanto la mirada y Gabe está negando con la cabeza.

Sonrío, pero entonces vuelvo a llorar.

—Así que, ¿yo te mato y soy la única que te recupera? ¿Es justo eso?

—No sé qué decirte para que veas que no fue culpa tuya.

—Pero lo fue. —Sollozo en su camiseta, llenándolo de mocos—. Estaba allí, ¿recuerdas? Te tiré del pie y te hice caer del árbol.

—Sabes que ahora no puedo mentir, ¿no? No fue culpa tuya. Tienes que creerlo.

Empiezo a sentirme mareada y se me cierra la garganta. Lo suelto y me llevo las manos a las rodillas, intentando meter aire en mis pulmones vacíos.

—¡Llamad a una enfermera! —dice Luc, y oigo cómo se pelea con la percha del suero.

Pero entonces siento olor a nieve de verano y siento los brazos de Gabe a mi alrededor.

—Frannie, respira —me dice, y siento su aliento fresco en mi oreja.

Me estremezco y me aprieto contra él con más fuerza.

—Espacio —susurra.

Y veo que tiene razón. Si respiro despacio, consigo coger aire. Las estrellas que bailan delante de mis ojos empiezan a desaparecer.

Me pongo derecha y Gabe me suelta. Miro a Matt, limpiándome la nariz con la manga. No me lo puedo creer. He querido tanto que volviera... y aquí está. Vuelvo a hundirme en su pecho y lo abrazo, decidida a no soltarlo jamás.

—Dios mío.

Él sonrío.

—Todo irá bien, Frannie. De verdad.

Su sonrisa es contagiosa. Gimoteo y le sonrío entre lágrimas.

—¿Por qué tienes el aspecto de un chico de diecisiete años, o el aspecto que yo

creía que tendrías a los diecisiete años? ¿Por qué no tienes todavía el aspecto de un niño de siete años?

Su sonrisa se ensancha.

—Camuflaje. Algunas veces tendré que ser visible, y un niño de siete años siguiéndote por ahí sería muy estúpido, ¿no crees?

—Supongo.

Luc carraspea con fuerza. Una sonrisa tonta me estira la cara mientras conduzco a Matt hasta su cama.

—Matt, este es Luc. Luc, Matt.

La frente de Luc se arruga, y luego sus ojos se abren enormemente.

—Eras tú, en la fiesta de graduación, con Belias.

Él mira a Luc sin sonreír.

—Era mi prueba sobre el terreno.

—¿La superaste?

Matt lo mira.

—Por supuesto. —Se vuelve hacia mí—. Yo no estaré siempre por aquí. —Sus ojos se entrecierran y pasan momentáneamente a Luc—. Hay cosas que hacéis que no quiero ver. Pero si me necesitáis, allí estaré.

Luc le tiende la mano a Matt.

—Nos alegramos de tener refuerzos.

Él se queda mirando la mano de Luc, su expresión raya en la repulsión.

De repente, la alegría que siento desaparece. Los miro, intentando entender qué ha pasado, cuando Luc baja la mano.

—No intentes ser un héroe, Lucifer —dice Gabe para romper el incómodo silencio. Mira a Luc con seriedad—. Si necesitáis ayuda, pedidla.

Luc lo mira frunciendo el ceño.

—Sí, mamá.

Él sonríe.

—Hablando de madres, tienes visita.

Y justo en ese momento, alguien llama a la puerta. Matt se desvanece cuando se abre, y es una suerte, porque mamá y papá están allí de pie, con una bolsa del McDonald's en la mano.

—Bendito sea Dios —farfulla Luc, y luego sonríe—. La comida del hospital no me gusta nada.

Consigo evitar ir a la iglesia con mi familia porque aún me estoy recuperando del ataque del perro.

En lugar de eso, hurgo en el interior de mi armario, decidiendo qué necesitaré en Los Ángeles, y miro a Luc, que está de pie cerca del tocador. Ya hace una semana que salió del hospital y ya le han quitado la mayoría de las vendas. Una cicatriz roja se

retuerce por su cara desde debajo del rabillo del ojo derecho hasta la mitad de la mejilla. El chico oscuro y peligroso ahora es sexi y tiene una cicatriz. Mmm... qué rico.

—¿Te vas a llevar esto? —pregunta, con una ceja levantada, con el tirante de mi sujetador de encaje negro enredado en el dedo.

—Probablemente. Necesito algo para calentar y atraer a los chicos de UCLA.

Su cara se oscurece y lo vuelve a dejar en el cajón.

—Por supuesto, si vienes conmigo, no tendré tiempo para esos pardillos. — Intento parecer despreocupada cuando voy hacia él y lo abrazo, pero estoy bastante tensa.

Su expresión se ilumina cuando me echa el pelo hacia atrás en un moño.

—¿Dónde iba a ir si no?

Yo suelto un suspiro nervioso.

—Entonces, ¿vendrás a Los Ángeles?

—Intenta detenerme —dice con su sonrisa perversa.

Echo un vistazo a las paredes empapeladas, y por primera vez veo lo mucho que echaré de menos mi casa. Pero, en ese instante, también me doy cuenta de que, con Luc, cualquier lugar será mi casa.

—¿Qué harás cuando lleguemos allí?

—Me apuntaré a alguna clase... trabajaré... —Se encoge de hombros—. Lo que sea.

—Con siete mil años de experiencia, tendrías que poder encontrar algo.

Él sonríe.

—No creo que haya muchos puestos de marcador de almas para el Infierno.

Yo le devuelvo la sonrisa.

—Es Los Ángeles, no te creas.

Él se ríe, pero luego se pone serio y me abraza con más fuerza.

—No estoy seguro de que esto sea buena idea. Aún no ha acabado, ¿sabes? Si el rey Lucifer lo dejó vivir, Beherit mandará a alguien, o volverá él mismo, ahora que es algo personal. —Se frota la barbilla con el pulgar—. Es posible que lo mataras, Frannie. Por su reacción, parecía que el oro era su debilidad. Esa daga en su corazón de azufre... no sé.

No sé qué es lo que siento al respecto. Me separo y miro a Luc, intentando ahuyentar la súbita ola de culpabilidad.

—Si eso es verdad, según lo que tú dijiste, ahora seguro que estoy marcada para el Infierno.

Sus ojos se encienden, y se pone pálido al instante.

—¿De qué estás hablando?

—Si lo maté, soy igual que Tom. Dijiste que no había circunstancias atenuantes. Iré directa al Infierno. Vaya directamente a la cárcel, sin pasar por la casilla de salida y sin cobrar los doscientos dólares.

La incertidumbre le nubla los ojos.

—Fue en defensa propia. Y matar a un demonio es distinto —dice, como si intentara decirlo para ver si suena bien.

—¿Ahora haces excepciones? ¡Eres un hipócrita!

Su cara se endurece en un ceño fruncido decidido. Y como si él pudiera hacer que así fuera mediante la pura fuerza de voluntad, dice:

—No estás marcada para el Infierno.

Cuando yo no digo nada, él se vuelve hacia la ventana, con la mirada oscura y reflexiva. Mira hacia fuera y dice:

—Es culpa mía. No debía haber venido.

—Habrían mandado a otro, a alguien como Belias.

Él niega lentamente con la cabeza y se gira para mirarme a los ojos.

—Él no te habría encontrado.

Pero Luc lo hizo. Hemos estado conectados desde el principio. Me aprieto contra él y él me abraza.

—Yo solo quiero mantenerte a salvo —me susurra al pelo—. Gabriel y Matt pueden hacerlo mejor que yo.

—Yo me siento segura aquí —digo, todavía enterrada en él.

—No podemos hacerlo solos, Frannie. Necesitaremos la ayuda de Gabriel y de Matt. Sobre todo si insistes en ir a Los Ángeles.

Yo me aparto y lo miro.

—Entonces, si ir a Los Ángeles no es una buena idea, ¿qué crees que deberíamos hacer?

—Irnos. Escondernos en algún sitio. —Ese brillo pícaro vuelve a sus ojos y una leve sonrisa levanta sus labios—. Podríamos comprarnos alguna isla tropical... e irnos los dos, sin ropa.

Yo me río, me gusta cómo suena eso.

—Yo podría vivir así, pero dijiste que pueden encontrarnos en cualquier parte.

Él parece optimista.

—Eso era antes. ¿No te diste cuenta? Beherit no sabía que yo estaba en casa de Gabriel la otra noche. No lo habría podido sorprender, y tenía a los perros conmigo, así que mi escudo también los escondió a ellos. Con la ayuda de Matt, podría salir bien. —Piensa durante un momento, y luego sonrío—. Y supongo que Los Ángeles también es un buen sitio para perderse.

Espero que tenga razón, pero ahora mismo lo único que quiero es perderme en él. Me aprieto fuerte contra su cuerpo y entierro la cara en su pecho.

—Te quiero.

—Lo sé. Eso es lo único que me salvó. Eres mi redención. —Se inclina y me besa.

Miro sus ojos perfectos y paso mi dedo suavemente por la cicatriz de su mejilla. Él cierra los ojos y se estremece, luego suspira. Yo me aprieto aún más contra él,

sabiendo lo que quiero.

—Vuelve a hacer aquello.

Él sonrío y abre los ojos, pero su frente se arruga.

—No creo que pueda.

Me pongo de puntillas, le paso los brazos por detrás del cuello, y le doy un beso.

—Inténtalo —le susurro en los labios, deseando volver a sentirme tan cerca de él.

Él cierra los ojos, respira hondo y se inclina hacia mí, besándome profundamente.

Al cabo de un minuto, se aparta.

—No puedo. Ahora mi esencia es humana, un alma. No puede abandonar mi cuerpo mientras estoy vivo. —Pero no parece decepcionado. Está sonriendo.

El pulso se me acelera y siento que un cosquilleo eléctrico recorre todo mi cuerpo, despertando cada una de mis células.

—Entonces... ¿eso significa que podemos...?

Sus ojos son pozos profundos y negros cuando mira a los míos, y juraría que puedo ver su alma. Entonces centellean y asiente. Se inclina para besarme y, cuando nos hundimos en las sábanas, el uno en el otro, sé que esto no puede estar mal.

Luc

No sabía que fuera posible sentirse así. La beso y siento que mi nuevo corazón de carne y sangre se me sale del pecho, llenándome de una felicidad indescriptible.

Podemos estar juntos, realmente juntos.

Sus manos empiezan a desabrochar el botón de mis vaqueros y deseo tener la habilidad de quitarnos la ropa con la magia.

Pero esa era mi antigua vida. No, no era una vida. Solo era una existencia. Envuelvo a Frannie con mis brazos y la aprieto contra mí. Esto es vivir.

Me aparto y la miro, seguro de que nunca he visto nada tan bonito. Ella cierra los ojos mientras le paso un dedo por la ceja y lo bajo por su nariz, pero justo cuando mi dedo llega a sus labios, sus ojos se abren de golpe y sus rasgos se contraen de dolor.

—¡No! —grita, poniéndose muy erguida. Siento su terror como si fuera el mío.

Su cara está lívida cuando rueda y vomita en la papelera que hay al lado de su cama. Se sienta y se abraza las piernas contra el pecho.

—Yo... —Su susurro apenas se oye.

Yo me incorporo y me siento a su lado.

—¿Qué pasa? ¿Qué has visto?

—Está viniendo —dice, con la voz ahogada. Luego se levanta de la cama como un rayo, poniéndose la camiseta.

—¿Quién? —le pregunto, intentando entenderla. Pongo los pies en el suelo y me abrocho los vaqueros—. ¿Quién está viniendo, Frannie?

La habitación empieza a dar vueltas, y entonces aparece Gabriel, sin pretender ser humano. Flota en el aire con su túnica blanca y en sus ojos veo reflejado el terror de Frannie.

Matt aparece a su lado.

—Viene.

Y entonces, como una bola de demolición, una fuerza invisible golpea a Frannie, levantándola del suelo y lanzándola con fuerza contra la pared. Matt intenta cogerla, pero no lo consigue. Cae desplomada en el suelo.

—¡Frannie! —Rápidamente, mis piernas me llevan al otro lado de la habitación, hasta su cuerpo derrumbado y, cuando la cojo entre mis brazos, veo el vapor saliendo de su piel. Está a mil grados—. ¡Frannie! —vuelvo a decir, sacudiéndola. Entonces abre los ojos y lo entiendo todo.

Están rojos y brillantes.

—Lucifer —dice con una voz que es suya pero no—, ¿quién tiene la presa ahora?

—¡No! —Oigo mi voz como si estuviera a una gran distancia, ya que la furia casi me rasga por la mitad.

—¡Beherit! —La voz de Gabriel vibra por mi cuerpo—. No puedes hacer eso. No tienes el derecho.

—Oh, pero sí que puedo. De hecho, lo estoy haciendo. —Los labios de Frannie dibujan una sonrisa siniestra—. Tengo órdenes especiales del rey. Lo que haga falta.

Yo sostengo a Frannie y, cuando miro esos ojos brillantes, sé que el juego ha acabado. Si el rey Lucifer la quiere tanto será capaz de cargarse todas las normas. No sé ni si el Todopoderoso podría salvarla.

No puedo rendirme.

Miro el crucifijo que cuelga en la cadena que tiene alrededor del cuello. Oro. Se la arranco y la levanto sobre ella.

Pero Matt me coge la muñeca. Me mira y me arranca el crucifijo de la mano. Y tiene razón. Puedo usarlo para sacar a Beherit, pero ¿a qué precio?

Ella empieza a soltarse de mí, y yo la dejo. Pero entonces, instintivamente, le cojo la mano, apretándola con fuerza. Frannie aún está aquí, y una parte desesperada de mí necesita estar conectada a ella. Ella se pone en pie, parece más alta, y se vuelve para mirarme a los ojos.

—Qué curioso, Lucifer. Pero vosotros ya habéis superado lo de ir cogidos de la mano, ¿no crees? —Me coge la cara y me da un beso intenso. Pero no es Frannie, es Beherit, y siento que algunos hilos de su esencia empiezan a entrar en mis labios.

Cuando me aparto, ella da un fuerte grito ahogado y su cara se pone tensa mientras un no ahogado sale a duras penas de sus entrañas. Gabriel la coge de mis brazos y se la lleva a los suyos. La sostiene con un brazo y le dibuja un círculo en la frente con el dedo índice de la otra, mientras susurra algo que no puedo entender.

Sus ojos se abren de golpe, todavía de un rojo encendido, y su cara hace una mueca.

—Suerte con eso, Gabriel.

Por necio que parezca, estoy celoso de que Gabriel pueda hacer algo más que quedarse ahí mirando, y tengo que luchar contra el ansia de arrancársela de los brazos.

—Esta es una luchadora —dice ella, con una voz ahogada que, claramente, no es la de ella.

—Enfréntate a él, Frannie —digo yo, cogiéndole la mano.

Su cara se retuerce del esfuerzo.

—Quiero que salgas. —Su voz es poco más que un suspiro, pero es la suya. Su cuerpo se retuerce en los brazos de Gabriel. Él la deja en la cama, y yo la cojo entre mis brazos, pasándole toda mi fuerza.

—Eso es, Frannie —dice Gabriel—. Tienes el poder. Úsalo.

La esperanza me abrumba. *Influencia*. Frannie tiene influencia. Si lucha... si lo quiere con todas sus fuerzas...

—Tú no quieres estar aquí. —Su voz es más fuerte y, cuando sus ojos se abren, solo queda un círculo encendido alrededor de sus iris—. Tú no... me quieres —gruñe.

Ella continúa retorciéndose en la batalla interna por el control, pero de repente se queda quieta, como si uno de los dos hubiera dejado de pelear. La miro a los ojos, asustado hasta casi el punto de la demencia.

—¿Frannie?

Sus ojos se ponen en blanco durante un momento y un gemido empieza a salir de lo más profundo de su interior, creciendo en intensidad. Su cara se vuelve roja y sus ojos se hinchan. Se produce un rayo de energía roja, y ella se sacude, y luego se desploma.

Tragándome todo el pánico, la aprieto contra mi pecho.

—¿Frannie? ¿Me oyes? —Al final levanta la mirada con sus ojos azul claro, todavía asustada, pero lúcida.

—Se ha ido —dice con una sonrisa cansada. Yo respiro profundamente varias veces para ralentizar mi acelerado corazón, y luego me inclino hacia ella y la beso.

Frannie

Le aprieto la mano a Luc, que está sentado a mi lado mientras yo me encuentro en la cama.

—Lo has hecho muy bien. Tu influencia está aumentando —me dice.

Aún estoy temblando y me castañetean los dientes.

—¿Por qué solo recuerdo una parte de lo que ha pasado?

—Solo recordarás las partes en las que tenías el control.

—Me siento como si un autobús me hubiera pasado por encima. ¿Por qué no me sentía así contigo?

—Bueno, para empezar, porque yo no te cogí y te tiré contra la pared —dice Luc. Él y Gabe intercambian una mirada, y Luc le dedica una sonrisa vengativa—. Pero supongo que es distinto cuando invitas al Demonio a entrar.

Matt se deja caer en la silla del escritorio y mira a Luc, desafiante.

Gabe me mira con una sonrisa compungida. Yo me encojo de hombros, no sé qué decir, pero entonces me vuelve a sacudir un escalofrío y siento náuseas. De repente, empiezo a llorar, y no puedo parar.

—No tendré una vida, ¿verdad? —pregunto entre sollozos.

Luc me abraza, pero no contesta.

Gabe se queda en la puerta y me mira.

—Nadie conoce el futuro, Frannie. Todo lo que ocurre lo cambia todo. Pero la cuestión es que eres valiosa para ambas partes. Las probabilidades de que pases por esto y no seas marcada son nulas. Y una vez estés marcada, para la parte que sea, podrás ser manipulada. Obviamente, yo no soy objetivo, pero si alguien tuviera que manipularme, preferiría que no fuera el Infierno.

El corazón me pesa una barbaridad. Sé qué es lo que tiene que pasar, lo que tengo que hacer, pero...

—¿Cómo me perdono a mí misma por lo peor que he hecho en la vida? ¿Lo peor que puede hacer una persona?

—Empieza recordando lo que sucedió en realidad. —Matt se desliza hasta los pies de la cama y se sienta. Luc se separa de mí y se va hasta la puerta, con Gabe, dándonos espacio a mí y a Matt—. Me caí porque intentaba subir demasiado rápido. Fue culpa mía.

Mi garganta se aprieta cuando lo recuerdo.

—No. Yo te cogí el tobillo. Estaba enfadada, y te tiré del árbol.

—Basta. Llevas demasiado tiempo castigándote a ti misma. No fue culpa tuya. Tienes que liberarte. —Él me abraza y me quedo así sentada durante lo que parece una eternidad.

—Yo solo quería que volvieras —digo, al final.

Él sonrío.

—Ya me tienes.

El corazón me pesa mucho.

—No del todo. Aún estás muerto.

—Tienes razón. No tengo la vida que habría tenido si no hubiera caído del árbol, pero eso no hace que la razón por la que estoy aquí sea menos importante para mí. Y no hace que mi muerte sea más culpa tuya.

Él me mira durante un buen rato y yo no sé qué decir. Al final, él dice:

—Gabriel dice que tienes que perdonarte a ti misma, si no, no podremos protegerte. —Una sonrisa tuerce las puntas de sus labios—. Tienes que hacerlo,

Frannie. No puedo estropear mi primera actuación por culpa de un cliente poco cooperador. No sería muy bueno para el resto de la eternidad.

—No puedo...

Su sonrisa desaparece cuando me interrumpe.

—Él dice que tienes que descubrir por qué no puedes liberarte de la culpa.

—Porque... —Lucho contra las lágrimas mientras saco su diario de debajo del colchón. Pienso en todas mis conversaciones con Matt que hay en él. En todas las cosas que le he dicho para que pudiera tener un trocito de mí, de mi vida. En cómo necesitaba mantenerlo vivo en mi corazón—. Lo necesitaba para no olvidarte. Necesitaba odiarme a mí misma porque el dolor lo mantenía reciente. Mantenía viva una parte de ti.

De repente, estoy convencida de que voy a vomitar. Hay algo dentro de mí que mi cuerpo necesita expulsar.

—¿Cómo lo hago? ¿Liberarme?

—Es normal sentirse triste, pero tienes que deshacerte de la culpa. Tiene que venir de dentro. Tienes que recordar lo que pasó en realidad.

Apoyo la frente en mis rodillas y cierro los ojos, esperando a que se me vayan las náuseas, pero aumentan más cuando vuelvo a vivir la escena en mi cabeza. Matt sube, su pie resbala. Yo aprieto los ojos con fuerza y gimo mientras cae. En mi mente, veo que mi mano lo agarra, pero lo único que logro coger es su zapatilla, que se queda en mi mano. Oigo mi grito cuando él se golpea contra el suelo.

Mis ojos se abren de golpe y me giro y devuelvo en la papelera. Los brazos de Matt están alrededor de mi cuerpo, y me lleva hacia su hombro, donde me quedo sentada, temblando.

Al final, levanto la cabeza y lo miro, con las mejillas llenas de lágrimas.

—¿Por qué tuviste que caerte?

Él se encoge de hombros.

No me sorprende lo enfadada que estoy, pero sí que me sorprende cuando me doy cuenta de que estoy enfadada con él. Me aparto.

—Tendrías que haber ido más despacio, con más cuidado.

Él asiente.

—Pero tú no podías hacer nada. Fue un accidente.

Dejo caer la cara en mis manos y me trago el enfado. Cuando dejo de temblar un poco, cojo el diario de encima de la cama y lo aprieto contra mi frente, y luego se lo ofrezco.

—Hice esto por ti... o por mí, supongo. Desde el principio has sido la única persona con la que podía hablar.

Él me lo coge de la mano y sonrío.

—Yo te contestaba. ¿Me oías? Te decía que te apartaras de él —dice, mirando hacia Luc.

El alma se me cae a los pies.

—¿Por qué odias tanto a Luc?

—¿Por qué? Es una broma, ¿no? Por poco hace que te maten, Frannie. Él es uno de ellos.

—Él es uno de los míos —lo corrijo, levantando la voz.

Luc y Gabe dejan de hablar en voz baja y nos miran. Luc da un paso adelante, preocupado.

—Tiene derecho a formarse su opinión, y cuenta con una buena razón para pensar así. Casi hago que te maten... más de una vez.

—No. Fui yo la que casi hace que te maten —le recuerdo.

Matt mira a Luc, su expresión aún es amarga.

—No me gusta que estés cerca de ella, y si le haces daño, de la manera que sea, yo mismo te mataré.

Luc asiente, manteniéndole la mirada a Matt.

—Tomo nota.

Luc se da la vuelta y mira fijamente a Gabe; sé que está pensando lo mismo que yo. Gabe dijo que Matt era el mejor ángel para este trabajo, pero yo estoy empezando a dudar.

La postura de Matt se relaja y apoya la frente contra la mía. Su voz es baja, solo para mí.

—Frannie, esto me está costando mucho. ¿Estás segura? Sobre Luc, quiero decir. Yo no puedo confiar en un demonio, diga lo que diga Gabriel.

—Estoy segura, Matt. Él me quiere. Léele la mente y lo verás.

—Lo siento, pero no estoy tan arriba en la cadena alimenticia como para tener esa habilidad. De Dominaciones para arriba.

—Por favor, dale una oportunidad.

Sus ojos se vuelven a endurecer cuando mira hacia Luc, pero entonces me da un abrazo, y puedo oír la sonrisa de su voz.

—No usarás esa cosa de la influencia sobre mí, ¿verdad?

Yo sonrío en su hombro.

—Eso depende de ti.

LUC

Observo a Frannie y a Matt desde la puerta, con Gabriel, y sé que ha llegado el momento. *Hablemos fuera*, pienso, y él asiente y sale conmigo al pasillo.

—Está preparada —digo.

—Sí.

—Prométeme que cuidarás de ella. La mirada de Michael... —Me estremezco.

Gabriel se apoya en la pared.

—Le cubriremos la espalda, y lo de más abajo. —Sonríe.

—¿Puedes hablar en serio durante un minuto?

Él frunce el ceño.

—Vale. Deja de estresarte. El Todopoderoso sabe que es especial. Y recuerda, la vida de Moisés no fue una mierda. Estará bien. No se irá a ninguna parte.

—Pero tampoco se quedará conmigo. Antes de dejarla marchar necesito saber que estará bien.

Sus ojos miran a los míos y su mandíbula se tensa mientras piensa en ello.

—No voy a decirte que no cambiaré nada, pero lo que pase a partir de ahora dependerá de Frannie. Tú ya no eres un demonio. Eres humano, con un alma limpia y un expediente limpio. Si Frannie todavía te quiere... —Parece que está a punto de ahogarse con esas palabras—. No hay ninguna razón por la que no podáis estar juntos.

Esa es la cuestión, si ella todavía me quiere. Pertenece al Cielo. A *Gabriel*. Luego, ¿aún me querrá? Será más importante que yo, el exdemonio que la acompaña. No tardará en dejar de necesitarme o quererme. Abro la puerta y la miro. Parece muy cansada, pero también parece en paz, y sé que ha llegado el momento.

Gabriel cruza la puerta y yo lo sigo, y me detengo. Pero entonces Frannie me tiende la mano y yo voy rápidamente a su lado, pues necesito sentir su tacto.

—Estás lista —le digo, y ella asiente—. Bien —digo para mí—. Esto está bien —repito un poco más alto, para ella. Luego le doy un beso y me levanto.

Me vuelvo hacia Gabriel.

—Vale —digo, dándole la señal.

Él sonríe.

—Vale, ¿qué?

—Márcala. Está lista.

—Antes de que volviéramos a entrar en la habitación ya estaba marcada. ¿Qué creías, que sería una cosa pomposa y solemne?

Yo lo fulmino con la mirada.

—Eres un idiota. Creía que la avisarías antes, eso es todo.

—Si estaba lista, ¿para qué tenía que avisarla?

—Dejad de hablar de mí como si no estuviera —dice, mirándonos a los dos enfadada.

—¿Tendría que haberte avisado, Frannie? —se burla Gabriel.

Frannie sonríe.

—No, pero a lo mejor a Luc sí.

Yo me levanto y la miro.

—¿De qué estás hablando?

Los ojos de Frannie brillan más que nunca.

—¡Estás marcado!

Miro a Gabriel, pasmado.

—Es una broma.

Él sonrío y se encoge de hombros.

—Era una de las condiciones de Frannie. Además, has impresionado a la deidad adecuada, aunque a Michael no le hacía mucha gracia.

Intento digerir lo que me está diciendo Gabriel.

—Estoy marcado, para el Cielo —digo, intentando asimilarlo.

—¿Podrías, al menos, fingir que te alegras? Si no, tendré que anularlo.

Siento que la sonrisa se extiende por mi cara cuando Frannie me coge la mano. Yo me siento pesadamente en la silla del escritorio, al lado de la cama.

—¡Joder!

Matt pone una sonrisa dudosa.

—Ya te digo. Un demonio marcado para el Cielo... —Niega con la cabeza.

—Bueno, ahora ¿qué pasará? —pregunta Frannie—. O sea, ¿con mi vida... la universidad...? —Su mirada se dirige a mí durante un instante, y luego vuelve a Gabe—. ¿Y con vosotros?

Gabriel se sienta a su lado en la cama y le coge la mano, luchando visiblemente por decir algo. Pero sus ojos dicen lo que no puede. Yo lo veo, claramente, aunque ella no lo vea. Él daría sus alas por ella. Solo tendría que pedírselo.

Sus ojos se apartan de los de ella, pero su mano la agarra con más fuerza.

—Lo que pasará a partir de ahora dependerá de ti.



LISA DESROCHERS (California, EE. UU., 1950) es una escritora norteamericana, autora de la trilogía de fantasía juvenil *Demonios personales*. Comenzó a escribir para explicar historias a sus hijas, pero no pensaba dedicarse a ello profesionalmente. Su primera novela, *Demonios Personales*, fue publicada en 2010. También ha escrito las series *A Little Too Far* y *On The Run*, enfocadas a un público adulto.

Actualmente vive en California con su marido y sus dos hijas.